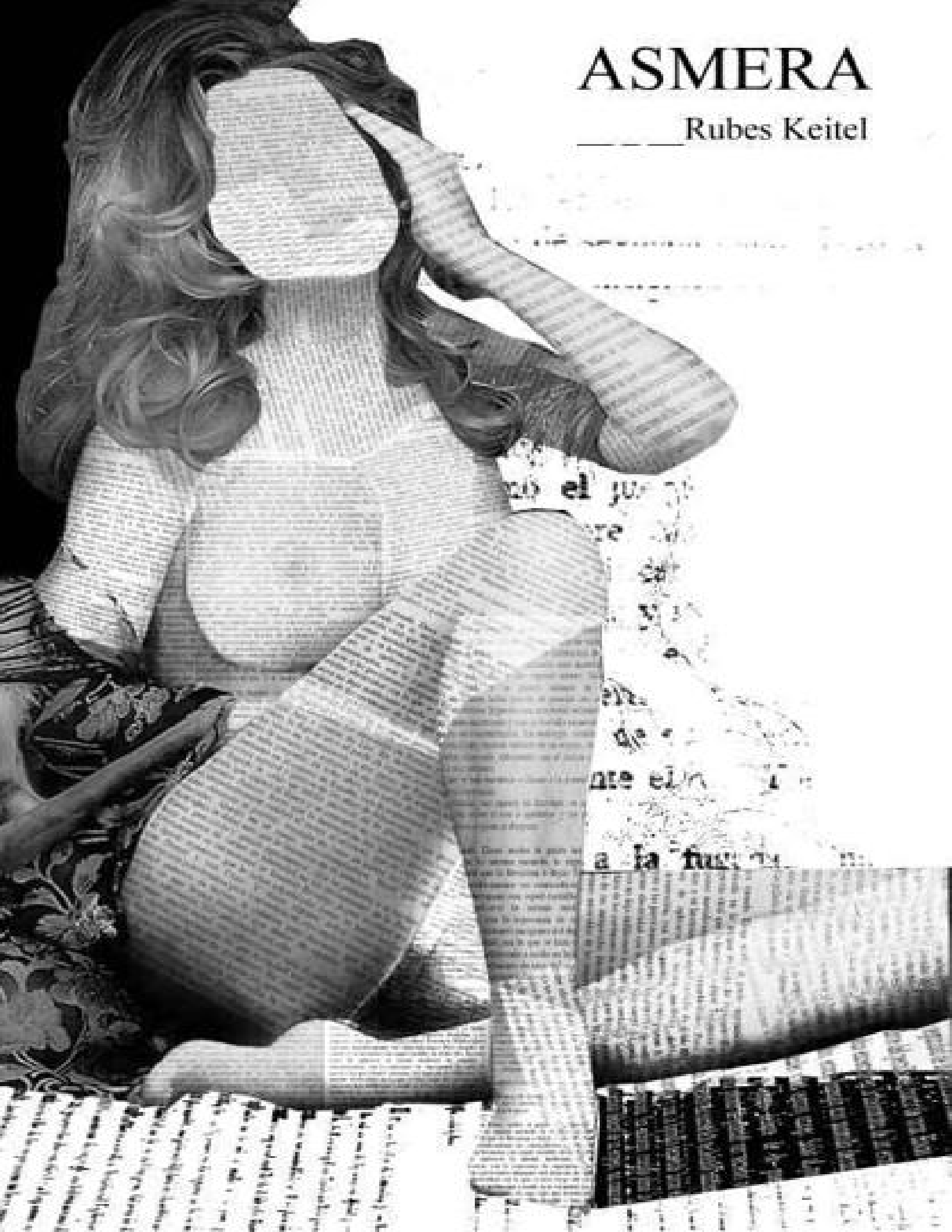


ASMERA

Rubes Keitel



ASMERA

_____Rubes Keitel
www.rubeskeitel.blogspot.com

Elena se levantó de la cama y tanteó en la oscuridad su camino hacia el cuarto de estar.

Antes de cerrar la puerta comprobó que Daniel seguía dormido. Las sabanas se hinchaban y deshinchaban al ritmo de una respiración inaudible y dulce.

El cuarto de estar era algo más que un cuarto de estar para Elena, era un cuarto de vivir si acaso. Desde allí podía trabajar y relacionarse, hacer la compra y reservar hoteles, informarse e informar según le fuese necesario. Todo cuanto necesitaba se encontraba en aquel cuarto de paredes blancas y volumetrías de *Pladur* redondeadas en cada pliegue, en cada esquina.

Daniel creía innecesarios esos chaflanes, virguerías que impedían colocar más libros en los anaqueles, pero Elena se enamoró de las juguetonas formas que resultaban de aquellas redondeces. Se parecían a ciertos edificios modernos holandeses en los que el suelo se convertía en pared, y la pared en techo, continuamente transformándose en una curva sin final – como en la escritura de un niño que no quisiera levantar el lápiz del papel.

Con toda probabilidad fue en Holanda, en el transcurso de un viaje universitario, donde Elena encontró consciente o inconscientemente este gusto por los forjados zigzagueantes y aquella forma que tenían de unirlo todo bajo una misma gramática.

Sin embargo, no eran las macizas ondulaciones de *Pladur* lo que la ligaba fundamentalmente a aquel cuarto. Era su ordenador, un portátil blanco sobre una mesa blanca que nunca se apagaba. Levantó la tapa, se sentó en la silla y se puso una camiseta de propaganda dos tallas más grande que le esperaba sobre el escritorio.

Elena pasaba sus horas allí, frente a la máquina, escribiendo. Durante casi dos años había mantenido un blog, un espacio, en el que

incansablemente descargaba su satisfacción o su ansiedad para defenderse de ellas. Todo cuanto le ocurría terminaba allí, impreso en píxeles en vez de en papel. Si temía por algo, lo deletreaba contra la pantalla; y si el deseo le hervía dentro, lo dejaba colgado en la Red para no tomárselo en serio.

Con cada entrada, con cada escrito que dejaba, sentía una puerta abrirse. Cada una de sus pequeñas historias, de sus relatos cotidianos, suponía quitarse una prenda, desnudarse un poco más para quien quisiese leerla. Le resultaba excitante que amigos de universidad consultasen sus estados de ánimo sin hacer preguntas. En la correspondencia de informaciones tácitas convergían amigos de universidad y compañeros de trabajo, conocidos de la clase de yoga y desconocidos de vista. Era más cómodo saber que lo sabían, que pasar el trago egocéntrico de hablar de sí misma constantemente.

Cuando empezó a colgar sus pensamientos o simplemente a retransmitir episodios de su vida, lo hizo robando tiempo a su profesión de periodismo y a su trabajo en la redacción. Al principio encontró en la disección razones curativas: se distanciaba de sus problemas al hablar – escribir- sobre ellos. Nunca supo explicar este impulso que sentía, quizás irresponsable, quizás suicida, de exponer sus vicisitudes, de dejarlas a la vista de otros para desteñirlos de dramatismo. Nunca supo explicarlo hasta que leyó sobre las tapas de *El mundo que la escritura abría y cauterizaba al mismo tiempo las heridas*. Le vino la frase por casualidad, como le venían todas; porque ella no *era* de leer ni de *escribir*.

El interés de Elena no pertenecía al mundo de la literatura; y aunque recordaba que el premio Planeta era el más cuantioso de España, el nombre de Juan José Millas no le suscitaba memoria alguna. Para ella cualquier forma de arte era congestión, intencionalidad, estructura y dolor. Y desde los quince años se prometió no leer un solo libro por placer. Sin embargo, podía identificarse infinitamente con esa frase y durante un tiempo jugueteó con la idea de usarla como encabezado de su espacio, de su página de Internet. Pero cicatrización no era todo lo que tenía en mente cuando escribía. Si colgaba su intimidad en la Red, era porque quitarse la ropa le sabría a poco. Cualquiera podía enseñar carne, pero la desnudez física tenía sus límites, porque ninguna lente mostraba los pálpitos internos.

Durante los primeros meses de actividad, Elena apenas podía esperar media hora para meterse en su blog y leer las respuestas que la última entrada había suscitado. Se emocionaba como una niña cuando la

felicitaban individuos desconocidos, escondidos tras combinaciones de letras y números sin sentido o apodos recurrentes. La plaga de edades sin confirmar y personalidades pseudónimas la recibía en su propio blog al calor de las críticas y las descalificaciones. Por toda respuesta a las espadas en alto, ella disfrutaba de la esporulación impredecible de su influencia.

Le salían las palabras con ética periodística, porque había aprobado de cabo a rabo Ciencias de la Información. Decía allí lo que no podía en la redacción para la que trabajaba, porque como buena recién licenciada necesitaba sentirse libre en algún lugar. Pronto se dio cuenta que sus opiniones por sí solas levantaban poco interés y que sólo cuando relacionaba las entradas editoriales con su propia vida, cuando las anécdotas eran más privadas que públicas, conseguía que sus visitantes dejaran opiniones propias. Los individuos invisibles dejaban respuestas sin pudor y sin disciplina, porque con identidades pseudónimas no había un dios que tomase represalias. El descontrol de los personajes numerarios y las firmas traslúcidas traía una democracia desregulada, una ciénaga de opinantes impredecibles. Había algo de feliz en este crecimiento salvaje, por esporulación, al que Internet lo sometía todo; porque la interactividad anárquica deformaba irremediablemente lo que hubiese escrito, así formase bellos apéndices o pústulas sangrantes.

Elena abrió las puertas poco a poco, examinando el placer mutuo que su escritura producía. Muchos sentían un acceso íntimo, un nivel de empatía y conocimiento inaudito hacia alguien a quien ni siquiera habían visto físicamente. Era una cuestión de morbo, de hostigamiento permitido; pero ella disfrutaba de la curiosidad de los demás como si fuese propia, sabiendo que alguien la leía. Aquel tráfico de datos entre iguales eliminaba ciertos prejuicios –en la inmensidad anárquica no era necesaria la apariencia física– pero creaba otros, derivados del estilo. Muchos vislumbraban entre las preposiciones una forma determinada de ver el mundo, como si la gramática, la ordenación, delatase una intención más verdadera que la de las propias palabras. Elena, como todo el que se enfrentaba a un espejo, comprendía que la reflejada era otra. El reflejo construía su identidad –porque ella era la que sus visitantes se imaginasen. Su personalidad era amorfa, quizás con algún punto invariable o pivotante, pero gelatinosa y desmoldada. Producto de un nuevo clientelismo, de un nuevo tráfico, su

imagen resultaba de la proyección de los otros. Y de ahí nacía su propio placer.

El placer exhibicionista era difícil de explicar. Elena necesitaba compararlo con otro para describirlo:

“Cuando era pequeña sentía un celo absoluto por las cosas. Quizás fuese porque no había mucho dinero por casa y mis padres tenían reverencia por los objetos. Las sillas, las mesas, los jarrones...todo era irremplazable. Y como las cosas llegaban al piso para quedarse a envejecer, pues una acababa por tomarlas cariño. Todo lo que poseía acababa por poseerme a mí de una u otra manera, porque reconocía fidelidad en la permanencia de los pliegues del sofá y los descosidos de las cortinas. Cada vez que me obligaban en el colegio o en casa a compartir lo tomaba como una injusticia del mundo de los adultos. Por suerte, las rarezas infantiles son maleables; y para cuando superé los diez años, podía prestar herramientas sin tener que observar atentamente el uso que se les daba. Cada vez que alguien alcanzaba alguna de mis cosas, la pérdida de control me producía un cosquilleo incómodo -a ratos placentero. El colmo de aquel escalofrío venía cuando dejaba alguno de mis cuadernos a mi compañera de pupitre Blanca. La niña agarraba el bloc de las esquinas para soltarlo pesadamente sobre la mesa, abría la libreta sin intuición y aplastaba sus manos contra la encuadernación deslizándola en toda su longitud. Luego iba en busca de la página, pasándolas una a una, agarrando el papel de la esquina inferior, atacándola con palma abierta y arrugándola para tirar de ella. El proceso hacía que las hojas crujiesen como madera ardiendo y dejaba marcas leves en las páginas, pequeñas heridas que acentuaban el cosquilleo; como si por permitirlo, no solamente siguiera reglas de buen comportamiento sino que cediese algo mío, una extremidad, y asumiese algo entre la tortura y la caricia como parte del acuerdo. El blog me trae el mismo hormigueo traicionero, los mismos retortijones de incertidumbre. Esta obsesión, porque ya es una obsesión, tiene todo de exhibicionismo, de desnudo y de temor a que unas manos grandes e incautas toquen lo mostrado. Y un placer extraño, la duda de cómo será el tocamiento -caricia o manoseo- me embarga. Y a él soy oficialmente adicta.”

Elena viajó de lo público a lo privado y encontró un poderoso bastión en lo doméstico y en un intimismo del que ni siquiera hablaba en intimidad, y

que solo era asequible en el anonimato. Era más fácil explicar sus más oscuras tribulaciones a completos extraños que a personas a las que apreciaba, porque la sinceridad en grandes dosis acababa por quemarlo todo.

Elena vivía con su novio Daniel; y cuando ella hablaba de él en su blog, Daniel era Fernando. Así pues, Fernando -o Daniel- y sus idiosincrasias circulaban libremente sobre pantallas a lo largo y ancho de la geografía del mundo. Individuos en China sabían de su pudor a desnudarse en vestuarios y de sus reticencias a cualquier tipo de desnudez más allá de la conyugal, de su alergia al huevo y a los productos con gluten, y de su pasión coleccionista. Fernando coleccionaba cualquier cosa que fuese apilable, almacenable vertical u horizontalmente. Todo cuanto fuese gratis o tuviese descuento era susceptible de acabar almacenado entre redondeces de *Pladur* o encorsetado a los lados de la televisión. Los dos vivían en una casa pequeña, con sólo un dormitorio. Tenía el piso una cocina a medio amueblar y un baño más grande que el resto de las habitaciones. El cuarto de estar que hacía las veces de cuarto de vivir para Elena, porque su vida estaba enchufada al portátil por USB.

Fernando, o Daniel –y esto lo sabían muy bien los visitantes-, era un hombre sensible; que no débil. Elena disfrutaba maliciosamente al ver como los giros melodramáticos de las películas torturaban a Fernando. “Fernando es como el perro de Paulov. Basta que salte la banda sonora en *pianissimo*, para que se revuelva en la cama -o en el sofá- y trate de sorber sus propias lágrimas con los párpados. Tras ver que las sacudidas no han producido ningún efecto, trata de desplegarlos lo más posible. Se cree que liberando superficie para que el humor se acomode, no le dará por saltar al vacío y rodar cara abajo. El sistema le funciona en momentos de baja tensión trágica, o en momentos de alta tensión no sostenida; pero para los demás casos, toda la curvatura del ojo no es suficiente. Lo bueno de Fernando es que puede llorar sin hacer ruido y no se le humedece la mirada en el proceso; así que yo puedo hacer como si no me diese cuenta.”

Otras entradas de su blog insinúan que es precisamente la inevitabilidad de su ternura la que le hace quererle como le quiere, porque la vulnerabilidad sentimental de su novio le hace sentir con acceso a lugares a los que el resto de los hombres nunca le han dejado llegar.

Elena, como todo bicho viviente, no era tan sencilla como una película de Hollywood. Y aunque la conmoviese el ablandamiento, sabía que el deseo no hacía migas con la debilidad.

David Brooks -columnista conservador del New York Times- aduce que la industria cinematográfica y, a la sazón, de entretenimiento se ha conjurado en contra de Darwin para convertir a sus héroes en personajes inseguros e inadaptados que salvan ciudades tirando de creatividad y conquistan mujeres a fuerza de ser sensibles. Para él, estos ejercicios de debilidad de carácter, de alter egos de escritores con complejo de inferioridad, atentan contra la libertad de mercado. Sugieren sutilmente las comedias románticas y las series adolescentes que puede no siempre ganar el más fuerte, sino el que guarda en la recámara algún superpoder como el de la capacidad de expresión.

Elena odiaba los argumentos liberales, pero a veces echaba de menos perder el control. Hubo un tiempo en el que tuvo miedo de verse enganchada a las emociones fuertes como ahora lo estaba al exhibicionismo.

Recién cumplidos los veintitrés años, Elena conoció a Keith en una fiesta en Barcelona. Keith era un norteamericano cinco años mayor que ella que estudiaba su segundo curso de máster en España. Elena no pudo encontrar nada de atractivo en él cuando este se presentó de improviso agarrándola de la cintura con una de sus carnosas manos. Tenía Keith una complexión extrema, de adolescente obeso que había cambiado grasa por músculo en días enteros de gimnasio. Se movía como un animal, como un toro bravo escapado de un encierro. Poseía una intuición y una despreocupación que rallaba en dejadez, hijas de una corpulencia descomunal. Hablaba muy buen español, y lo hacía con la coyuntura arquetípica de americano universitario, envuelta en un sinfín de silogismos en el que cada frase se desprendía lógicamente de la anterior. Aunque Elena podía percibir la vaciedad de contenido, también podía notar el peso de la estructura, un lenguaje de apisonadora contra el que no podía hacer nada. Parecía haber una conexión entre su desproporcionada arquitectura ósea y el bestial control de su verborrea. Mientras hablaba, sus enormes brazos se

lanzaban en su busca; y ella los esquivaba tan bien como podía veinte centímetros más abajo. Algunas veces su agilidad no era suficiente y Keith conseguía tirar de ella, abarcarla por unos segundos, y susurrar pegado a su oreja cómo le gustaría tenerla en su cama. Tras un tercer intento, Elena se zafó de él y volvió a su grupo de amigos, asqueada. Allí pasó una hora, alejada pero incapaz de no girarse y verle deshacerse a risotadas al otro lado de la habitación. Seguía sin ver en él nada de atractivo; si acaso su presencia mastodóntica le producía miedo, temor a sus hormonas. Desde donde estaba, tras su copa de vino blanco, la podía sentir copando el ambiente, sofocándola. Y cuando en un par de ocasiones sus miradas se cruzaron, la traicionó un escalofrío de invasión y duda. Para cuando se dirigió hacia la cocina, en la planta inferior, sus piernas temblaban con aprensión y esperanza de que Keith la siguiese. Elena se tomó su tiempo en la planta de abajo, llenando su copa con residuos de otras, temiendo su aparición e imaginándosela; pero alargando su estancia en aquel territorio de nadie.

Keith no se presentó en aquel reino de la incertidumbre. Se quedó arriba, cómodo en el vaporoso ambiente de sus propias hormonas. De hecho, para desconcierto de la chica, el norteamericano se disculpó por su comportamiento algo más tarde, cuando Elena comenzó a despedirse de amigos y desconocidos. El alcohol, le dijo, quizás las drogas, le hacían comportarse como un bicho, pero no quería que se llevase esa imagen de él. Keith la abrazó como una bestia humanizada, como un oso con corazón de gacela; y le insinuó que teniendo amigos comunes siempre podría visitar su página de *Facebook*.

Facebook es probablemente la mayor biblioteca del exhibicionismo y, en ciertos países, un fenómeno social con más adeptos que la Iglesia Católica en tiempos de la Inquisición. Constituye un álbum fotográfico público y una enorme herramienta de publicidad. Cualquiera que tenga una cuenta en la web, tiene la posibilidad de contar al mundo su lado de la historia, de cualquier historia. Millones de personas suben sus fotos a la red, y al hacerlo, eligen cuidadosamente el ángulo del espejo que les refleja. Como buen reducto auto-expositivo, la susodicha página es una de las más potentes herramientas de maquillaje que Internet ha creado, alimentando trasuntos de recreación de la realidad. Cuando los usuarios

actualizan sus perfiles lo hacen pensando en quien está mirando; flirteo social, amoroso, imponen una transformación de doble dirección, en la que no sólo se reedita la realidad, sino que en casos extremos condiciona la actividad social. Ciertos individuos sólo acuden a eventos o fiestas que puedan ser mostrados, o que expandan los horizontes y el interés general de su propia exhibición. A pesar de numerosos perfiles que afirman pertenecer a Greta Garbo o a Gene Kelly, el creador del dominio, Mark Zuckerberg, se ha propuesto formalizar el espacio y perseguir el fraude, la invención y la falsedad para sacarle a su página usos empresariales y sociológicos. Muchas empresas ya visitan los espacios de sus candidatos considerándolos una herramienta más potente que los psicotécnicos para examinar los riesgos potenciales de sus empleados. Probablemente estén en lo cierto y sea el ángulo en el que colocamos el espejo más importante que el espejo en sí mismo. Entre las ambiciones de Mark Zuckerberg, está la de entender los flujos de la estructura social; pretende dibujar un mapa de dependencias que prediga ciclos migratorios o que calcule cuantos amigos te separan –o te acercan- de un completo desconocido. Lo que sí que es capaz de hacer Facebook por ti es predecir con gran exactitud en qué otros miembros pudieras estar interesado, gracias a bucles informáticos descritos por quiénes son tus contactos, los contactos de tus contactos y su edad o situación geográfica. Por el momento se trata de una base de datos, pero la creación de programas que manejen e interpreten esos datos puede multiplicar las posibilidades de interconexión en Internet. Y que los vínculos tengan consecuencias en la vida real -como en las páginas para encontrar pareja- es sólo cuestión de tiempo. En los buscadores de amor, las combinaciones están limitadas a cuatro o cinco factores de búsqueda e influencia; pero la potencia de las bases de datos es multiplicable por tantos campos e intereses como el creador sea capaz de organizar.

De Facebook a Elena sólo le interesaba la exposición pública y cómo alimentaba el morbo y la clandestinidad en el observador. Había algo de mórbido y patético en la persecución de conocidos y desconocidos, y un elemento de placer también. Sería demasiado estúpido reducir ciertas comunidades de Internet a un asunto de progresiva disociación social, así como hablar de personas que prefieren ser espectadores a actores. La

herramienta tenía éxito porque respondía a la avidez humana por adquirir información y compartirla.

Elena dejó de leer por placer a los quince años, pero el principio que la mantenía unida a una red de ex-compañeros y jóvenes profesionales en la red era el mismo que el que empujaba al cine o a la literatura a otros individuos. Las historias, ficciones en papel o espejos en la Red, ayudaban a llenar los espacios en blanco su personalidad, sedimentando un recuerdo que nunca estuvo allí. Observando otros reflejos, a diferentes distancias y de diferentes intensidades, se sentía más capaz de construir una identidad hecha de referencias, como todas las identidades. Elena podía consultar fotos de gente con la que ni siquiera había hablado, individuos que sólo conocía de vista, de andar por los pasillos, con los que chocaba accidentalmente en la biblioteca de la facultad; o podía acosar virtualmente a chicos por los que sentía cierta atracción física. Y todo ocurría en la oscuridad de su cuarto, desde la soledad de su portátil. No en vano, rumores de programas que desglosaban la lista de visitantes de cada perfil siempre estaban al cabo de la calle. Una compañera de piso de Elena en último año de facultad, sufrió una crisis de ansiedad aguda cuando leyó sobre uno de ellos. Temía la chica que su acosado particular supiese cuantos días y horas de navegación había dedicado a su reflejo.

De hecho Daniel -o Fernando- era sólo el contacto de un contacto dos años atrás. Su novio era uno de esos individuos que la miraban discretamente en la biblioteca o en la cafetería, pero que eran incapaces de mantener la mirada cuando ella se la devolvía, una mota de polvo en el mapa de dependencias personales de Mark Zuckerberg.

Dos días después de graduarse y con su título en Ciencias de la Información debajo del brazo, en mitad de la común crisis en estudiantes que dejan de serlo, Elena entró en el perfil de Daniel, como entró en los de todas las otras motas de polvo de su promoción, en un ejercicio de nostalgia precoz, de jubilación anticipada.

Gran parte del espacio era una copia de una copia: una sucesión de ojos enrojecidos por el alcohol, besos y abrazos de chicas de piernas largas –de esos que mejoran el concepto que el visitante tiene del exhibicionista- y actos de tierna inmadurez derivados de los dos primeros tipos (a la sazón, individuos trepando árboles, hombres jugando a pelearse y mujeres

andando descalzas, privadas de sus tacones, a la salida de locales y discotecas).

Mentalmente preparada para abordar una historia que sonaría a la misma que la anterior, Elena llegó al dominio de Fernando. Las primeras imágenes obedecieron a la predicción; pero antes de abandonar el perfil, pinchó en una etiqueta que leía “Mi hermano y yo”. El clic del ratón introdujo una sucesión de fotos más familiares, menos preparadas, más íntimas. En ellas, Daniel abrazaba a un chico ocho años menor que él; y los dos reían a pierna suelta mientras hacían deporte o festejaban cumpleaños. Tardó Elena en comprender por qué, en muchas de ellas, alguno de los hermanos dibujaba formas complejas con las manos, por qué la cámara congelaba significados que se le escapaban.

Obviamente, el hermano pequeño de Daniel era sordomudo, o mudo por lo menos; y Fernando había aprendido a manejarse en el lenguaje de signos. A pesar de parecerle necesario como medio de comunicación y habilidad mínima para la convivencia familiar, Elena creyó enternecedor el esfuerzo. Probablemente, se dijo, hablar con él sería el único propósito y satisfacción de colocar estratégicamente las manos; pero por sí solo, había sido suficiente acicate para Daniel. Durante unos segundos, dudó de si sería Fernando el sordomudo, y no su hermano; pero enseguida vinieron a su mente imágenes de aquel desconocido por conocer respondiendo preguntas en alguna clase en la que coincidieron.

Muchas de las fotos tenían una leyenda en la parte inferior con el título de la foto, en la que a cada palabra le correspondía un signo, a cada frase le seguía un apéndice de manos en distintas posiciones. No todos los símbolos eran estáticos; algunos gestos eran cambiantes, y su gramática escrita estaba hecha de flechas curvas o cambios abruptos de orientación. Elena se imaginó a Daniel traduciendo cada explicación al lenguaje de los gestos y las maniobras, perfeccionando su habilidad para dibujar manos a mano, figuras que requerían más de dos manos, manos en movimiento...Probablemente para Fernando no era más que una circunstancia, algo sin lo que no se imaginaba; y por tanto, nada digno de alabanza. Pero para el espectador, todo lo que escapaba a la experiencia propia era el Nuevo Mundo.

De la misma forma en la que viendo películas Daniel lloraba con cosas que no le harían inmutarse si le ocurriesen a él, Elena comenzó a construir

la imagen devuelta por el reflejo, desvestida de toda condición, con una pureza que no existía en la realidad.

En la vida, todo factor estaba influenciado por otro. No había amor sin contaminar, ni esfuerzo sin ambición. Nadie se libraba de la tirantez; y la presión generaba sentimientos contrarios que eran el mismo. La superación se solapaba con la envidia, la educación con la moral, y el deseo con la dependencia. La cadena se reciclaba indefinidamente en una línea de comandos que se expandía en todas direcciones. Todo estaba tejido en una red de infinitas influencias, superpuestas en el puzle social, en el laberinto de opuestos.

Sin embargo, *Facebook* padecía el síndrome de los telediaris, el mal de *Youtube*. Bajo sus focos, todo se deshivnaba, todo se purificaba en los tamices de laboratorio. Sus reflejos cosquilleaban el cerebro, como una droga, porque los mensajes intencionados desenmarañaban las redes de influencias.

Elena entendía bien las relaciones entre el amor y la ficción. Desde los quince años se sentía atraída por Ross Geller -paleontólogo y amigo en la serie *Friends*. No solamente la ternura del personaje -afrodisiaco recurrente para Elena- le hacía necesariamente atractivo. La ficción le dejaba observar desde todos los ángulos, y el montaje rompía las reglas del conocimiento. No sólo podía verlo tomar café, sino en pareja y en el trabajo. Lo espiaba en plena evolución, con capítulos especiales; flashbacks a la niñez, pubertad y adolescencia. Y lo observaba con la simplicidad del espectador, del que mira a alguien a quien nunca ha conocido en persona, porque no existe; de quien nunca se ha tenido que fiar y por el que nunca se ha sentido defraudado. La nitidez de la presentación y la linealidad cómica del personaje -animal de costumbres exponencial- creó en ella un fantasma, una idealización que la perseguiría por mucho tiempo.

Elena era consciente del proceso. Por aquel entonces ya había comenzado a escribir las primeras entradas de su blog, y también a recibir sus primeras respuestas. Pero a pesar de entender que la identidad era una imagen que forman los demás y que la realidad era más compleja, no pudo evitar interesarse -enamorarse vendría después- por Daniel, o acaso su propia recreación.

Hasta este preciso momento, las 15:27:23 del viernes veinte de junio de 2008, Elena no ha vinculado su blog a su perfil de Facebook o viceversa, ni ha especificado en él sus apellidos o los de Daniel –Fernando-. Probablemente se trate de un intento por mantener los factores separados, por separar necesidades exhibicionistas de seguridades domésticas, por fomentar la pureza de los sentimientos y por controlar la contaminación que determinadas acciones infieren sobre otras.

Elena consiguió su primer trabajo en Territorio Político, una redacción digital con treinta periodistas en plantilla. La publicación era un grano más del epitelio internauta, un modelo empresarial de malabares punto com. Todos los empleados eran el mismo, porque los redactores eran oficinistas, becarios y empleados de recursos humanos. La estructura empresarial, descentralizada; y la economía interna en un permanente coqueteo con financiaciones de crédito. Todo en la oficina tenía un aire de improvisación, un sello de contingencia y una decoración precaria que amenazaba mudanza. Cajas, papeles, ordenadores, densidad y falta de luz.

Elena había mandado su currículum a diestro y siniestro. Toda la prensa escrita y la verbal de Madrid, Barcelona y Valencia tenía sus credenciales, así como otras cien redacciones internacionales y multinacionales de la información. Elena calculaba que, de todas las empresas por las que mostrase interés, sólo un diez por ciento respondería positivamente. De entre los primeros contactos, sólo la mitad de los interesados le ofrecería una entrevista; y finalmente, una de cada tres entrevistas acabaría en oferta.

Ésos eran los números que ocupaban su mente mientras enviaba incansable sus datos, mientras imprimía o enviaba su currículum vía email. Bajo formato de carta estándar, valiéndose de una plantilla, ofrecía sus servicios a cincuenta empresas a la hora.

A pesar de sus porcentajes, de su parafernalia mental, Elena veía en el proceso una suerte de relación mágica, de teorema oscuro de azar de computadora. Una vez que el e-mail salía de su bandeja y hasta que alguien lo respondía, se abría un período más allá de su control. Por lo que ella sabía, podría haber sido un ordenador, una entidad arbitraria, la que devolviese las respuestas en base a oscuros porcentajes, a cálculo de probabilidades. A veces, en la comezón de la espera, se le llenaba la cabeza

de sombras deterministas y le daba por pensar que no eran personas, sino máquinas las que analizaban sus datos. Los exámenes informáticos podían aceptarla o rechazarla en base al interlineado del currículum, al formato de la fuente o a la densidad masiva de la letra contra los espacios en blanco, porque los criterios serían tan adjetivos como el software estuviese programado para analizar. Su documento era una tarjeta agujereada, un patrón de costura de la Revolución Industrial; pero ella desconocía el programa de los telares, y no tenía control alguno sobre el dibujo final. El trazado definitivo le llegaría por email, positivo o negativo, devuelto como el final de un algoritmo reducible a secuencias binarias.

Enviar un currículum era como encerrar una mosca en un cubo de cristal de un metro cúbico: el movimiento se volvía errático e impredecible; pero observable. Con sólo una respuesta de la que preocuparse, los tempos eran susceptibles de análisis. La tardanza, la estructura de la contestación y la longitud de los párrafos parecían transmitir el funcionamiento de la empresa, sus rutinas burocráticas y el reparto de roles. Sin embargo, cuando enviaba credenciales a discreción, los insectos atestaban el cubo, y se volvía imposible inducir la trayectoria de ninguno. A cambio, los movimientos de la masa se hacían analizables, tabulados por las tarjetas agujereadas de los telares, como los porcentajes de Elena. Para ella, las probabilidades obedecían patrones fantásticos, porque en la mente humana la persecución de la trayectoria y el análisis del enjambre no podían ocurrir al mismo tiempo. Era ahí, en la frontera del pensamiento, donde el cerebro admitía la magia y la onda se colapsaba.

Elena era razonablemente feliz en la redacción de Territorio Político. Se sentía útil de una manera en la que nunca se había sentido antes; necesaria y necesitada. Como cada fuerza aplicada era devuelta con la misma intensidad en sentido contrario, Elena comenzó a sentir una insatisfacción que no volvería a abandonarla hasta el día de hoy, cualquiera que fuese su trabajo. Tenía la convicción de que todo iba demasiado despacio, de que no le encargaban artículos suficientemente importantes. La repateaban los lugares comunes, la repetición cíclica de las noticias y la cortedad de las interpretaciones. A ella le dolía la verdad, porque hasta allí llegaba su sistema nervioso; y estaría dispuesta a infiltrarse bajo la misma dermis para

investigar el origen de las historias. Pretendía remontarse al principio, al gen mismo de los conflictos, que en la mayoría de los casos había empezado a enlazarse siglos atrás. Si fuese necesario, viajaría milenios en el tiempo para revelar el relativismo que lo empapaba todo; porque todas las actitudes se desprendían de algo anterior, se encadenaban en un beso sofista de acciones y reacciones. Elena creía en la empatía, en su capacidad y en la de otras personas de imaginarse siendo otra.

Pensaba que si se educase empáticamente a una nueva generación, en vez de alimentarla de himnos y de pancartas, tal vez la nueva camada tendría algo que decir. A veces, cuando escuchaba de alguien que había cruzado las fronteras de su propia ideología, a Elena le daba por llorar; no como lo hacía Daniel, sino ruidosamente, con una satisfacción más profunda que la de una carcajada. El peso de su lógica humanística la rompía por dentro y una tímida esperanza se apoderaba de ella.

Pero contra todo su idealismo de imperdible, estaba la maquinaria de la producción. No había lugar para la opinión en la prosa de molde y en la sintaxis noticiara; porque la profesionalidad periodística iba de dejarse la personalidad en casa. Tenía fiebre articulista, ansiedad editorial, pero estaba condenada a las reseñas. Necesitaba avanzar, complejizar su trabajo; si bien temía que el progreso no fuese suficiente y hasta la más astuta de las opiniones le supiese a anuncio clasificado. La asustaba que su rebote insaciable no tuviese dirección cuando presentía el mismo vacío así fuese redactora jefe. Aunque odiaba los berrinches de *enfant terrible*, sospechaba que su descontento abismal tenía mucho de inquietud de quita y pon. Quizás necesitase vivir a disgusto, con resentimiento, para no pensar en sus propios límites.

Mientras se hacía a la idea de que, pasase lo que pasase, siempre se sentiría insatisfecha de una forma u otra, comenzó a descubrir la existencia de un nuevo placer a su alcance. La exhibición pública, Internet, la ayudaba a cauterizar sus heridas, a amansarlas en un ritual escapista. Para sus visitantes era ella simplemente Elena, anónima a todas luces, pero influyente. Y personal. Comenzó su andadura colgando todo lo que se guardaba en noticias y artículos, liberándose de todo cuanto la quemaba dentro. Para su desazón, lo que la quemaba dentro parecía no chamuscar a nadie más. Sus reductos idealistas no interesaban en el mundo del

exhibicionismo. Y aunque al principio se sintió herida, poco a poco fue jugueteando con otros resortes. Por cada uno de sus hechos dolorosos, de sus verdades como puños, liberaría una intimidad para reclamar la atención de sus lectores. El pacto tácito reclamaba la entrega de una prenda por cada conflicto mundial, por cada guerra descubierta.

Abandonó el frío mundo de los hechos y abrió tímidamente la ventana a individuos invisibles, que leían en silencio desde la oscuridad. En ratos libres escribía sobre la vida en la oficina, escudriñaba a sus ocupantes y describía su evolución como si de personajes se tratara. Era un movimiento impúdico, que atentaba contra su naturaleza idealista y sus prevenciones morales. Sin embargo, jugar con el morbo de su parte le daba una cabeza de ventaja y asumir el mundo como era en vez de luchar contracorriente le resultó extrañamente satisfactorio.

“Carlos fue mi mayor apoyo desde el primer día de trabajo. Cuando llegué a la oficina, hecha un flan, él me allanó el camino. Me sentó en un escritorio pegado al suyo y no pasaba una hora sin que viniese a preguntar cómo lo llevaba o si tenía alguna duda con la intranet de la empresa, si me sabía manejar con el sistema de archivos y si encontraba todo lo demás suficientemente confortable. Al principio me preocupó tanto boato, tan afinadas reglas de buena conducta, y temí un interés más allá de lo profesional por su parte.

Acababa de mudarme con Fernando a un piso en la zona de San Bernardo y no estaba para nadie más. Yo misma me forzaba a no ser demasiado amigable –sólo cortés y educada- con otros hombres. Siempre he considerado flirtear fuera de la pareja como una suerte de infidelidad de bajo grado. Y la oficina es el sitio menos indicado para bajar la guardia, pero también el lugar en el que eres más proclive a hacerlo.

Carlos sólo pretendía ser amable. Y no os engañéis: esta no es una entrada de amor o de ningún otro sucedáneo. Es simplemente una reseña de cómo cambian las personas.

Él era cinco años mayor que yo, a punto de cumplir treinta, y tenía una relativa responsabilidad en la empresa, equivalente a jefe de grupo. Sin embargo, a la hora de la verdad, en un proyecto *punto com*, se tiende a la disolución de la jerarquía y la redacción entera se comporta como una esponja, asumiendo responsabilidades asimétricamente. Todos teníamos

prácticamente la misma validez e importancia, y el sueldo sólo variaba en función de la antigüedad.

Carlos estaba casado y tenía una hija. Era un individuo crónicamente feliz que atizaba el sentimiento de grupo con su sola presencia. Agradable, jocoso y casi enternecedor, contaba retahílas domésticas y se mostraba orgulloso de las primeras palabras de su niña. En comidas de empresa, era el último en abandonar el local, y en el trabajo el primero en llegar a la oficina. Pero la amabilidad de salón duró hasta la entrada de la retribución por méritos. El movimiento de los directores despertó todos sus monstruos, todas las bestias que hibernaban tras la comisura de sus labios.

Carlos empezó a recordarnos su condición de jefe de grupo, a pisarnos los reportajes cada vez que nos hacíamos con algo que valiese la pena. ‘Elena’, me dijo el otro día, ‘nunca olvides quién está sobre quién.’ Me mordí los labios hasta hacerme sangre y vi cómo se marchaba a hacer mi trabajo. El muy cabrón empezó a andar encorvado, con la mirada clavada en el suelo, como si la solución a su desfachatez estuviese impresa en la moqueta.

Sin aborrecerse a sí mismo, Carlos continuó engullendo nuestras adquisiciones, devorando nuestros proyectos, comiéndose nuestro sueldo hasta que los directores plastificaron sus ventajas con un puesto de asociado. Se sintió entonces con potestad para humillar a subordinados y reafirmar su liderazgo como le viniese en gana.

‘No voy a consentir que nadie arroje una imagen de subnormalidad sobre esta redacción, y menos tú Elena’ –me soltó-. ‘Ya no puedes seguir con la tontería de que eres nueva, que ya tienes tres meses sobre tus espaldas. Y esto no es ninguna obra de ingeniería. Aquí sólo necesitamos que escribas como si tuvieses la ESO.’

El corrector ortográfico me había deformado el nombre de un disidente cubano, porque a los aparatos les da a veces por actuar a traición. Y desde entonces, un compañero me corrige cada texto en busca de desviaciones, a la espera de que el vocabulario del ordenador convierta unas celebridades en otras.

Carlos quiere que le odiamos, para que le resulte más fácil su papel de depredador dominante. Quiere que le tengamos asco para no sentir ningún remordimiento en tratarnos como putas. Si este excremento social cree que voy a quedarme de brazos cruzados, va listo.”

Elena se sorprendió ante la avalancha de respuestas que aquella entrada recibió: muestras de ánimo, historias paralelas, recuentos de terror laboral y, sobre todo, consejos para acabar con la vida profesional de Carlos. Desde fingir acoso sexual hasta tratar de desfigurar su propio trabajo desde la red de la oficina, desde borrar sus archivos hasta más habituales y menos sutiles actos –como rallarle la carrocería o pincharle las ruedas.

Elena había abierto una lata de gusanos, pero aquellos gusanos aumentaron el número de visitantes como ninguno de sus pensamientos sobre eficiencia energética lo había hecho.

Incómoda por motivos obvios en el trabajo, se dijo que no perdía nada por conspirar silenciosamente en contra de Carlos, en parte para mejorar su situación en la redacción y en parte por mantener vivo el interés, por el placer de contarlo. Como en ciertas comunidades de *Facebook*, Elena comenzó a observar, escuchar y actuar para luego poder colgarlo. El blog dictó sus acciones, otorgándole gálibo para ser juez y parte de sus noticias.

Lentamente, las horas de trabajo se le volvieron internautas y empezó a ocultar el navegador con la ventana del procesador de textos. Cuanto más material publicaba, más descuidada se volvía y peor cubría sus tejemanejes; pero por más que las miradas desaprobatorias de sus compañeros le acelerasen el pulso, siempre volvía a su segundo *trabajo* por resultarle más provechoso que el primero.

Los visitantes supieron de primera mano que en el equipo de al lado había rumores de romance y comprendieron que las mujeres de los directores tiraban de fondo de empresa para financiar la peluquería y los billetes de avión. También sabían los seres invisibles que Antonio había comenzado los trámites de divorcio o que la hija de Lucía tenía leucemia y su madre no podía escribir dos frases seguidas. Nada la frenaba si así podía aumentar su lista de adeptos, su poder de influencia. Porque -al fin y al cabo- todo se reducía a eso: a sentirse necesaria y a afectar la vida de los otros. Sin embargo, toda víctima, todo compañero desnudado con hipervínculos, carecía de nombre; porque los enmascaraba bajo apodos ficticios, bajo pseudónimos irreconocibles.

Elena se olvidó poco a poco de trabajar y concentró todas sus energías en la voz de sus propias historias. Desbordada por los acontecimientos e

incapaz de hacer frente a su mandamás particular, se dedicó a lamerse las heridas dejándose observar por otros. A pesar de su promesa de hacer frente a Carlos, la misma actitud dubitativa e irresoluta que la atenazó en la cocina esperando a Keith -temiendo que apareciese- la agarró por la cintura y la sedujo hacia fronteras más allá de la negación, en las que no tenía que enfrentarse a los acontecimientos. Elena, sentada en su silla, amarrada a su escritorio, escribía a una velocidad inaudita, describiendo cómo las tensiones recorrían circularmente las mesas de la oficina. Bastaba con que alguien introdujese un elemento de desaprobación, una mueca de desagrado, para que regueros de gestos atravesados recorriesen los equipos a lo ancho y largo de la oficina.

Las sonrisas, sin embargo, tenían menor popularidad; morían en intercambios bilaterales en vez de ocupar la oficina en riachuelos de pequeñas venganzas, desaparecían sin reparto de cargas.

Tardaron mucho en darse cuenta de su falta de productividad en la oficina. La retribución por méritos hacía que todo el mundo matase por trabajar más, por cubrir los pinchazos de los demás aquí y allá; y para cuando se empezaron a preguntar quién dejaba trabajo sin hacer, Elena había tomado ya la decisión de no volver a la redacción. Un día apagó el despertador, y volvió a dormirse sin el menor complejo de culpa, admitiendo las consecuencias de sus actos como una adulta sin solución, liberándose de una carga que no le pertenecía.

Tardó una semana en decirle a Daniel -o Fernando- que nunca volvería a trabajar en Territorio Político y que se sentía determinadamente feliz por ello. Decidió dedicar un mes a su blog, escribiendo desde casa como antes lo había hecho desde la oficina, entregada en cuerpo y alma a desvestir amigos y enemigos, viviendo de lo que había ahorrado tras cinco meses de trabajo. Elena no tenía miedo al futuro, a no encontrar otro trabajo. No se agobiaba con responsabilidades porque históricamente éstas habían salido a su encuentro, sacándola de donde quiera que estuviese para devolverla a la realidad. Por un tiempo escribiría, buscaría la verdad en ella misma si hiciera falta, con tal de mantener su pequeña comunidad de adeptos, de individuos que la necesitaban de alguna manera.

Durante sus cinco meses en Territorio Político, Elena había sufrido las de Caín para hacer amigos. Sólo Marta, una novata como ella, había compartido los sacrificios de la adaptación al ambiente de trabajo. Era una portuguesa habladora, de padres españoles, que arrastraba incómodamente todas las consonantes a pesar de gesticular como una jabata. Tenía un acento indescriptible y una forma de hablar que Elena nunca había escuchado antes. A pesar de ello, Marta se expresaba con una naturalidad fuera de lo común, como si hubiese reinventado el castellano y esperase que todos los demás deformasen su dicción para asimilarse a ella, para hacerle sentir como en casa. Era también dolorosamente hermosa e inesperadamente atolondrada. Nada hacía suponer que Marta supiese hasta qué punto era atractiva y se comportaba a veces como si estuviera más allá de lo sexual, cómo si el deseo no fuese con ella y tuviese cosas más importantes en las que pensar. Se la veía obligada a hacer cosas en vez de libre para tomar decisiones. Había en ella una sumisión adolescente y una determinación infantil ante la vida. En cierta media, Elena veía algo de sí misma en la debilidad de Marta y empezó a quererla como a quien se cree en desventaja. Al observar a la portuguesa, se veía a sí misma reflejada, retrocedida en el tiempo, estancada para siempre en la piel de una adolescente.

Elena la invitó a tomar café una semana después de negarse a volver a la oficina y Marta aprovechó para llevarle sus cosas, que cabían holgadamente en una bolsa de Zara.

La portuguesa la abrazó, suponiendo que la renuncia habría tenido consecuencias traumáticas para la fugada y creyéndola en un laberinto de inseguridad y de desengaño.

Elena comprendió cuanto pasaba por la mente de Marta y, si acaso, aquella muestra de empatía le hizo apreciarla más, le hizo darse cuenta de que no había muchas *Martas* en el mundo de las retribuciones por mérito, porque los *territorios políticos* lo envenenaban todo.

Para cuando se sentaron en el sofá, con la tele encendida y sin volumen –hilo musical de la era de la información– ambas se sentían unidas por una amistad de años, atadas por la verdad de unos hechos sin memoria y dulcemente envenenadas por el conocimiento mutuo.

Rieron durante horas burlándose a sus compañeros en Territorio Político, imitando el tartajeo desbordado de Marisa y la risa traicionera de

Carlos –traicionera porque le atacaba cuando menos la necesitaba, tras humillar a alguien para agudizar su liderazgo heterónimo. Se rieron de su inutilidad internauta, y de cómo pedía ayuda para subir sus propios textos al servidor; de su miedo a equivocarse, de dejar erratas que le persiguiesen.

Daniel llegó más tarde del trabajo. Aunque hacía frío y había vuelto andando a casa, le sudaban todos los poros de la piel. Fernando transpiraba crónicamente con memoria deportiva. Los años de ejercicio le humedecían el rostro cuando menos se lo esperaba, como si su cuerpo recordase las horas de esfuerzo y llevase sus propias cuentas de quema de hidratos. Se quedó en la puerta del comedor, de pie entre exudaciones recurrentes, extrañado de que hubiese visita y visiblemente conmovido por la belleza de Marta. Elena, la fugada, encontró gracioso y evidente a Daniel, concentrado en mantenerse discreto y educado, mirando a una y otra alternativamente mientras hablaba, tratando de no parecer sobrepasado por la deliciosa timidez de la portuguesa. No podía sentir celos, porque su novio no estaba hecho para las bajas o las altas pasiones y la portuguesa era demasiado inconsciente de su propio encanto como para ser peligrosa. Así las cosas, cenaron sentados en suelo, huyendo a propósito del sofá, devorando perritos calientes.

-Elena, no sabes cuánto te envidio –soltó Marta con el último bocado aún en la boca-. Tienes más valor del que yo tendré en años, aunque dedicase el resto de la vida a entrenarlo. Si algún día me diese por apagar el despertador, luego me sentiría tan culpable que acabaría yendo a trabajar a todo correr, con el corazón en la garganta.

La fugada sonrió, cómoda en el papel de heroína de cartón piedra, y besó a la portuguesa tirando levemente de ella en un abrazo amorfo de bienvenida.

-No digas eso, tonta. Si aprecias lo que he hecho es porque también está en ti en hacerlo. Probablemente no estés tan disgustada con la oficina como yo lo estaba. Eso es todo.

Elena se sintió afortunada, como si hubiese encontrado una familia que buscaba hacía tiempo. Para cuando se retiró con Daniel al dormitorio, Marta se hizo un ovillo en el sofá tapándose con una manta de avión y, antes de que pudiese escuchar a la pareja haciendo el amor en el cuarto de al lado, se quedó profundamente dormida.

A falta de un jefe al que responder, Elena concentró todas sus energías en describir cuanto tenía a su alrededor. El mundo se había reducido considerablemente. Marta la visitaba a menudo, trayendo tartas, bizcochos y noticias desde las trincheras del trabajo remunerado.

Daniel seguía callado, como siempre lo había estado, amándola desde el otro lado de la palabra. La fugada tenía curiosidad por saber qué pasaría por la cabeza de Fernando, sospechando que quizás tras el silencio sólo hubiese más silencio, pero intrigada por la posibilidad de un torbellino de pensamientos, un mundo interior complejo que sólo pudiese resolver sobre ella, entregado al amor matutino.

Excepto por los viajes a la cocina, Elena dedicaba todo su tiempo a actualizar la página, a intentar explicar su mundo mínimo al resto de la Tierra. No se daba cuenta de que Asmera la estaba esperando. En el pandemónium de las decisiones súbitas, a la fugada se le escapó que un imán invisible tiraba de sus dedos y la hacía escribir contra sí misma. Aún no había entendido que la agresión de los teclados se le hincaría en la carne como un cilicio; y que cuanto más pulsase más le dolería.

Elena retaba al ordenador a ver quién parpadeaba antes, porque se pasaba días enteros enfrentada a la pantalla. A pesar de su esfuerzo por recordar todo cuanto hubiese ocurrido en el último año y por trazar desordenadamente todas las circunstancias que la habían llevado hasta ese preciso instante, la fugada encontró en la ausencia de otras personas un tipo de soledad que nunca había experimentado. La mente, desocupada de relaciones personales, se revolvía sobre sí misma de una forma que Elena no podía controlar. A veces, concentrada en episodios laborales o escribiendo sobre Marta -que desde que fue por primera vez a tomar café a su casa se había convertido en referencia fiel en su blog-, la fugada notaba como sus pensamientos tomaban un rumbo propio contra el que no podía reaccionar. Era como estar borracha y consciente de la propia embriaguez pero sin posibilidad alguna de enmienda hasta que no amainasen los efectos. Cuanto más escribía sobre la debilidad de la portuguesa, más veía la propia: incapaz de enfrentarse a sus fantasmas, incapaz de confrontar a Carlos o de llevar sus aspiraciones humanísticas a la profesión, incapaz de parar los pies a norteamericanos de verbo fácil y de mano inquieta e incapaz

de frenar sus propios deseos de dejarse llevar a nuevos límites de exposición.

Elena veía en Keith las mismas manos con las que su compañera de pupitre arrugaba las hojas de sus libros, mellándolos levemente pero sin retorno. Aunque habían pasado dos años desde la noche en que conoció al norteamericano, aún tenía el perfume brutal de sus feromonas prendido en la piel. Sólo tenía que aspirar con profundidad para recuperarlo, porque aún la perseguía por el aire. En el ínterin se había enamorado de Daniel y vivía satisfactoriamente en pareja; pero no podía evitar que se colase en sus sueños de cuando en cuando para marcar su territorio. Así de incontrolable era el mundo animal, se convenció la fugada; y el pensamiento.

En soledad, la fugada se reencontraba con todo lo que trataba de borrar en la memoria; si bien a veces volvía agrandado tras años de letargo. La abordaban imágenes absurdas, hechas de fiebres del pasado. A veces era su madre la que volvía a morir en su recuerdo, y otras Keith tiraba de ella hacia lujurias invasivas, pasiones sin ternura.

Elena se sorprendió de la paciencia de aquellos dos agujeros negros, que habían esperado sin remisión durante los tiempos de ebullición para atacarla con la guardia baja. Decidieron agredirla en épocas de soledad, cuando podían hacer más ruido. En la habitación, en su cuarto de vivir, rodeada de filigranas de *Pladur*, Elena sentía un silencio distinto a todos los demás, como importado de una cámara acorazada. Zumbando en sus oídos, antimateria dentro de sus agujeros emocionales.

La fugada no pudo resistir la duda y se decidió a averiguar cuánto de diurno había en sus obsesiones. Uno de aquellos días de espesa soledad, bajó la tapa del portátil. Impulsándose con los pies hizo rodar la silla fuera del alcance de sus propias palabras y, cerrando los ojos, continuó la historia donde Keith la había dejado. Elena esperaba al americano en la cocina, alargando su paso entre bambalinas, jugueteando con los hielos y sirviéndose una copa que no era más que una mezcla de restos, una bomba de alcohol impredecible. No necesitó inventar el profundo sentimiento de rechazo que le inspiraba el norteamericano, porque lo llevaba prendido en la córnea y en las meninges. La fugada se dispuso a ver la escena de terror a través de los dedos entreabiertos de las manos; porque el desagrado salía

del mismo miedo bivalvo que la obligaba a quedarse, el mismo que la convertía en víctima de su propio morbo.

Keith apareció al final, cuando Elena estaba a punto de volver al piso de arriba y reanudar la fiesta. Aquel tipo descomunal de verbo intimidatorio prescindió de la palabra y se abalanzó sobre ella. La fugada permaneció allí, debatiéndose entre la reciprocidad de los magreos y la abstención, congelada en una mueca de repugnancia y excitación. Trató de controlar sus emociones extremas mientras recibía con boca cerrada los besos de Keith; pero el nudo de su rictus era el mismo que le apretujaba el estómago entre tensiones opuestas. Cuando el norteamericano la llevó a la primera habitación que no estaba cerrada con llave, ella se resistió más parlamentaria que militarmente, dirigiéndose a una lucha que ya había visitado en sueños. Keith trataba de desvestirla y de introducir sus enormes manos allí donde las prendas le dejasen. Cuando conseguía desabrocharle en botón del pantalón y bajárselo hasta las rodillas, ella fingía una mueca de disgusto e incomodidad, lenguaje corporal suficiente para avisar que había llegado demasiado lejos. Al devolver sus botones a la posición inicial, el juego volvía a empezar; y con él, las interminables fricciones, y las batallas análogas en las que cada vez iba concediendo más terreno. Su imaginación le sugirió que, al final, ambos alcanzarían el orgasmo sin haber llegado a desnudarse, perdidos entre incursiones por siempre preparatorias, desquiciados en un terreno extrañamente parecido al sexo.

Cuando abrió los ojos sintió un deseo desconocido, un impulso cardiovascular que circulaban por sus venas a embestidas, una tortura de latigazos sanguíneos que le hacía temblar las rodillas y sacudía sus piernas en fiebres de culpabilidad.

Elena se quedó en la silla giratoria, por miedo a no poder mantenerse en pie, esperando a Daniel en la oscuridad de la tarde. Cuando llegó del trabajo, la fugada no pudo dilatar la aguada. Se desplomó frágil sobre la cama, víctima de sus propios ardores y contagió a Fernando la imperiosidad afrodisiaca con una mirada débil, con un suspiro entrecortado de necesidad. A pesar del agotamiento, le susurró al oído las órdenes más flamígeras; trató de provocarlo con la esperanza de que se convirtiese en Keith por una noche. Si bien no estaba dotado para la efervescencia, Elena se apoderó de su novio como si no esperase volver a verle vivo. Tras el frenesí de los ritmos impuestos –al descargar todas las maquinaciones vespertinas- se le

fueron de una vez los dolores casi menstruales que le había traído el deseo tráfuga. Y cerrando los ojos, se durmió sin cenar.

A partir de aquel día, Fernando –o Daniel- comenzó a volver antes del trabajo y Elena continuó visitando los tormentos y los placeres de su fantasía. Con el tiempo, la culpabilidad se evaporó; porque entendió que no era a Keith a quien reverenciaba, sino a la imagen ambigua y a los tentáculos de la prohibición. Concluyó que no encontraría excitación alguna en la compostura descomunal del americano, aunque su recreación le envenenase los días, porque las fantasías emborronaban la cara y rellenaban la incertidumbre con deseos contrapuestos, con carne hecha de imaginación. Era el cerebro, que jugaba con las voluntades del cuerpo cada vez que la piel se despistaba.

Recorrió su propia invención varias veces durante aquel mes que le conducía irremediabilmente hacia Asmera. Antes de acostarse o enmarañada en preliminares, Elena rescataba las filminas de la espera en la cocina antes de acostarse; porque la recreación era una droga que la llevaba más allá del placer.

Cuando en una entrevista especial, Larry King le preguntó a Marlon Brando de dónde sacaba inspiración para sus personajes, Brando respondió que en realidad todos sus personajes eran el mismo; sólo que en algún momento, una decisión o una circunstancia les había convertido en lo que eran, cambiando una normalidad por otra. Hablaba él de cosas graves: muertes, asesinatos, golpes de destino o dolorosos pasados. Elena no había llegado tan lejos, pero al dejar la puerta abierta a las coyunturas del inconsciente sintió que era, en cierto modo, una nueva persona. Comprendió que nadie podía apagar el despertador y vivir con tranquilidad, porque los cambios en las manillas de la inocencia eran irreversibles.

La fugada continuó escribiendo, fiel a su sinceridad obsesa y a sus cataplasmas de la verdad. Cuando se le agotaron las rencillas laborales y los cotilleos de oficina, Elena se concentró en sí misma, porque conocía sus miserias mejor que las de los demás. El enorme rastro de insatisfacción que la perseguía desde los primeros días en Territorio Político monopolizaba sus pasos. La maquinaria del descontento se actualizaba periódicamente, porque la sensación de improductividad afectaba por igual a quienes no

hacían lo que querían y a quienes no hacían nada en absoluto. Y ella analizaba las paredes íntimas de la realidad para los seres invisibles.

Se dio cuenta entonces de que para ser verdadera –no necesariamente verídica- tendría que explorar lo que mejor conocía. Sus competencias tenían radio corto y sólo poseía certezas en el acorazamiento de *Pladur* y la convivencia amorosa. Comprendió, en definitiva, que tendría que hablar de sí misma y se lanzó pendiente abajo hacia innombrables estados de exposición.

Colgó en el blog su primer y único encuentro con Keith, describiendo el miedo equívoco y la mezcla absurda de sus sensaciones. La inmediatez excepcional de los músculos y sus ademanes de orangután no pertenecían ya al mundo físico, sino que se habían hecho concepto para perseguirla por las tuberías del deseo. La incertidumbre pasional de las recreaciones la agarraba de la cintura, de los brazos y de los pensamientos con la misma brutalidad despreocupada del americano. Los dedos como morcillas de Keith se le colaban por todas partes, convertidos en recuerdo inventado. Entre las últimas asignaturas de la carrera y los primeros conflictos laborales, había pasado por alto las intrigas de la imaginación; por lo que tras dimitir desde la cama, todas le cayeron encima a la vez. La fuga no sería un cese, Elena trataba de convencerse a sí misma, sino un principio. Mientras se desnudaba para los demás y pensaba en el paso siguiente, aprovecharía los rápidos hormonales del inconsciente.

Pese a su reticencia inicial, las fantasías se le hicieron inofensivas a fuerza de usarlas.

Con las intimidades reconstruidas superponiéndose a las domésticas, la fugada encontró en las pasiones duales un nuevo entusiasmo de alcoba; y las querencias en estéreo no parecieron incomodar a Fernando. Su novio disfrutaba de la convexidad de las motivaciones sin hacer preguntas, previsiblemente conforme con la nueva vehemencia de su relación.

En Internet, Elena no tenía miedo a ser explícita; incluso encontró placentera la descripción de los amores bipolares y sus encontronazos de ternura y obsesión. Protegida por la purificación instantánea del exhibicionismo, mitigaba la culpa frente al ordenador, como si la letra escrita ayudase a que los arrebatos diesen sus últimos coletazos. La fugada no encontró forma humana de responder a todos sus feligreses, porque su clientela aumentó exponencialmente con la llegada de los detalles de encaje

y liguero. El boca a boca y los emails en cadena distribuyeron su frenesí a través de la fibra óptica. Los hilos internautas y sus hipervínculos coparon los golpes de ratón, hasta que los días en soledad se volvieron insuficientes para responder a los comentarios. Si quería continuar examinándose en público, si pretendía añadir nuevo material, tendría que prescindir del compadreo de las preguntas y el jaleo de las aclaraciones. Su página se convirtió en un lugar virtual de reunión en el que cada cual, escondido tras la identidad traslúcida de su apodo, compartía sus experiencias. La terapia de grupo no tenía un perfil claro de interesado, pero el intercambio de Babel incrementaba la consciencia dicotómica de los sentimientos y se burlaba de su imposible linealidad.

Elena sospechó liviandad en los comentarios y falsedad en las respuestas; pero se dijo que las mentiras de los demás hablaban con más claridad de las turbiedades del corazón que realidades cristalinas. El menor amor a la verdad de *los otros* rellenaba los huecos de su alquitranado justiciero, y la sinceridad de sus certidumbres se desarrollaba entre aportaciones espurias; desarrollándose, extendiéndose a través de un sinfín de conexiones USB.

Cada noche al acostarse, Elena ardía en deseos de descubrirse aún más, de colgar una foto, de dejar una dirección de correo en la que ser contactada; pero la idea le resultaba tremendamente desafortunada por la mañana. A la luz de los despertares, le podía la responsabilidad y la amedrentaba la devastación futurible de sus necesidades. Aunque acompañada por Marta de cuando en cuando y apreciada más que nunca por Daniel -o Fernando-, la fugada coqueteaba con la soledad la mayor parte del tiempo. Su clausura polarizaba el día, le hacía amanecer conservadora por la mañana e irreprimiblemente exhibicionista hacia la noche, como si compartir el día con seres invisibles la transportase en un viaje diario hacia el mismo lugar. Aquel espacio no era otro que el lugar de la desnudez, de la incansable ambición de desvestirse poco a poco para su sociedad secreta, para su templo del culto a la verdad.

Una noche, contagiada de aquella fiebre de la exhibición, después de hacer el amor con Fernando, le sobrevinieron unas ganas insoportables de contarle todo, de exponerse brutal y dolorosamente también a su novio; pero le pudo la razón por primera vez en mucho tiempo. En vez de revelarse

visceralmente, como lo hacía para las masas internautas, se conformó con acurrucarse contra el pecho de Daniel y tirar maliciosamente del bello arremolinado alrededor de su ombligo.

A pesar de su conciencia catastrofista, Elena hervía en deseos de pasar a una nueva fase que agrietase el epitelio de su anonimato. Sin embargo, no quería que nadie la identificase, no quería que nadie relacionase su vida civil con los delirios de introspección que la ocupaban. Una foto era material flamígero –tanto como una dirección de email-, y no estaba dispuesta a que la apuntasen con el dedo por la calle. No sabía cómo se desenredaba el caos virtual sobre la hierba del mundo real, pero prefería los pronósticos a los hechos consumados.

Para su contrariedad, el mismo miedo que la atenazaba por las mañanas se evaporaba a base de horas de desnudez tecleada contra la pantalla plana de su portátil. Pero incluso al final del día, enajenada en plácidos intercambios con otros seres invisibles, Elena temía más por Fernando que por sí misma. No quería que nada de aquello acabase en sus manos; no había necesidad que nadie lo asociase con una loca del exhibicionismo, con una obsesa de la sinceridad.

Fue entonces, al mostrar Daniel síntomas de estar profundamente dormido, cuando la fugada se levantó de la cama y a oscuras trató de encontrar el pasillo, asegurándose antes de salir del dormitorio de que las sábanas se hinchaban y deshinchaban al ritmo de la respiración de Fernando. Para cuando levantó la tapa del portátil, rodeada de laberintos de *Pladur* que parecían extenderse cada vez más por las paredes del cuarto de vivir como lo haría una enredadera, Elena creía haber encontrado una solución temporal a sus ínfulas de fama en el reino de los seres invisibles. La fugada abrió esa misma noche una nueva cuenta de correo que no contenía referencia alguna a su vida real, fuera del alcance de sus querencias de carne y hueso. La cuenta de correo sería un apéndice del blog, formaría un bucle estanco, un mundo independiente capaz de sostenerse sobre sus propios pies. Confió ciegamente en la coraza, y dedujo que la pureza debía existir después de todo. Internet alcanzaría el cero absoluto si se lo propusiese, porque aquel bendito invento prevenía la contaminación con contraseñas y bloqueaba las ventanas emergentes. Antes de volver a la cama, Elena dispuso un enlace al nuevo correo en su blog de

amores duales; y tras bajar la tapa del ordenador, se dirigió de puntillas al dormitorio.

Cuando a la mañana siguiente abrió la cuenta de correo, los paralelismos la esperaban. En sus escasas seis horas de sueño había recibido no menos de cien mensajes. Muchos de ellos eran simples comentarios; opiniones o consejos como los que recibía en el blog a diario. Como era de esperar, un nuevo porcentaje de textos invasivos y decididamente obscenos comenzaron destacarse en el conjunto, aprovechando la nueva intimidad estanca.

Pasada la hora de la comida Elena no había podido leer ni la mitad de ellos, pero los cuarenta primeros mensajes resultaron suficientemente reveladores. Con una simple ojeada al resto de los encabezados, el muestreo delató las aberraciones que habría de esperar en el futuro –y sus múltiples formatos.

La fugada sabía que su servidor de correo le permitía establecer filtros para limitar la entrada indiscriminada de mensajes. Decidió entonces que no admitiría ninguno que superase las doscientas palabras, ahorrándose así descripciones casi escatológicas de individuos sin amor por sí mismos. En un arrebato de azar, Elena sólo dejaría entrar mensajes enviados en días pares, cuyo título empezase con letras de la *a* hasta la *e*. Contenta con un instrumento que neutralizaba más de un setenta por ciento de los correos, la fugada se dispuso a subir una nueva entrada.

Tras el enredo de las respuestas, las aclaraciones y los filtros, la fugada recuperó la paz de espíritu con exhibicionismo, narcotizada por su propia narración. Elena habló de Marta, de su estancamiento adolescente. La veía hechizada por las circunstancias, suficientemente acompañada por los ruidos de la calle. Repasó mentalmente todos los hombres que conocía, tratando de encontrar un descosido que deshiciese el encanto, porque haría falta algo más que un beso de amor para despertarla al sexo opuesto. Infirió que la chica necesitaría un mago más que un hombre, un tipo que le llenase la cabeza de pájaros; porque sólo accedería a sus pasiones fundamentales con el rumor de otras aspiraciones. Quizás no fuese tan difícil, quizás bastase con enamorarla con sublimaciones en vez de con hormonas.

Era cuanto menos significativo el modo en el que Elena compadecía a Marta; y la envidiaba también de alguna manera, como si ambos verbos fuesen dos caras de la misma moneda que se contaminaba mutuamente. Probablemente admiraba su invulnerabilidad ante los *Keiths* de la Tierra y no lo quería reconocer, porque la portuguesa sabría poner tierra de por medio cuando arremetiesen las fantasías. Si pudiese elegir, la fugada elegiría encender y apagar su libido como quien prende un aparato de radio.

Es difícil discernir quién atrajo a quién, pero tras meses de callada espera mutua, Elena recibió un mensaje de Asmera. La fugada había esperado aquel momento sin poder formularlo como pensamiento, porque desconocía que existiesen comunidades exhibicionistas. El email le llegó en plena fiebre expositora, en pleno desbarajuste virtual; y Elena vio la oportunidad como desarrollo lógico de su obsesión por ser observada. Una intuición devastadora nubló su determinación aventurera durante segundos, pero los imanes del desnudo tiraron más fuerte.

En los albores del cuarto día, la cuenta de correo invisible recibió una invitación que rezaba “ENTRA EN ASMERA”. Nunca había escuchado antes aquel nombre pero, como en una premonición telúrica, entendió que no podría hacer nada por escapar de él.

Querida Elena.

Hemos estado siguiendo tu evolución como blogger. Antes de nada, comentarte que tienes una capacidad de auto-exploración que nos encanta. También percibimos en ti una vocación brutal hacia nuevos tipos de interacción entre personas, lo cual nos interesa sobremanera aquí en Asmera.

Me imagino que te estarás preguntando quiénes somos y a qué nos dedicamos. Pues bien, somos una organización sin ánimo de lucro que trata de hacer un Arca de la Intrahistoria Contemporánea del Mundo. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que no tenemos una ambición de recuperar el pasado, sino de analizar el presente. Nuestro archivo empezó su andadura hace seis meses y durante este tiempo hemos reclutado toda una flota de bloggers como tú que mantienen un diario abierto en Internet.

Ya somos un Arca internacional con cuatro mil dedicados escritores y escritoras como tú.

Esperamos alcanzar un número base de cinco mil personas, de las cuales más de quinientos formarían parte de nuestra flota en Madrid. Este episodio-probeta durará dos meses, en los que almacenaremos una copia de todo el material que produjese, aparte del que ya has desarrollado.

No nos dedicamos al almacenamiento per se. Mientras tus visitantes incondicionales disfrutan de nuevas entradas, la organización de Asmera tratará de perfilar un mapa de vínculos interpersonales. ¿Qué quiere decir esto? Nuestros ordenadores almacenarán tus entradas, así como la producción de tus otros compañeros de proyecto. También, y aquí viene la parte importante, contrastarán tus palabras con las de los demás escritores, examinando posibles vínculos y lugares comunes entre vosotros. El resultado, según nuestros programadores, debería ser un entramado virtual al que sólo los participantes y la organización podrán tener acceso mientras dure el experimento.

Tras los dos meses de examen, aproximadamente el tiempo que tarda el programa en examinar veinte veces su memoria , el sistema volcará sus conclusiones en un mapa final que pretende descubrir patrones de comportamiento en el ser humano: bucles, repeticiones y sentencias algorítmicas.

Por supuesto, si finalmente decides entrar como participante en el proyecto, tus datos personales sólo serán manipulados por nuestro software y podrás continuar, si así lo deseas, bajo la protección del anonimato.

A cambio, recibirás un dividendo de las ganancias que generemos tras la publicación definitiva de nuestras conclusiones. Nuestros cálculos estiman quinientos euros mensuales, derivados de los ingresos publicitarios. Como puedes ver, nada de lo que vivir, pero un gesto con el que agradecerte tu contribución al proyecto.

Esperando tu respuesta,

El equipo de Asmera

El e-mail llegó en día par, y “ENTRA EN ASMERA” pasaba a todas luces el filtro de encabezados que no dejaba entrar nada más allá de la efe. Se sintió Elena algo culpable, por todos los correos importantes que no

podría recibir, pero aún vio necesarias las restricciones. La escala de las cosas era fundamental para lidiar con lo invisible. Muy al contrario, la fugada se congratuló de su suerte. Si el azar había dejado entrar el mensaje no sería ella quien lo rechazase. Casi no podía esperar a registrarse en aquel servidor de la exhibición y ya se imaginaba en contacto con una comunidad de amantes de la verdad, o de la mentira. Ensimismada como estaba en su propia desnudez se había olvidado del resto de galeristas, de expositores de su propia historia. Hubiese bastado teclear en Google cualquier palabra sugerente y azarosa seguida de *blog* para encontrar una cantidad extenuante de posibilidades, cada cual más impropia y evidente que la anterior. Sin embargo, ahora que Asmera había contactado con ella, prefería esperar como una niña a las clases en el nuevo colegio, incapaz de controlar los nervios, ansiosa por encajar en el grupo. Ya pensaría más tarde qué hacer con su economía; porque Madrid no estaba hecha para seres invisibles, y la promesa de dividendos irrisorios le hacía temer por su independencia. Cualquier cosa menos sentirse mantenida.

Al deslizar la barra de desplazamiento hasta el límite inferior, el mensaje reveló una dirección física, una calle estrecha y curva que salía de la plaza de San Ildefonso. Elena sonrió. Le gustaba ese Madrid, a la espalda de la Gran Vía. La fugada consideraba la Plaza del Carmen como un paradigma de bipolaridad. Un extremo se mantenía atado al trasiego de la vida pública y al azar de los pasos perdidos- o encontrados; el otro guardaba la más cerrada de las intimidades, el más tímido de los silencios. Entre manifestaciones de extremos, las calles machihembradas a su alrededor jugaban al escondite de los opuestos, contaminándose mutuamente como los sentimientos humanos y sus redes infinitas.

La casa de sus padres no andaba muy lejos. Se había criado a dos pasos del Palacio de Oriente, en una calle noble y residencial que desembocaba en Ópera. Era un espejismo de quietud, una probeta arrancada de alguna otra respetable ciudad europea y sellada al asfalto de Madrid. Cuando aún era pequeña, la manzana se complicó, porque a los hoteles de cuatro estrellas comenzaron a crecerles prostíbulos. Haciéndose mayor en aquel barrio, la fugada entendió cómo todo podía convivir en superficies mínimas, neutralizándose en funciones de opuestos.

De pequeña, la fugada amaba la protección de su casa, el modo íntimo en el que se cerraba sobre sí misma en torno a un patio interior. Sin

embargo, cada vez que pisaba la calle de la mano de su madre, el temor al bullicio de Arenal y Preciados levantaba en ella un cosquilleo de inseguridad e incertidumbre; pero también de aventura y adrenalina ambivalente.

Daniel era el refugio infantil hecho amor adulto, la querencia tranquila y las pasiones pausadas. Pero cuando pisaba el asfalto de la calle, la métrica de las tentaciones salía a su encuentro. Le turbaba la propia turbación, y la posibilidad remota de encontrarse con Keith en el bullicio de Gran Vía, lejos de la casa de sus padres.

Aquella tarde, Elena tomó el metro en dirección al centro de Madrid. Vivía ahora con Daniel en el extrarradio, en uno de esas pústulas urbanísticas que emergían de la noche a la mañana. La planificación causaba moratones urbanos, aunque nadie podía identificar los golpes generadores. Habitaba la fugada en un vergel de globalización, desprovisto de identidad, definido sólo por sus coordenadas en un GPS. Muchas veces, visitando amigos a plena luz del sol en urbanizaciones gemelas a las afueras de Cádiz o Valencia, Elena no podía ver la diferencia. Perdida en un mar de relativismo, la simetría y el calco velaban su sentido de la orientación. La ciudad imitaba a Internet, ofreciendo hipervínculos que llevaban de una ciudad a otra sin siquiera controlar el ángulo del reflejo. Al igual que *Facebook*, el crecimiento urbano le ofrecía la repetición de un cliché que raramente se alteraba.

Cuando la cadena de bucles se rompía y algo nuevo –desconocido– hacía aparición, la fugada no podía permitirse la duda, conscientemente incapaz de bloquear la novedad, deseosa de sentirse viva entre corrientes de cambio. Mientras viajaba atolondrada de parada en parada en busca de la certidumbre física de Asmera, Elena sentía la excitación de la ruptura del círculo, embargada por la satisfacción de saberse impredecible. En el fondo, tenía miedo a vivir la vida de otro; no quería despertar un día y descubrir que había repetido los pasos de alguien vulgar y obediente, de alguien que le recordara al sopor tóxico de un paseo por las calles de las urbanizaciones simétricas del mundo.

La fugada llegó al portal sin conserje que correspondía con las señas de la organización. La puerta estaba abierta y en el rellano una joven

ecuatoriana pasaba descuidadamente la fregona, silabeando canciones en un zumbido que se mezclaba con el que salía de los auriculares de su *iPod*. Soltó con dejadez su herramienta y, tirando de su minifalda hacia abajo con una mano y sacándose uno de los diminutos receptores de la oreja con la otra, le sonrió.

-¿Está buscando usted algo señorita?- preguntó la sudamericana con un largo silencio entre algo y señorita, dudando innecesariamente entre formalidades.

-Nada. Viví en esta casa hace mucho tiempo. Pasaba por aquí y he venido con ánimo nostálgico –mintió la fugada. No quería romper las barreras de lo virtual y hablar con individuos a los que prefería seguir imaginándose etéreos, virtuales. Sólo había ido allí a asegurarse de que existían, de que no eran una broma pesada, una perversidad hecha correo basura.

- Ha cambiado tanto esto –continuó-. Ya no vivirá aquí casi nadie. Seguro que la señora Francisca del segundo izquierda se acabó yendo a vivir a Alicante después de morirle su marido.

- Yo no sé nada. Sólo vengo a limpiar tres veces por semana. ¿Pero dónde ha dicho? En el segundo izquierda...No, en el segundo izquierda hay unos nuevos. Debe ser una empresa. Entran y salen todos con corbata. Y todo el edificio está molesto con ellos. Han obligado a instalar banda ancha. Ya ve usted. Si vienen los técnicos y te lo ponen gratis, pero la gente aquí es mayor y ponen pegas por todo.

- Normal. Hazte mayor y todo son problemas –Elena hablaba con el piloto automático, hablando sin decir nada, esperando a que la chica dejase caer algo más que satisficiera su curiosidad-. Seguro que los del segundo izquierda habrán levantado el parqué, con lo contenta que estaba la señora Francisca con su parqué.

-Sí, el otro día trajeron la moqueta. Yo no sé cómo la gente pone moqueta. Luego no hay quien lo limpie. Es un saco de pulgas. ¡Y como se caiga vino! Mira, no lo quiero ni pensar. Menos mal que yo no limpio ahí, que es otra.

Mientras la chica seguía hablando sobre las suciedades del mundo de la limpieza y bajándose la minifalda a cada frase, Elena desvió sutilmente la mirada hacia el panel de telefonillos. Casi todos estaban en blanco y los números de las casas vahídos, resacos contra la chapa ennegrecida.

Afortunadamente, la única etiqueta que se leía claramente estaba en el lado izquierdo de la segunda fila empezando por abajo. Leía ASMERA. Las mayúsculas en Times New Roman le daban una imagen de apresuramiento y temporalidad, de empresa aún en período de mudanza. Suficiente, se dijo. Esperó hasta que su interlocutora alcanzase las conclusiones y se despidió con una sonrisa de aprobación.

Elena se dirigió hacia el centro con la esperanza de probarse ropa sin comprarla. Si tenía que ir a la Gran Vía, la fugada solía tomar la espalda de preciados en dirección a la Casa del Libro. La plaza de Santo Domingo era uno de sus tradicionales puntos de fuga urbanos. Como en todos los refugios la amenaza fortalecía el sentimiento de cobijo; creaba un callado placer íntimo roto y compuesto por la inminencia del tráfico, la vida privada de las mujeres públicas de Montera y por el olor a orín. Días más tarde, mientras ojeaba revistas en una peluquería, Elena llegaría a las fronteras del reconocimiento, deslumbrada irreparablemente por una frase inesperada:

“Los placeres volátiles son el tuétano de las culturas aceleradas.”

Fue allí, en aquel útero urbano, donde la fugada vio por primera vez a Carlos fuera del trabajo, saliendo de una cafetería. Lo esperaba seguido de dos niños rubios con el pelo a tazón, con el uniforme del colegio de pago incluso en sábado. Lo presintió de la mano de su mujer, espléndida y delgada como una sílfide –como si a fuerza de parir retoños con el pelo a tazón se alcanzase una segunda juventud. Sin embargo de la mano de Carlos salió por la puerta un hombre pequeño y calvo de mediana edad. Parecían haber acabado una discusión muy larga, de las que dejaban sin fuerzas para hablar y sólo admitían leves caricias con la punta de los dedos durante un rato.

En un acto reflejo, la fugada hizo amago de agacharse y esconderse tras un coche, pero antes de entregarse a su reacción entendió inconscientemente que movimientos fuera de lo normal no le ayudarían a pasar desapercibida. Así pues, la fugada siguió avanzando desde el otro lado de la calle, tan erguida y casual como era capaz, con la mirada dividida entre las losas de la acera y su antiguo jefe.

Se sorprendió al no encontrar en sí misma rastro alguno de odio o rencor; dudó brevemente incluso si alguna vez había sentido repugnancia por aquel individuo que agarraba de la mano a otro más bajo, más calvo e indudablemente menos atractivo. Se le notaba inseguro, incómodo, sin fuerzas para reconocerse a sí mismo pero sin poder hacer nada cuando su acompañante tiró de él y lo besó casi violentamente. Era obvio quién llevaba la voz cantante en aquella relación, si es que había una, y ante la indomable insistencia de aquel individuo mínimo, Carlos sólo podía simular desapego con una impostada resignación. Aquella desazón silenciosa que lo dominaba le resultaba terriblemente familiar a Elena. Reconoció inmediatamente en el mordaz ataque del señor calvo la espinosa intransigencia de Keith y no pudo sino compadecerse. En un acceso de proyección, la fugada identificó todas las puertas de sus propias tentaciones con las de Carlos e intuyó en la analogía cómo sería la vida desde el otro lado del espejo. Las fantasías cumplidas se le antojaron una inversión irreversible de los factores. Y temió que por entregarse al placer ciego del mundo inconsciente todo se diese la vuelta como un calcetín, de forma que lo natural se convirtiese en poderosa fantasía y la fantasía en lugar del que huir, incómodo de habitar por más de una noche.

Toda la fuerza de los reflejos se le pasó por la cabeza a Elena mientras avanzaba con paso rápido hacia algún lugar fuera del alcance de los amantes extraños. Sólo se volvió a la altura del recodo que terminaba en la Gran Vía para comprobar una vez más la incapacidad de Carlos para huir, chocando una y otra vez con la superficie del espejo, empujando infructuosamente desde el otro lado para salir de la inversión.

Reconfortada por haber pasado desapercibida, la fugada se disolvió entre las calles de su ciudad, protegida por todo cuanto la amenazaba y reafirmada en su convicción de que los *sueños, sueños son*. Llevaba Elena una media sonrisa, una réplica feliz de la *Gioconda*, extasiada por el tierno tacto de las revelaciones. Se olvidó de sus seductoras intenciones de probarse ropa sin comprarla y sus pasos se perdieron por Madrid, que en la era de la información y la envoltura virtual, podría ser Praga, Tel-Aviv, o Budapest.

El espacio estaba cargado de hipervínculos, relaciones que distorsionaban la identidad y generaban una diversidad que era de todos y de ningún sitio al mismo tiempo, abierta al infinito círculo de intimidad y

exhibición que se propagaba en todas direcciones como una gigantesca señal *wifi*.

Aquella tarde, la fugada había quedado con Marta para ir al cine. La película, que resultó ser decepcionante, hablaba de la historia de amor entre un abogado recién salido de Harvard y una bailarina exótica. Rallando en la más absoluta simpleza del conflicto, el leguleyo no veía lugar para el compromiso con una stripper porque guardaba ambiciones de entrar en la fiscalía. Pero al final, con un amor excesivo a las pequeñas cosas, abandonaba los propósitos de carrera para formar grupo artístico con su pareja y vivir de ciudad en ciudad, en eterna trashumancia y constante exhibición física. A pesar de la ingenua sencillez de la comedia, Elena disfrutó sobremanera de un recurso narrativo repetido a lo largo y ancho del film. Cada vez que el guión necesitaba un cambio de población, o incluso de país, alguno de los protagonistas entraba en una franquicia internacional -*McDonalds, Zara, Wallmart*- y para cuando salía del establecimiento se encontraba a cientos o miles de kilómetros, *teletransportado* por la potencia electromagnética de la globalización.

Era lo mismo que Elena sentía cada vez que visitaba una de las urbanizaciones simétricas de España –o del mundo- que se desdoblaban por mitosis a las afueras de todas las ciudades. La fugada había visto el reguero de repetición que encalleciese los cimientos del mundo en la últimas dos décadas y la repetición de los perfiles de *Facebook* –hijos de un mismo padre-, cortados por un patrón decididamente occidental.

Sin embargo, le gustó la forma en que la expresión del problema creaba algo nuevo: el rumor cíclico de la materia daba a los personajes la posibilidad de viajar en tiempo y espacio, reduciendo veinte años de amor a hora y media de película. Se imaginó Elena lo agradable que resultaría si cada vez que necesitase huir de algo o de alguien pudiera meterse en las entrañas de un *mall* y amanecer en otro lugar, introducido mágicamente por las redes numéricas del hipervínculo. Para su sorpresa, la portuguesa andaba rumiando pensamientos similares después de salir del cine.

-Elena, ¿nunca te has levantado de la cama esperando encontrarte en otro sitio?-soltó Marta.

-A veces. Cuando estaba en el instituto, me despertaba por las mañanas con ganas de estar en un lugar distinto. Escapando de algo, supongo –la

fugada remató con sorna.

-¿De qué querías escapar tú, Elena?

-No lo sé muy bien. Me imagino que de volver a vivir la vida de otra persona, pero no lo tengo muy claro. ¿Sabes lo que quiero decir?

-Creo que sí. ¿Cómo se te pasaron las ganas?-preguntó Marta.

-La verdad es que nunca se me han pasado del todo. Pero bueno, lo mejor es aceptar las cosas como son en vez de intentar cambiarlas. Te da tranquilidad de espíritu saber que estás haciendo lo mismo que millones de personas han hecho antes que tú. Es inútil luchar contra la vida.

Elena sabía que había algo de verdad en la parrafada conformista que acababa de soltar, pero también sabía que nunca creería en ella; porque entre las repeticiones cíclicas también cabían burlas al orden de las cosas y a sus fases biológicas. Su fuga era prueba de que el sistema aceptaba perturbaciones y el caos programado existía. Sin embargo, no podía reprimir un impulso maternal, una necesidad incomprensible por mantener a la portuguesa ingenua e ignorante, feliz en la indocumentación. Se figuraba la fuga que sin aspiraciones bizarras y placeres por descubrir, Marta viviría más tranquila a salvo de las ambiciones volátiles y los tormentos de las culturas aceleradas. La relación entre las dos mujeres tenía algo de escabroso, porque desde fuera parecía la de una madre con su hija, si bien ambas eran de la misma edad. Sin proponérselo, Elena había encontrado un *retrato de Dorian Gray* en Marta, y no quería dejarlo escapar. La prefería inocente, inmaculada, incomunicada en la desproporción de su propia belleza. Quizás encontraba en Marta la nostalgia de sí misma, de su propia personalidad retrocedida diez años. Y mientras iba en busca de nuevas libertades, disfrutaba egoístamente de su alter ego, estancado para siempre en la adolescencia ingenua de su retrato.

Aquella misma noche, Elena ingresó en Asmera. Firmó el contrato virtual sin leérselo, llevada por el afán ciego de los golpes de ratón. Descubrió nada más entrar que la página no se diferenciaba demasiado del resto de portales que conocía, pero si algo tenían en común los espacios publicados era la incondicional necesidad de anonimato. Todos los invitados habían alcanzado un nivel paroxístico de exhibición, y la flamígera desnudez de las palabras ponía en peligro la supervivencia de sus relaciones personales. A diferencia de en *El Club de la lucha*, aquí ni

siquiera había que advertir de que la primera regla del juego era no hablar de él. La selección de los bloggers aseguraba la existencia paralela, accesible para los internautas pero insondable para quien pretendiese entresacar identidades, inaprensible para morbosos en busca de personificación. Todos los *escritores* deformaban las historias y alteraban los nombres de sus personajes, cuando no los suyos propios, convirtiendo sus textos en intimidades sin rostro, inalterados por las normas no escritas de la apariencia y la tenaza trepadora del decoro.

Su primera entrada en Asmera estuvo dedicada a los beneficios y desventajas de la globalización, a la mezcla de miedo y esperanza que le suscitaba. Habló de los McDonalds como máquinas del tiempo en el cine y la invasión de las urbanizaciones simétricas del mundo. Su propio miedo al avance de la automatización, afirmaba, le obligaba a mantener a Marta en la más estricta de las purezas, como si el experimento global de nuestra era tuviese enormes riesgos y la portuguesa fuese la única esperanza de repoblar la Tierra y devolver a la Humanidad a tiempos más comprensibles, donde los hombres no quisieran superar a Dios y se conformasen con vivir felices en el edén de la indocumentación.

La fugada jugueteó con la intranet de Asmera durante un rato. Formando parte de la organización se podía acceder a la trastienda, que guardaba borradores de entradas sin acabar y textos que los seres invisibles habían decidido sólo compartir entre ellos. Muchos de los documentos estaban protegidos con contraseña, complicando más aún las circunstancias y los límites de la interacción.

Había cuatrocientos veinte bloggers en Madrid, aunque Madrid bien pudiera ser Praga o Budapest porque Internet no entendía de fronteras físicas.

Elena abrió una cuenta al azar, una identidad secreta, dispuesta a comprender más sobre su propia desnudez a través de la desnudez de otros.

Ramón estaba en la letra erre, como era de esperar. Su blog era el resultado de cinco años de ratos perdidos y por la extensión del directorio de entradas se diría que Ramón tenía bastantes. El contador de su blog indicaba doscientas veinte mil cien palabras, material suficiente para llenar dos novelas jugosas. Tenía el diario de Ramón un desorden fabuloso y una aparente falta de intencionalidad refrescante. Sus palabras no querían decir

más que lo que decían y eso las protegía de la inocuidad, como si la verdad estuviese impresa en los malabares secretos de su prosa terca.

Elena sospechaba que Ramón sería un hombre de mediana edad, aunque no encontró referencia directa alguna a aquel dato. Había nacido bajo un pecado original, un peso original que nunca habría de sacudirse. Su padre era un físico de prestigio, un todoterreno del pensamiento al que nunca nadie hizo sombra allí por donde pasó.

Ramón fue un niño de mente inquieta y de sobradas actitudes y el acicate de una mente tan privilegiada como referente lo estimuló hasta la náusea. Su padre aparecía y desaparecía como los ojos del Guadiana, viajando a países remotos para inaugurar escuelas y universidades con su nombre. Cuando volvía, marcaba con una chincheta el lugar en el que el monumento o edificio se había levantado. El mapamundi en el que las clavaba tenía una densidad imposible sobre Europa, pero el abigarramiento y la obstinación de los alfileres de colores parecía ahogarse en los océanos y sólo tres chinchetas habían logrado cruzar a Colombia, Estados Unidos y Australia. El padre de Ramón era de esas personas inocentemente perdidas en la alimentación de su propio ego y, aunque generoso en muestras de cariño, era incapaz de prestarle atención durante más de quince minutos, envuelto como estaba en elucubraciones al borde del abismo, sin sentido para el resto de la Humanidad. Era en cierta medida un hombre afortunado, porque a base de fórmulas tan largas que no cabían en libros enteros y a fuerza de cultivar egocentrismo nunca se dio cuenta de lo solo que estaba.

Ramón creció imaginándose la mente de aquel apasionado de los algoritmos, hasta que ignorado y falto de atención, su padre se convirtió en un pensamiento que contenía todos los enigmas de su ausencia. Cuando cumplió doce años se dio cuenta de que por más que lo intentase nunca sería como él y que sus inteligencias estaban separadas por paisajes mentales que nunca visitaría. El propio Ramón lo comparaba con “la frustración de una niña que tras el último estirón impúber se da cuenta de que la primera regla la condenará a una estatura media”.

La madre de Ramón era una señora mínima de tendencia enfermiza y consistencia débil. De los doce meses del año, dos los pasaba en la cama, con dolencias desconocidas para todo médico que la visitaba. Tan silenciosamente como venían se marchaban, hijas de un mismo viento que a Ramón le sonaba a hipocondría. Su marido pasaba a menudo por alto

aquellos periodos de habitación oscura y paños húmedos, enfrascado como estaba en buscar un remedio para el efecto parada de los ordenadores y acostumbrado a los accesos febriles de su esposa.

Incapaz de tratar con la medicina y sus remedios, la mujer empezó a frecuentar sanadores y curanderos. En aquellos años se habían alejado de la imposición de manos y la diagnosis de gota como piedra angular de los males del cuerpo para empezar a configurar complicados sistemas de imanes en torno al paciente que alineaban y desalineaban ejes vitales y chakras en un intento de replicar el funcionamiento del universo a pequeña escala. Un día le harían beber un brebaje de polvos metálicos rebajados en agua que la sumió en la más profunda de todas las enfermedades, apelmazándole la sangre con metales pesados y encharcándole los pulmones. Tardó la medicina tradicional tres meses en drenarla, en reabsorber con diálisis todas las partículas que habían entrado en su organismo para mejor funcionamiento de los imanes.

El fiasco de las nuevas magias dejó un vacío en su necesitado espíritu, y en busca de nuevas protecciones comenzó a ir a misa los domingos. Amante de los presagios y de la sorda ciencia de la superstición, la señora encontró en los misterios de la Biblia una suerte de oráculo capaz de contener el futuro de todos los seres humanos siempre que se tuviese la determinación de buscarlo. La ilusión de un mundo a caballo entre la Historia y la mitología, que tenía la asombrosa capacidad de explicarlo todo -si uno asumía ciertas premisas dadas-, la hizo olvidarse de su condición enfermiza hasta tal punto que durante varios lustros no cogió un simple catarro. Verdaderamente, la religión la salvó en vida, si bien era la promesa determinista de sus propias interpretaciones lo que la consolaba más que la vida eterna. De la noche a la mañana se transformó en un torrente vital y se echó a la espalda toda la responsabilidad espiritual de la familia. Consciente de la vulnerabilidad de la fe y por miedo a que una cierta debilidad de carácter agrietase sus creencias se decidió a acompañarlas de una rectitud moral sin parangón que rechazase toda distracción. Con su marido dedicado en alma y cuerpo a la ciencia, no le costó resolver que el placer debía ser visto con recelo, como si fuera un reducto animal que separase al hombre de la espiritualidad plena.

Ramón era hijo único y para cuando se dio cuenta de que nunca pondrían su nombre a una escuela en Estados Unidos -aunque no anduviese

corto de inteligencia-, su madre comenzaba a definirse como referente moral *free-lance*.

Al encontrarse de frente con sus propios límites, sus inagotables ganas de aprender y su naturaleza exploradora se apocaron y comenzó a encontrar ridículo todo cuanto hacía o decía, creyéndose condenado a una simpleza que le perseguiría durante toda la vida.

A pesar de entender las limitaciones de las recreaciones bíblicas de su madre y de su nuevo espíritu de ermitaña de ciudad, incomprensiblemente algunos de los tics se colaron irreprimiblemente por entre los platos de lentejas y los macarrones con tomate, como si a fuerza de repetición hasta las ideas más bizantinas tuviesen hueco en los ambientes sin pestillo de la conciencia familiar. Ramón creció intentando mantenerse alejado de todos aquellos jeroglíficos, porque entendía que en su caso no formarían pensamientos confortadores, sino oscuros vacíos sin sentido, posos de masa gris desconocidos para el lenguaje. Precozmente triste y crónicamente ansioso por evitar los designios que su propia madre había sacado para él de los más ignotos versículos el Antiguo Testamento, Ramón no notó la llegada de la adolescencia. Mientras sus compañeros de clase parecían comportarse como chimpancés llevados por una deliciosa turbiedad, él no acababa de entender cuál era el código secreto que todo el mundo le ocultaba.

Para cuando en una fiesta, una amiga de instituto se acercó a él y le besó tiernamente en los labios, Ramón no supo qué sentir. Minutos más tardes, cuando tiró de sus manos para posarlas grácilmente en su pecho, él casi deseó que todo aquello acabase cuanto antes, incapaz de entender porque a la chica le costaba respirar de repente. Sabía que le gustaban las mujeres porque desde pequeño había fantaseado con ellas, pero solo los sudores solitarios podían calmarle la ansiedad. Nada tenían que ver las imágenes esterilizadas por su mente –el onanismo incansable de las noches y los días– con el encuentro íntimo y con la carne ajena, donde todo era incomodidad, imperfección y huesos para Ramón.

Con la concentración volteada por la conciencia de los propios límites y los ajenos, se encerró bajo una coraza irónica que combinaba el distanciamiento retórico -a veces absurdo- del humor inglés con el dolor y la enjundia de los sentimientos mediterráneos, proyectando una imagen caleidoscópica, un misterio impenetrable para el observador casual. Para

acabar de ahogarse en la alargada sombra de las universidades que llevaban el nombre de su padre, Ramón ingresó en la facultad de Física de Madrid, dispuesto a encontrar un nirvana académico que lo liberase de sí mismo, decidido a seguir los pasos del prohombre de la ciencia por entre la niebla de la falta de visión.

A mitad de primer curso se dio de bruces con la mediocridad que ya había vaticinado a los doce años y la crónica de un fracaso anunciado lo catapultó a nuevos niveles de autoflagelación. Sus bromas comenzaron a ser más incómodas que nunca y su cinismo precoz alejaba a quien tratara de acercarse.

Uno de sus pocos amigos le recomendó que aprendiese a canalizar todas las iras contenidas de algún modo y, habiendo seguido con interés el humor a la vez pálido y viscoso que le salía sin querer -como un ataque fatal que ni siquiera servía de defensa-, le regaló dos viejos vinilos con grabaciones de monólogos de Lenny Bruce.

Aunque escuchó con atención al humorista y a otros clásicos setenteros, desestimó la idea de convertirse en cómico por encontrarla demasiado inútil. Sin embargo, poco a poco se sorprendió usando recursos que había aprendido a fuerza de escuchar a otros. Se congratuló de ver los usuales ceños fruncidos convertidos en signos de aprobación, e incluso en extemporáneas sonrisas.

Un día, paseando sin dirección por entre las perpendicularidades del Barrio de Salamanca, Ramón vio a una señora caer desde la azotea de uno de los edificios. Mientras el pavimento absorbía a bocanadas el aire que le separaba del beso mortífero de la acera, él se dio cuenta que la escena le aburría sobremanera. La explosión del cuerpo en el impacto final trajo un eructo de humores cálidos ahogados por un silenciador invisible. Su estado en el momento instantáneo sucesivo al de la caída no dejó lugar a la duda, y ninguno de los paseantes creyó que hubiese prisa en llamar a una ambulancia. Mientras la calle entera se arremolinaba en torno al cadáver, a Ramón le preocupó su falta de preocupación, la incapacidad de inyectar adrenalina en sus venas para “sentir algo de una puta vez”.

No escuchó nada en telediarios ni periódicos y nunca se enteró de si había presenciado un accidente o un suicidio, pero se dijo que

“aburrimiento no era el sentimiento más apropiado en respuesta a personas cayendo desde sextos pisos”.

El dinero nunca había sido un problema para Ramón, que se pasó la infancia de colegio internacional en colegio internacional; así que para cuando se dio cuenta de que necesitaba ayuda profesional, no se escatimó en esfuerzos para encontrar al mejor de los psicólogos.

Su madre no perdió la compostura, porque aparentemente ya había leído sobre su mal en la Biblia y estaba previsto que se recuperase totalmente al cabo de tres años, siguiendo los mismos caminos de sufrimiento y recompensa que cierto habitante del Pentateuco.

A pesar de mantener su matrícula en la universidad durante cinco años – en parte porque el padre se negaba a aceptar que su propio hijo no quisiese perseguir el mundo desasosegante de las cosas por existir y los misterios por resolver-, Ramón decidió no pisar otra vez el suelo de una biblioteca.

Durante dos años se dedicó a intentar dilucidar si de verdad era depresión el mal bíblico que le perseguía. El psicólogo le diagnóstico más de cinco síndromes distintos, que parecían turnarse en su cerebro para que nada resultase divertido. Cada vez que el doctor le llevaba hasta el trance hipnótico, Ramón acababa insultando a la recreación de su propia familia, como si en los ecos de la memoria el odio exacerbado que les tenía fuese tan obvio que no podía salir sino a borbotones. En un par de ocasiones, en pleno viaje por las imágenes del pasado, Ramón intentó agredir a su padre cuando éste le regaló *Una breve historia del tiempo*.

Asombrado por su rápida evolución y lo que hasta las entradas más recientes del blog parecía una total recuperación, el psicólogo lo llevó a una convención como caso de estudio. Y fue allí, cuando Ramón trataba de explicar los entresijos de su evolución, al describir las diferencias físicas y mentales entre depresión y normalización, que entendió que no podía hablar de sí mismo sin distanciamiento irónico. Para su sorpresa, la audiencia de batas blancas no podía parar de reír, sujetos todos a una carcajada culpable, como niños que tratan de contenerla. A pesar de lo inesperado de la respuesta y una primitiva reticencia a que individuos desconocidos se burlaran de él, en cuestión de minutos comenzó a sentirse mejor de lo que nunca se había sentido. Se relajó hasta tal punto que el público abandonó el chirrido de la risa contenida y se dejó llevar por los dulces tambaleos de la

autocrítica, entendiendo al tiempo que ellos mismos nunca estarían tan mentalmente sanos ni serían tan impredeciblemente lúcidos como Ramón.

OceanofPDF.com

Dado oficialmente de alta en Boston, decidió bajar hasta Nueva York y quedarse allí tanto cuanto hiciera falta. Ahora que la diagnosis final culpaba a sus padres de falta de atención y de instigar melomanías innecesarias en su retoño, el paciente graduado utilizó el leve arrepentimiento parental para establecerse con gastos pagados en la ciudad de los rascacielos.

Vivió como un extraño en Nueva York, explorando conscientemente por primera vez su propia soledad, lamiéndose las heridas mientras trataba de asimilar la cultura humorística del momento. Ramón frecuentaba salones de comedia, palacios de la ópera y tugurios que ni siquiera aparecían en los directorios de la ciudad. Descubrió a Seinfeld antes de que comenzase a aparecer en el *Show de David Letterman* y predijo su éxito sin la necesidad de vislumbrarlo entre versículos bíblicos. De entre todos los cómicos que escrutó en silencio, fue Larry David el que más mella causó en él, quizás porque su estilo lacónico y no demasiado obvio se aproximaba al suyo. Creyó ver en él un recorrido humorístico similar, que había surgido de los bordes de lo inapropiado para modelarlos. No era el tipo de humor que desataba las mandíbulas, pero dejaba un poso de sorna que cosquilleaba el cerebro como un masaje neuronal.

Elena se dio cuenta de que eran las cinco de la madrugada y, aunque no tenía nada que hacer al día siguiente, el simple hecho de acostarse cuando los pájaros empezaban a despertarse le hacía sentirse mal, como si hubiese condenado el día por venir al fracaso, al soporífero cansancio de despertarse más allá del mediodía y al *jet lag* deprimente del viaje entre seres invisibles. Además, pasadas ciertas horas todo ruido la sobresaltaba, como si temiera que Daniel –o Fernando– se despertase del espesor de su sueño y la pillase ahí, como una tonta, adicta a chupar la sangre de los demás cuando no a dejar fluir la propia.

Todos los pequeños temores que la acompañaban en la vigilia se sumaban de alguna manera a la cuenta de los placeres recónditos mientras saltaba de renglón en renglón, más que leer, en busca de información. Diez minutos antes se dijo que sólo serían diez minutos más. Con los ojos enrojecidos por la oscuridad del cuarto de vivir y por la claridad del fondo de pantalla, intentó adelantar la historia de aquel nuevo individuo invisible hasta alcanzar el presente. Era difícil porque las entradas no estaban ordenadas en sucesión temporal o temática, sino que se encontraban

desperdigadas en un infernal índice de adición y sólo respondían a encabezados pseudo-literarios que ocultaban la agenda de las narraciones.

Tras malabarismos de adivinación o golpes de suerte, Elena dio con seis entradas consecutivas que parecían corresponder a pensamientos recientes. Se notaba que lo eran porque no podía mantener en ellos el distanciamiento del que había hecho gala en recuentos anteriores, el mismo que impresionó a toda una convención de psicólogos y del que estaba hecho el material de sus monólogos. Hablar de los sentimientos, en vez de recordarlos, era siempre tarea ardua y confusa. Leerlos era darse cuenta de que el capó aún seguía caliente. Con la promesa de turbulencia, la fugada volvió a olvidar la hora que era y se lanzó a un nuevo mar de datos sin analizar, demasiado cercanos para tener sabor pretérito, imperfectamente ligados por la masa amorfa que componía el presente.

Era evidente que en las últimas entradas Ramón no hablaba desde la memoria, sino desde las aguas convulsas de quien disfruta o sufre lo que está contando. El salto temporal de Elena la llevó hasta los pasos de otra mujer. Por primera vez en su vida, a los cuarenta y tres años, Ramón se había enamorado irremediablemente. La fugada se alegró tanto de la novedad que tuvo que imitar a su novio y abrir los párpados tanto como le fue posible para acomodar las lágrimas. Después de seis horas de solitaria lectura dio por sentado que conocía a aquel hombre mejor de lo que conocería a sus hijos –si algún día los tenía-, y su éxito contribuía a la calidad de las redes telúricas que tejían las historias de la Humanidad.

Ramón había vivido un celibato irredento hasta entonces, víctima de sus propias objeciones al placer. No era su calidad de objetor un arma que blandiese consciente, sino el resultado de un pudor intransigente que le impedía disfrutar las cosas –ya fueran estas exquisiteces de cocina, productos de entretenimiento o encuentros de desnudez con otras personas.

Probablemente Ramón había superado la depresión admitiendo las reglas del juego y se había conjurado para no rebelarse contra ellas. A fuerza de aplacar el deseo por no encontrarlo de utilidad entre tanto callejón sin salida y tanta incapacidad para pasárselo bien, las ganas de intimidad se le agriaron y las venas se le estrecharon en ausencia de hormonas. El cómico encontró en la adquisición de ritos, de algoritmos vitales que se repetían todos los días, una navaja suiza para la supervivencia. Lejos de

Madrid todo poseía la grácil parsimonia de quien ve la vida desde fuera y le ofrecía, dado su celibato sin voto, la posibilidad de impostar un personaje. En la calma chicha del retiro, se olvidó de crear coartadas porque no había nadie a quien dar explicaciones. A los tres años de llegar a Nueva York, comenzó a recitar sus propios monólogos y a registrar la repetición de sus ritos en un diario. Junto a las variaciones sobre un mismo tema de sus días, Ramón comenzó a incorporar los datos inacabados de su historia. Si Elena pretendía abrir sus heridas y cauterizarlas, como *Millás*, a él no le importaría pasar el resto de su vida cerrándolas. Había aprendido a encontrar una cierta satisfacción en la forma en la que los días se enroscaban unos con otros en un mosaico de símiles y la vida de extranjero daba vía libre a sus propósitos.

Con el tiempo se hizo relativamente famoso en el *Village* y en ciertos circuitos alternativos de Los Ángeles. Nunca llegó a triunfar o llegar al gran público, pero el gremio le respetaba y le reconocía –irónicamente- como una suerte de maestro de maestros: “un torbellino creativo demasiado torturado para el *entretenimiento*”.

Casi una década más tarde, su madre lo llamó al móvil tras años de silencio. Antes de que lo saludase con la voz enfermiza anterior a los tiempos bíblicos, Ramón entendió que su padre había muerto y lo enmudeció no saber cómo responder a la noticia. Se entristeció primero por no poder arrojar un recuerdo filial sobre aquella máquina de inaugurar colegios y luego, para su sorpresa, se sintió arrobado por la mortalidad, como si el simple hecho de que alguien como su padre también muriese facilitara las cosas. Para cuando lo enterró en Madrid junto a su madre comprendió que había sido un estúpido durante mucho tiempo. Cada palada de tierra que echaban sobre el féretro desdramatizaba más y más las circunstancias de su vida, reduciéndolas a simples males, a bromas de cómico que habían durado más de cuarenta años. Allí, con su madre a la derecha y una multitud de desconocidos de todas las nacionalidades, Ramón tuvo que morderse los labios para no reír, para no morir de la risa.

La herencia incalculable de los bienes de su padre le aseguró una independencia económica insultante. No sólo viviría a todo tren durante el resto de sus días, sino que podría garantizar la misma tranquilidad a sus hijos, si alguna vez los tenía. Dudaba Ramón de tal eventualidad, como

dudaba de su propia virilidad tras los años de castración psicológica a los que la había sometido, y cuando por las noches soñaba encuentros fortuitos con mujeres desconocidas se levantaba con sudores fríos y ganas de llorar porque incluso en las regiones oníricas temía muerta su masculinidad.

Alquiló un piso en Arguelles, decidido a quedarse en Madrid porque se había cansado de sentirse extranjero. Viendo más clara que nunca la interpretación de su existencia y abrumado por todo el tiempo perdido, trató de esquematizar la historia de sus errores para que nadie más tuviese “que vivir la vida desde paisajes tan miserables”.

Siguiendo costumbres norteamericanas, cocinó el único postre que conocía –tarta de calabaza- y llamó a la puerta del otro lado de la escalera. Ana apareció así en su vida, salida del otro extremo del rellano. Su vecina era una madre soltera que había dado dos veces la vuelta al mundo; una mujer vivaracha, al borde de los cuarenta, que a pesar de no saber expresarse con demasiada fluidez demostraba en cada sílaba una perspicacia omnipresente, como la de una catedrática de la razón que hubiera descabalado el lenguaje por desprecio a sus límites. Ana creía sobrevalorado el sexo; y no quería -o no podía- evitar hablar de sus múltiples amantes para respaldar su teoría. Para ella las caricias eran la forma suprema de contacto y se había prometido no acostarse con nadie que fuese incapaz de hacerla temblar sólo con las yemas de los dedos.

Ramón probó suerte después de tres horas de conversación y la almibarada réplica de uno de sus monólogos neoyorquinos. Cuando se fueron a despedir en la puerta, Ana sintió la mano del cómico tirar de la suya y, arremangándole la camisa, deslizó los dedos sobre sus muñecas. El tacto extremo de Ramón la cogió de improviso y la línea que separaba mano y antebrazo se le reveló como un terreno de placer más allá de la mediocridad adulta, como un descubrimiento adolescente que no esperaba a estas alturas. Ana exhaló un gemido de ternura y aquel simple descuido inconsciente abrió en él la caja de los truenos. Ella lo había seducido sin querer en un intervalo instantáneo y la pasión cegó en su memoria la historia de su vida y lo redujo a la simplicidad cardinal de un chimpancé. Ramón se dio de bruces con un ímpetu enfurecido a fuerza de años de hibernación. Ana no esperaba un adolescente de cuarenta y cinco años, pero la ansiedad descomunal de años de fermentación la pilló desprevenida y él tomó su estupor por deseo en el trasiego de los apretujones. La sangre no le

llegó al cerebro esta vez para denunciar la imperfección de piernas y brazos en movimiento, la limitación metódica de la carne o el obstáculo de su propia inexperiencia, sino que bombeaba desconsolada su vientre y le acercaba a una taquicardia liberadora.

Ana no sabía de dónde salía aquella desesperación sempiterna, aquel grito que de tan cálido sólo podía venir de la madre de todas las soledades, y se sintió primeriza a pesar de sus más de cien amantes. Aunque sabía que su hijo estaría a punto de volver de la escuela, la fuerza convulsa de sus propios sentimientos y la imposibilidad de frenar a aquel hombre sentado a horcajadas sobre ella le hicieron abandonarse al calor insoportable de aquel gélido día de invierno.

Cuando el peso de todas las ausencias de desató en ambos al mismo tiempo y Ramón rodó hasta los confines del otro lado de la cama, Ana llamó a una amiga para que le hiciera el favor de interceptar a su hijo de camino a casa y lo llevase al cine durante el resto de la tarde.

Los amantes retozaron entre réplicas del terremoto primordial que lo había empezado todo. Por primera vez, Ramón amó la repetición de las caricias cíclicas y perdió la vergüenza contra del cuerpo desnudo de Ana. Ella estaba recostada sobre él entre sudores maratonianos, subyugada a la seguridad de su propio ritmo.

Cinco horas más tarde, cuando su amiga llamó para avisar de que tras tres películas y un sinfín de partidas de billar y juegos de dardos no sabía qué mas hacer con el niño, Ana accedió a que éste volviese a casa. Sacudió de la cama a Ramón, recuperando algo de la seguridad conseguida en sus dos vueltas al mundo, y trató de aparentar que nada de aquello había significado demasiado para ella. El cómico, incapaz de reconocerse a sí mismo y sonriendo sin sorna y sin sombra del distanciamiento amargo que lo persiguió toda su vida, soltó:

-Tú y yo nos casamos cuanto antes.

-¿Qué estás diciendo? ¿Te vas casando con todos los polvos que te metes entre pecho y espalda?

El desdén de Ana escondía un temor infantil agasajado por la obstinación de Ramón, por el olor a sobresalto de las decisiones salvajes, por la prontitud de la propuesta -que ni siquiera le formuló como pregunta sino como enunciado irrevocable- y por un miedo cabal a hacer cosas irreflexivas que ser madre soltera había marcado a fuego en ella.

-Estoy diciendo que nunca he pensado más claramente en mi vida, que si hoy no me dices que sí te lo volveré a proponer mañana y así indefinidamente hasta que te cases conmigo o te mudes de barrio. ¿Qué te parece?

-Me parece que estás loco, que algo no funciona bien en esa cabeza tuya de animal. Deberían meterte en una jaula porque ese valor de bruto es demasiado empaque para cualquier mujer. ¿Dónde has estado todo este tiempo? No me puedes agarrar de los pelos y llevarme a tu cueva, que te estoy viendo en la mirada la intención oscura de atarme a la cama para siempre.

A Ramón le sobrevino de repente algo del temor de antaño y con miedo a volver a la esclavitud ingrata de los tiempos sin mujer admitió la soberanía de Ana y reconoció en su poder de decisión la única llave de todas las incertidumbres.

Aunque no se casaron, Ana y Ramón vivieron uno de los matrimonios más apacibles conocidos por los hombres, separados por el rellano de la escalera mientras uno no necesitase del otro. Pronto el hueco del ascensor y el terrazo inhóspito del descansillo se incorporaron a aquella casa que eran dos y a aquel trasiego en el que Ramón andaba en calzoncillos por áreas comunes del edificio.

Revivido por una nueva felicidad, el cómico perdió sus habilidades cáusticas y, cuando intentaba ser mordaz o irónico, su voz le devolvía un acento bonachón, irremediablemente amable. Ramón olvidó el peso estúpido de todos los presagios, inmerso en una calma trascendental, y compró una Biblia en letra grande para su madre. La señora agradeció el gesto y, con una sonrisa misteriosa, le prometió que a partir de ahora sólo buscaría en los evangelios porque estaba cansada de traer tanta desgracia sobre su casa.

Con tanto entrar y salir de la casa de su novia, el cómico inhábil no pudo menos que notar la presencia del hijo de Ana. Ramón, decidido a formar una familia en la que se sintiese a gusto por primera vez, empezó a interesarse por el pequeño, Leo. Trató de enseñarle inglés y francés sin introducciones, simplemente dirigiéndose a él en cualquiera de los idiomas cada vez que le veía corretear por la casa. Aunque durante un mes el niño lo miró extasiado, como si dudase de la capacidad de aquel hombre de

articular frases coherentes, pronto adquirió los principios básicos de la gramática inconsciente en ambos.

Ramón entendió que Leo no era un niño normal cuando a los ocho meses de enseñanza ocasional terminó por hablarlos con una fluidez inaudita. Tenía el chaval una mirada de adulto, como si llevase en la memoria el recuerdo de sus vidas pasadas y se enfrentase al mundo con una cadencia incrédula, con el compungimiento descreído de quien sabe a lo que se va a ocurrir. Ramón vio renovada su angustia de antaño, rodeado de inteligencias inimaginables para la eternidad, amenazado por un hijo que ni siquiera era suyo después de reír durante meses la muerte de su padre.

Trató el cómico por todos los medios de controlar la envidia amarga que le salía de la vesícula dispuesta a envenenarle el corazón. Volvió a hablar castellano con Leo, arrepentido de armar a aquel guerrero neuronal de nuevas vías de expresión, progresivamente temeroso de verse atrapado en mitad de un sándwich de genialidad. Le enfurecía quedarse sin argumentos cuando discutía, en cualquier idioma, con aquel individuo que no levantaba cuatro pies del suelo. Fue en aquellos primeros días de dificultad que Ramón escribió en su blog de Asmera: “Leo parece un enviado de mi padre que viene a recordarme lo mediocre que soy. (...) Este niño es su venganza por mi renuncia al mundo de los conceptos”.

Aturdido por su propio infantilismo, Ramón se abrazó al amor de Ana, que era una purga diaria de sus aprensiones y un antídoto para su envidia tuberculosa. Durante mucho tiempo, estar cerca de ella le ayudó a bloquear el ensimismamiento crónico que arrastraba desde la adolescencia y que amenazaba con salir, renovado en la precaria sombra de un renacuajo.

Un día de primavera, de los que amanecían para quitarle protagonismo al verano, Ana se acercó a Ramón por la espalda y bordeándole con los brazos le susurró: “Estoy embarazada”.

Al cómico le embargaron la alegría y el temor, pero las palmas de las manos de su compañera le transmitieron una tranquilidad eléctrica y la certeza del amor que circulaba por ellas calmó todas sus inquietudes.

No fue mucho después de descubrir el embarazo que Ramón acabó por obsesionarse con la invisible amenaza de aquel niño precoz que había llegado antes que el suyo -e incluso antes que él mismo- a la vida de Ana. Durante mucho tiempo pensó en los leones, y en cómo cuando tomaban la hembra de otro mataban a todos los cachorros, uno por uno. De repente

entendió a las criaturas salvajes y se dijo que cada vez que mirase a Leo vería la imagen de otro hombre reflejada en sus facciones, atestiguando permanentemente el deseo que hubo entre aquel desconocido y Ana.

Desde el primer día había asumido la presencia oculta de sus más de cien amantes, pero todos le resonaban la cabeza como un número inofensivo, como una circunstancia que se perdía en la cola de cometa del pasado. Sin embargo, enfrentado al producto vivo de uno de ellos, toda la inocencia matemática de las cifras se tornaba candente y los hierros de la evidencia se revolvían en su contra. Lo sorprendió, en cierto modo, que no se hubiese percatado de la arremetida de su naturaleza entre tanto amor, abandonado como estaba a la cicatrización de las ironías de su historia.

Convencido de que aquel ronroneo recurrente iba a destrozar su relación con Ana, decidió adelantarse a los acontecimientos en un movimiento suicida propio de los adultos inexpertos que han aprendido a serlo en soledad.

-Vas a tener que abortar, Ana –le soltó un día Ramón.

La pobre mujer no sabía de dónde venía esa monstruosidad inesperada, recién salidos ambos de una intimidad de caricias profundas que la satisficieron más que ningún otro acto repetitivo.

-¿Qué dices? ¿Es algún tipo de broma tuya de esas que no hacían gracia ni a los otros payasos? Dime que no sabes por qué lo has dicho y yo lo olvido, yo hago como que no lo he escuchado.

-Mira Ana –continuó Ramón-, te quiero tanto que a veces desearía poseerte de alguna forma más, desconocida para los hombres. Pero no puedo ver a tu hijo sin imaginarte con otro, sudando los ardores que ahora sudas conmigo. Mientras él siga viviendo en esta casa no podré venir a verte. Y si no vamos a vernos más no quiero que des a luz mi hijo. Bastante tienes ya con ser madre de uno.

-¿Pero te das cuenta ahora? ¡Cabrón! Me vas a joder la vida otra vez. ¡Me vas a joder la vida otra vez!

Ana se retorció de dolor y a voz en grito le ordenó que se marchase para nunca más volver a poner los pies al otro lado del rellano. Ramón se quedó allí de pie, como inmovilizado por el propio daño que había causado hasta que enfurecida, ella lo sacó a empujones y a manotazos.

Cuando consiguió cerrar la puerta, Ana se hundió en un llanto airado que hacía temblar las paredes, ahogándose entre estertores y gritos que sólo

los niños pequeños se permitían.

Elena se rio de la intensidad de sus fantasías con Keith, que sintió leves y ridículas en comparación con las recapitulaciones de Ramón. O aquel señor invisible era amigo de exagerar o sus pasiones duales serían el hazmerreír de aquella comunidad de guardianes de la sinceridad. Eran ya las ocho y media de la mañana. Sólo quedaban quince minutos para que el reloj de Daniel –o Fernando- lo devolviese al mundo de los vivos. La fugada volvió de puntillas al dormitorio y, en contra de su centro de gravedad y de los pesos concretos de su propio cuerpo, rodó sobre la cama y se hizo un ovillo junto a su novio.

No le costó dormirse y los quince minutos de sueño se le antojaron horas. Su hermana, Rosario, a quien no veía desde hacía cuatro años, había dado una vuelta al mundo y era madre de un niño que se llamaba David. No vivía en Argüelles sino en Fuenlabrada, pero el paralelo de la imagen era demasiado plausible para no estremecerla en sueños. En un cuarto de hora se concentró la intensidad de una noche de imágenes y soñó con ella compartiendo pasiones con aquel cómico impredecible. Experimentó por primera vez las dificultades de temer a los seres invisibles y los delirios del inconsciente le hicieron abrazarse a Daniel; quizás para sentirse protegida de las cosas que no podía ver.

Durante los días que estuvieron separados, Ramón no supo entender cuál de los factores había pesado más, si la inteligencia apresurada de Leo o el mal leonino heredado de los documentales de la televisión. A su pesar asumió que, cualquiera que fuera el problema que lo había disparado todo, la causa última era su orgullo testarudo; y se dijo que si había aprendido a odiar a sus padres para protegerlo, no había nada que pudiese hacer para evitar que actuase de nuevo.

Ramón estaba dispuesto a volver a ser el hombre que fue y casi se felicitó por recuperar sus maneras torpes y el humor huraño que contrajo en los tiempos misántropos de su infancia. Pasaba las horas en blanco, viendo la televisión sin descanso hasta que todos los programas se hicieron uno y los hilos argumentales se solaparon entre las cadenas al ritmo inconsciente de su zapping. Las compras on-line le permitían comer sin moverse de casa

y sólo sus tablas inventadas de ejercicios físicos lo sacaban de la dejadez mórbida y de su horizontalidad.

Los años de estanqueidad le habían provisto de una dureza emocional que esterilizaba los sentimientos de raíz. Aunque echaba de menos la piel aceitunada de Ana y la sensación de formar parte de algo más allá de sí mismo, Ramón se conformaba con el recuerdo. La memoria no sólo golpeaba las mismas regiones cerebrales que lo recordado, sino que además añadía una pátina de inexactitud que lo mejoraba todo.

Afincado en aquella quietud de ciénaga, fue Ana la que acabó por llamar a su puerta, presa de las tribulaciones ancestrales de las personas con sentimiento. Tras tres meses de chirriar de dientes y de suplicar a Dios un súbito desenamoramiento, sintió el bebé que llevaba en sus entrañas agarrársele al vientre, como si la criatura hubiese escuchado las conversaciones de sus padres y estuviese determinado a vivir a fuerza de matarlos a culpabilidad.

Ana y él hablaron abiertamente de las amenazas leoninas y de la reaparición de la brillantez insultante reencarnada en Leo. “No estoy dispuesto a vivir humillado otra vez ahora que a mi padre se lo están comiendo los gusanos”, le soltó el cómico.

Incapaz de tomar una decisión que la vinculase o la desvinculase de Ramón para siempre, ella le prometió que mandaría a su hijo un tiempo fuera, a un internado, quizás a otro país, para intentar reflotar su relación y probar las mieles de una familia al uso.

En lo que era la última entrada del blog, publicada la misma noche que mantuvo a Elena en vela, Ramón describió los términos de aquel encuentro. Aquella historia produjo más revuelo en su página que ninguna durante sus siete años de exposición pública.

Decenas de madres escaldadas por la situación, ofendidas por la falta de sensibilidad de la pareja e incapaces de entender como Ana podía prescindir de su hijo, poblaron el blog de comentarios desaprobatorios cuando no insultos sin más, sin turno de réplica.

Carla25 escribió: “Con gente como tu parienta me siento avergonzada de ser mujer. Dile de mi parte que no hay nada como el amor incondicional que se le tiene a un hijo. Lo demás, follar con cerdos anormales como tú, no

tiene ningún valor. ¿Cómo te atreves si quiera a dejar que una madre se separe así de su niño? Tú ni tienes corazón ni tienes nada. Primero que aborte y ahora que mande al chico por ahí. A ti no hay por dónde cogerte. ¡Cómo se nota que no te han hecho caso ni los perros abandonados!

Perdita_encontrada escribió: “¡Asesino! Cabrón. ¡Mala persona!

Carrie-d_away escribió: “*Tú no tienes de vergüenza. Explícame tú a mí cómo haces que tu enamorada deje un niño por tu amor a veces. Hace mucha diferencia que gente como tú viva, porque vida es más difícil para el resto.*”

Elena se despertó pasada la hora de comer, alienada por las horas perdidas y temiendo que los días se confundiesen con las noches. Tenía que encontrar un nuevo trabajo si quería mantenerse cuerda. Si no, con toda probabilidad, las vigiliass del morbo acabarían con ella o la convertirían en Ramón, en un chupasangre; y se dijo que tendría que ponerle diques a las sombras, al avance de lo invisible.

La fugada amaba el voyerismo casi tanto como la exhibición. Pero si algo había aprendido como estudiante, era que necesitaba dotarse de reglas para no dejarse llevar. Al fin y al cabo, las redes interpersonales de Asmera aliviaban su arte de la fuga porque erosionaban la base de su rutina. De sólo dedicarse a fisgonear y a exponer la vida propia, llegaría un momento en el que no tendría nada que contar y su historia se convertiría en un bucle de erosión monumental. No encontraría sentido a las sombras si no viniesen a comer terreno a la luz. Tenía que trabajar, distraerse con nimiedades diarias, discutir con jefes y obviar los lados del espejo. Tenía que dotarse de propiedad, tenía que comprar nuevos libros para que su compañera de escuela los arrugase con aquellas manos torpes que le daban un placer inexplicable.

La fugada entró en su propio espacio dispuesta a hablar sobre Ramón porque, a la sazón, conocerle era lo único que le había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Sin embargo, al entrar en la cuenta entendió que su índice de popularidad había subido varios enteros. Asmera parecía ser una plataforma más que conocida para internautas y vampiros dedicados a la vida de los demás. El conjunto de todos sus textos había recibido cinco mil visitas en sólo diecinueve horas colgado en el servidor y los mensajes se multiplicaban en todas direcciones, generando un mapa de reacciones casi

imposible de asimilar. Aparte de la respuesta del público, que dejaba un rastro parecido al de los miles de moscas en el cubo de los movimientos de enjambre, Elena se encontró con mensajes de bienvenida de otros bloggers, de otros escritores sin rostro que le agradecían su retrato dicotómico de fantasía y realidad.

Se sintió la fugada digna, por primera vez en mucho tiempo, en un grupo que la aceptaba como socia. Algunos de ellos habían empezado a recomendarla desde sus propios espacios, estableciendo hipervínculos y alabando su habilidad iliteraria.

A Elena se le heló la sangre cuando encontró entre los comentarios uno de Ramón. En negrita y sin preámbulos o presentaciones, el cómico había escrito: “En la vida hay dos tragedias. Una es no conseguir lo que quieres y la otra es conseguirlo”. Recordó la cita; era de Oscar Wilde, pero ni siquiera aparecía entre comillas, como si aquel individuo invisible se la atribuyese, como si se burlase del copyright moral de las palabras.

Reconoció, sin embargo, la habilidad de Ramón para unir con una sola frase sus dos mundos tan distintos. El paralelo hizo que se le acelerase el pulso cardíaco hasta presiones de riesgo, y supuso que había alcanzado nuevas fronteras de exposición e interacción, que había encontrado un mundo subterráneo de lazos por descubrir y géiseres por destapar.

Intuyó que la tragedia “de no conseguir lo que quieres” era, en su caso, la presencia inconsciente de Keith, que por mucho tiempo había sobrevivido en las tibias grutas del recuerdo para venir a complicarle -o a facilitarle- la vida sexual. Y la tragedia “de conseguirlo” era la amenaza de realizar la fantasía y gastar para siempre el maná de su energía. Con el cumplimiento de los deseos inconscientes, la retroalimentación de ficción y realidad se volteaba irreparablemente. En el otro extremo se encontraría con Carlos, remolcado por un individuo calvo y apasionado que tiraba de él hacia la inversión del espejo.

La fugada comprendió que para Ramón aquella afirmación iba más lejos de la fraseología. Hablaba con gran probabilidad de las ganas de perder a su padre de vista y la desazón de descubrir a su muerte que todos los fantasmas habían sido en vano y que todo se reducía a una pérdida imperdonable de tiempo. También podía referirse a la ansiedad por encontrar la virilidad dormida y a la receptora final de todas sus desdichas; y cómo conseguirlo le había devuelto a los tiempos primitivos de la

conciencia de sus propios límites y a la sombra capicúa del padre reencarnado en el churumbel de Ana.

Se le nubló la vista dando vueltas a la teoría de la conspiración que les había unido y a la réplica del mismo fenómeno de tragedias antagónicas que les había llevado a ambos hasta donde se encontraban, interconectados por los nudos invisibles de la comunidad virtual de Asmera. Retozando con aquellos pensamientos se encontraba cuando sonó el teléfono, anunciando con *politono* de canción pop la llamada que vendría a cambiarlo todo.

Le sorprendió escuchar a su hermana Rosario al otro lado del móvil. Elena sospechaba que habría perdido su número en uno de sus múltiples viajes. Durante los últimos seis meses la imagen de su hermana ni siquiera había cruzado su mente, obsesionada con los primeros flirteos laborales y la exhibición de las dualidades de su espíritu.

Tardó en hablar Rosario y sólo tras preguntar por tercera vez quién era escuchó el titubeo de su hermana, que le sonaba extranjero, desposeído de toda familiaridad.

-Soy yo, Elena –aunque era la misma voz de cuando eran niñas, blandía un acento irreconocible, como si su estriada tilde madrileña se hubiera disipado, se hubiese ahogado en alguna isla del Pacífico.

Pasó por lo menos un minuto sin que nadie rompiese el silencio, porque ambas eran del tipo de personas que podía permitirse el silencio.

-¿Sigues ahí Rosario?- preguntó Elena.

-Sí –confirmó su hermana en lo que parecía el pie de otro parche de silencio, pero entonces Rosario comenzó su rutina insólita y con ella la historia tangente que la fugada había temido en sus quince minutos de sueño-. Mira, Elena. Voy a ser lo más sincera que pueda. Sabes que nunca te he pedido nada y también sabes que he pasado de ti hasta límites insospechados durante los últimos nueve años. Te he escrito cuatro correos en todo este tiempo y tú sólo me has respondido a dos, pero entiendo que sabes que tengo un hijo y que tu sobrino se llama David, como papá. No le ha faltado de nada en estos ocho años de vida y es un niño la mar de espabilado. Sus profesores dicen que va a llegar lejos y eso que sólo es un renacuajo. Tiene una de esas miradas de hombre hecho y derecho a las que no sabes cómo responder, pero también sabe ser dulce *el jodío*. Lo he llevado de un lado para otro todos estos años y ya ha vivido en más sitios de

los que mucha gente visita en toda su vida. Y si por mi fuera se vendría conmigo a Francia esta vez también, pero no quiero tenerle con el culo en columpio, así con lo pequeño que es, ahora que parece haber hecho amigos en el colegio. Tengo que irme a París un tiempo, a trabajar, porque sigo sin ser nada en particular. Ya sabes, hago algo durante un tiempo y luego voy como una tonta y decido que no me gusta. Esta vez tiene pinta de cataclismo total. Tengo un papel en una obra de teatro. En fin, un francés que conocí en Holanda, que se ha puesto a dirigir teatro y dice que soy la mar de indicada para una de las protagonistas. Figúrate tú; con lo mal que hablo francés se van a descojonar de mí. Pero chica, ¿y si doy la campanada? Ya sé que parece una tontería, pero cosas más raras han pasado. El tema es que, claro, había pensado en dejar al niño con unos amigos, pero no sé cuánto tiempo me llevará la obra. Es una cosa pequeña, una producción ridícula, pero estas cosas son impredecibles. Igual acaba siendo para un mes, quizás dos. Y no sé, no se me ocurre nadie más de quien pueda fiarme como me fío de ti.

- A ver si lo he entendido bien –soltó Elena irritada por la naturalidad con que Rosario volvía a aparecer en su vida tal y como se fue, crecientemente temerosa de la redondez del círculo, de la simetría del mundo real con el mundo de los seres invisibles-. No me has llamado en casi dos lustros y de repente quieres que me haga cargo de tu hijo. ¿A ti te parece normal?

- Escucha, sé lo que te estará pasando por la cabeza y si te quieres desahogar y llamarme cabra loca estás en tu derecho. Puedes llamarme cosas peores. Licencia familiar.

- Vamos a ver, Rosarito. Me siento terriblemente engañada y no hay nada que me siente peor. Ya lo sabes. ¿Tú desde cuando actúas? Si ni siquiera te cogían en el colegio para las obras de Navidad. Esto no puede ser verdad, pero sigue mintiendo, que igual me convences de que eres actriz.

- No seas paranoica, Elena. ¿De qué me serviría mentirte? Si quiero que te quedes con mi niño, más me vale que estés al corriente de todo. Mira, si la cosa sale bien, te doy un par de entradas para que vengas a verme. ¿Qué te parece? Te traes a quien quieras. Una escapada con tu novio a París. Tienes pareja, ¿no? –Rosario trató de desviar la atención.

- Sí, sí que la tengo. Estoy viviendo con él, de hecho. Se llama Daniel – la fugada lo decía con falsa modestia, con soterrado orgullo por no ser aquella vez la hermana desafortunada en amores.

- Así me gusta, hermanita. Ya sabía yo que se te daría bien la vida en pareja –Rosario acentuó maliciosamente “vida en pareja”, implicando que Elena era un animal de costumbres, más estático y menos errante que ella. Sabía que podía explotar si se la llamaba conformista y predecible, pero también sabía que tenía que arriesgar para avivar la familiaridad dormida.

-Bueno, ¿y tú qué? ¿Cómo te va la vida? ¿Has encontrado un padre para David? Ay chica, ¡qué preguntas hago! Supongo que si lo tuvieras, no me habrías llamado.

Elena movía los pies sin parar, temiendo encontrar más flecos que corroborasen el paralelo y deseando recibir datos que desmintiesen la sorda influencia del mundo de los seres invisibles, de las segundas vidas sobre las primeras. En su mente palpitaba la historia de Ramón y las caricias sobre la muñeca le presionaban las sienes a cada impulso cardíaco. Si Daniel podía ser Fernando en Asmera, no había razón para que Rosario no fuese Ana o David no fuera Leo. Las identidades convertidas en espejos le hacían poca gracia a la fugada cuando abrían agujeros negros de aquella envergadura.

-No, todavía no. Ahora sólo nos tenemos el uno al otro. Va a ser difícil separarme de él.

-Ya veo. ¿Por dónde paras ahora? ¿Sigues alquilando el apartamento en Fuenlabrada? –Elena trataba de encontrar datos que la alejasen del símil oscuro que se había yuxtapuesto delante de sus narices.

-Sí, seguimos por aquí. No hay quien pague un alquiler en el centro. Que te voy a contar que no sepas.

El tono determinadamente doméstico de Rosario calmó por un momento los desasosiegos de la fugada. Quizás sólo era una coincidencia extremadamente deformada por los estragos de la noche en vela. Había demasiados detalles no convergentes. Por ejemplo, Ramón vivía en Argüelles, no en Fuenlabrada. Y aunque todo podía encubrirse en aquella comunidad de la sinceridad que rehuía los datos para salvaguardar su esencia, a Rosario no le tembló la voz al confirmar su independencia amorosa. Tal vez fuese verdad, o tal vez fuese una buena actriz después de todo. Ambos casos respaldarían un pedazo distinto de la historia, como en esas dicotomías informáticas en las que las máquinas no pueden actuar y

afirmar la existencia de la acción al mismo tiempo, como en el principio de indeterminación de la onda-electrón o cómo en la percepción bipolar de figura y fondo. Una variable eliminaba la otra, dependiendo de la opción del observador, pero no por eso era más verdadera. Ambos extremos, como dos caras de la misma moneda, estaban condenados a amarse en relatividad para siempre.

-Rosario, eres mi hermana. Y aunque pasases de mí durante veinte años te ayudaría en lo que pudiera cuando necesitas algo. Pero piénsalo fríamente. Me he mudado con mi novio hace muy poco tiempo y aún estamos viendo si funcionamos como pareja. A ver cómo meto yo en casa a un niño que Daniel no sabe ni que existe.

- La verdad es que suena complicado –admitió Rosario-. De todas formas, antes de que te dices cuenta, yo estaría de vuelta en España con mi futuro de actriz abortado. Y mientras que te quedes con el niño te daría algo de dinero para gastos. Ochocientos euros al mes, ¿qué te parece?

-Me parece que me estás contratando como chacha y no sé si me gusta el plan. Yo ya tengo trabajo –mintió Elena.

-No, mujer, no te lo tomes así. Es una ayuda, para que se te haga más llevadera la carga y puedas permitirte algún capricho con Daniel. Mira, David es un niño la mar de tranquilo. Tu le dejas con sus libros y con conexión a Internet y parece que no estuviera. Tiene un mundo propio el enano. En serio, tienes que conocerle. En cuanto que veas al chico, me lo vas a quitar de las manos.

-Pues no sé, Rosarito. ¿Por qué no le dejas con una *nurse*? Además casi te saldría más rentable. Coges a una extranjera y que le enseñe idiomas, que de pequeño entran mejor esas cosas.

-¡Ay, hermana! No me digas eso. Cómo voy a dejar a David con alguien que no conozco. ¿No ves los telediaros? Hay mucho tarado por ahí. Además, con tanto viaje para aquí y viaje para allá, el niño habla inglés y francés mejor que yo. Lo que necesita es un poco de cariño mientras yo no estoy.

A la fugada volvió a darle un vuelco el corazón. No ganaba para sustos entre tanta palabra que pretendía hacerse carne. Las longitudes de onda de la historia de Ramón y la de Rosario jugaban a juntarse más de lo previsto para ser anécdotas independientes. Se separaban para coincidir otra vez cinco frases más tarde, y el romance distanciado que se traían enervaba a la

fugada. David, como Leo, era políglota y, a pesar de ser a costa de hacer maletas y no de enseñanza doméstica, la caricia obscena que ambos relatos se dedicaban despertaba la guardia de la fugada. Le incomodaba no saber a qué atenerse entre tanta segura inseguridad.

Precisamente fue el vaivén trémulo de las coincidencias lo que le hizo acceder a tomarse un café con Rosario y su hijo David al día siguiente. Pretendía tirar de los hilos de los relatos para poder acotar mínimamente la realidad, manejarse de alguna manera entre los impases anónimos de los personajes invisibles.

Mientras esperaba al día siguiente, se esforzó por no contar nada a Daniel -o Fernando-, ni a Marta, que pasó brevemente por la casa de la fugada. Elena reconoció en la portuguesa ciertas dotes maternas que hasta aquel momento le habían pasado desapercibidas. Hablaba siempre con la ternura que se dedica a los churumbeles e iba inyectando sobredosis de amor a cualquiera con quien se cruzaba. “Debe estar muy sola”, reflexionó Elena en su blog de Asmera aquella misma tarde. Después de una siesta reparadora que vino a refrenar sus temores, el descanso hizo que relativizase todas sus incertidumbres hasta el punto de que la llamada de su hermana parecía haber ocurrido años antes y la intuición de sus paralelos con lo invisible le parecía una posibilidad inofensiva. Si acaso, lo que había quedado de la inquietud incoherente de la vigilia era una curiosidad morbosa por ver hasta qué punto las longitudes de onda coincidían en aquel ejercicio de azar o determinismo -según se percibiese figura o fondo.

Después de comer a horas intempestivas, la fugada se dedicó a escribir una nueva entrada en el blog. De repente tenía algo que contar, pero trató por todos los medios de no desvelar sus ansiedades ni mentar a Ramón para no incrementar el nivel de contradicciones convexas y mantener los paralelos en la más estricta de las distancias constantes.

A pesar de sus reticencias, Elena se quedó pensando aquella noche en su hermana y en aquel sobrino sabelotodo al que aún no conocía. Si sumaba los quinientos euros de Asmera a los ochocientos de su hermana tendría un sueldo razonable, y compartiendo economía con Daniel todo podría equilibrarse razonablemente para acoger a David.

En cierta medida, la fugada deseaba que el chico fuese Leo, para sentirse conocedora de intimidades fuera del alcance de los patios y los cotilleos de escalera. Le excitaba la posibilidad de que Ana fuese el avatar

virtual de Rosario, creado a sus espaldas, como el de Fernando para Daniel. Le conmovió saber que después de decenas de amantes, un señor inexperto y ajeno a los sentimientos humanos la había conquistado con un distraído silabeo táctil en la muñeca. Y que prácticamente sin querer ella había despedazado todas las soledades mestizas de ese individuo sombrío, devolviéndolo a posturas erguidas después de tanto tiempo de arrastrarse.

El recuerdo ajeno de la brutalidad del primer encuentro de Ramón y Ana le hizo rodar hasta Daniel en busca de alivio para los deseos exógenos. Se dio cuenta, mientras se subía levemente el camisón y el ardor ajeno precipitaba en su sangre como propio, de que Keith se había evaporado de la trastienda de sus motivaciones y sonrió misteriosamente en la oscuridad.

Rosario estaba muy cambiada. Se había teñido el pelo de un rojo antinatural, casi chillón, y tenía unas ojeras desmesuradas cruzadas por sendas arrugas precoces. Elena la abrazó con los ojos cerrados, como si pensase que sólo el olor y la tenacidad del pulso cardíaco le ayudarían a reconocerla. Cuando ni siquiera pudo encontrar el perfume natural que recordaba de los tiempos en los que compartían ropa, la fugada abrió los ojos y vio al chico observándolas despreocupadamente. “Tú debes ser David, ¿verdad?”. El niño se tomó su tiempo –había heredado la complicidad familiar con el silencio. “Sí, y tú debes ser la tía Elena.” La fugada lo besó en el carrillo derecho apretándole ligeramente contra su cara y el chaval afrontó el cariño sin inmutarse. Entraron en el primer café que encontraron en Alberto Aguilera y prácticamente reanudaron la conversación del día anterior, continuando sin pies ni preámbulos el goteo de información-desinformación que habían dejado por falta de saldo.

- ¿De qué vives ahora, Rosario? ¿De dónde sacas el dinero? –preguntó Elena sin preocuparse de la presencia de David. El chico parecía estar muy lejos de allí, preocupado por cosas intangibles, entelequias abstractas. Elena no le quitaba ojo, intrigada por cómo sería el mundo interior de un niño de ocho años, tratando de recordar si ella tuvo uno a esa edad o fue más bien una bifurcación adolescente donde enviar las ilusiones cercenadas.

- Ya sabes cómo soy yo. Nunca he tenido problemas para salir adelante. Hace dos años, cuando volví a Madrid, abrí un salón de belleza. Tenía cinco chicas trabajando conmigo, pero de repente empezaron a venir mal dadas.

El interés del crédito subió y subió hasta que no pude pagarlo. Eché el cierre y las dejé a las pobres en la calle. Pero bueno, ahora estoy currando de camarera. Y entre eso y que revendí el local de la peluquería, estaré tranquila por un tiempo. Ya ves que me puedo permitir hasta perder dos meses en París. O dedicarlos a hacer el maula, como prefieras.

- ¿Y tú qué dices, David? ¿Qué te parece a ti que tu madre vaya a ser actriz? –la fugada guiñó un ojo al chico, pero él continuó sin hablar, víctima de un autismo voluntario, entregado a un voto de silencio que Elena tomó por una chiquillada. Era de esperar, se dijo, que el niño reaccionase de alguna forma a los esfuerzos de su madre por quitárselo un tiempo de encima. Durante más de media hora, escuchó a Rosario atentamente sin perder de vista el temple contestatario de David, que decía más callado de lo que mucha gente quisiese expresar con palabras. Entendió por la perfección con que cada circunstancia coincidía con la anterior y la estanqueidad pastosa que unía las anécdotas del relato extremadamente vivo de su hermana, que sólo sacaría algo en claro de aquello si conseguía hablar con el chico. La oportunidad no llegaría hasta que Rosario se disculpó para ir al cuarto de baño y los dejó solos sentados frente a frente sobre la mesa de metacrilato.

-¿No vas a hablarle a la tía Elena? –la fugada seguía obstinada en emplear un lenguaje infantil y armar las frases con una estúpida cadencia melódica, en parte porque era así como se dirigía a los niños de ocho años y en parte para enervarle, para herir su orgullo de presunto crío precoz y hacerle salir de su silencio antes de que la madre volviese del aseo.

- A ver, señorita, ¿usted de verdad se cree que mi madre se va a ir a Francia a actuar? Lo primero, mi madre en francés no sabe ni decir los buenos días; y lo segundo, sí estoy callado es porque ella me ha dicho que lo estuviese – a la fugada le heló la sangre la dicción de político con el que David hilvanaba las frases. Ni siquiera las palabras eran las que confundían a Elena, sino la intención que destilaban, como si el niño tuviese un plan más elaborado que su madre y no estuviese dispuesto a ejecutarlo sino en pequeñas dosis, cuidando de no decir más de lo que debía hasta que llegase el momento apropiado-. Entonces, ¿qué? ¿Se va a quedar usted conmigo o me vais a dejar en la calle entre unos y otros?

De nuevo le volvieron las punzadas en el estómago recordando la impotencia de Ramón, que se las veía y se las deseaba para afrontar el

verbo improbable de Leo, incapaz de decidir el registro que debería utilizar para enfrentarse a semejante inteligencia. Asediada por la inminente vuelta de Rosario y sintiendo como los hilos del mundo invisible tiraban de sus cuerdas vocales, soltó casi traicionándose a sí misma y a las reglas de equidistancia que sostenían las realidades paralelas: “Es todo cosa de Ramón, ¿verdad?”

David pareció volver al estado catatónico del que acababa de salir, como si alguien hubiese hecho retroceder el tiempo un minuto y el chico siguiese condenado al voto de silencio.

No supo Elena sacar conclusiones de aquella repentina vuelta al ensimismamiento sordo de las cavilaciones. Le dejó reflexionar a gusto, como si le acabase de hacer una pregunta por valor de medio millón de euros y el chaval se pudiese permitir toda la duración de un programa de televisión para responderla. El chico se giró para comprobar que su madre volvía a paso ligero de los servicios. In extremis, midiendo la distancia que le separaba de Rosario y sabiéndola incapaz de escucharle, David respondió:

“Señorita, yo no conozco a ningún Ramón.”

De vuelta a casa, Elena se avergonzó de haber caído otra vez presa de sus propios miedos megalómanos, en los que todo estaba conectado. Los tejemanejes de los seres sin rostro agazapados en cavernas de banda ancha se volvieron inofensivos y la deformación de la cuadratura del círculo pareció desviar el terco reflejo del juego de espejos que la deslumbraba. La fugada se conformó con pensar que, como los ordenadores, también el cerebro sufría el efecto parada. Aquella noche, dispuesta a entender por qué se obstinaba en predecir las más improbables de las relaciones interpersonales, revolucionó los motores de búsqueda de la Red hasta que se dio de bruces con una controvertida teoría que asimilaba la interacción neuronal a las leyes de la física cuántica:

(...) La dualidad onda-partícula hace que no pueda conocerse la velocidad del electrón y su posición en un instante determinado, o viceversa. Esta imposibilidad de comprender al mismo tiempo las dos caras de un mismo fenómeno, llevó al físico Roger Penrose a proponer una explicación cuántica del cerebro, ya que éste no puede pensar y ser

consciente del pensamiento a la vez; no puede verse desde fuera. Dicho argumento es una derivación del teorema de incompletitud de Gödel, que asegura que aunque podamos postular proposiciones matemáticas, nunca podremos demostrar formalmente algunas de ellas. Se trata del mismo fenómeno de indeterminación que lo impregna todo, de la misma incertidumbre por la que desconocemos la posición de los electrones en medida opuesta a la que sabemos su velocidad.

A renglón seguido, para confusión de sus lectores habituales, se lanzó a explicar por qué para ella el cerebro funcionaba cuánticamente, aludiendo al déjà vu y a la tendencia humana a formar complicadas teorías conspirativas como prueba definitiva de la dualidad neuronal. La fugada escribió: “Es como en esos dibujos en blanco y negro en los que si te fijas en lo negro ves un ciervo moribundo y, si te fijas en lo blanco, el área opuesta de la imagen forma el contorno de un cazador disparándole. Por mucho que te esfuerces nunca puedes ver las dos figuras al mismo tiempo. Nos guste o no, es un fallo de nuestro cerebro. Y a veces, en lugar de ver las cosas como son, vemos su recorte invertido. Y mientras estamos en esa oscuridad, no hay quien vea la realidad tan blanca y sencilla como es.”

Elena se apresuró a escribir aquel mismo día sobre su encuentro con Rosario y David, evitando mencionar nombres. Cuando el chico, incapaz de articular palabra por encanto mágico o por prohibición materna, las abandonó para irse a leer los periódicos del día, la hermana de la fugada sacó del bolso las pruebas burocráticas que corroboraban su historia. Tenía hecha la reserva de los billetes de tren para el viaje a París y había pagado por adelantado tres meses de alquiler en un sótano de Pigalle -la menor estancia que había conseguido negociar. Las fotos de la vivienda no eran muy esperanzadoras. El piso, por llamarlo de alguna manera, había surgido de la colmatación de un patio parisino de tercera clase. La división de aquel espacio corrido, en el que la única sombra de luz entraba por la puerta principal, acumulaba la tristeza de los prismas oscuros. Por si fuera poco, unas escaleras de madera revelaban la existencia de otro nivel inferior. Era risible la obstinación irónica de la vivienda por seguir profundizando en la tierra a base de artificialidad de fluorescentes. Elena se imaginó una cadena indefinida en la que el sótano del sótano acabaría teniendo otro sótano y la

denuncia redundante de su mente le llevó a un pensamiento cíclico de tornillo sin fin. Mientras regresaba de la consciencia de sus recorridos cerebrales, Rosario se afanaba en mostrarle facturas y la correspondencia informal que había mantenido con el director de teatro holandés.

Todo parecía en orden. Elena no la creía tan retorcida como para falsificar documentos. Y si lo que de verdad quería era deshacerse de su hijo, había al menos mil formas más sencillas de hacerlo. Irremediablemente, el azorado intento de su hermana de no dejarse nada en el camino y resultar tan formal como pudiese la retrotrajo a los tiempos en los que ambas eran adolescentes, cuando Rosario recurría a una solemnidad innecesaria para hacer entender a terceras personas quién era la mayor. Definitivamente, en aquellos años, antes de que a una le diese por viajar incansablemente y a la otra por estudiar sin tregua para acabar obviando el berrido de su despertador, ninguna hubiese negado nada a la otra; y el tatuaje latente de los lazos sangre cayó como un yugo sobre la cerviz de Elena.

Su hermana continuó explicándole por qué debía dejar a David en Madrid. A pesar de su primera intención de llevárselo a Francia, los profesores del chico le habían desaconsejado profundamente el cambio de aires. Durante casi dos años no se había relacionado con nadie. Era del tipo de niños que respondía a las preguntas con monosílabos. Cuando algunos compañeros lloraban y pataleaban para evitar sentarse a su lado o tenerle como pareja en las clases de educación física, él acababa por aducir la misma mirada alienígena que les dedicaba cuando leían a trompicones o cuando sumaban con los dedos. La idea del director de la escuela de subirle cuatro cursos de golpe despejó los tupidos velos de incomunicación que le separaban de su especie y en cuestión de días pasó de un extremo a otro sin pasar por la salida. David despertó entre los estudiantes de sexto de primaria un revuelo de celebridad. Contribuyó al tratamiento de estrella de rock el pupitre minúsculo proveniente de la clase de segundo curso y la destreza políglota que escarnecía a los profesores de idiomas. Rosario reconocía que el empujón le había quitado las ojeras melancólicas de hombre mayor sin arrugas y le había dado un cierto interés por los demás. La dirección del colegio fue taxativa cuando les comunicó sus planes de mudanza: debía buscar la forma de dejar al niño en Madrid, si no quería llevárselo y ponerlo bajo las ruedas de la inadaptación.

David sólo tenía un problema, continuó Rosario. Por más que le inundasen de tareas, de actividades extraescolares, de ejercicios adelantados incluso a su nuevo curso, el chaval siempre acababa por complicar las leyes de la realidad inmediata. Cuando explicaron en clase la raíz cuadrada, David convenció a sus compañeros de que en realidad aquella operación podía reducirse a un complicado sistema de de substracciones. Las dos veces que hizo la demostración, cuyas reglas inventaba al paso, el resultado se aproximó tanto al del profesor que sus compañeros creyeron a pies juntillas la explicación ocultista del enano mesiánico. Por la clase corrió una fe en el misticismo matemático que afectó por igual a los más sensibles y a los más brutos. Se creó un caldo de cultivo perfecto para que David comenzase a contar su vida en clave esotérica y el romanticismo extremo de su relato se agarrase a las entrañas de la parroquia. Mezcló el género bizantino de las películas de Indiana Jones con el orden meridiano de los documentales de la BBC y creó tal confusión entre sus compañeros de clase que pocos sabían a qué atenerse entre tanta verdad novelada y tanta mentira hecha palabra.

Desde el poder que le confería su condición de enviado, convenció a sus compañeros de que los extraterrestres vigilaban la Tierra desde hacía años porque la especie humana era su creación, al igual que la de los hombres era la inteligencia artificial. Los señores del cielo, según él, veían con agrado que la evolución genética sobre el planeta hubiese llegado hasta tales extremos de programación, porque en cierta medida significaba que ellos ya habían terminado su trabajo y ahora aquellos monos mejorados podían convertirse en los dioses de otros individuos.

-Los profesores dicen que es normal -añadió Rosario-, que aún no ha desarrollado el pensamiento moral y que sólo está jugando con sus capacidades, pero yo tengo ganas de que llegue ya a donde tenga que llegar y podamos respirar todos tranquilos.

Aunque Elena hubiese talado a golpe seco los ramales del influjo magnético de Ramón, Ana y Leo, las paradojas del mundo real no eran menos desasosegantes. La fugada no acababa de entender por qué su hermana había silenciado el verbo ágil y la imprevisible irracionalidad del chaval; pero a la vista de la fantasía desabrida de su sobrino no podía creer más a David que a su propia hermana. Por mucho que Rosario hubiese

cambiado, creía reconocer el tono de confianza del pasado, con mismo con el que le contase cómo los primeros chicos la tocaban con avidez y cómo perdían la compostura por llevarla a sitios oscuros. Sin embargo, la asustaba la inesperada complejidad del niño; veía en sus ojos la sombra de un cálculo y una frialdad desconocida en la familia. Sin duda, la intención glacial venía de los tímpanos extranjeros de la otra mitad genética. Rosario nunca le dijo quién la había dejado embarazada, pero una hipotética búsqueda sería ardua y tendría que abarcar los cinco continentes, porque fue por esa época cuando su hermana comenzó a viajar desconsoladamente. Y ahora, el producto fortuito de alguna de sus noches de deseo e irresponsabilidad había cumplido ocho años y había desarrollado su inteligencia hasta los cuarenta, comprimiendo el tiempo como en un agujero de gusano espacial, probando a escala humana la relatividad de Einstein.

David era un monstruito interesante salido de los confines de su propia sangre, al que tan sólo cinco frases le habían valido para descolocarla del todo. Elena entendió inmediatamente que se encontraba ante el tipo menos previsible y más interesante de con cuantos se hubiese topado hasta la fecha. El hecho de que no levantase más de cuatro palmos no era obstáculo alguno para su curiosidad y, en cierta forma, la existencia de David le daba esperanzas contra la linealidad del mundo. Si se le pegase algo, se dijo, igual perdía de vista aquella recurrente insatisfacción que lo encharcaba todo. No se olvidaba la fugada de que fue el inconfundible deseo de vivir intensa y aceleradamente el que le hizo apagar el despertador y seguir durmiendo. Esperaba nuevas variables de complejidad que le hiciesen sentirse viva, un nirvana occidental de horror vacui y satisfacción por empacho. No era pues aquel encuentro primerizo con el reloj biológico lo que la incitaba a quedárselo un tiempo, ni el cariño hacia su hermana –con quien había pasado nueve años sin hablar-, sino la necesidad egoísta de probar cosas nuevas. La soledad de los días de blog y la forma en la que las fantasías propias y ajenas la trastornaban indistintamente era, si bien intensa, demasiado unidireccional. Además, quizás pudiera sonsacar información a David, porque confundir a un crío de ocho años no debía ser difícil por muy inteligente que fuese. A la cronista fugada le atraía la posibilidad de reconstruir la vida reciente de su hermana a través de su sobrino y, quizás, cuando estuviese completamente segura de que el mundo

virtual no tenía ninguna influencia sobre la vida real, se animase a exponerla con el mismo brío con el que se desnudaba a sí misma.

Aunque ya estaba convencida sentimentalmente, trató de encontrar ventajas pragmáticas con las que negociar con Fernando. Les vendría bien el dinero y, mientras siguiese de vacaciones haciendo que buscaba trabajo en Internet, podía usar a David como excusa por la lentitud de sus maniobras. Quizás la fantasía multidimensional del chico diese sentido a su fuga. Necesitaba ver si tanta inteligencia sólo complicaba las cosas, o si los sentimientos periféricos y el pensamiento complejo nublaban la miseria de todas las insatisfacciones.

La fugada le había pedido a su hermana un período de reflexión. Trataría de dilucidar en dos o tres días si podía hacer frente a la adopción temporal de David, si era viable introducir aquel elemento extraño en su relación con Daniel. No le preocupaba la oposición de su novio –Elena se sabía con armas para convencerlo de cualquier cosa- sino la amenaza real de quiebra. No quería matar el deseo por culpa de un niño que ni siquiera era el suyo y acabar viviendo un amor maduro a su edad. Sabía, no obstante, que la escurridiza personalidad y la tierna introversión de Daniel no le impedirían nada. De hecho, la única vez que pareció tomar las riendas fue cuando le propuso vivir bajo el mismo techo. Desde entonces, Fernando le había ofrecido una estabilidad fuera de toda duda y la seguridad del tintineo de las llaves chocando torpes contra la puerta del piso despertaba en ella una quietud ansiosa que la liberaba de todas sus obsesiones. Probablemente tanta tranquilidad y tanta accesibilidad le indujeron a regurgitar imágenes del pasado, a remover la seducción gramática y las manos gigantes de Keith para insuflar energía en el propio laberinto de sus deseos, pero el confort de los ritos calcados le otorgaban una satisfacción a la que no estaba acostumbrada.

Elena no se imaginaba en una relación que se moviese a trompicones. La fugada no sabía discutir y no encontraba placer en la lucha constante. La letra del *ni contigo ni sin ti* era extenuante para ella; prefería poder rodar hasta el otro lado de la cama siempre que quisiese y encontrarse con el gesto dócil de Fernando. Para la nostalgia de los amores animales tenía la imaginación y, ahora, el seguro usufructo de la memoria propia y la colectiva de los habitantes de Asmera.

Cuando al día siguiente la fugada se decidió a hablarle de Rosario y David, se cuidó de no hacerlo en frío. Sólo cuando las sábanas no pudieron acomodar más sudor y las paredes se cansaron de repetir los sonidos inconstantes de su amor, Elena le habló de la reaparición súbita de hermana y sobrino, de las inconsistencias de la historia y de su súbito interés por aquel crío superdotado con el que compartía un porcentaje irrisorio de sangre.

Aunque el primer impacto dio con el familiar chisteo de las negativas de Daniel, en pocos minutos él comenzó a ver una luz invisible para ella. Cualquiera hubiese llegado a la conclusión de que era Fernando el que le había propuesto cuidar de su sobrino y no al revés. A pesar de haber preparado argumentos en contra de las defensas o los ataques de su pareja, la rendición sin condiciones la dejó sin armas y Elena sólo pudo murmurar sus propias reservas. Daniel arguyó que estaba ciertamente preocupado por ella, todo el día enganchada a Internet, engullida por vete tú a saber qué pamemas que la habían dejado más sensible y sentimental de lo que él la recordaba. “Tenía miedo de decírtelo, pero creo que estás perdiendo un poco el norte. Parece que no te acuerdes ni de que hay que ganar dinero para vivir en este mundo y que estar sin hacer nada sólo puede volverte loca. Igual tener a alguien a tu cargo te devuelve otra vez la sensatez de las personas normales.” Elena se sorprendió de la dureza de las palabras de Fernando, que se caracterizaba por ser un prodigio de mesura. Aparte de frases dedicadas al trasiego cotidiano o a los delirios de las caricias íntimas, aquella parrafada era lo único con sentido que había pronunciado desde que le propusiese compartir piso. Sintió la fugada el aguijonazo de una verdad que ella conocía, aunque la llamase de otra manera, y ver desde fuera el zigzagueo suicida de habitar en reinos de fibra óptica la asustó por primera vez. Su determinación ya no estaba hecha de recortes, de pros disueltos en el océano de las incertidumbres. Se haría cargo de David durante uno o dos meses, lo que tardarse Rosario en volver de su misterioso destino y usaría a su sobrino como cura del paralelismo inexistente que la atosigaba; sería la última parada antes de tomar el rumbo de su vida y volver al orden de los días con despertador, oficina y teléfono.

Dudó un instante de la intención sin mancha de Daniel cuando se percató de que él no sacaba nada de aquel nuevo esquema de convivencia - si acaso las condiciones de su contrato sin firma empeorarían. La fugada

relajó los esfínteres de la duda y simplemente adujo que sería el amor lo que le inducía al sacrificio; la mirada tierna que su hombre le dedicaba desde el otro lado del colchón la convenció lentamente de que la bondad debía existir en algunas personas.

Dos días más tarde el comité de bienvenida se apostó tras la puerta blindada de la casa de Elena y Daniel. Además de ellos dos, el pelotón contaba con la presencia de Marta la portuguesa que había venido a neutralizar las fuerzas políglotas de Rosario y su hijo.

Estaba previsto que David usase el cuarto de vivir en ausencia de un segundo dormitorio para los efectos. Habían dotado el apartamento de cinco megabytes de banda ancha que un receptor wifi se encargaría de radiar por entre las figuras de *Pladur* que trazaban las estanterías. Daniel había desempolvado una colección de libros de Emilio Salgari que no pertenecían a nadie, aunque habitaban en la casa de sus padres, y los había dispuesto al alcance de la mano del nuevo inquilino desde el sofá-cama que ocuparía.

La portuguesa, servicial y desinteresada hasta límites que intrigaban la naturaleza egocéntrica de Elena, había aportado un viejo ordenador portátil para el que ya tenía sustituto. Prometió también mientras escuchaban el ruidoso esfuerzo del tirante remontando los pesos superpuestos de madre, hijo y ascensor que le echaría una mano con el niño.

Cuando la delegación adoptiva abrió la puerta, demasiadas reacciones tuvieron lugar para que un solo observador registrase todas. En el fragor de las presentaciones, Elena no pudo pasar por alto el gesto inaprensible de Marta al encontrarse frente a frente con Rosario. La portuguesa se quedó transfigurada, como si hubiese visto un fantasma y todos los miedos sin nombre se hubieran sublimado de repente, incapaces de pasar de olvidados a líquidos primero para convertirse en los vapores que le hicieron sudar sudores fríos después. La fugada le preguntó con sorna inofensiva si se encontraba bien y la portuguesa se sobrepuso por un momento al calor que le salía de los carrillos y se le extendía hasta las sienes para responder: “Tu hermana es la *vida* imagen de alguien que conocí mucho tiempo atrás. Rosario -porque te llamabas Rosario, ¿verdad?-, tienes una réplica exacta ahí fuera.” A la hermana de la fugada le hizo gracia el comentario, especialmente viniendo de las indeterminaciones de aquel acento pastoso que parecía crear coherencia a base de coordinar defectos.

David había abandonado su condena de silencio y, por un momento, entre tanta novedad y tanta gente desconocida pareció borrar de su expresión la tristeza antigua de generaciones pasadas y abrazó efusivamente a sus nuevos padres de alquiler. Cuando Marta se agachó a recibir al niño entre sus brazos, lo hizo mirando alternativamente a Elena y a Daniel con una expresión heredera del desconcierto inicial, como si un miedo antiguo se le hubiese fijado al rostro en forma de rictus al reconocer en Rosario los rasgos del pasado. La fugada se resignó a no comprender lo que estaba pasando, aunque le contentó su papel de maestra de ceremonias, de intermediaria de tantas miradas cruzadas. El rito de las presentaciones le otorgaba a su juicio más poder del que le menoscababa y la proeza de juntar en una sola habitación a todos los componentes de su mundo real le retrotraía al placer primitivo de la exposición y al riesgo de las páginas de su libro estremeciéndose bajo las manos incomprensibles e incautas de las relaciones personales.

Rosario no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al ver lo bien que se manejaba David en su nuevo ambiente y un reflujo tibio de orgullo le inundó los ojos sin precipitar cuando el crío soltó: “Vete tranquila, mamá, que creo que me llevaré bien con los tíos.” Daniel le despeinó el pelo cariñosamente, aunque la cadencia pesada de su mano se revelaba antinatural a pesar de su bienintencionado compromiso. A la fugada le pareció todo tan idílico que los esfínteres de la duda se le volvieron a cerrar en falso; aquel niño modelo salido de una postal de primera comunión no era el mismo crío contestatario que ella conocía. Tan edulcorado percibió el fotograma que se le pasó por la cabeza anular todas las disposiciones en un par de calentones que le llegaron como ajenos. Sólo el recuerdo de su propia vergüenza al salir de las fauces de la cuántica la frenó; sólo eso la sacó de la ilusión multiplicada del mundo de los seres invisibles y la devolvió al momento en el que Rosario se despedía de David y éste respondía con sobriedad militar, evitando los vértices de las costuras materno-filiales.

“¡Buena suerte en París, mamá. Para mí tú ya eres una estrella!”, le gritó David a Rosario mientras se cerraban las puertas del ascensor. Elena se rió de sí misma al tiempo que leyó la situación en clave de comedia, a la sazón el único recurso analítico que le quedaba antes que dejarse arrastrar por un aluvión de implicaciones traslúcidas.

“Buena suerte en París, hermanita”—dijo la fugada a media voz a sabiendas de que Rosario no podía escucharla ya.

El niño fue poco a poco recuperando sus ademanes de adulto y durante el día se entretuvo confundiendo a unos y otros. Nadie pudo determinar a qué público se estaba dirigiendo, fiel como era al guión exquisito de su exposición. Espoleado por las preguntas de la portuguesa, que parecía haber sucumbido a los encantos de feriante del renacuajo, David recorrió de arriba abajo su corta existencia hasta donde podía recordar. Almacenaba memorias de su primer cumpleaños, que según él mismo admitió se mezclaban con el recuerdo artificial de haberlo revisitado en fotos. Por la mañana aseguró que la celebración tuvo lugar en Copenhague, en casa de unos amigos belgas de su madre; y al anochecer la situó en lo alto de un ático sobre los Campos Elíseos, entre hispanohablantes. En más de una ocasión acuñó dos versiones de la misma divisa, construyendo una verdad resultado de sumas de opuestos. De hecho, en un viaje del niño a la cocina, Daniel se permitió comentar: “Este crío es hijo de los tiempos que corren. No hay un dios que esté sepa algo a ciencia cierta con él.”

David se recreaba en el recuento de sus habilidades precoces, convirtiendo la inteligencia —su inteligencia— en un alfa y omega del mundo. El chico había empezado a leer al mismo tiempo que hablar antes de cumplir dos años. Para cuando lo llevaron por primera vez a una guardería, a los tres, le asombró sobremanera que sus compañeros de clase pasaran horas enteras intentando atarse los cordones. Ante el tedio de los sonidos vocálicos y los dibujos de mamás y papás de alambre, David empezó a fingir catarros que se dilataban en el tiempo y que se enroscaban unos con otros. La garganta daba paso a las amígdalas y las amígdalas a los pitidos en el pulmón. De tanto pensar en cómo confundir a su madre y aprovecharse de su ignorancia médica, el chaval desarrolló síntomas psicosomáticos que venían a corroborar sus afirmaciones. Si se lo proponía, podía subirse la fiebre hasta los treinta y nueve grados o aumentar la presión sanguínea a voluntad. Por aquel entonces, David se convirtió en el terror de los pediatras, que no alcanzaban a entender como alguien podía presentar un cuadro clásico de neumonía y abandonarlo en cuestión de minutos.

El constante peligro de una recaída arruinó la regularidad laboral de Rosario y cimentó frecuencias imposibles de cambio. En menos de dos años

la hermana de la fugada firmó treinta contratos distintos y pasó por más de sesenta trabajos. Muchas veces aceptaba puestos cuando ya estaba ocupada; no por ínfulas de pluriempleo, sino enfrentada a la consabida premonición de su despido. “Probablemente fue por eso por lo que se decidió a abrir la peluquería”, dijo David simulando pensar en alto, “para ser su propia jefa y no tener que depender de nadie”.

La estabilidad del salón de belleza trajo nuevos aires de normalidad y la plena dedicación de Rosario a algo que no fuese su hijo, le hizo sentir al chaval un aguijonazo de responsabilidad inédito en su etapa preescolar. Se olvidó de sus hipocondrías ficticias tan rápido como vinieron, aunque siguió experimentando la inexistencia de sus síntomas como recurso nostálgico y aliciente privado, con la atención distraída de las habilidades innatas.

El colegio le enseñó a relacionarse con el aburrimiento y a ver con una condescendencia tierna la lentitud de sus compañeros. Le inmunizó aquel primer año contra el paso del tiempo en balde y aprendió a descansar en la conciencia del ritmo seco de los relojes. Cada clase era una cuenta atrás hasta la siguiente y las terminaciones nerviosas del trámite se le encallecieron en los pies de tanto pasear por el umbral de la espera.

Esperaba al recreo fundamentalmente, esperaba con ansiedad la hora del bocadillo; no porque hubiera descubierto a los otros sino porque los otros le habían descubierto a él. Desde hacía más de un año, David vivía un idilio de atención con algunos de sus compañeros de curso. Les hablaba de los países que había conocido y de los ciclos migratorios de su madre; mezclaba recuerdo y aprendizaje, porque durante sus cuarentenas innecesarias había leído todas las guías de viaje que encontrase por casa. Las leyó porque eran los únicos libros que habían interesado a Rosario -y los únicos que estaba dispuesta a almacenar-, pero sus neuronas ávidas de información habían desembrollado la textura adusta de los datos para incorporarlos a su léxico excesivo y a la circunvalación esotérica de su memoria.

Para cuando empezó a incorporar las anécdotas impropias, a desmenuzar la frialdad de los números y a ridiculizar la terquedad de las distancias, David no pudo evitar el palpito formalista de la narración y cuanto más repetía su historia más despuntaba la recreación sobre el recuento, más ajena se le hacía. Su vida se convirtió en un objeto extraño, en un árbol de Navidad del que colgar bolas plateadas; y la añadidura no

tenía tintes morales, porque en las ficciones la verdad era un suplemento grotesco.

Para calmar la intranquilidad de su nueva familia, el chaval explicó a Elena y a Daniel –a aquellas alturas ya habían entendido que el niño jugaba con ellos como jugaba con sus compañeros de clase- que él sabía diferenciar perfectamente entre realidad e ilusión y entendía los riesgos de mentir; pero no podía dejar de hacerlo, porque renunciar al adorno era propio de individuos grises. “Ya tendré tiempo de ser uno de esos cuando sea mayor”, soltó David en respuesta a la oposición frontal de la portuguesa. “De momento no sé a quién va a dañar la imaginación inocente de un niño de ocho años.”

Sus interlocutores aprendieron a asumir la fluidez del caudal y los recodos del cauce por lo que eran. Habían perdido la mueca de incredulidad para cuando el chaval recordó aquella vez en Colombia, cuando las FARC les confundieron, a él y a su madre, con la familia de un tiburón del petróleo. Permanecieron en cautiverio durante cinco días hasta que alguien informó de que los verdaderos objetivos estaban veraneando en Nueva Guinea.

Cuando el papel brillante de las guías de viaje perdió la pátina química y las páginas empezaron a abrirse como las cerdas de los cepillos, la televisión se convirtió en su mejor fuente de información. Con Rosario entregada a la maquinilla y las tijeras, aquel enano amante de la ficción encontró en la infinitud de los canales por cable la más placentera de todas las idolatrías. A David le gustaba la dulce amoralidad del mando a distancia, que ofrecía indistintamente documentales históricos, partidos de fútbol y programas del corazón. Los ofrecía el aparato con el mismo amor, sin miedo a las garras democráticas de aquel señor del adorno. Y el chaval admitió toda la información sin clasificar como igualmente certera –o igualmente deformada-, entendiendo que los personajes de la pantalla jugaban a su mismo juego. Sin figuras parentales que acotasen los parabienes de lo bueno y los escarnios de lo malo, acabó tomando con la misma seriedad caídas de muros internacionales que asuntos de faldas y asimiló el verbo corrido y la entonación binaria de los telediarios a la vulgar dramatización de los *realities*.

Llegados a este punto del monólogo –verdades o mentiras aparte- sus interlocutores habían dejado de entender si David hablaba con intención o

no, si su narración era acrítica e inocente o se trataba en verdad de una crítica solapada, si quería llegar a algún sitio o si le bastaba marear al público con su perorata de doble fondo. Elena asumió que la ausencia de tamices y la falta de criterios no eran más que otro de sus trucos narrativos. Si el niño hablaba de absorciones equivalentes era porque entendía que los extremos no se tocaban después de todo, lo que implicaba una mayor complejidad por su parte y, por lo tanto, desterraba del tapete lecturas lineales. Había entendido la fugada que si quería sacar conclusiones de aquel diálogo sordo tendría que moverse en múltiples dimensiones, maniobrar entre duda y fe sin prebendas devocionales. Y sobre todo, no pretender despejar todas las variables de una vez.

Tras horas de silencio, de dejar a la portuguesa salirse por la tangente en aras de la sinceridad y de verse a sí misma sobrepasada por la estructura de tela de araña de los recuerdos inventados y la memoria ecléctica de David, decidió cortar el hilo de la madeja e interrumpirlo para poner a prueba sus habilidades de charlatán.

-¿Lleva tu mamá muchos hombres a casa? –le preguntó Elena con aquel tono maquinal que dedicaba a los niños. Asumió por la forma y por el fondo que su sobrino padecía de falta de atención y dio por hecho que ningún crío de su edad se tomaría la molestia de escucharle durante más de cinco minutos. Sospechaba también que mientras no se rindiera al reconocimiento de su intelecto desproporcionado, el crío se vería vulnerable y podría mantener una sombra autoridad sobre él.

- A mi madre le gustan los hombres más que a mí confundir a la gente, señorita –de repente estaban otra vez en la cafetería de Alberto Aguilera donde lo conoció. Volvía a ser el enano inconformista, el contestatario, el renacuajo enfadado con el mundo. Elena había visto a aquellas alturas tres de los avatares de David, contando con el de hijo amoroso de foto de calendario y el de irreprimible embaucador.

El chaval recompuso el gesto, sonrió y volvió a la taimada sobriedad de la narración. “He visto tantos hombres pasar por casa”, dijo, “que para mí ya todos son el mismo.”

Conociendo a Rosario como la conocía, la fugada no dudó de la afirmación, pero para su descorazonamiento vio como la frase le valía al chaval para refugiarse otra vez en el orden de las sucesiones memorizadas,

armarse de bolas de Navidad y continuar con la decoración versallesca de su heterónimo.

Tal y como Elena lo había imaginado, la llegada de David tuvo efectos inmediatos en su relación con Daniel. Por primera vez desde que comenzaron a compartir cama, él rechazó su mordisqueo entre oreja y cuello aduciendo cansancio. La negativa de Fernando le hizo darse cuenta de su propio desgaste. De tanto hacer girar los platos magnéticos de su cerebro, un mordisco meningítico la mantuvo en vela. El sobreesfuerzo la despertaba más que la cafeína y la distancia entre un umbral de sueño y otro se medía en horas. Para cuando lo concilió, las cavernosidades del inconsciente se aparearon con los delicados cables de la banda ancha y Elena vio a Rosario caminar desnuda hacia la cama de un señor sin rostro. Hablaba el hombre con un ritmo desordenado, como si acabase de desechar la ironía de sus registros y estuviese buscando una nueva tilde para el ritmo de sus frases. Era Ramón, feliz por tener de vuelta a la cazadora de sus fantasmas. Cuando los saltos estúpidos del deletreo visual de los sueños se acercaron a los planos cortos de una sosegada cópula, su mente organizadora decidió ponerle la cara de Daniel; sus rasgos exagerados, envejecidos y alterados por el paso de los años. Aquella noche, Ramón era un *Fernando* de cincuenta años liberado del miedo abstruso a Leo y de la alergia atroz a las mentes privilegiadas; entregado al reposo epitelial de los movimientos delicados de Ana –o Rosario- sobre su cuerpo de hombre maduro. Agradeció Elena, entre los reflejos oníricos de las vidas ajenas, que al despertar sería lunes y las horas de colegio desacelerarían la punzada firme de David. Temía que el chico la convirtiese en un personaje, aunque ya lo era para los cientos de personas.

A pesar de que la fugada se hubiese dejado llevar por un tímido deseo de licuefacción en los últimos tiempos, de diluirse en la especulación de las invenciones ajenas, expuesta en las galerías transparentes de Asmera, aquella intromisión era una de la que se tendría que defender. El chaval parecía saber cómo deconstruir el hermetismo de los hechos y cargarse de un golpe la estanqueidad de todas las sinceridades. No estaba dispuesta a dar la batalla por perdida. Después de descubrir la potencia indeleble de la verdad, no iba a permitir que un renacuajo la convirtiese en una ficción mediocre, como todas las ficciones.

Sólo al día siguiente entendió que David no era el único de los quebraderos de cabeza que la esperaban. Después de dejar al crío en el colegio y teclear la clave y el nombre de usuario de su cuenta de Asmera, las redes telúricas de los seres invisibles volvieron a envenenar su desayuno. Ramón, tras dos días de silencio, se felicitaba por la desaparición de Leo, que viviría de ahora en adelante con su abuela materna en las refrescantes altitudes del Penedés. Sólo había pasado un día desde que David llegase a su casa y Ramón ya estaba celebrando las consecuencias del exilio. Ana se negaba a verlo por el momento, rota por aquel segundo corte del cordón umbilical, asediada por la frescura del abandono, luchando contra sentimientos encontrados y sintiéndose vulnerable ante futuros arranques leoninos de su pareja. El cómico se encontraba mejor que nunca: no sólo había encontrado una hembra que disipaba los males crónicos de su corazón y le desperezaba las hormonas dormidas de adolescente con canas, sino que había conseguido llevarla a un frenesí tan visceral que estaba dispuesta a prescindir de su propio hijo para preservarlo.

Ramón sabía que las disposiciones para que Leo pasase un par de meses con su abuela materna eran provisionales; pero también sabía que la peor parte ya había pasado. En su blog escribió: “Lo peor ya ha pasado. Si he conseguido echar al crío, no dejaré que vuelva a entrar.” Si recientes entradas habían conmocionado a buena parte de los lectores, esta comparación acabó por escandalizar a los seres invisibles. Muchos de los comentarios que recibió le deseaban la muerte en el mejor de los casos, otros le auguraban peores torturas que las que él infligía; y desde ese día su página se convirtió en un espacio maldito. La organización censuró las opiniones vertidas y, de la noche a la mañana, la afluencia de visitantes se quintuplicó, situándole en cabeza en los contadores de Asmera durante semanas.

Ramón había reciclado todo el rencor de los años de solipsismo amargo para dispararlo en la dirección de un espejo cóncavo, modelándolo en una involución de espíritu. Se creía el rey de la selva, haciendo desaparecer las crías de los demás para imponer la supremacía de su código genético.

Y estaba en lo cierto. Si la madre había sido capaz de deshacerse de su hijo, ahora sólo tenía que esperar a que el tiempo cerrase las heridas de la placenta germinal que les unía. Sólo le quedaba amarla con la intensidad de

sus fiebres de fiera y esperar a la que la leona reconociese a su nueva familia y olvidase la anterior.

Con la simetría del círculo anudándosele al cuello y los fósforos de alerta roja parpadeándole en la córnea, la fugada cogió el móvil y llamó con las manos temblorosas a su hermana. Al borde de un ataque de ansiedad, el peso del teléfono se le hacía insoportable y el aparato se le iba y venía de la oreja a palmos. Cuando Rosario descolgó, Elena trató de no gritar cuando le pidió que le jurara que volvería a por David en menos de dos meses. “Pase lo que pase, Rosario, te quiero ver aquí en cincuenta días. Si no, tendrás que buscarle otra familia.” La actriz trató de calmarla y le dijo que, si no se veía capaz de manejar al niño, mandaría a alguien para hacerse cargo. No podría ir ella en persona, porque estaba llegando a París en aquel mismo momento, pero enviaría a algún amigo a recogerlo de la escuela si no se sentía con fuerzas.

A la fugada se le acostaron los pelos de los brazos y notó sendos goterones deslizándosele desde las sienes hasta el pecho a la velocidad a la que cae la lluvia. El sudor repentino le sobrevinía en ocasiones, cuando se liberaba de tensiones sostenidas o largas esperas. Entonces, Elena se dio cuenta de que estaba transpirando como una condenada y que el corazón le latía a la vez en cinco sitios distintos. Se le habían disparado las constantes, como le ocurría a David de sólo recordar sus tiernos años de elucubración y dolencias. Sólo el alivio de escuchar a su hermana al otro lado la devolvió a un estado en el que podía registrar las reacciones de su cuerpo. Con la vuelta a la regularidad de los latidos, le sobrevino un sofoco tibio, una resaca de ridiculez y vergüenza. La fugada se disculpó por lo intempestivo de la llamada y por haberla molestado ya al segundo día de tutela, no sin añadir: “Antes de nada, envíame una postal desde allí, que sabes que me hace ilusión.” Intentó discernir si el murmullo de gentío que le llegaba a través del móvil hablaba francés, pero acabó por desistir porque los ruidos no tenían acento. “¡No se te olvide la postal!”

Colgó sin escuchar la despedida de Rosario y se prohibió a sí misma volver a leer una palabra de aquel tramposo blog de cómico que le devolvía valores binarios, encantos cuánticos que la sacaban de sus casillas.

Tan convencida estaba de que todo era una argucia bipolar de su propia mente, que decidió dedicar el día, hasta que David y Daniel volviesen por la

tarde, a subir al servidor de Asmera todos sus miedos infundados para defenderse de ellos. En cuanto los visitantes se riesen de su imaginación infantil y sus esquizofrenias preescolares, ella empezaría a reírse con ellos, atacando las revueltas del mundo virtual con su propia medicina. Volvió así a la pasión primordial que le valió la entrada en aquella organización de sujetos invisibles. Habló de su hermana y su sobrino, de su repentina reaparición tras nueve años de ausencia después de que Ana acordase con Ramón una solución temporal a sus conflictos animales; habló también de la casualidad de *pinball* con la que la satisfacción patriarcal del cómico había coincidido con sus nuevas responsabilidades tutelares. Volvió a valerse del recurso pseudónimo por el que Daniel era Fernando. No debía permitirse rebajar la profundidad de los reflejos; no era bueno desnudarse tanto que cualquier persona pudiese reconocer en la intimidad de sus circunstancias la identidad opaca de la fugada. El recuento no sería más veraz con o sin la autoridad de los nombres, porque su sinceridad suicida estaba hecha de relaciones, no de valores nominales. Los nombres sólo pondrían en peligro todo lo que tenía y todo lo que amaba. Una vez más, bajo la deformación exponencial de la verdad sin firma y la narración sin justificante, Rosario no era Rosario.

Lo contó todo. Expuso su amago de crisis de pánico y reflexionó sobre las truculencias de la historia de Ramón. Insertó citas completas de las entradas del cómico y manchó el discurso con hipervínculos a párrafos enteros de sus insensateces. Probablemente fuese la insensibilidad manifiesta de aquella víctima de los psiquiatras la que había alterado en Elena la línea austera entre su vida y la de los demás. De todas formas, continuó, alguien tendría que cargar con Leo, y no sería Asmera quien lo hiciese –ni sus clientes sin rostro-, sino individuos de carne y hueso como ella. La fugada aborrecía la ambición quijotesca de Ramón por sellar las humedades de su envidia retráctil y maldecía la hora en que su orgullo de jungla había dado con Ana. Aunque desde la barrera de los últimos contactos Rosario parecía estar diciendo la verdad, podía haber sido ella la madre soltera contra las cuerdas. La plausibilidad de los exilios le aturdió el corazón, porque el sufrimiento continuaba ahí fuera, independiente al jaleo de las identidades; y el dolor sería el mismo si bien causado a distintas personas.

Elena acabó de perfilar aquella hoja de reclamaciones contra los activistas de lo inhumano y la convirtió con un golpe de ratón en la entrada del día. Antes de que nada ni nadie le hiciese perder el repentino sabor de boca que le había dejado la coherencia de sus palabras, se armó de la lógica impecable de su manifiesto para despegarse del ordenador y regresar al mundo.

La fugada cambió de tercio. En vez de pedir la comida por teléfono, se armó de libro de recetas y paciencia. Cocinar era uno de sus puntos débiles, pero después de tanto ejercitar la dualidad cuántica de su cerebro agradeció la precisión algorítmica de los pasos y la delegación de responsabilidad en la autora del volumen. Le alivió la cualidad de herramienta que le otorgaban las instrucciones. Elena era un compilador, convirtiendo definiciones de objetos y líneas de comando en programas funcionales. Cuando finiquitó los calamares en su tinta con arroz y terminó de alinear un enorme cuenco de ensalada campera, Daniel y David entraron por la puerta. Su novio se había tomado la molestia de ir a recoger al niño, y con el delantal aún colgándole del cuello le embargó la sensación extraña de haberse convertido en su madre por unas horas.

Siguiendo sus propias prescripciones, la fugada dejó a David enfrentado a una columna de deuvedés y se llevó a Daniel al Parque del Retiro. También había encendido los *leds* verdes del *router wifi* para que Internet hiciese los honores si al chico le aburrían las películas trasnochadas que le gustaban a ella. Pretendía con el paseo matar dos pájaros de un tiro: un poco de naturaleza urbana le devolvería la confianza en el suficiente recargamiento de la realidad inmediata y acolcharía el impacto de tutor primerizo que le había comido a Fernando el apetito sexual. Tenía el Retiro un valor simbólico tremebundo para la pareja porque fue ahí donde cristalizó el deseo con el que ahora se perseguían de una esquina a otra de la cama. Después de tres citas, cuando Elena ya había asumido que Daniel no se atrevería a perderle el respeto, fue ella quien aprovechó que estaban sentados sobre las geometrías volátiles del césped para recostarse sobre él. El cuerpo que tenía debajo esperó en silencio a que la inevitabilidad de las hormonas respondiese por sí sola y la fugada sintió en su espalda la presión de la respuesta. Desde que ella se girara autorizada por la bandera verde y

lo besase con toda la ternura de la que fue capaz, los dos pasaron horas explorándose con las manos, burlando la mirada de los paseantes hasta que se les acabaron las cosas que hacerse en público y tuvieron que buscar un lugar privado. El hecho de que hubiese dos parejas más ocultando sus mismos juegos relajó el pudor inexperto de Fernando y los roces esquivos de sus réplicas le ayudaron a naturalizar la insistencia de Elena, reduciéndola a un impulso común de especie. A la fugada, acostumbrada a exigirse excelencia en los descensos del deseo, le agradaron los movimientos pesados de su novio y la tranquilidad de no recibir más de una caricia al mismo tiempo. Con sus estrenadas virtudes de mando, se le olvidaron los complejos previos a la pubertad y, en ausencia de sensaciones transversales, dejó de pensar en sí misma.

Los dos se unieron de nuevo a la coreografía de las otras parejas, sólo que esta vez abandonaron el grupo de los jóvenes tentativos y se sumaron al de las relaciones consolidadas. Comieron sendos helados de leche merengada sentados en un banco y se relamieron las comisuras de los labios con la lengua del otro. Después, volvieron a la calma sin ruidos que se forjó en las umbrías del Retiro. Elena se tumbó en el banco y apoyó la cabeza en el regazo de Fernando. Mientras que él fijaba la vista en el temblor mínimo de la superficie del lago, ella trató de cerrar los ojos y conciliar una imagen de paisaje extremo, como había visto hacer en las películas. Decidió que su lugar sería una caverna milenaria y se concentró en visualizarla en todo detalle. La entrada recordaba a las fauces de un tiburón. Las virguerías calizas ocupaban todo el espacio formando colmillos puntiagudos y la tensión estática de las estalactitas insinuaba que aunque la fugada volviese cincuenta años más tarde a la misma cueva nada habría cambiado. A Elena le gustaba pensar en la lentitud de los procesos geológicos y la ilusoria hibernación del universo, porque le hacían sentirse insignificante. Era entonces -al no tomarse en serio-, cuando tomaba las mejores decisiones y actuaba sin límites morales, cuando no la perturbaban las coincidencias más oscuras ni las percepciones más extremas.

La fugada echó a andar por entre las planicies irreales que había inventado para poder avanzar. Caminó durante minutos y se dio cuenta de que las formas se repetían en un bucle de serie matemática simple y los tramos se sucedían en un código de números impares que podía comprender

pero no explicar. Al llegar a lo que parecía el final de la cueva encontró una escalera de madera. Sólo mientras descendía recordó la foto del piso de Rosario en Pigalle y asumió que cuando llegara al nivel inferior encontraría el paisaje geométrico que se le había hecho familiar en su caminata desde la boca. No encontró claustrofóbico el cumplimiento de su premonición, y en la seguridad de encontrarse una copia continuó andando hasta encontrar los pasos de madera que regulaban la restauración del ciclo.

A Daniel le costó despertarla -probablemente porque había bajado demasiadas escaleras clónicas y la tierra aún le agarraba de un brazo desde las profundidades. La fugada se sintió tan pesada que durante cinco segundos, mientras regresaba a la consciencia, estuvo convencida de haber recorrido varios kilómetros de subsuelo calizo. En la niebla de los despertares pensó en llamar a Rosario para prevenirle contra los patios colmatados de París.

De vuelta a casa, trató de aprehender sus movimientos a la espera de que el distraído encuentro con los trámites cobrase fuerza entre los mundos que no pertenecían a éste. Impuso un ritmo inconsciente a los pasos que dejó en Recoletos y observó atentamente a todo el que entraba en su campo de visión. Se forzó a registrarlo todo para convencerse de que ocurrían cosas en las primeras vidas y las segundas no les estaban comiendo el terreno. Una chica de falda larguísima y camisa de tirantes lloraba a lágrima viva a diez metros, pidiendo a un hombre de mediana edad que se fuera, que la dejara sola. A la izquierda, una pandilla de quinceañeros enfundada en camisas de la selección española de fútbol se reía de las varices de dos monjas, que reventaban las ligerezas de los hábitos de primavera. Un señor mayor -traicionado por los índices del tiempo- vestía con traje de lino, sombrero y rosa en el ojal y dedicaba miradas inquisitivas a todas las mujeres -también a Elena. Preadolescentes con monopatines; una pareja homosexual besándose en medio de la calle; un grupo de japoneses corriendo para coger el bus sin techo que recorría el Madrid turístico; estudiantes extranjeros buscando a su guía.

La fugada -los fenómenos inmediatos rigen presente- cuenta los pasos que hay desde Cibeles hasta Colón. Al meterse en el metro, memoriza los escalones, mide mentalmente los anchos y los largos, examina la dureza de los materiales exteriores y lo compara con el suelo recientemente encerado

del interior. Descubre cómo entre el corredor que le espera y la calle hay un sumidero corrido del que nunca se había percatado y de que los cristales de las puertas son de doble hoja. Se fija en una escultura temporal hecha en acero inoxidable que le recuerda a las curvas mórbidas de Botero aunque pretende representar una ciudad contemporánea cubierta por las dunas monumentales de la desertización. Se suelta de la mano de Fernando para sacar un billete de diez viajes, pulsa sobre la pantalla táctil y mete el dinero moneda a moneda. Introduce el ticket en el torno de la estación y, mientras espera la banda magnética libere el mecanismo de las barras giratorias, escucha el cuchicheo electrónico del lector. Gira sobre sí misma; vuelve a extender la mano hacia su novio. Nuevo cambio de baldosas. Una vez dentro, las losas se hacen más domésticas y el taconeo de los zapatos de aguja y de la suela de caucho da un concierto lleno de asimetrías cíclicas que acaba en las escaleras mecánicas. Se centra en el movimiento paralelo de su propio cuerpo y el del asidero mecánico, que a su vez va al mismo ritmo que el engranaje que mueve los peldaños y que sólo se retrasa de cuando en cuando fruto de fricciones materiales ingobernables. Desde la mitad del descenso, observa como la trampilla que protege el motor parece irse merendando uno a uno los peldaños y se imagina una máquina de montaje constante en la parte de arriba que compense el hambre de las zancas estructurales. Se fija en las papeleras a rebosar, en la resistencia del acero a la perseverancia vandálica, en los grafitis del día, en los carteles cóncavos que siguen la forma de la bóveda y en los carteles mal arrancados que aún quedan por debajo. Nota lo limpio que está el suelo a pesar de que un tipo no hace más que escupir y una niña apoyada en la pared suelta un chicle mascado ocultando su trayectoria con las piernas. Una empleada barre páginas de periódico y periódicos enteros. La mayoría de la gente fija la vista en un punto muerto y finge pensar para no aburrirse. La fugada reflexiona conscientemente sobre la disposición de colores: los de la línea de metro, los de las líneas que se cruzan, el fondo azul de los paneles de próximas paradas y el verde de las salidas disponibles. Daniel, que parece haber adivinado su juego después de media hora de ausencia, apunta con el índice en dirección a las franjas grises que previenen a las suelas de la cercanía de los vagones. Primero la textura de lija denuncia el límite, y luego un amarillo chillón grita la inmediatez de la máquina. La fugada se detiene a observar las traviesas empotradas en el cemento y los tejemanejes

del cableado que soportan las catenarias. Dentro del vagón, examina los asientos acabados en plástico, la palanca de emergencia, las instrucciones para abrir la puerta manualmente en español, inglés y francés, los fluorescentes en servicio y las luces de seguridad. Los paneles adhesivos, la lámina polimérica del suelo con patrones antideslizamiento, los televisores y las juntas de piel de gusano entre vagón y vagón. La megafonía. Gente ociosa y libros gordos. Muy gordos.

Para cuando salió del metro, el baño de funcionalidad había sido tal que la fugada no pudo menos que ridiculizar mentalmente sus esfuerzos por librarse de las acciones con propósito. Se rió de los individuos como ella que, pudiendo ser útiles y crear utilidad, preferían vivir entre los avisperos de sentimientos encontrados de la comunidad de cruzados de Asmera.

Para la más absoluta de sus tranquilidades, al abrir el buzón encontró una carta de Rosario con remite parisino. En vez de una postal había incluido fotos del sótano de la discordia con sus compañeras de piso. No había ninguna de la planta de abajo, aunque Elena lo prefirió así para mantenerla en su mente como el enroscamiento de broca que soñase en el banco del Retiro.

Estaba de tan buen humor que casi incitó a su sobrino a que le contase nuevas historias, de esas que le habían pasado antes de desarrollar la memoria para recordarlas. David aprobó con una sonrisa la sorna sibilina de su tía y, mientras acababa de deglutir las últimas cucharadas del postre, anunció que aquella vez no les daría un relato propio, sino que intentaría resumirles uno que había leído aquella misma tarde desde su ordenador.

“Es sobre una mujer que se llama como tú, tía”, comenzó el niño. Elena no decía su edad –continuó–, pero calculaba que estaría entre los veinte y los treinta porque no hacía mucho que había acabado la universidad y aún escribía con ingenuidad, dando demasiadas explicaciones. Aquella extraña tenía el amor dividido en dos; por un lado vivía con un hombre llamado Fernando, a quien prácticamente no describía, aunque David le presumía apocado. Su novia lo quería como se quiere a un perro, porque su carácter inseguro le privaba de amar a ningún hombre de otra manera. No soportaba el miedo a la infidelidad y quería aislarse de las trapisondas incomprensibles de los sentimientos, que tan pronto pretendían una cosa

como su contraria. Tras relaciones previas que la habían matado a celos y encuentros esporádicos que no hacían más que horadar la base de su complejos y fomentar un miedo a la soledad irreparable, Elena encontró en aquel Fernando un ser dócil que satisfacía sus deseos irredentos dentro y fuera del dormitorio, que no se movía de su rincón a no ser que le llamasen y que, por no hacer, ni siquiera hacía preguntas. Sin embargo, a fuerza de echar sobre sus hombros toda la responsabilidad del deseo en aquella casa, la chica acabó por recordar los tiempos en los que eran otros quienes tiraban de los hilos y la imprimación antigua del descontrol varonil le removió las hormonas con un aleteo ventral que no sufría desde la adolescencia. En particular, la chica recordaba las manos descomunales y el aliento espeso de un americano tenaz que conoció en una fiesta. La presencia neumática de sus músculos asqueaba profundamente a Elena, pero el vapor descontrolado de las feromonas vapuleaba el orden de sus sentimientos y descomponía su voluntad. A pesar de la insistencia indecorosa de los dedos gruesos que le salían de las manos y de sus intentos de tenerla tan cerca que ninguno de los dos supiese qué cuerpo era de cada uno, Elena lo rechazó sin pensárselo dos veces. Sin embargo, según avanzó la noche las copas empezaron a traicionar la determinación intransigente de la chica. Para cuando se quiso dar cuenta, se estaba dirigiendo a la cocina, donde suponía que no quedaría nadie. Allí rezó una oración sin palabras y sin dios al que dirigírsela para que el mastodonte norteamericano bajase a acabar lo que había empezado. Se demoró en el piso de abajo durante largos minutos, aún sufriendo el olor extremo del orangután, sintiendo su sudor animal bajar por las escaleras para metérsele en el hipotálamo. Pero las espaldas más anchas de Estados Unidos se quedaron donde estaban, creyendo conocer la claridad de un “no” inequívoco. Elena se olvidó del incidente según salió por la puerta y las poleas del córtex enterraron la ambigüedad irreconciliable de reparo y deseo en alguna de las cámaras acorazadas del pasado. Sólo cuando la calma de los amores perros abrió con confianza los candados de su historia, los cuencos de leche y las migas de pan recibieron la intrusión extranjera del pasado. Elena comenzó a fantasear con el paso firme y la energía latente de su imaginería hasta que el almíbar de los episodios reinventados la catapultó hacia niveles estrógenos inéditos y acabó juntando los dos extremos irreconciliables de su voluntad maltrecha. Y vivió así, durante un

mes al menos, cortocircuitada entre la repulsión de dos imanes, descompuesta entre los tirones inversos de acción y pensamiento.

Daniel aplaudió la reconstrucción del chaval, maravillado de que pudiera entender con menos de nueve años comportamientos sexuales que él nunca se atrevería a psicoanalizar. Se le dibujó una sonrisa socarrona, que parecía insinuar la conmiseración sin ambages que el pobre Fernando le suscitaba. Guiñó un ojo de complicidad a David y se fue a limpiarse los dientes entre sonrisas de complacencia.

Elena todavía estaba paralizada, físicamente paralizada, tras haber escuchado un cuento salido de las profundidades de su corazón contado por otro. Hubiera podido frenar el ensañamiento de su sobrino con la común excusa de que aquél no era material para un renacuajo como él, podría haber corrido hasta el ordenador portátil de David y activar la protección parental como primera decisión de madre primeriza. Pero en vez de eso, se quedó donde estaba, congelada por la brisa de los relatos que vuelven pasado un tiempo. Tanto se había cebado su sobrino en la dureza de la visión, que la fugada no podía reconocerse en las conclusiones desproporcionadas de la narración. Le había hecho sentir como si todas las incertidumbres de su vientre fuesen una maniobra fría, un residuo calculador de su consciente que se congratulaba de alterar la linealidad de las cosas. De toda la sinopsis que el chaval había hecho, lo que más le disgustaba era el símil perruno, porque descabalaba cualquier ápice de sentimiento de sus tribulaciones carnales. Casi parecía, por la forma de contarle, que estuviese jugando a dos bandas y que, en cualquier momento, una sombra de insatisfacción pudiese empujarla a buscar una salida rudimentaria a la represión de sus instintos.

David no pudo soportar la simplicidad de contar un cuento por muy elaborada que fuese la recreación. La llamada versallesca de la ficción le espetaba a seguir ilustrando la anécdota más allá de lo conocido. Así pues, cuando Daniel volvió del aseo y acabó de recoger los platos de la cena, el chico se armó de una madeja desconocida y agarró el hilo como le gustaba hacer con la propia. Según él, Elena se había convertido en un espíritu débil, luchando por mantenerse firme al mismo tiempo en las batallas de la realidad y de la fantasía. Cuando se quedaba sola, lo cual ocurría bastante

porque había dejado de trabajar, la debilidad de espíritu le tendía emboscadas y, aunque la disciplina prusiana de su mecánica moral se enfrentó desde el principio a la volición rebelde de las tentaciones, la guerra de guerrillas resultó demasiado dulce y demasiado perversa. Un día, empapada en los sudores de su imaginación, no pudo resistir buscar el semblante hercúleo y los brazos exponenciales del americano entre las redes de Facebook y el resto de comunidades. Lo encontró siguiendo la pista de los dueños de la casa en los que lo conoció y le envió un email tan flamígero y tan necesitado que el destinatario no dudó en responder a la media hora para ofrecerle un punto neutral de encuentro. Elena llegó en taxi al hotel de Cuatro Caminos en el que se habían citado y en cuanto vio la geometría fractal de sus músculos y los gestos rotundos de su rostro, le volvió el puzle de los escalofríos y las cataratas de sentimientos contradictorios. Subieron a la habitación reservada en parte porque ella no quería admitir que le había hecho perder el tiempo de nuevo y en parte porque la presión termodinámica de sus muslos era ya insoportable. El americano se abalanzó sobre ella con la naturalidad consentida de las décimas veces, como si contase con el rodaje inexistente de las otras nueve, y ella se defendió del arranque de familiaridad manteniendo tanta ropa como pudo tras el primer ataque. Descartó las mieles de una entrega total, incómoda como se sentía por la excesiva andanada del coloso, cargada ya de remordimiento por la traición aún sin perpetrar. Incapaz de frenar el tren de su propia libido, decidió aliviarle sin la intervención de su vientre y trató de poner tierra entre la virilidad de gorila del americano y sus otros labios. A la espera de que él hiciese lo propio llegado su turno, Elena se entregó decidida a los quejidos roncros del yanqui y a la familiaridad de unas feromonas que no podía oler de tan cerca estaba. Cuando el reloj climático del americano señaló el cambio de guardia, él se levantó de la cama obviando la posición receptiva de la mujer y, para su incredulidad, comenzó a vestirse como si acabara de levantarse de la cama un domingo. Cuando la rabia y la indignación de la chica subieron de volumen, el tipo adoptó una indiferencia de armario que respaldaba sus hechuras de mueble y ni siquiera se inmutó cuando ella le lanzó la lámpara de la mesilla. Simplemente, abrió la puerta y se despidió con un adiós de compromiso.

Para decepción de Daniel, que estaba disfrutando como un niño en campamento de verano, Elena se levantó del sofá del cuarto de vivir y decidió que ya estaba bien de ficciones que llevasen su nombre.

La fugada estaba segura de que su posición en las coordenadas de lo invisible había sido detectada por un radar terrestre. Curiosamente, lejos de sentirse preocupada por las implicaciones bicéfalas de la intersección entre dos mundos, la fugada aceptó la situación como un paso más de la multilateralidad de los espejos, como algo que tenía que pasar. Si acaso, la excitaba el cariz *polinómico* que sus incursiones en Asmera estaban tomando.

Elena, además de una loca de la sinceridad y una partidaria incondicional del desnudismo, era una jugadora mimética que no estaba dispuesta a arruinar su vida por el vértigo roedor del exhibicionismo. A pesar de su sinceridad de máquina y los remolinos sanguíneos con los que la exposición le cosquilleaba el cerebro, tenía como todo bicho viviente un doble fondo para escapar cuando fuese necesario. Aunque había descrito con todo lujo de detalles cada giro argumental y cada temblor espinal que le recorría el cuerpo, se había asegurado de alterar suficientemente los nombres y los lugares para que la fama de su avatar no desgazase las opciones de su vida pública de un plumazo.

Obviamente, la fugada no había trabajado en ningún Territorio Político, sino en alguna otra redacción de la misma escala. Después de cruzar la información y las fechas vertidas en sus entradas con las bases de datos de páginas Amarillas y con otros motores de búsqueda, ha resultado imposible establecer para quién trabajó durante aquel período. Igualmente, no hay pruebas de que Marta sea portuguesa, o que de hecho tenga ese nombre; aunque dada la intención de Elena por mantener lo fundamental no sería de extrañar que, por ejemplo, fuese extranjera.

Por eso, bajo la luz de esta sinceridad encriptada, la fugada no temió que los escapes de agua en los tejados de Asmera fuesen a dejarle una humedad entre los anaqueles de *Pladur*. No le asustó que el chico fuese a desvelar sus más íntimos secretos porque aquel niño contestatario y sus maquinaciones de superdotado no existían más allá de los confines de Asmera. De hecho David no tenía ocho años, sino catorce, y por no ser, ni

siquiera era varón. El enano entrometido era la forma traslúcida que Elena tenía de hablar de Clara, su sobrina.

Clara había llegado a la vida real de la fugada de la misma forma que lo había hecho David. De hecho, menos la edad y el género, lo compartían todo. Eran de la adolescente esas maneras de adulta y aquel amor lenguaraz por deformar las cosas. Tenía la criatura una lengua viperina que destrozaba todo cuanto venía a su encuentro a fuerza de agriarlo con ficciones. La chica era tan o más inteligente que su avatar masculino en Asmera, ya que su labia alcalina era casi siempre inafrontable para la redacción periodística de Elena.

Cuando Elena y Daniel dejaron a Clara en el cuarto de vivir, aún con los ecos de su cuento internauta reverberando en la memoria de todos, la chica miró a los ojos a la fugada y le recomendó: “Descansa”. Su sobrina era demasiado espabilada como para no unir los cabos de las sinceridades abortadas en la comunidad de la desnudez y probablemente aquella era su forma de comunicarle que su historia estaba a salvo con ella, pero Elena hizo como si no comprendiese la invitación a asumir las confidencias indirectas de las indiscreciones de la Red.

De ahí en adelante, pretendieron que los chaflanes narrativos del blog de la fugada nunca habían acabado a la vista de las estanterías contantes y sonantes del cuarto de estar. La fugada prefería que su sobrina viviese en la duda, nunca completamente segura de que su tía y la desesperada exhibicionista de Asmera fuesen la misma persona. Se convirtió aquel en el primer secreto de la familia de estreno. A pesar de su estrategia de distracción, a Elena le intrigaba hasta qué punto el descubrimiento cambiaría la disposición de las bolas de Navidad en el árbol de los datos corrompidos de su sobrina. Pero al igual que con los demás visitantes de su página, la fugada se conformaría con el atractivo de comprender que Clara estaba al corriente y que la chica a su vez sabía que ella lo sabía, porque la experiencia le había enseñado a la fugada que siempre era necesario mantener un doble fondo para cuando hubiese que huir.

Fue durante aquellos primeros días en los que reinó el desconcierto sobre cómo convivir entre las informaciones veladas y los hechos envueltos en papel de plata cuando a la fugada le llegaron nuevos huracanes de vientos invisibles. Era razonable que, conocedora de sus propios trucos de

lombriz y experta en maquillaje de apariencias, Elena perdiese el control de sí misma cuando las funciones de los secretos ajenos parecían querer machihembrarse con las suyas, cuando la cerrazón isósceles de Ramón parecía responsable de que Clara estuviese viviendo en su casa y cuando los exabruptos sentimentales de Ana parecían forzar a Rosario a irse del país para dedicarse a algo para lo que no tenía talento. En realidad, fue su propia protección la que se volvió contra ella, la que le dejó la sensación de que si ella espolvoreaba talco por entre las articulaciones de su pasado, no conocía ningún impedimento para que el resto de residentes de Asmera no lo hiciese también.

Fue al poco de mudarse Clara al piso, cuando con toda probabilidad la chica ya asumía las dobleces de su tía, que Elena volvió con energías renovadas al intercambio de realidades con colorante en la comunidad de las sinceridades castradas. No sólo lo hizo porque aquel mercado ímprobo de los sentimientos constituyese un porcentaje de sus ingresos, sino porque se sentía definitivamente curada de espanto de todos sus efectos secundarios. Con la esperanza de haber superado las paranoias reflejas y la previsión de reencontrarse con el cuelgue puro de sus drogas sin la intromisión de los círculos viciosos, la fugada volvió a ejercitar sus músculos complementarios, su devoción dividida entre exhibicionismo y voyerismo. El cuento entrometido de Clara había emborronado la claridad de sus proyectos, porque la sensación de recibir su propia historia a través de un tercero era de pérdida y de exageración. Dejó de importarle el adjetivo perruno que la joven le había adjudicado cuando entendió que sus afectos, como los del resto de los hombres, estaban cuajados de instintos de animal –y ese era el suyo. Y fue en esa niebla multidimensional de los hechos y sus envoltorios que se vio, durante un tiempo, incapaz de añadir nada al caudal esquivo de su relato.

La fugada rastreó entre el inacabable archivo de palabras de Asmera. Leyó en diagonal artículos enteros a la búsqueda de un argumento tranquilo que le despresurizase el corazón.

Carmela tenía sesenta años. La mujer escribía sin medir sus palabras, sin filtros pseudónimos ni codificaciones históricas; porque ya no tenía nada que perder. La señora había vivido sola diez años, desde que muriese

su marido, y durante ese tiempo se había acostumbrado a las interacciones metódicas de los viajes al mercado y a los encuentros fortuitos con conocidos que no dejaban de darle el pésame incluso después de haber abandonado el luto. Carmela había acabado dependiendo afectivamente de los electrodomésticos de su casa a falta de alguien con quien compartir la vida. Le parecía imposible que su frigorífico no tuviese alma si sólo se encendían las luces del interior cuando ella lo abría o lo cerraba. Era como una persona con sus puntos medios y sus extremos, que tenía en ella enfriar o congelar como valor estándar y extremo de su carácter dual y complejo. No podía ser que los latidos centrífugos de la lavadora y el rito cíclico de la rueda de programas no tuviesen nada en común con sus días y con sus noches. Ver como las cañerías se atascaban o como las hormigas africanas acababan con el PVC era como verse envejecer a sí misma. Hasta la llegada del ordenador –el más vivo de todos sus aparatos- sus preferidos fueron el televisor y el teléfono. Aprendió a usar el manos-libres para hablar con sus hijos; si se alejaba lo suficiente y miraba para otro lado, incluso podía imaginarse que estaban allí sentados. Cuando tuvo la impresión de que aquel truco había dejado de hacerle efecto, se pasó definitivamente a la definición cristalina de la pantalla de plasma. Era un artilugio más fiel: podía sentir la presencia de las voces desde cualquier rincón de su casa y, si en algún momento giraba la cabeza o iba a su encuentro, tras el ruido de los diálogos había siempre una imagen. Carmela se sentía inmortal frente a la radiación de sus pulgadas. El colorido de los platós y la puntualidad de los telediarios parecían prohibir su propia muerte, como si los rostros del artilugio no pudiesen existir sin ella. Carmela no era estúpida; sabía que el fregadero no era un objeto animado y que la señal se seguiría recibiendo aunque ella apagase el televisor, pero prefería engañarse a sí misma.

Las bandas de píxeles no se cansaban de repetir los mismos programas en los canales del satélite y de cortarlos para introducir la misma publicidad. Aquella ilógica que se había sacado de la manga dictaba que si podía predecir la parrilla de series y películas de un día para otro, era porque en realidad todos los días eran el mismo; y por algún vacío de la teoría de la relatividad, el tiempo se estaba ralentizando sin que nadie viajase a la velocidad de la luz. Aunque comprendía que su razonamiento no tenía ni pies ni cabeza, le ilusionó creer en una locura en la que nadie más había reparado e incorporó la fe a su entretenimiento. La sutura horaria

de series americanas se transformó en una liturgia sin doctrina que podía salvarla del debilitamiento de la edad. Ni siquiera prestaba atención a las tramas ni recordaba los personajes de una vez para otra; simplemente comprobaba que el orden de los encadenamientos coincidiera con el del día anterior -y con el del día siguiente-, como si la televisión fuese un encargo de Nostradamus. Le duró la obsesión hasta que el cambio de temporada introdujo nuevos programas y los canales tuvieron que reajustar la estructura de sus ofertas, colocando las reposiciones de forma que dejaran paso a otras.

Aunque la confirmación de la inexorabilidad del tiempo no la sorprendió, la crisis de fe le produjo una depresión de caballo. Durante un mes desenchufó todo lo que funcionase con electricidad y privó de baterías a las radios y a los relojes. Por mucho que miró al cielo, los meteoros no le desvelaron ni un ápice de su conocimiento ancestral y pronto se cansó de escuchar los cantos de sirena de los electrodomésticos vecinos sin poder usar los suyos.

No sólo devolvió a la vida a sus antiguos camaradas, sino que añadió un fichaje estrella a su colección. Abrumada por un nuevo entusiasmo y con la esperanza de que una máquina más perfeccionada lograra congelar el tiempo más eficientemente que sus hermanas mayores, Carmela instaló en el comedor una torre casi tan alta como las patas de su mesa y una pantalla tan grande como encontró -no por falta de vista, sino convencida de que el tamaño añadía efectividad a los artilugios. Muy a su pesar, pronto entendió que aquel cachivache no era tan dócil como sus otros aparatos. Aunque la mecánica de aquel mar de teclas no parecía accesible desde ninguno de sus alzados, la mujer decidió tomar clases en la Casa del Jubilado con la ilusión de controlar las imágenes que se proyectaban en la pantalla. Descubrió allí dos cosas. La primera, que el lenguaje de aquella máquina no era tan inextricable como se temía; la segunda, que no le gustaba la gente mayor. De alguna forma, consiguió sacarse a sí misma de la ecuación y concluir que aún no formaba parte de ese grupo. Si acaso, estaba en una época dorada indefinida y podría alargarla si encontraba una estrategia más eficiente para frenar los relojes entre las caprichosas ventanas de su PC. Decidió que aquella no debía ser una tarea egoísta y que mientras investigaba becada por su pensión de viudedad, publicaría sus avances en Internet. Peinó los feudos de su sistema operativo en busca de una señal tan

clara como la que había recibido a través de la parabólica. Examinó los programas y, después de probar todas sus combinaciones, trató de retroceder en el tiempo con la herramienta *deshacer*. Por más que lo intentó, sólo podía volver hasta el principio de la sesión; y después de intentar engañar al ordenador durante días sosteniendo *Shift* o *Escape* mientras repetía el procedimiento, acabó dándose por vencida y abandonando el recurso por encontrarlo demasiado obvio.

Coincidió aquella primera desilusión con un accidente doméstico que le complicó la movilidad a Carmela. Precisamente a ella, que creía en la personificación de los aparatos, se le rebelaron los suyos. Usando el lenguaje vivificador de la mujer, la televisión -probablemente celosa de que no se apartase de la computadora- le echó la zancadilla con el cable de alimentación.

La escayola y la hinchazón forzaron un reposo inesperado de pierna en alto que le descompuso los esquemas del orden doméstico. Mientras estuvo impedida, contrató a una peruana sin papeles para que prestase atención a sus artilugios y la ayudase a bañarse. No era andar a la pata coja lo que la preocupaba, sino la fisura de dos costillas que sólo le permitía respirar con inhalaciones mínimas. Le resultó violento e invasivo que alguien la viese desnuda después de tanto tiempo, porque la flacidez de sus nalgas y la caída de sus pechos no había sido todavía deshecha por las funciones inversas de ningún ordenador. Trató de minimizar la exposición y sólo requerir a la sudamericana para movimientos fundamentales como entradas y salidas de la bañera.

Aunque pasaba las horas muertas aprovechando los empujes de la Providencia, dedicada en cuerpo y alma a la resolución del repliegue de los minutos, Carmela empezó a desviar la atención hacia su empleada. No podía recordar la última vez que se había permitido el lujo de descubrir a otra persona; pero cuando empezó a dialogar con la joven sudamericana, le pareció que no hubiese pasado el tiempo por la mujer vivaracha que había sido antes del luto que le guardó a su marido y los lutos que le recordaban los demás. Escuchó pacientemente la historia de incertidumbre que llevaba la peruana en la garganta y, frente a la tensión de pasar el control de aduanas en Barajas, ella se calló porque sólo tenía un plan rocambolesco para encontrar agujeros negros en los puertos USB.

Era un prodigio vital, aquella muchacha. De sólo escucharla entrar por la puerta, sentía más muertos todos los mecanismos de la casa. Las luces de bienvenida de la nevera no podían competir con su grácil pequeñez indígena ni con el tinte quechua de su piel mestiza. A Carmela no le gustaban las mujeres, y no era con sexo como pretendía fijar la tercera juventud que la rondaba, pero empezó a disfrutar tímidamente la desnudez entrante y saliente de los ratos de aseo. Acabó por invitarla a quedarse durante el baño por ser aquel, en sus palabras, “un buen lugar para las confidencias”.

En la intimidad del servicio, se inventó una torpeza misteriosa que le surgía de la fisura costillar y se apoderaba de los músculos del hombro por gracia de los dolores reflejos.

Mientras su empleada la enjabonaba, Carmela trataba de hablar sobre sus hijos para evitar pensar en la destreza de las manos de la recorrían. Le contaba que su primogénito era un loco obstinado, como ella, y que lo había sido toda su vida. Cuando su padre le enseñó a multiplicar, él decidió hacerlo constantemente. Cogía un número y calculaba su doble; luego el doble de su doble y, así, continuaba multiplicándolo por dos hasta que las cifras superaban los diez renglones. Años más tarde, al cumplir los dieciséis años, agarró la bicicleta y se marchó con un amigo a recorrer la sierra de Gredos durante cinco días.

No volvió hasta bien entrados los dieciocho. Para cuando lo hizo, había recorrido media Europa sin pasar por las ciudades -“porque le hacían perder tiempo”.

Paraba en pueblos mínimos, dormía en porches y acampaba en campos de cultivo y sólo cuando intuyó Budapest a lo lejos, se permitió volver a casa.

Había sido su hijo siempre así, cabezón; pero fue cuando se separó de su segunda mujer que le dio por memorizar todas las palabras del diccionario. Después de dos años de dedicación plena, a punto de empezar con la J, se dio cuenta de que había empezado a olvidar páginas enteras de las primeras letras y desistió. Tras la evidencia del fracaso, se conformó con repasar las que ya se había estudiado en sentadas de días hasta que, con la práctica, consiguió acortar la duración de los refuerzos de forma que podía leerse la mitad del libro en cuestión de horas.

Le contaba aquello porque era verdad y porque así, distraída con las obsesiones de su hijo, no tenía que disculparse cuando se le sensibilizasen los pezones bajo la tierna mirada y el firme restregón de la mestiza.

Estaba convencida Carmela de que era una reacción involuntaria de la que no había que fiarse, porque todo el mundo era más susceptible a los calentones repentinos cuando estaba desnudo. Y así lo siguió pensando hasta que un día, mientras revolvía entre las excentricidades de su hijo, cogió la mano de la peruana y se la llevó hacia sus inexactitudes genitales con una naturalidad que hasta a ella pilló de improviso.

La empleada dio un paso torpe hacia atrás y se disculpó innecesariamente. Después de ayudarla a salir de la bañera, se excusó un momento y alcanzó la puerta de la entrada. Aquel portazo fue el último que le escuchó dar.

Cuando al día siguiente se hizo dueña de su soledad, Carmela acudió al médico para que le quitasen la escayola. La había mantenido medio mes extra con los juegos de la edad tardía. Aunque mantuvo el uso parcial de las muletas, la mujer se vio capaz de cuidar de sí misma a base de pagar con tarjeta por Internet y de hacer la compra por teléfono.

Echaba de menos la sangre termal de su asistente, pero de nuevo se consoló con la grandeza de su misión y volvió a dedicar las tardes a tratar de revertir el tiempo. Decidida a reanudar con disciplina profesional y horario de oficina su hacendosa investigación, colgó en Internet las prematuras conclusiones a las que había llegado antes del accidente y comenzó a examinar las recapitulaciones íntimas de otros individuos.

Descubrió así la historia de una joven ucraniana, que tras haber escapado de las garras de la trata de blancas acabó siendo forzada por la señora de sesenta años de la que estaba al cuidado. Se sobresaltó hasta el extremo Carmela; no por ningún atisbo de culpa o por el rumor de la identificación empática, sino porque aquella desconocida estaba hablando de ella. La describía como una yonqui de las nuevas tecnologías, como una joven anciana que no quería reconocer que lo era, rehogada en un lesbianismo reprimido que olió según entró por la puerta el primer día. Conocía la ucraniana sus hábitos higiénicos hasta el detalle, y el orden de las friegas que le daba la mestiza como si se las hubiera aplicado ella. A pesar de hacerlo con otros nombres, la desconocida se armaba de una persistencia abrumadora para hablar de las conversaciones privadas de los demás. Para colmo y recochineo de las coincidencias, según las entradas se iban sucediendo y Carmela alcanzaba el momento presente, el castellano peninsular de la escritora se volvía más y más sudamericano.

No le preocupaba la denuncia tangencial de los recovecos de Asmera, porque sabía que las mestizas sin papeles no eran muy dadas a litigar en la precariedad de sus condiciones, pero los calcos internautas le trajeron un reconcome vidrioso del que no era fácil desquitarse.

Le deslumbró la complejidad del bucle, con indiferencia que quien fuese su responsable. Si se trataba de una broma del azar, era una casualidad magnífica; y tendría que celebrarla como tal, quitándose el sombrero ante el descaro de la réplica. Pero si aquello tenía otra explicación, quien quiera que la tuviese habría avanzado años luz en la persecución de los fantasmas que la obsesionaban.

Batió los dominios de Asmera a lo largo y ancho de sus extensiones, a la espera de encontrar más evidencias que apoyasen su incipiente teoría del *anti-caos* tecnológico. A la búsqueda de otro bucle dramático entre los discos electromagnéticos del disco duro principal, se tropezó con el blog de un cómico desempleado. Se olvidó de la investigación cuando la historia bastarda de Ramón le despertó venas pugilísticas. La obliteración de sus arterias le inflamó los dedos con insultos y no pudo menos que escupirlos con la yema de los dedos. Carmela entraba y salía de la página para firmar, con distintos pseudónimos cada vez, gran parte de la sarta de improperios con las que el hombre-león se encontraría. En cierta medida, fue la

insistencia impaciente de la mujer la que obligó a la organización a clausurar los comentarios en el espacio de las atrocidades de jungla.

Con el recuerdo de su enervada maternidad brillándole en el cristalino, casi pasó por alto otra historia melliza que vino corroborar todas sus inquietudes. No le prestó atención al principio porque estaba escrita con un barroquismo que juzgó infantil. De cada cuatro palabras, una era un engendro polisílabo, un monstruo ininteligible traído de las lenguas bárbaras. Sólo tras horas de intentar descifrar en balde el contenido opaco de aquella página se dio cuenta de que todos los palabros inverosímiles pertenecían al primero de los dos tomos del diccionario María Moliner, y con la primera sombra de duda le sobrevino la claridad cristalina que experimentase con el relato de la ucraniana.

Al poco de descubrir la codificación enciclopédica del texto, comenzó a obviar los términos espinosos y la unión descabalada de las tres cuartas partes de la narración formó en su mente una aproximación por defecto del contenido. Aunque aquel señor de incógnito no se llamaba como su hijo, Carmela ya había sufrido las convexidades de Asmera y, asumiendo la regla no escrita de las deformaciones contextuales, la mujer no se molestó en tomarse en serio las condiciones de borde. Ahora que había encontrado la punta de iceberg, sólo tenía que agujerearla hasta que el oráculo le dijese en qué estaba gastando la vida su primogénito.

Aquel individuo, poseedor de un conocimiento incólume de la A hasta la J, trabajaba como representante de software CAD. Viajaba de provincia en provincia, haciendo demostraciones de las aplicaciones tridimensionales de su producto. Su jornada acababa a las tres de la tarde, pero una obsesión inexplicable por embarcarse en proyectos más grandes que él mismo le indujo a delinear por las tardes la volumetría de las ciudades que visitaba. En el documento 3D incluía el número de alturas de las edificaciones, modelaba las ventanas, extruía las carpinterías y señalaba el nivel de los forjados. Siempre llevaba a mano una impresión Din-A1 a escala de la ciudad que estaba registrando en la que coloreaba las parcelas catastrales en concordancia con el material de las fachadas. Se aseguraba así de que, para cuando hubiera tomado todos los datos, sabría cómo dar vida a aquella abstracción de masas sin sentido.

La pretensión quimérica de tener toda España en un molde raíz y la visión del ordenador futuro que pudiese manipular en un mismo archivo

aquella cantidad de información le hacían removerse en su silla. Sin embargo, consciente de las ingratitudes megalómanas, prefería formar parte de un proyecto que jamás vería acabado, para no tener que afrontar la tragedia de los finales.

A la luz de la historia de un extraño, Carmela entendió por qué su hijo evitaba hablarle de su vida profesional. Cuando conversaban por teléfono, aseguraba encontrarse bien y la ponía al día de los avances de la separación. El resto era un pozo oscuro sobre el que no tenía derecho de información. Tiempo atrás habían acordado no discutir sus ocupaciones, porque a Carmela siempre le parecían monumentalmente erráticas y acababa reprochándole que hubiese heredado la cerrazón melancólica de su madre.

Acostumbrada a vislumbrar mensajes de eternidad entre la programación de los canales del satélite, no le costó asumir que la voz de aquel ser desconocido era en realidad la de su heredero –o un reflejo de ella. Tomando por cierta aquella premisa, la mujer disfrutó de sus repercusiones. Dio por sentado que era verdad que su primogénito se hubiese hecho con los papeles del divorcio -porque allí estaba escrito- y, por la misma regla de tres, dilucidó que su nieto había decidido quedarse con su madre definitivamente. No lo culpaba. Era natural que quisiese huir de las turbulentas obsesiones familiares y vivir como una persona normal.

A Carmela le gustaba aquella forma indirecta de enterarse de las cosas. Podía comprender lo que le pasaba por la cabeza a su hijo sin que él tuviera que remover las aguas de sus infortunios. Encontró el sistema de tal interés que se le marcharon como vinieron las intenciones divinas de frenar los relojes y se concentró en convertir el tablón de anuncios de su laboratorio del tiempo en un lugar de consulta de su pasado reciente. Estaba convencida de que si lo hacía, aquel señor que era la voz de su vástago tendría la oportunidad de leerlo.

A la fugada no le apasionó la idea de que una señora de dudosa estabilidad mental asumiese las premisas que ella se resistía a aceptar; porque Elena no pretendía encontrar nada detrás de los píxeles de su televisión ni consideraba su retrete el punto donde se destruía toda la materia orgánica del mundo. El hecho de que una viuda loca de atar disfrutase del polimorfismo envenenado de las historias de Asmera no era buena señal. Mientras la mística alegre de Carmela tuviese factores

comunes con el terror cuántico que le producían a ella los pseudónimos y las vidas invisibles, no podría respirar tranquila. Se dio la estancia de Clara bajo su techo como periodo acotado de interacción; su despedida, la fecha límite para despejar las incógnitas conspiratorias que le lanzaba la comunidad del desnudo. Fuera cual fuese el estado de sus figuraciones para entonces, la fugada se prometió a sí misma que daría de baja el blog y no volvería a entrar en la comunidad del desnudo. Su mente no estaba para orgías. La complejidad simétrica y los valores clónicos entre el mundo virtual y el que podía tocar con sus manos la estaban desgastando más de lo que hubiese podido predecir. Casi necesitaba volver a los fluorescentes y festejar la umbría mediocridad de los días de oficina. Daría cualquier cosa por regresar a las discusiones con Carlos –o como quiera que se llamase en realidad- y a los descansos del mediodía para compartir sándwiches con la portuguesa. El timbre de los teléfonos le sonaría a canto de ángeles después enfrentarse al oscurantismo de aquellos seres camuflados que se habían propuesto condicionarle la vida.

Para dar un poco de intimidad a Clara, se llevó su ordenador del cuarto de vivir y lo aposentó en su mesilla de noche. A partir de entonces, empezó a leer desde la cama, recostada contra el cabecero y con el portátil sentado sobre su regazo. Los tres habitantes de la casa se repartían las tareas equitativamente, lo cual dejaba a la fugada en condiciones para dedicar diez horas diarias a la investigación de las redes cristalinas de Internet. Daniel, que la veía día y noche –entonces más que antes- navegando entre palabras, optó por no decir nada y continuar con el despliegue de indiferencia al que acostumbraba. Nunca se cansaría Elena de sentirse como una hábil marionetista que hacía pasar desapercibidos los hilos, imbuida de una cinética capaz de controlar sin ser controlada. Se había acostumbrado a ser la reina de la casa, a mandar sobre sus territorios y a actuar sin tener que dar explicaciones. En ocasiones se preguntaba qué le pasaba por la cabeza a Fernando, si no tendría curiosidad por saber a qué prestaba su atención mientras no dormía o atendía la casa. Por mucho que ella le dijese que estaba buscando trabajo, cualquier otra persona se habría revuelto contra la falta de información y la hubiese atacado frontalmente por incumplimiento de noviazgo.

Daniel, por el contrario, no se guardaba nada: toda carta -todo objeto- acababa a disposición de la fugada porque el hombre llevaba a gala dejarlo todo a la vista. Ella se detestaba a veces por jugar a los secretos con sujetos invisibles y no voltear las cartas para su pareja; pero terminaba por concluir que era mejor así, no había razón para que la inmadurez de su mundo interior saliese a arruinar las cosas. Además, la exhibición no sería su leitmotiv de allí en adelante. Seguiría actualizando su espacio, pero se cuidaría de no hacerlo con material susceptible de sufrir los agujeros de gusano de Asmera.

Fue al tercer o cuarto día de la llegada de Clara a la habitación de las filigranas de yeso laminado, que la adolescente comenzó a cerrar la puerta con pestillo. Le chocó a Elena que la chica prefiriese pasar las tardes en la soledad de los chaflanes de *Pladur* que tirar de la madeja de las ocurrencias propias y las desgracias de los demás. No creía que en su carácter de embaucadora cupiese darse por vencida y se preguntaba cuándo volvería a novelizar las indiscreciones de su blog delante de Daniel hasta que le sonsacase la autoría del reflejo internauta.

Al principio tomó la introspección de la chica como uno de esos desajustes de la edad e identificó su solipsismo recurrente con el sprint escolar y las presiones hormonales. Su sobrina estaba, a causa de los cuatro años de adelanto, en su último año de instituto; tenía a la vista la irrupción de la Selectividad y la elección de carrera. Para colmo de males, su madre había decidido irse a París justo cuando la candencia de la pubertad y los chicos de dieciocho años se le arrejuntaban en las esquinas de los ojos. Pero más allá de las obviedades, la avezada conciencia de Clara y la serenidad de anciana con que se relacionaba con el mundo le hacían sospechar implicaciones más periféricas y ejes menos meridianos. Se dio cuenta de que la inteligencia improbable de la chica la blindaba sobremanera y, desde la ingenua familiaridad que daban los cuatro de convivencia, no había quien le adivinase el porvenir –ni el presente.

Cuando al final las dudas salieron de la pupa metamórfica, lo hicieron para crear nuevas dudas, y otra vez las inexactitudes cogieron mal pertrechada a la fugada. Durante días había leído historias ajenas sin que le sugiriesen relación con las métricas telúricas que la habían amedrentado en

el pasado reciente. Casi había empezado a desconfiar de las redondeces pseudónimas y del concilio de los vientos capicúa, cuando se dio de bruces con un nuevo ingreso en la organización.

La neonata se llamaba Rosario.

Contuvo la respiración como la había contenido durante la noche de la vigilia, al descubrir los desvaríos de Ramón y el peloteo que se traía con Ana a cuenta de Leo. En detrimento de su corazón taquicárdico, la fugada leyó el perfil de aquella nueva agregada. La susodicha vivía en Montmartre, a dos pasos de Pigalle, y era una madrileña de mundo que actuaba en un vodevil de estreno en París. Tenía un niño pequeño, de ocho años, que había dejado al cuidado de su hermana en la capital de España, con la esperanza de triunfar como actriz natural y zafarse de los años de formación.

A la fugada le salió un hilillo musical de la garganta, un grito ahogado que superó el llanto y se convirtió en carcajada. Se rio con un susurro furioso, hasta que la enajenaron sus propias risotadas. Tan denodadamente celebró el temor al absurdo, que se cayó de la cama abrazada al portátil, tratando en vano de matar las agujetas ventrales. Quedó en el suelo, convulsionándose, hasta que el diafragma le dolió más que la denuncia de su cerebro.

Elena, precavida y quizás egocéntrica, sólo se permitía a sí misma lucir nombre de carnet de identidad en las oscuridades de la Red. Obviamente su hermanano se llamaba Rosario. Aquel nombre era el apodo asmérico que le había adjudicado, como lo había hecho con Daniel y con Clara. Y ahora alguien había tomado su descripción pseudónima para convertirla en otra réplica invisible.

Quince minutos de lectura le valieron para discernir que no se trataba de una broma burda y que detrás de aquello había un individuo informado. Más informado que ella.

Como venía siendo usual, sus suposiciones sólo alcanzaron grado tentativo –había comprendido ya que la verdad tras las puertas del mundo físico estaba hecha de gradientes. En aquel momento, las sospechas porcentuales apuntaban hacia las tardes en soledad de su sobrina y las cerraduras con llave del cuarto de vivir. Ella era la única que podría relacionar una Elena con la otra, aunque sólo estableciese el vínculo de forma fraccionaria –como todos, víctima de la relatividad. Quizás Clara también necesitase dar valor a las variables infaustas de los inversos, los

opuestos y las equivalencias de Asmera. En el caso de que fuera su sobrina la que escribiese –y no encontraba otra solución lógica a la ecuación-, el cariz había ascendido a tragedia de situación o comedia griega: dos personas que vivían en la misma casa trataban de descubrirse entre los aciagos filtros de la exhibición, en vez de salir al pasillo a hacerse preguntas sin rodeos. El desnudismo retocado había llegado a su casa para violar los status quo y mearse en las normas de la convivencia.

Si Elena era buena con los pigmentos de microscopio, Clara sería mejor. Había practicado la exageración coral durante años. Los habitantes de Asmera se parecían a los niños que compadeció en sus años preescolares, porque aquellas criaturas acababan de despertar a un idioma del que ella era académica.

Rosario decía ser una fugitiva –la tendencia a huir de la familia traspasaba las fronteras pseudónimas de Asmera. Sabía que su viaje a París era temporal y que, antes de que pudiese contar hasta mil, estaría de vuelta en Madrid interpretando su personaje ordinario. Permitirse una locura suicida como aquella bien pasados los treinta la devolvía a los rumores de desertión de la década previa. Aunque viajar sin descanso por el mundo le había llenado las alforjas de destrezas exóticas, la ofuscación escapista le dejó un sabor agridulce en los labios. Quien la conocía bien aseguraba que no dejaba rastro tras de sí, sino que iba levantando un muro etéreo que le prohibía volver sobre sus pasos. Rosario se comparaba irónicamente con un perro que emitía sonidos ultrasónicos, condenada a correr en una dirección opuesta a sí misma, impidiéndola establecerse en ningún lugar o reclamar sus pertenencias pasadas. Se regocijaba la fugitiva en su peregrinaje de comecocos; gozaba de los avances desiguales de la improvisación viviendo a salto de mata. Ella, que solía echar la culpa a los demás, sostenía que aquella forma de vivir le había caído en gracia el día que sus padres murieron en un accidente de tráfico.

De pequeña, vio a un mago sacarse un clavo del pecho a base de moverse a toda velocidad por el escenario, persuadiendo a toda su audiencia infantil de que se trataba de una variante del truco de los cordones y los nudos. Si aquel individuo había conseguido sacárselo a base de tirar de sí mismo, ella también podría hacerlo aunque eso significase abrirse la tapa de los sesos para sacudir directamente la memoria.

Su madre Claudia llevaba el coche aquella noche en la que se estrellaron y, aunque los análisis sanguíneos revelaron una concentración de alcohol en sangre mayor a la permitida, a Rosario no le importaron las pruebas ni el informe del forense: sabía que en última instancia fue la maldita fatiga lo que la mató. Encontró lógica la explicación de que al final se le cerrasen los ojos de tanto tenerlos abiertos.

Estaba casada con un marido inquieto, un seductor Mañara poco dado a conformarse con las flechas hospitalarias del amor comprometido. Su esposo Adolfo había contraído una enfermedad de estirpe por la que todos los hombres de la familia hacían sufrir a sus mujeres. Un gen donjuanesco se había apoderado de ellos y la herencia caótica de una entrepiera ágil le hizo continuar la leyenda crápula de sus antepasados. No importó que fuese indiscutiblemente feo, porque los ácidos de sus cromosomas estaban destinados a vencer cualquier barrera física o psicológica para asegurar su multiplicación. Aunque no entendía de ideas y no hubiera podido defender ni a sus propias hijas llegado el caso, sabía cómo hacerse la víctima y atacar las defensas de cualquier dama en la brevedad de una sola frase.

Su historia de amor era de género, porque para él todas las mujeres eran la misma, y cuando hablaba con orgullo de sus episodios románticos daba la impresión de referirse a una sola fémina formada por el recuerdo de todas.

Adolfo desoyó los consejos de su padre –consciente pero no arrepentido de su promiscuidad de semental-, que le recomendaba quedarse soltero para no condenar a nadie a sufrir de por vida la mutación del linaje y sus desasosiegos viscerales.

El género opuesto, por su parte, trataba de evitar sus rasgos inquietantes de individuo cejijunto y articulaba excusas para distanciarse de su piel cerúlea. Lograban cortar por lo sano y olvidar la calvicie pecosa de su calavera cuando no le dejaban hablar, cuando ponían tierra de por medio antes de que él las confundiera con sus palabras de cazador y el virus troyano de sus antepasados desvelase la sapiencia acumulada de la saga. Pero si conseguía intercalar una frase en las despedidas que le dedicaban antes de conocerlo, la imagen de animal herido con don de gentes descomponía a sus interlocutoras.

Claudia se había resistido como ninguna otra. Todo el peso de su educación conservadora se opuso a que un hombre tan feo le desarmara orgullo y prejuicio con dos frases mal construidas. El pudor a tener que

reconocerlo como simple pretendiente le causaba un sarpullido inmaterial que no podía sino aliviarse con uñas y dientes. Sólo de imaginárselo a un palmo de distancia se le comprimía el paladar con un espasmo primo al de las arcadas.

Como ocurría con el resto de las conquistas, la madre de Rosario nunca supo explicar a sus hijas qué le hizo ir de un extremo al otro y enamorarse de él con la misma incondicionalidad con que antes lo despreciaba. Pero la misma fuerza que la frenaba antes del cambio de paradigma, la llevó a acelerar los trámites de la unión y casarse por lo civil un año antes de celebrar la boda religiosa, para consumir cuanto antes el matrimonio.

Adolfo fue fiel a su esposa durante dos años, hasta que nació Rosario, para luego ser fiel a sus principios de mujeriego insaciable. Cuando Claudia lo pilló por primera vez lo amenazó con el divorcio, pero él se defendió diciendo que era el único hombre en el mundo con el pene armado por estructura ósea. Según él, era un órgano con vida propia, que atendía a las mecánicas del celo y que, como en la mayoría de los mamíferos, funcionaba sin mediación volitiva.

Su mujer ignoró el sinsentido fálico y recordó las advertencias que su suegra le dedicase días antes de la boda. Cuando la señora le confió que, por una mutación genética, todos los varones de la familia acababan perdiendo la cabeza, ella pensó que se referiría a una enfermedad degenerativa que les llegaba de viejos. Pero a la luz de los cuernos sucesivos comprendió que se trataba de una maldición que se les atravesaba en la pubertad.

Incapaz de dejar de querer a Adolfo, aún cautivada por las palabras misteriosas que la convencieron a ella y a otras tantas, trató de ocultar su vergüenza a la vista pasajera de familiares y amigos. En el fondo, se sentía culpable por haber fracasado como mujer; y ni siquiera la contrariedad insalvable del espíritu de la saga le calmó el gusto biliar de compartir a su marido.

El nacimiento de Elena coincidió con el cuarenta cumpleaños de Adolfo y la predeterminación de la enfermedad hizo que se redoblaran sus impulsos carnívoros. Cuando el padre de Rosario se hizo consciente de su envejecimiento y el virus se enfrentó a su propia mortalidad, el gen actuó de oficio con obstinación de bacteria y trató de salvar su posteridad empujando al hombre montaña abajo. Para cuando su segunda hija cumplió tres años, él

tenía tantas amantes que no le cabían en un mes de calendario. En épocas de vacas flacas, cuando no encontraba quien cubriese el ritmo inmensurable de sus prioridades, acaba visitando prostitutas y se ausentaba del hogar durante semanas.

Lo que más le preocupaba a Claudia no eran las hieles de la infidelidad. Seis años después de la primera, el callo de la traición había construido diques y su resolución de madre se concentró en mantener a las hijas alejadas de la ignorancia sintomática de su padre. Las convenció de que sus entradas y salidas tenían explicaciones plausibles: el trabajo lo levantaba a horas intempestivas de la noche y él se marchaba diligente por lo que apreciaba la seguridad de su familia. Las niñas salvaron la infancia en la creencia de que Adolfo era un gregario sometido a la voluntad de sus jefes y que la responsabilidad lo mataba. Lo creyeron de veras hasta que Rosario cumplió trece años y sus propias experiencias iniciáticas la convencieron de que había gato encerrado. No ayudó que un día, en ausencia de su mujer y con los niveles de necesidad por las nubes, su padre llevase a uno de sus confundidos ligues al calor de la casa y lo metiese en el dormitorio. Cuando por la mañana -dormidos uno sobre el otro- recibieron la visita de Elena, la niña se echó a llorar a falta de protocolo que seguir. Sólo tenía cinco años, y con toda seguridad el sistema encefálico adulto reduciría la evocación de aquel recuerdo a un bucle inmemorable. Tras el sollozo de incompreensión de la fugada llegó Rosario, que mandó a su hermana a la cocina y se encargó de enfrentarse a la situación. Abroncó a su padre y llamó “furcia” a la amante, que sólo fue capaz de enfundarse los pantalones y el sujetador ante la presión física y verbal de la hija mayor, mientras la echaba a empujones de la casa. Cuando consiguió que la descamisada saliese por la puerta, volvió a por Adolfo y le aseguró que nunca volvería a considerarle su padre.

Cuando Claudia regresó, Rosario se guardó cualquier comentario que hubiese pensado hacerle porque creyó evidente que aquella no era la primera vez que su padre tomaba el primer desvío de la nacional. Tan segura estaba de la frecuencia, que tomó la reiteración de la falta como un claro signo de dejación marital por parte de su madre. Poco después de ver a una desconocida reposar desnuda sobre el cuerpo peludo de su padre, comenzó a dudar de quién era el verdadero culpable de la situación y,

saliéndose por la tangente, vejaba a sus padres de la misma manera cuando quiera que tuviese la posibilidad.

La madre, desbordada por la repentina reacción de Rosario, infirió que no solamente era una malograda esposa, sino una madre vencida también, y se dijo que era cuestión de tiempo que Elena se volviese contra ella. Aunque nunca se enteró del incidente, Claudia asumió que su hija mayor era suficientemente adulta para reconocer un matrimonio fallido y la ecuación de los polvos y los lodos le tapó el último resquicio de optimismo con el que veía el futuro de la familia. Hasta entonces, se había dejado seducir por sus propias convicciones: creyó que cuando la *pitopausia* alcanzase a su marido en los néctares de un nido ajeno, se desplomaría en el propio y se comportaría como un padre practicante –quizás también como un abuelo respetable. Se pensaba que su calma de lustros la compensaría, como si se hubiese encargado de cualquier otro tipo de enfermo; y que cuando su marido se recuperase, tendría una familia como las que le habían enseñado a formar en el colegio de monjas.

Pero en vez de eso, Rosario la estaría culpando para toda la vida por algo que no había elegido.

En la última de las escapadas de Adolfo, que duró diez días, su hija le dijo que aquella no era forma de estar casada y que se figuraba que, si su padre se iba a buscar compañía fuera, era porque ella no sabía satisfacerlo. Apremiada por la insistencia e incapaz de adueñarse de su matriarcado omnipresente, cogió el coche y tomó la determinación de ir de burdel en burdel hasta encontrarlo.

Cuando lo hizo, dos días más tarde, se mentalizó para llevarlo a casa y atarlo a la pata de la cama si hiciese falta para volver a una normalidad que no había experimentado desde el primer año de matrimonio. Lamentablemente, su arrojo era humano y en el camino de vuelta cayó en la cuenta de que llevaba cincuenta horas sin dormir. Su último pensamiento fue que debía parar a descansar en el primer desvío de la autopista.

La fugada se despegó del portátil. Empezó a andar de un extremo al otro de la habitación, víctima de un pinzamiento estomacal de antaño y de unas ganas de llorar paralelas a las de la pequeña hermana de Rosario. Aunque su madre no había muerto en ningún accidente de coche, sino consumida por el cáncer, y su padre había desaparecido del mapa poco después, a

Elena se le agarró la parábola a las entrañas más dolorosamente que si se hubiese encontrado de frente con su biografía. Como por arte de magia, la imagen de una mujer que no era su madre descansando sin ropa sobre el cuerpo velludo de su padre se le había formado en la mente con claridad fotográfica. La escena se le antojaba más real que sus paseos en el dormitorio y que las formaciones de yeso al otro lado de la pared. Su padre no era feo, más bien todo lo contrario, y desconocía hasta qué punto su trayectoria de infidelidades se acercaba a la de Adolfo, pero la repentina llegada de un flashback de tiro forzado le subió al consciente el arañazo de un recuerdo nefasto.

Los remordimientos de la otra parte contratante se le anudaron a la garganta y, durante un rato, se olvidó de los misterios de la autoría y se vio a sí misma angustiada por los pecados ajenos. De repente, asumió que la codificación errante de la vida fugitiva de Rosario y sus propias impulsiones de fugada estaban hechas de la misma pasta que aquella deformación espuria de su infancia.

Si era Clara la que estaba hiperbolizando sus recuerdos desde el otro lado de los anaqueles de *Pladur*, la chica sabía más sobre Elena de lo que ella misma podía recordar. La posibilidad de que Rosario le hubiese servido en bandeja el mapa de sentimientos de su tía le pareció improbable y los recodos de la duda razonable la enviaron de vuelta a la incertidumbre.

Quizás fuese su hermana la que, después de todo, había construido un avatar a su imagen y semejanza para barrer de los anales de la evocación todas la inquietudes que la obligaban a huir. Contra esa posibilidad, no obstante, se erigía jactanciosa la barrera de la ficción. Porque no veía a su hermana capaz de hacer y deshacer en las corrientes de los hechos hasta conformar ilusiones con significado.

La tercera opción, más descorazonadora que todas las demás, era que todo se debiese a la incomprensible actuación del pensamiento cuántico, que tan pronto veía las palabras inofensivas como se enmarañaba en el proceso de comprensión y acababa viendo sus chispazos neuronales desde fuera. Si así fuese, Elena estaría detectando réplicas de sus propios sismos en epicentros de otros terremotos.

Consciente de que el avance de sus suspicacias tenía visos de proceso degenerativo, continuó la lectura en un intento de afrontar la crisis de forma

desprejuiciada, tratando de disfrutar de la pérdida control como si estuviese bajo los efectos implacables de un alucinógeno.

La Rosario adolescente se culpó por el percance. Tras descubrir que su familia era una farsa había deseado que sus padres muriesen –si ella iba a tomar el papel de maestra de ceremonias en la casa, aquellos dos no pintaban nada. Y cuando a su madre le venció el cansancio después de verse derrotada por todo lo demás, no encontró lógica alguna que la librara de su acusación y veredicto.

La fugitiva se fue con Elena al caserón de la abuela paterna en Cercedilla y durante más de cinco años se dedicó a sacarla adelante como si fuese su propia hija. Fue allí cuando la madre de Adolfo le habló por primera vez del virus faldero que convertía a sus portadores en atorrantes sin remedio y, desde aquel preciso momento, se empeñó en no hablar con ningún hombre a no ser que se mantuviese a una distancia prudencial, creyendo que el desajuste hormonal era más una epidemia de género que una injusticia de estirpe.

Tan responsable se sentía de haber dejado huérfana a su hermana, que abandonó los estudios para darle unos a ella. No contenta con trabajar y cuidar de todos menos de sí misma en aquella casa de Bernarda Alba, se quitó el luto de las manos para que Elena no creciese con más pecados originales de los necesarios y convirtió las esquinas lúgubres de la mole rural en un homenaje a la luz.

Un día de verano, Rosario entró por la puerta con un regalo envuelto. Era una caja enorme en la que retumbaba el ronquido disonante de miles de piezas sueltas y engarzadas. Cuando la pequeña se abrió paso entre el papel de flores y desmembró las articulaciones de celo a arañosos, puso al descubierto un puzle de cinco mil piezas. Era un poster mural en el que los dibujos animados más famosos de todos los tiempos construían laboriosamente un rascacielos. Sobre una imagen neoyorquina en blanco y negro, se habían superpuesto personajes tan definidos que nunca llegaban a comulgar con los trucos perspectivos del fotomontaje y parecían flotar entre forjados expuestos. Contra el grano grueso -ligeramente sepia- de la foto de época, sobresalían como implantes las pigmentaciones sin escala y la nitidez invariable de cada extremidad, de cada accesorio. Elena no dio importancia a las fuerzas que parecían sacarlos del rompecabezas, ni que

los tonos monocromos del fondo quisiesen deshacerse de sus invasores grafiados. La niña comenzó a construirlo aquel mismo día. Rosario resolvió que la niña usase el cuarto donde el abuelo había dormido solo sus cinco últimos años de vida para pagar a plazos los perjuicios de su mal de saga. Entre las dos retiraron la cama en la que el hombre había dejado sus últimos sudores –en las sábanas aún se podía oler la estanqueidad de los humores sin compartir- y enrollaron la alfombra que cubría toda la habitación con vocación de moqueta. Barrieron y fregaron la ausencia de muebles hasta que dejaron las caras del cubículo sin el polvo de las horas ermitañas del abuelo. Con la ausencia del peso histórico, el receptáculo se convirtió en el lugar perfecto para los juegos de Elena. Como no había mesa que pudiera absorber la extensión insumisa del mural, las hermanas tomaron la madera del parquet como centro de operaciones. Tardaron todo un fin de semana en batear las piezas en busca de los extremos lineales del contorno, y al menos otro en unirlos para establecer los límites del proyecto. Bajo la dirección de Rosario, la niña se dedicó a concretizar en grupos tonales la inmensidad restante. En diez días, separó la monocromía de las preexistencias neoyorquinas de los rojos y amarillos, de los azules y los complementarios. Eventualmente, instalaron una tabla sobre dos borriquetes para que la niña pudiera trabajar en partes separadas del puzle sin tener que gatear por el suelo. Se admiró la fugitiva de la clasificación metódica de su hermana pequeña, que iba más allá de la vulgar disciplina que pretendía imponerle. Elena tomó los grandes taxones y los subdividió en montones donde dominaba un color o una textura, hasta que se quedó con un puñado de piezas dudosas, demasiado complejas para ser clasificadas. Un mes más tarde la montaña insondable se había convertido en decenas de montículos temáticos que distinguían factores de predominancia cromática y graduación de gama. Ensimismada en abordar las imprecisiones de un ejercicio que no dominaba –y al que no se había enfrentado en fases de dificultad ascendente-, se le olvidaron las añoranzas parentales. Abandonó la morriña como sólo podían hacerlo los mocosos que no levantaban tres palmos del suelo y, aunque había sufrido más que nadie el repentón de las desapariciones, pronto los vacíos sin nombre se nominalizaron con las novedades de la casa de la sierra. Rosario consoló sus urticarias de culpabilidad con la seguridad de que al menos una de las tres crecería con paz de espíritu; y con esa clarividencia, se las apañó para llevar un sueldo a

casa, cocinar tres comidas al día y encontrar tiempo para colaborar en la construcción del puzle.

En vez de armarlo todo a la vez, decidieron atacar la nitidez de los personajes a partir de la especificidad de los montones. Siguiendo la imagen impresa sobre la tapa del rompecabezas, empezaron a definir las manchas de color continuo para luego pasar al territorio fronterizo de las piezas de transición –que de tan definitorias carecían de vocación propia. Cuando lograban formar una figura con suficiente descripción de borde y una resolución interior que permitía la identificación del dibujo, las hermanas lo transportaban sobre papel y deslizaban la estructura parcheada sobre el parquet hasta el punto relativo que consideraban debía ocupar en el rectángulo. Cuando Rosario volvía del trabajo, se encontraba con nuevos individuos recortados contra las láminas de madera, denunciando la independencia de personajes y fondo antes de que Nueva York hubiese hecho aparición. Con el paso de los días el crecimiento espontáneo de islotes de color se confirmó en una dominancia de archipiélago. La suma mestiza de partes sentó las bases de un sistema de boyas que ayudaría a referenciar la inmensidad de la ciudad de los rascacielos. La disposición sobre el suelo de la red de color sitió los grises del fondo y articuló el puzle en una coyuntura amorfa de rompecabezas más pequeños. Sin embargo, la monocromía del edificio en construcción, sus grúas y la asociada disociación de texturas urbanas rompió las estrategias. La estructuración de las guerrillas pigmentarias dio paso al tedio de las probaturas. Todas las piezas restantes –en torno a las dos mil- compartían la misma composición de trazas plomizas y opacaban aún más las oscuridades a las que pertenecían. Con condiciones adversas, el ritmo de producción cayó en picado. De repente, las curvas particulares del diseño de cada ficha cobraron importancia en medio de una turbiedad sin cualidades y, en cierta medida, la tecnología de los bordes le facilitó la creación de nuevas conexiones.

Rosario, que vio en la instrucción rigurosa de Elena una herramienta para fortalecer su determinación e inmunizarla contra las debilidades antónimas de la tragedia familiar, trató de avivar las llamas de la disciplina. Cada noche entraba en el cuarto del mural mientras todos dormían y retiraba varias piezas del puzle para devolverlas a los montones.

Convertida en una absurda Penélope de seis años, parte de las puntadas que daba por el día se le deshilaban mágicamente por la noche. Como en las indeterminaciones grisáceas del fondo todos los gatos eran pardos, la chica no se dio cuenta del truco nocturno y redobló los rigores de su entrega. A veces notaba cambios en la superficie cicatrizante del rompecabezas, pero supuso que se debería al mismo catalizador que alteraba las distancias en las pantallas de cine. Cuando en una persecución de película parecía que el villano estaba a punto de alcanzar al héroe, la métrica del celuloide lo devolvía a una separación moral de cincuenta metros. Y vuelta a empezar.

Las manipulaciones de Rosario hicieron que Elena convirtiese el tesón libertino de la familia en una constancia de método. Sin embargo, aunque el trabajo extra motivó la dedicación de la chica, la descompensación entre esfuerzo y recompensa introdujo una variable neurótica e impulsiva que ayudaría a convertirla “en la fugada que es ahora”.

El salto mortal al presente tomó por sorpresa a la lectora que, si bien se había habituado a la vocación de oráculo del blog de Rosario, no esperaba un vínculo tan obvio con los pseudónimos de su propio espacio.

Obviamente, Elena nunca había vivido en un caserón -ni en Cercedilla ni en ningún otro lugar- y los recuerdos que tenía de su abuela materna eran difusos cuando no de segunda mano. Pero sí recordaba el puzle. La anécdota real era más insignificante y menos coral; su padre fue el que llevó a casa aquel rompecabezas de ratones, perros y conejos famosos que construían un titán de entreguerras. Rosario renunció al regalo en cuanto Elena desveló las mil piezas que lo componían. La fugada –que en realidad era sólo dos años más pequeña- se tomó el juego con devoción religiosa. Aunque la enormidad de la tarea tenía cuatro mil preocupaciones menos, siguió un orden clasificatorio parecido al descrito en los renglones anónimos de Asmera; y al igual que en la recreación paralela, llegada a cierto punto, se estancó entre las manchas pardas de la ciudad. Ineficaz para cerrar los vacíos grises casi negros, acusó sin pruebas a su hermana de estar deshaciendo por la noche el trabajo que ella hacía durante el día. Y el padre mandó a Rosario a la cama sin cenar.

No era la distorsión lo que acobardaba a la fugada, sino la intimidad de salón a la que los seres invisibles tenían acceso. Si podían llegar a la

cotidianidad accesoria de los días de la infancia, sus temores tendrían más fundación, y menos intervención casuística o cuántica cerebral.

Su hermana era una mujer compleja e impetuosa; pero no era del tipo de personas que iban desconcertando a los demás en bufonadas públicas. No se la imaginaba reinventando su propia existencia desde alguna topera de París, ni la veía dedicando la última de sus huidas a apropiarse de nomenclaturas foráneas que aturdiesen las certezas más inmediatas.

Instigada por la seguridad de la deducción reincidente, buscó entre sus cajones la llave del pestillo del cuarto de vivir. Hacía dos horas que Clara se había encerrado en la habitación de las estanterías y, según sus cálculos, estaría lanzando más morralla deconstruida al portal de los símiles y los seguros azares. Salió al pasillo con relativo sigilo y se plantó delante de la puerta que, paradójicamente, había pasado de guardar sus secretos a contener los de su sobrina. Esperaba encontrársela tecleando uniformemente, ligeramente encorvada y con la barbilla remetida hacia el esternón en gesto de concentración. Sin embargo, cuando abrió la puerta se topó con Clara sentada delante de un espejo, sin camiseta y con el sujetador ahuecado, dibujando con el índice círculos mínimos en torno a sus pezones.

-Tía, ¿no te han enseñado a llamar a la puerta? – lo dijo como si la estuviese esperando.

Elena blandió una mueca de disculpa, se agarró al marco de la puerta - sin saber si irse o quedarse- y no supo dictaminar quién había pillado a quién in fraganti.

Para cuando Elena acabó el puzle interminable, ya había acuñado en la misma moneda la rigurosa disciplina y la angustia vital que la llevarían a dejar Territorio Político para exponer metódicamente sus contradicciones. Poco después de armar a su hermana con aquel cuchillo de doble filo, Rosario trató de aplicarse la misma medicina de empeño y concentración, con la esperanza de superponer la carta de ajuste a las persistentes imágenes del depósito de cadáveres. La enorme efectividad con la que se hizo cargo del caserón de la sierra no dejó indiferente a nadie en la vecindad. La fugitiva se deshizo de los cortinones de otro siglo que habían oscurecido la vida de sus antepasados durante décadas e hizo agrandar las ventanas miserables de los muros portantes hasta convertirlas en cuadrados abstractos que iban de suelo a techo. Ordenó a los operarios apuntalar los

dinteles según se iban deshaciendo de la fachada y reforzar los cargaderos con viguetas de hormigón incrustadas en la piedra granítica de los muros. Con sus propias manos desahució el olor a pasado de las habitaciones y desterró el moho de la descripción de los arcones. Echó a escobazos los últimos vestigios de la libido patógena que había desaparecido con su padre, pero que aún se agarraba al mundo en las vetas de los muebles. Rosario dispuso unas zancas de madera que atornilló con angulares al entresuelo de la escalera, sobre las que hacer deslizar los pesados enseres. Cada vez que escurrían cómodas y aparadores hasta la planta baja, los ataban con un arnés casero hecho de tres cuerdas: dos en los extremos, anudadas entre sí en un remedo de cruz de San Andrés, y una central que simplemente daba una vuelta a la sección del objeto. Elena y la abuela se situaban a los lados, tratando de igualar la descompensación de los extremos, mientras la fugitiva sujetaba y liberaba la maroma media. La repetición del proceso liberó la casa de los arcaísmos del tiempo e introdujo un minimalismo involuntario que purificó el aire rancio de los altillos. La intuición de Rosario dio con la ventilación cruzada, que consiguió disipar los cinco tipos de toses que la matriarca octogenaria almacenaba en los pulmones.

Cuando todos los fantasmas de madera y sus pesadillas talladas quedaron contenidos en el porche sin coches que sobresalía del volumen de la vivienda, la fugitiva decidió sacar beneficio de la quema de brujas y vender los muebles al público. En ratos perdidos, reparó los desperfectos causados por la fricción con las zancas, lijó las superficies sin destruir los grabados ni los detalles labrados en la madera y protegió las heridas con lacas y barnices. Encargó a la copistería local quinientas octavillas con el anuncio de un mercadillo dominical de antigüedades y repartió los impresos casa por casa en un radio de tres kilómetros a la redonda.

Rosario, que en el anonimato de la vida privada era un paradigma de introversión y sólo hablaba lo necesario para que las cosas funcionasen, desarrolló un heterónimo empresarial capaz de gritar desde las calles para que la gente se asomase a las ventanas. La chica interiorizó sin grandes dificultades el paciente apresuramiento de la dialéctica interesada. Adoptó naturalmente la camaradería condicional y la generosidad expectante del vendedor hasta tal extremo, que casi no se le notaba la afectación del cálculo cuando sonreía ni delataba intranquilidad contra la indiferencia.

Llegado el domingo, inauguró la Primera Feria del Mueble Antiguo de la Sierra en tres movimientos: tiró de la puerta metálica del garaje, dejó a Elena al cargo de la limonada y situó a la abuela detrás del cajón que hacía las veces de caja registradora.

Aunque la primera venta no llegó hasta pasadas las diez de la mañana y eran sobre todo curiosos los que subían al caserón, la fugitiva desarrolló un sexto sentido para leer en el lenguaje corporal quiénes de los que entraban al porche lo hacían con ánimo de compra.

Se hizo con una dulce testarudez para salvar los regateos de los hombres y simuló estar del lado de las mujeres ofreciéndoles mejores precios que a sus maridos.

La profesionalidad innata de Rosario mantuvo constante la entrada de dinero en caja, hasta que a media tarde hubo que vaciar el cajón registrador en una bolsa de piel. Para cuando anocheció, no creyó necesario encender los halógenos que tenía previstos; porque sólo quedaban dos sillas viejas que habían habitado el porche desde antes de que Rosario pusiese pie en la sierra.

La fugitiva las sacó al frescor *parrao* de rebeca y, ofreciéndole una a la abuela, se sentó en la otra. Mientras se desprendía de los zapatos, que estaban matando sus pies de adolescente, hizo un signo a la fugada para que se apoyase sobre sus rodillas. Cuando Elena saltó literalmente al regazo de su hermana, a la octogenaria se le escapó una sonrisa de satisfacción *almodovariana* y anunció: “Ya me puedo morir tranquila. Está claro que no necesitamos a los hombres.”

La señora debió sentir una laxitud inmensurable, porque comenzó a decaer de alegría. En menos de una semana, emancipada de la dependencia gris que la había condenado a ver tres generaciones de hombres enfermos, aflojó la válvula de las precauciones hasta que se debilitó sin solución. En cinco días dejó de comer, presa de un nirvana sin meditación que le surgía de los poros de la piel y de las papilas gustativas. Hasta que el acceso de paz interior la mató de felicidad.

Elena y Rosario enterraron el cadáver escuchimizado de su abuela. Sufridoras como eran de la herencia descastada de una saga de cerdos, dudaron durante días si debían llorar o celebrar la muerte de la señora.

Como no llegaron a alcanzar un acuerdo, las hermanas se repartieron los papeles. La mayor, acostumbrada a soportar el peso moral de los dolores guadañiles y a cazar al vuelo las balas nostálgicas para proteger a la fugada, volvió a tomar el rol incómodo de los vacíos y las burocracias. Mientras tanto, la niña despachaba a sus vecinos las cronologías milagrosas de emancipación póstuma de la matriarca. Hubo quien sugirió proponer su beatificación al Vaticano, pero incluso la ingenuidad de una Elena de seis años juzgó el movimiento innecesario. Si la abuela había aguantado las perrerías de los hombres sin una religión conocida, no era cosa de ingresarla en una a todo correr ahora que por fin estaba descansando.

La fugada había perdido el hilo de la metáfora. No acababa de entender cómo encajaban las reformas del caserón o la muerte de una abuela ficticia en las coordenadas de los parentescos asméricos. Sin embargo, la desviación de la crónica melliza hacia terrenos de incomprensible interpretación había aliviado la tensión de los últimos descubrimientos.

La única muerte que Elena había compartido con su hermana fue la de su verdadera madre, y su recuerdo no dejaba espacio para felicidades paliativas. Quizás Clara, Rosario o los seres invisibles de la organización del desnudo se dedicasen a crear espejos borrosos en donde los escritores viesen la imagen cauterizada de su exposición. Aunque jugueteó con aquel pensamiento durante unos segundos, se distanció de él tan pronto como las consecuencias de la identificación pública se le añusgaron en la garganta. Mientras que todo permaneciese en el laberinto de las trampillas pseudónimas, no había de qué preocuparse; pero si la semántica de los personajes inmateriales resolvía denunciar las conexiones con nombre y apellidos, la plácida desnudez del exhibicionismo dejaría paso a la desplumadura de los colchones y el desgarramiento de las redes de seguridad.

A Elena le imponía la ficción. Dejando a un lado la firma del allanamiento testimonial, la suplantación de unas efemérides por otras - inventadas- destruiría toda la potencia de sus verdades de mesa camilla. En comparación con las enfermedades genéticas y las muertes felices del blog de Rosario, las limitaciones sinceras de su crónica despuntaban banales. No podía competir la fugada con la leyenda aurea y los formatos hagiográficos de las concavidades de Asmera.

Decidida a cortar de raíz aquel delito sin artículo en el código penal, escribió un email de queja a quien quiera que estuviese detrás de la comunidad del exhibicionismo para denunciar sus franquezas arruinadas. Le espetó a censurar las narraciones fraudulentas que, como sanguijuelas, vivían a costa de chupar la sangre a los demás. “Es por culpa de parásitos de este calibre que las conclusiones siempre se demoran y, cuando las alcanzamos, ni siquiera nos podemos fiar de ellas”, añadió Elena. Si desde Asmera pretendían inducir un corolario hecho de parches, o tabular las multilateralidades de Mark Zuckerberg y el desafío *Facebook* en documentos de letra impresa, no era aquella la forma de hacerlo. Si fusilaban la honestidad dejando que unos escritores emulasen a otros o pariesen patrañas gemelas y chismes deformes, entonces ella no quería contribuir al sinsentido que fuese a salir de allí.

Con la amenaza de una nueva huida, la fugada envió el correo de reclamaciones sin saber cómo dirigirse al director, directora, cúpula u ordenador que fuese a recibirlo.

Quince segundos más tarde, el repique de las esterilizadas campanas del ordenador anunció la respuesta. El email, que sobrepasaba las mil palabras, ocupaba un folio y medio. Aunque se dirigía a ella y parecía hablar de su problema, le resultó sonoramente improbable que ningún ser humano pudiese leer, analizar y escribir a aquella velocidad. Supuso que por más que enviase quejas a la dirección de consulta, sólo recibiría variaciones de una carta modelo desde un ordenador de Asmera. En cierto modo, vio necesaria la informatización del proceso porque imaginaba el volumen de correspondencia directa y tangente que el servidor debía sufrir. Ella misma había dejado de atender su propio buzón aunque, al fin y al cabo, sólo era un personaje más dentro del maremágnum de conexiones telúricas y parentescos inopinados de la organización del desnudo y el tatuaje.

La fugada intuyó que era el momento de abandonar los trámites traslúcidos de Internet y volver a los rudimentos tradicionales: se plantaría ante el domicilio físico de la gerencia y pediría explicaciones.

Tras media hora de metro, llegó a los extremos íntimos y a los trasiegos públicos del centro de la capital. Recorrió las seguridades y los abismos concéntricos que la habían visto crecer sobre los adoquines de la gran ciudad -y no entre los frescores bucólicos de la sierra- para volver al portal físico donde habían comenzado sus paseos virtuales. Pulsó firmemente

sobre el botón colindante al rótulo en Times New Roman, y el telefonillo devolvió un zumbido de apertura de puerta. La fugada subió las escaleras de dos en dos y clavó los nudillos en la doble hoja de madera. Una chica rubia, con coleta y gafas negras de pasta la llevó hasta un despacho interior y la dejó esperando en la sala con un café de máquina. Además del escritorio de rigor, las sillas giratorias con reposabrazos y el ordenador de sobremesa, la habitación contenía cuatro vitrinas. Los prismas de cristal eran ligeramente más voluminosos que Elena y exhibían una selección de collares, esclavas y anillos rematados con un gusto exquisito. Incluso ella, que nunca había tenido ningún interés en los metales preciosos ni en las redes cristalinas de los diamantes, sintió la necesidad de rodearse el cuello con los quilates de las cadenas; pero se cuidó de no moverse del asiento hasta que alguien la atendiese. Nunca había visto el símbolo oficial de la página, pero según los posters que completaban el diseño sin diseño del cuarto, el logo redundaba en la orfebrería temática del resto de la oficina. La primera A – única mayúscula- era un broche invertido, al que por la perspectiva de la foto, le sobresalían las patillas del imperdible. La S y la M estaban compuestas por sendas cadenas de oro y plata de ley, formando una línea doble con la longitud de los eslabones. La R era la menos identificable: insinuada por un pendiente de perfil, en la que muesca, alfiler y pinza representaban el rabo. Un reloj de lujo se ahorquillaba para sugerir una E y una alianza con diamante dibujaba la última A del emblema.

Para cuando un señor de camisa rosa y corbata azul hizo su entrada en aquel pastiche de alhajas, la fugada había empezado a sentir los tambores premonitorios de la realidad virtual. El hombre soltó una sonrisa de libro en dirección a Elena y dos catálogos envueltos en piel sobre la mesa. Las baquetas esotéricas se le subieron a las amígdalas y trató de no levantar la voz sin mucho éxito:

-Pero ustedes... ¿ustedes a qué se dedican en realidad?

-¿A qué se refiere, señorita? Nosotros somos joyeros desde 1985. Ni trampa, ni cartón. Que le gusta, se lo lleva. Que no le gusta, déjenoslo un par de días que ya verá cómo lo vendemos igualmente –respondió sin que le temblase el pasador de la corbata.

Cuando la fugada trató de hacerle entender que alguien ahí fuera estaba usando la dirección de su domicilio con intenciones fraudulentas, el hombre imitó la mueca con la que había entrado en la habitación y sugirió traerle un

café. Elena aceptó otro vaso de agua y cuando el vendedor lo depositó sobre su lado de la mesa, añadió:

-Creo que sé a lo que se refiere. ¿Es por lo de la página de Internet? Ya han venido otras dos personas antes que usted preguntando por ese tema. Parece ser que todo se debió a un error humano. Desde la organización nos explicaron que al diseñar la versión española de su portal, rastrearon en Google y en las bases de datos tradicionales si algún comercio compartía nombre con su comunidad. Cuando sólo nosotros aparecimos en el horizonte, decidieron mantener nuestros datos para dejar en manos de los abogados la investigación de posibles conflictos legales. Aparentemente, cuando meses más tarde abordaron la construcción de la página, alguien confundió su propia dirección con la nuestra. Un fallo lo tiene cualquiera; así que cuando borraron los datos de la página, nosotros olvidamos el asunto. Tampoco es cuestión de ir demandando a todo el mundo, señorita.

Estaba claro que el individuo de la camisa rosa no se había desnudado públicamente para los visitantes de Asmera, y que las delimitadas fronteras de su mundo real no le permitirían sobresaltos neuróticos ante la amenaza de seres invisibles.

-Usted no sabe de lo que esa gente es capaz. Cogen las historias de la gente y las alteran, las invierten, las falsifican –la fugada no supo cómo impedir que su acusación resultase risible-. ¡Y eso no es lo peor! Lo peor es que confunden a la gente. Métase usted ahí, y le aseguro que en dos días ha perdido la cabeza,

-Señorita, no soy quién para decirle nada. Nosotros teníamos un problema con ellos y lo conseguimos resolver. En lo que a mí concierne, el asunto está olvidado. Pero si tanto le trastorna entrar en ese portal, no se meta. No se meta, señorita.

- ¿Pero no se da cuenta de que esos individuos están usando el nombre de su empresa para desquiciar a gente bienintencionada? –insistió Elena, incapaz de explicar las tortuosas revueltas de Asmera sin destaparse de nuevo ante aquel hombre.

- ¿Cómo se llama usted, señorita?- preguntó el vendedor.

-Elena. Me llamo Elena.

- De acuerdo, señorita. ¿Está usted al corriente de lo que hacen todas las *Elenas* del mundo? No, ¿verdad? ¿Qué haría si una de ellas fuese una convicta de la justicia? ¿O una traficante de droga? ¿La demandaría usted

por daños y perjuicios? Asmera es sólo un nombre. De hecho es más que eso; es la capital de Eritrea. No vamos a ir por ahí, metiéndonos en lodos judiciales por asuntos nominales. Especialmente cuando ni siquiera lo hemos inventado nosotros.

La fugada trató de argüir nuevas desventajas para el individuo de la camisa rosa y su pasador, pero se quedó a media voz tratando de encontrar implicaciones penales en las convexidades de la comunidad del espejismo.

-...pero si lo que quiere es olvidarse de alguna decepción, nos ha llegado una colección de brillantes de Panamá que quita las penas sólo verlas.

De tanto dudar de sus propias convicciones, la fugada había desarrollado una nueva angustia, distinta a todas las que había experimentado antes. Cada vez que le llegaban las fiebres visionarias o sentía el cerco de los seres invisibles estrecharse a su alrededor, el descubrimiento le producía una decepción orgánica de válvulas corporales comprimiéndose y ensanchándose a la vez, como en un equilibrio de vasos comunicantes. El ardor de las convicciones quemaba igual los mecanismos de la fe y los de la duda. Para acabar de arruinar el día, las pantallas de plasma de los vagones de metro le clavaron mil dagas cuánticas a través de un anuncio contra las drogas: “No las consumas. Prodúcelas. Las tienes en tu cerebro.”

Hasta la televisión del transporte público le deletreaba su situación. Por mucho que pensase, no conocía a nadie a quien pudiese confiar sus principios de incertidumbre sin que se burlase de ella. Y mientras tanto, la luz de gas en el piso de arriba seguía desestructurando el orden de las cosas; seguía, en fin, traumatizando la geopolítica de las comunidades primas sobre las originales.

Cuando aquella noche, Daniel –o Fernando- inició con sus manos el braille familiar de los deseos sexuales, Elena cruzó los brazos sobre sus pechos en señal de rechazo. Temió reconocer su negativa como un pánico sobrenatural a las leyes de Asmera, y trató de atribuirla mentalmente al cansancio. Sin embargo, sabía de antemano que era la presencia de Clara y su presunta vinculación corresponsal a las geometrías de la comunidad lo que la impedía consumir familiaridades con su novio. No iba a permitir que

la frecuencia de sus gemidos o la duración de sus actos íntimos pasasen a formar parte del perverso histograma de la organización.

Daniel empezó a llegar tarde al trabajo, porque Elena aprovechaba los madrugones lectivos de su sobrina para hacer el amor. Fernando -como de costumbre- no acababa de entender la nueva manía de la chica por aparearse a toda prisa por las mañanas, como si fueran una pareja de mirlos. Por más que intentaba comprender cuáles eran las desventajas de la noche y las intimidades serenas, no podía imaginar razón alguna por la que su novia hubiese pasado de los amores perros a los amores pájaros. De todas formas, a pesar de la rapidez del proceso, la ejecución de los coitos plumíferos estaba rodeada de ansiedades -como si la fugada ignorase cuándo volverían a ocurrir- y Daniel apreció los engranajes del cambio.

Los visos de contingencia reinventaron la sintaxis de sus encuentros hasta que, después de una semana de rituales avícolas, Fernando recibió un aviso de los directores de sus oficina. Entre la preocupación por los rechazos nocturnos y los despertares de colibrí, las paredes del sueño se le fueron cerrando por la noche y abriendo por el día. Las pasiones breves le quitaban una hora de descanso por las mañanas –siempre le había costado despertarse-, y el agotamiento venía a cobrar el impuesto en horas de trabajo.

Por miedo a perder otro sueldo para financiar el corral, Daniel suplicó a la fugada que dejara de despertarle a horas intempestivas y que, simplemente, recuperase la conveniencia adulta de las parejas que comparten piso. “Cariño, si tenemos las veinticuatro horas para hacerlo, ¿por qué hay que despertarse a las seis y media de la mañana?” Elena no iba a ser la loca de la joyería en su propia casa; así que en vez de confesarle sus celos pseudónimos y culpar a Clara de sus deseos extemporáneos, trató de camelarlo con clichés sobre la rutina y los beneficios de evitarla.

La agresividad de la fugada dio resultado en tiempo record: Fernando concedió sacrificar su hora del almuerzo para volver a toda prisa a las maniobras de los amores pájaros y a los apretujones irregulares del apresuramiento. En las caminatas de paso ágil desde y hacia la oficina, engullía sándwiches en dos bocados –como si confiase en la regurgitación de la especie- y bebía tres vasos de agua según llegaba al trabajo para compensar los sudores de las carreras.

No pasó mucho tiempo hasta que ambos asumieron la insostenibilidad de la marcha atlética. Sin embargo, el miedo a perder ocasiones de devoción conyugal llevó a la fugada a presentarse de improviso en la oficina y a requerirlo en la hora de descanso. A plena luz del día, era difícil encontrar un palomar disponible para la intimidad de los pichones. El mito de los lavabos públicos se le antojaba repugnante: no veía cómo nadie podía concentrar sus energías en la carne propia y ajena mientras otros vaciaban vejigas en los cubículos vecinos. Pensó en las profundidades de los garajes urbanos y las plantas sin ocupar, en las salas vacías de los cines y en las azoteas de los edificios.

La idea de las alturas de los tejados le pareció factible, porque Daniel trabajaba en una de las torres más altas de Madrid, y el riesgo de ser vistos desde otro inmueble era nulo.

Fernando, presionado por las promesas eróticas y las voces de mando de la fugada, se hizo con las llaves de la cubierta y estudió la rota de mantenimiento de chimeneas y extractores. De martes a viernes, Elena esperaba a su novio sentada sobre los peldaños de la escalera de emergencias para tomar el ascensor hasta la penúltima planta; y desde allí subir a pie el último piso y los escalones de la entradilla al tejado.

Contra todo pronóstico, se sintió más protegida agazapada entre tuberías y maquinaria de azoteas que en la oscuridad de su propio dormitorio. La inevitabilidad del cielo sobre sus cuerpos expuestos más soportable que las sombras ambivalentes de los chaflanes del cuarto de vivir. Daniel mostraba sus reparos; trataba de proceder desprendiéndose de la menor ropa posible. Elena, sin embargo, adalid y víctima del exhibicionismo rampante de la memoria y sus sobrenombres —de la piel de los recuerdos y sus tatuajes—, experimentó la exposición como de segundo orden. Si algo le preocupaba en medio de la expiación de sus amores perros —o pájaros— eran los riesgos que Fernando había consentido; pero nunca su propia vergüenza.

Las escapadas a la planta cincuenta y dos del edificio de oficinas anudaron torniquetes sobre las heridas invisibles y las fluctuaciones metafóricas del blog de Rosario. La pertenencia a una desnudez recíproca, a la luz del día, no resultaba tan excitante como la exhibición pública y masiva; pero sí más sana e inocua. Aunque los tejemanajes de la comunidad habían sobrepasado los márgenes de la duda cuántica y era obvio que alguien o algo estaba relatando su pasado en clave de fábula, el aire fresco

de los tejados y las bocanadas tibias de los extractores rebajaron las asperezas virtuales. Durante un tiempo, apostada entre la fisicidad del mundo de las cubiertas y la obviedad de los desechos orgánicos, prescindió de los temores pseudónimos y se convenció a sí misma de que no había situación que no pudiese controlar.

Rosario siguió trabajando como si la muerte de su abuela no hubiese cambiado las condiciones del contrato. La fugitiva, que se gastó un tercio de los beneficios feriales en ponerla bajo tierra, dispuso que la lápida fuese de mármol blanco, para que se distinguiese entre la piedra plúmbea del camposanto. Si se había muerto de satisfacción, no había razón para que ella la sometiese a la democracia gris de los cadáveres. En vez de ponerle una cruz en la cabecera de la tumba, dio una doble capa de barniz a la silla en la que empezó a agonizar de satisfacción y la hincó a los pies del enterramiento.

Después de dar descanso a la matriarca – y animada por el éxito de su mercado mobiliario-, dejó de trabajar por cuenta ajena y trató de rentabilizar sus instintos comerciales. La fugitiva se encerró a hacer números durante dos días y dos noches. Para cuando salió, lo hizo con la misma mirada de arrojo que precedió la reforma del caserón y acabó con la venta de todos los vestigios víricos de la saga. Se las arregló para alquilar por horas la furgoneta de una vecina –que la recordaba de la Primera Feria del Mueble Antiguo de la Sierra- y compró diez licuadoras a batería. Rosario resolvió probar su idea en el mercadillo más cercano, al otro lado de la montaña que les separaba de Cercedilla.

Llegó tarde deliberadamente, después de pagar el impuesto de venta ambulante, y aparcó a la espalda de uno de los pocos huecos que quedaban libres. Para cuando Rosario se hizo dueña del espacio y comenzó a montar un tenderete mínimo, los propietarios de los otros puestos –que ya llevaban una hora de ventas, le dedicaron miradas recelosas desde el interior de sus toldillos rudimentarios. Inmune a los cuchicheos desaprobatorios, empalmó largueros y travesaños de hierro oxidado hasta armar la estructura mínima del *stand*. Después de arriostrar las aristas del prisma con varillas diagonales en los laterales, levantó con fuerza de brazos el tablón –de tres metros de largo por uno de ancho- y lo posó en un solo intento sobre las muescas que le salían al mecano a noventa centímetros del suelo. Para

completar el levantamiento, extendió una tela de patrón grueso a forma de cubierta y la ató con nudos improvisados a las riostras laterales. Después de colocar cuatro de las diez exprimidoras y varias pilas de vasos de medio litro sobre el mínimo mostrador, sacó una manguera de jardín del vehículo y la atornilló a un punto de agua creado para los efectos.

Rosario se había propuesto vender zumos instantáneos y la mayor ventaja de hacerlo en un mercadillo era que ni siquiera tenía que preocuparse por el transporte de las materias primas. Negoció el precio de frutas y verduras a la sombra de los tenduchos colindantes hasta conseguir una rebaja suficiente. A continuación, la fugitiva escribió en su pizarra portátil una relación rápida de productos y precios que fijó en un caballete exento a tres pasos de su quiosco. Si sus cálculos eran correctos, las baterías de las licuadoras producirían una media de cuarenta zumos por máquina, por lo que predijo que los límites serían primordialmente de mano de obra y de clientela.

Rosario pelaba y deshuesaba la fruta a toda velocidad, añadiendo valor a los productos en directo y ante la atenta mirada de los consumidores. Después de volcar el brebaje final sobre los vasos de plástico y sellar in situ con pegatinas el producto recién exprimido, limpiaba los restos y excedentes con la manguera de jardín.

La fugitiva, que aún no llevaba en la sangre la necesidad desproporcionada por escapar, leía la lógica mercadotécnica como si la llevase escrita en las lentillas. Vendió a tal escala que, antes de acabar la mañana, se agotó su remesa conservadora y tuvo que ir a regatear más fruta bajo los toldos vecinos. Habituada a enfrentarse con la cara amarga del sino genético, encontró en el tesón verdulero de sus gritos y en el tintineo sin melancolía de las monedas un caricia profunda, un lametón de amante.

Las dotes empresariales de Rosario -que sacaron en un solo día cincuenta mil pesetas limpias de las licuadoras a batería-, sumieron a las hermanas en una prosperidad que se convirtió en su ruina. Un año más tarde, la empresa murió de éxito y, en última instancia, el corte final condenó a la fugitiva a sufrir la confusión crónica de las trashumancias.

Mientras ella se dedicaba a ir de pueblo en pueblo con su furgoneta alquilada y sus zumos instantáneos, Elena comenzó a ir al mejor colegio de la sierra. La enseñanza era trilingüe y las actividades curriculares permitían a los niños permanecer en el colegio las veinticuatro horas del día en caso

de necesidad. La fugada, acorazada contra idiomas que no fuesen el suyo, sólo absorbía un tercio de la información; por lo que nunca pasó de cuatro sobre diez en los exámenes. Subyugada a la mediocridad lectiva, concentró sus esfuerzos en las clases de la tarde –sin influencia para la media anual- y reveló interés por la hípica y el ajedrez.

La chica trotaba sobre los ponis como si las patas del animal fuesen una extensión de sus propias extremidades, y en cuestión de una semana los instructores la abandonaron al albedrío de sus piernas minúsculas. Imitando a los mayores, que practicaban salto sobre caballos que la doblaban en dimensiones, conseguía que la joven yegua se levantase sobre sus herrajes traseros y diese pequeños brincos. Sin embargo, el control mínimo que le ofrecían sus brazos de cría impúber hicieron que las posibilidades se le agotasen casi antes de empezar. Frustrada por las limitaciones de la edad y la incapacidad de sus músculos, se concentró en la matemática ajedrecística por no imponer a priori requisitos físicos de adulto. Cuando aún no había aprendido los principios básicos del juego, una compañera le destrozó la limpieza de la enseñanza escolástica cuando le mostró la simplicidad dolorosa del jaque pastor. Elena sobreseyó la importancia de las aperturas y la semántica de los peones, obsesionada con la efectividad prodigiosa de los cuatro movimientos. Cuando la insistencia compulsiva hizo que sus compañeros desarrollasen armas suficientes en contra de los ataques diagonales, la fugada complicó los resortes de su estrategia componiendo argucias de diez movimientos que acababan con la misma espada regicida. Mientras sus compañeros asimilaban la importancia de dominar el centro del tablero y memorizaban los veinte primeros movimientos en fórmulas estancas, la chica se obcecó con las variaciones rizomáticas de la estratagema pastoril. Estudió como alargar la dominancia de la salida más allá de los enroques y el oportunismo de los peones contrarios, envanecida por la inoperancia ajena ante su malformación autodidacta, y sostuvo un dominio engañoso sobre el resto de la clase. Meses más tarde, una conspiración misteriosa que llegó de la noche a la mañana hizo que todos los estudiantes de método la pasasen por encima sin la menor conmiseración. En cuanto que los alumnos aprendieron a prever todas y cada una de las variaciones de araña de la fugada, el reinado de las telas cayó por su propio peso y un nuevo mandato de precisión sin líder claro se extendió por los pupitres del aula. Elena, enfrentada a un nuevo orden en el

que sus ataques se habían vuelto inofensivos, trató de defenderse sin éxito de la rebelión insecticida. La habilidad de sus compañeros, que intercambiaban piezas por territorio en lugar de hacerlo por el placer de retirar caballos y alfiles de la mesa, dejaba las partidas sujetas a la suerte de los peones –con lo que todo se decidía a pasos cortos. El enfrentamiento de las artillerías decadentes convertía el ajedrez en un juego de damas que sólo podían mover hacia adelante, y el tedio de los avances obligaba a los jugadores a ver el final con adelanto y ofrecer tablas o conceder victorias según el caso. La fugada anduvo perdida entre los nuevos axiomas hasta que llegaron a la clase los temporizadores. Se dispusieron quince minutos de partida por jugador y Elena, que había abandonado definitivamente sus ataques de araña, se dedicó a mover tan rápido como le permitían las manos cometiendo el menor número de errores posible. Con el aula forzada a llegar al final pausado de las piezas menores y a confiar la victoria a la metamorfosis de los peones, la chica recuperó puestos en la escala de la gloria perdida a base de comerse el tiempo en vez de las piezas ajenas. Los otros la cogieron tirria, porque no encontraban interés en la impersonalidad de jugar contra los relojes, y desarrollaron una cierta animadversión contra las filosofías indirectas y la prestidigitación pragmática de la fugada.

Como todos los recursos arácnidos, aquel fue perdiendo eficacia conforme sus compañeros aprendieron a rematar las partidas y completaron la memorización de las aperturas con la de los desenlaces.

Precisamente en los albores de su segunda caída en picado, Rosario cometió el primer y último error de su empresa de néctares inmediatos al comprar en un descuido una partida de fruta en mal estado. No se dio cuenta de la putrefacción interna de las piezas porque la descomposición había despuntado en el corazón y había avanzado de dentro hacia fuera. La solitación local había hecho que dejase de despepitarlas y se acostumbrase a lanzarlas sin piel a la arbitrariedad de las licuadoras, donde la efervescencia grumosa del jugo no fue bastante para alertar a la fugitiva.

Las reacciones digestivas no llegarían hasta la tarde, pero las bacterias desconocidas que habían parasitado las manzanas se agarraron a las paredes de estómagos e intestinos. Cada cual sintió el impulso de evacuar el tubo digestivo en función de la cercanía a sus extremos, pero a todos les dejó un hálito de fermentación densa que sobrevivió a la gastroenteritis.

Las denuncias no se hicieron esperar y la multa se llevó de un tirón las ganancias de un mes. Sin embargo, a veinte días de cumplir los dieciocho años, lo último que preocupó a Rosario fue el impacto económico de la sanción. Con la policía merodeando por la casa, a la fugitiva le empezaron a llover preguntas sobre la tutoría de Elena y la ausencia de adultos responsables que velaran la soledad de las hermanas. Aunque trató de probar la liquidez de sus arcas para eludir la intermediación de los organismos del menor, las facturas del colegio de pago no solucionaron nada y las autoridades les obligaron a replegarse bajo el techo de un familiar adulto.

Fue entonces, enfrentada a la pérdida de la custodia y a la inevitabilidad de los calendarios, cuando la fugitiva llamó a su tía materna. La señora, que había quedado viuda poco antes de que las hermanas perdiesen a sus padres, se había negado entonces a hacerse cargo de ellas alegando insolvencia. Al escuchar tres años más tarde la voz de su sobrina, le pudo el temor de que las chicas apareciesen de nuevo para destruir su intimidad electrodoméstica y colgó el teléfono por miedo a que se interpusiesen entre ella y la realidad mágica que se escapaba de todos los artilugios.

Carmela era muy suya, y Rosario tuvo que aporrear la puerta de la casa para que abriera. La fugitiva trató de calmar el disgusto de la joven anciana y la puso a respirar profundamente para dominar el ataque de angustia. Mientras la mujer inflaba y desinflaba el pecho con dos inspiraciones por cada expiración, la fugitiva le explicó las condiciones del trato –porque había venido a hacerle una oferta, no a que se hiciese cargo de nadie. Sólo le quedaban dos semanas para alcanzar la mayoría de edad; y ése era todo el tiempo que necesitaba quedarse allí con su hermana para que no se la llevasen los de protección del menor. A cambio, ella correría con los gastos de la casa hasta su cumpleaños y, al final de la quincena, le dejaría una bonificación de cien mil pesetas para que contratase televisión por satélite vitalicia o fuese a ver a un psiquiatra.

Carmela resolvió albergarlas cuando oír los vales de la caja registradora le calmó la hipertensión de golpe. Hacía tiempo que quería regalarse un ordenador, porque los canales de la parabólica la habían defraudado desproporcionadamente; y tener a las chicas en su casa sería como recibir dos mensualidades de su pensión a cambio de dejarse invadir unos días.

Antes de que Rosario y Elena dejaran sus cosas en las habitaciones que fueron de sus primos, la mujer las aleccionó en el cuidado electrodoméstico y en el arte de convivir con la consciencia de las máquinas sin interferir en su mundo de voltios. Era conveniente no usar más de un aparato al mismo tiempo, a no ser que fuese radicalmente necesario, y les recomendó limpiarlos con discreción –para no herir su orgullo de artilugio autosuficiente.

Rosario se resignó a compartir techo con aquel esperpento que purgaba los radiadores dos veces al día para oxigenarlos; y se fabricó un calendario de catorce días con la intención de ir tachando los números a medida que viera la luz al final del túnel.

Elena, a quien las partidas de ajedrez le habían hecho ver cosas que no se podían explicar con palabras, trató de convencer a su hermana para que se enfrentase a la senilidad doméstica de Carmela con curiosidad científica y abandonase la desidia de los días perdidos. La fugitiva arguyó que la única razón por la que ahora disfrutaban de la sublimación de los frigoríficos radicaba en la promesa de las cien mil pesetas y concluyó que en las transacciones económicas no había sitio para la empatía. Reafirmada en sus convicciones y visiblemente alterada por la deslealtad tiralevitas de la niña, marcó con palotes las horas alrededor de los días en su almanaque. Estaba convencida de que nadie antes había sentido con tanta urgencia la necesidad de hacerse mayor, aunque su caso sólo necesitase el respaldo de las efemérides.

Ella que había hecho y deshecho en la casa de la sierra; ella que había asistido a su abuela en vida y había organizado la celebración del luto por su muerte; ella, que había sido directora y empleada de su propia empresa ambulante de néctares instantáneos, tenía que soportar que una anciana neurótica la obligase a abrir el ojo de buey de la lavadora con delicadeza de violinista.

A pesar de haber interpuesto líneas telefónicas y puertas cerradas a la aparición de las hermanas, Carmela no pudo evitar establecer normas cuasi-parentales que regulasen la estancia de las chicas bajo su techo. Lloviera o hiciese sol, dejarían los zapatos en la entrada. No podrían estar en la calle pasadas las nueve de la tarde, porque ahí fuera reinaba el imperio de los sentidos. Las paredes debían estar limpias y, en consecuencia, Rosario tuvo que guardar la ilustración de su cuenta atrás bajo la almohada. La televisión

debía permanecer siempre encendida -sintonizada en una de las tres emisiones que se reciclaban cada cuarenta y ocho horas- porque, aunque había dejado de creer en el tiempo inamovible de los satélites, le confortaba refrescar la tradición litúrgica.

Como la tía sufría de sueño ligero y no quería escuchar a sus sobrinas correteando por la casa, les compró dos bacinas para que no tuviesen que salir de su cuarto a media noche. Acucillada sobre la cuña, la fugitiva padecía las iras de la estupidez, que eran más impredecibles que las del rencor. Concentrada en la tachadura de los palotes, la impotencia alargó las horas de la tortura. Cada mañana, cuando vaciaba el orinal, la mente le proveía de silogismos sin sentido por los que cuantos más días pasaban, más tiempo de purga le esperaba; y así no había eternidades más largas que sus dos semanas en cautividad.

Sin un programa de festejos, la fugitiva se perdió entre las manías de Carmela. Mientras ella prefería mantenerse al margen de la rotación de los aparatos –ningún electrodoméstico podía permanecer más de veinticuatro horas conectado al mismo enchufe-, Elena disfrutaba como la enana que era con el ocultismo de andar por casa de su tía. Quizás fuese el reflejo arácnido de su cerrazón ajedrecística, pero el rizoma esotérico que daba vida a las máquinas le entró a la niña en el cerebro para quedarse. No la culpaba. Hasta ella pensaba al verter su orín en el retrete que el tiempo se había coagulado de veras entre las tuberías, o que lo retenían los cables con su nomadismo reglado. Rosario asumió que, por culpa de su entrega a los néctares instantáneos, su hermana había crecido a golpe de clases extraescolares y ahora era una extraña. Se la veía despierta, pero con ocho años no había quien tuviese personalidad; y eso era lo que la preocupaba.

La niña asimiló la alineación de los programas de televisión como si fuera una réplica de la de los planetas; y para entusiasmo de Carmela, complicó la confabulación de los canales con una secuencia misteriosa que regía la frecuencia de los anuncios en todas las señales del UHF.

Aunque la mujer había perdido la fe en los píxeles y estaba a la espera de una nueva revelación, inició a la chica en los ritos del visionado porque creyó beneficiosos los efectos –como los agnósticos que mandan a sus hijos a colegios católicos.

Asustada por el mentalismo de alcoba que unía a tía y sobrina, la fugitiva perdió el control y terminó por gritarle histérica a su hermana que

dejase de decir sandeces.

La niña rompió a llorar, más recelosa de la cordura violenta de Rosario que de la vesania amable de Carmela. Turbada por la reacción de Elena, su hermana se dirigió hacia ella y le susurró:

-No llores; no seas tonta. Acuérdate de la casa de la sierra y de que en cinco días estamos allí, ¿eh? La tía no está bien de la cabeza, Ele, porque lleva mucho tiempo sola. Tú síguela la corriente, pero no te creas nada.

Si bien a la cría le sosegó que le retirara el pelo de la cara para fijárselo detrás de la oreja, lo hizo buscando la mirada aprobatoria de la anciana desequilibrada. Era evidente que la ingenuidad de la chica no veía daño moral alguno en justificar la voluntad de los dispositivos -si iba a guiarse por las convicciones de otros prefería que eclosionasen sobre objetos que pudiera ver y tocar.

Con el aprecio díscolo de la niña bandeando de tía a hermana y sin los diques laborales para protegerla de las crecidas de la culpa, Rosario regresó al día infausto que obligase a su madre a rastrear prostíbulo a prostíbulo toda la Comunidad de Madrid. En las escaleras de caracol de las tragedias, todo movimiento posterior podía examinarse bajo el tamiz de las equivocaciones históricas; y sentada de nuevo sobre el orinal de su cuarto, los interruptores de las reacciones en cadena cayeron sobre la fugitiva como lo hicieron el día del accidente, cuando la llevaron a reconocer los cadáveres. En su mente de adolescente precoz y -años más tarde- en la de adulta sin mayoría de edad, la perfidia de saga que había perseguido diez generaciones de mujeres no tenía sino una leve influencia sobre su destino. Y ella sola, con la sugerencia machista de que su padre era una bestia de campo porque no le daban suficiente pienso en el establo, había mandado a su madre a morir de fatiga crónica y de cansancio tras las cincuenta horas de búsqueda.

Si juzgaba sus intentos por preterir los metales derretidos y el retorcimiento del plástico bajo el foco del presente, las iniciativas empresariales no habían sino retardado las consecuencias de su error. Distraer al tiempo era todo lo que podría hacer y ni de los calendarios de palotes podría tachar el hecho de que era una madre soltera virgen sin control sobre su hija. Durante años, empeñada en salvaguardar a Elena de su propia miseria, ni siquiera se había preguntado si de verdad quería perder la juventud criando a su hermana. Aún hincada en la cuña, le embargó la

clarividencia de estar partiéndose el espinazo por alguien que bien podría fundar una secta electrodoméstica; o convertirse en la previsible fugada de sus cultos de infancia. Si bien el pensamiento era improcedente y no cabían reproches contra el atolondramiento volitivo de los niños, consideró la disonancia como un aviso del inconsciente y marcó a lápiz, sobre el día y la hora de aquel momento, el concepto emergente de la huida.

Aunque los relojes parecían avanzar en los dos sentidos y en las tres dimensiones del espacio, llegó por fin el aniversario natalicio que la librería de la disciplina de bacín y el determinismo de los aparatos. Invirtiendo la ecuación de los cumpleaños, Rosario sacó el fajo de billetes de su monedero y los contó por cuarta vez: cien mil pesetas. Todo lo que tenía que hacer era salir de su cuarto y fingir que no habría cambiado el goteo de los palotes por un crucero por el Nilo.

Sería como un día de ventas; pero más fácil, porque sólo era cuestión de persuadir a una mujer senil y a una niña de que el campamento se había acabado.

-¡Felicidades, Rosario! -Carmela trataba de encender las dieciocho velas justo cuando la fugitiva apareció por la puerta. Tía y hermana la estaban esperando en el comedor con una tarta de chocolate.

La base de bizcocho, de espesor poroso e irregular, confería al dulce una apariencia de magma sobre placas tectónicas. En medio del cacao plutónico y los grumos intrusivos, la erupción había dispuesto un monte Calvario de banderillas iluminadas que aguardaban el soplo final.

Acostumbrada a la tenacidad trágica que la perseguía, la fugitiva sabía ya que incluso las torturas pulsaban martinetes nostálgicos. Así que cuando intuyó una leve melancolía corriéndole por las venas, no le dio la menor importancia. Simplemente afrontó las exigencias rituales con su sonrisa de vendedora ambulante y dejó la gratificación en la mesa donde su tía pudiera verla.

-Vamos, Ele. ¿Has hecho ya la maleta? La sierra nos está esperando.

La cría se calló; pero no con un silencio transigente, sino con el de los borricos. La reacción que había temido desde que Elena adoptase el estrabismo tecnológico le colmató el cristalino a la niña con una sobredosis de albúmina. Con las persianas bajadas, la niebla de las cataratas se apoderó de ella y soltó desafiante:

-Yo de aquí no me muevo. Vete tú si quieres.

La óptica desagradecida de su hermana le hizo maldecir la hora en la que pusiera pie en la casa y todas las que vio pasar en su cuenta atrás ilustrada. Apartada del enfrentamiento primordial, Carmela sonreía desde bambalinas con distanciamiento de gurú. Espoleada por la doble piel de los odios y los afectos, Rosario amenazó a su hermana con irse. Irse para siempre.

Elena miró a su tía con un aluvión de dependencia en los ojos. Las órdenes aturulladas de Carmela y sus juegos de esquizofrénica le habían satisfecho el deseo infantil por los corsés; como si prefiriese una madre loca a una madre ausente.

La fugitiva desaguó las presas de la culpa; y el presagio de la huida, que había permanecido como un concepto en el pliego de las horas, inició una revuelta occipital a la que pronto se adscribió el resto del cerebro. La impresión de que su hermana pequeña no sabía cómo quitársela de encima destrozó de un martillazo el circuito de las buenas intenciones: no se había deslomado durante tres años para que se lo agradeciesen con una ceguera ocultista de tubo catódico.

Desprovista de la responsabilidad tutelar de la criatura y fascinada por la ligereza del yugo de las obligaciones, miró en derredor en busca de una cabeza de turco contra la que personalizar sus últimas desdichas. Ante la falta de opciones, resolvió que su primera decisión como adulta sería culpar a una chalada antes que a una niña; la segunda fue volver a su habitación y armarse con el orinal de la discordia. Carmela, que había leído el proceso mental de Rosario como si fuese el de una máquina, ni si quiera trató de impedir el lanzamiento y se conformó con cerrar boca y ojos ante la avalancha de nocturnidades que se le venía encima.

-Y tú, cuando te canses, ya sabes dónde estoy –dijo dirigiéndose a la niña-. Ahí dejo el dinero. Si necesitas más, me llamas.

Ni que decir tiene que Rosario no se libró de los yerros propios ni de los pecados familiares: sólo cambió el software que los administraba. Si acaso, tendría que añadir sus dos primeras decisiones adultas a los fantasmas de su infancia; y huir de ellos con la misma intensidad con la que antes había pretendido acallarlos. El cambio de estrategia le pilló tan desprevenida que, a pesar de su talante hacedor, necesitó tiempo del que no se agotaba en los papeles para preparar su movimiento subsecuente.

Durante semanas vivió de las rentas empresariales y se alimentó de los mismos zumos que antes le daban de comer, porque había perdido el hambre. Le sorprendió a la fugitiva que los gusanos de la memoria fuesen más efectivos que los de la tierra; porque cuando trató de recordar el día en el que la abuela empezó a morir de satisfacción, los rasgos de la anciana ya habían comenzado a disiparse en su recuerdo. También descubrió que los helmintos cerebrales no distinguían entre vivos y muertos; porque al segundo mes de separación, le ocurrió lo mismo con la imagen de Elena- con quien sólo hablaría tres veces en todo el invierno.

Siguió un encierro austero, gemelo al de las fermentaciones comerciales que diseñaron la venta de néctares instantáneos. Sin embargo, el mellizo de aquella tarde de concentración tardó muchas tardes más en madurar; probablemente porque no era lo mismo diseñar una estrategia de venta que organizar una fuga. Para cuando consiguió discernir entre el romanticismo de las existencias nómadas y los engranajes plausibles de la huida, vendió la casa de la sierra –de la que las hermanas eran únicas beneficiarias- y repartió la herencia familiar en dos.

Para que su tía no tuviera acceso al patrimonio de Elena –y en un último intento por anestesiar su conciencia-, Rosario metió todo el dinero negro de la transacción en una cuenta corriente y estableció una orden constante a nombre de Carmela.

No les avisó de que se iba. A fin de cuentas, las huidas no regían despedidas.

A Elena le conmovió el relato. Disfrutó sinceramente de la historia mágica de sus conflictos, porque las cartografías invisibles eran más ordenadas y más comprensibles que las de la vida.

El alcance de la ficción, que había incluido a Carmela en su biografía por gracia de los pretéritos asméricos, le hubiese parecido sobrecogedor el día en el que empezaron a deslumbrarle los reflejos. Sin embargo, enfriada por la antigüedad en el juego y entregada a las mieles de otra exposición, encontró incluso refrescante la variación del pasado. Con su crónica impresa en papel pautado, cada intérprete podía tocarla como le viniera en gana; y casi le excitaba el enraizamiento diferencial de los documentos.

La dispersión de la última lectura le había traído nuevas seguridades. De repente, se sentía a salvo de las *parametrizaciones* y las tangencias de la

comunidad del enredo. Entre las variables que a su juicio debilitaban el poder catártico de la página, estaban la laxitud legal de los paralelos y la endogamia de los castings.

Que alguien le explicase cómo dos menores podían vivir solas en un caserón de la sierra. ¿Cómo habían hecho para pasar desapercibidas? ¿Quién firmaba las matrículas del colegio de pago? Las niñas de quince años no identificaban cadáveres ni velaban a sus padres en soledad.

El orden de los factores tenía un tufillo de anécdota que lo embalsamaba todo, y el oportunismo de las intersecciones climáticas era demasiado premeditado para ser creíble. Sólo los parabienes de la ficción podían contener aquel dramatismo ingenuo de los márgenes de dos semanas o el advenimiento policial que llegó para complicarlo todo.

Pero con diferencia, la más turbadora de todas las distorsiones era la aparición en su vida fantástica de una actriz invitada. En realidad, después de que su padre las abandonara, fue su tía materna la que se hizo cargo de ellas hasta que se hicieron mayores. La buena mujer tenía poco que ver con la enajenada Carmela y en la familiaridad de los años —que no de las semanas— no cupieron excentricidades catódicas ni terapias de bacín. Sin embargo Rosario, que había sido una fugitiva desde el día que nació, no se conformó con la voluntad tutelar de su tía. En cierta medida, nunca aceptó la política de hechos consumados ni los clavos de la suerte, y pagó el cáncer de su madre y la espantada de su padre con quien estaba allí para apagar el fuego.

Resultaba jocosa la forma en que Asmera había reinventado la acritud déspota de la chica para convertirla en una heroína de los negocios y en una vengadora de las cobardías varoniles. Ni en toda una vida hubiera podido Rosario someterse al sacrificio de los tres años fantasma, porque dedicó toda la adolescencia a planear la huida y no le dio tiempo a pensar en los demás.

Aún le atormentaba la autoría a Elena. Estaba segura de que sólo Clara podría engarzar historias inversas de aquella forma y retorcerlas hasta que las incongruencias legales pasasen a segundo plano, pero no se atrevió a entrar al cuarto de vivir por miedo a que las manos y los espejos le hubiesen quitado más ropa.

Su hipótesis de campo, mientras que nadie le demostrase lo contrario, sería que su sobrina estaba jugando a los cuentos –como lo había hecho años antes para sus compañeros de colegio. De hecho, el blog de Rosario tenía la misma construcción de bola de nieve que las circunvalaciones del pasado de Clara y las trapisondas grandilocuentes con las que había confundido a la portuguesa. El problema de tales consideraciones era que no sabía hasta dónde reconocer los estadios de la ficción. Si retrocedía lo suficiente, tal vez la crónica farsante que le ocupaba las lecturas no fuese sino una forma de distraerla de sus primeras dudas. Entre los laberintos de las identidades casi se había olvidado de París y de las funciones teatrales, de Ramón y de las atrocidades leoninas. La aparición pseudónima de un espectro que compartía las excusas de su hermana, su apodo asmérico y la novelaría versallesca de Clara había sido, más allá de las verdades o las mentiras, un gancho efectivo con el que sacarla de las suspicacias.

Si tenía que tomarse a la ligera las circunstancias de su pasado y dejar que los seres invisibles convirtiesen un re bemol en un do sostenido, no sabía dónde parar en la escala de consideraciones conspirativas. Si bien Elena no tenía la habilidad de su sobrina para sacar conejos de la chistera, su limitada prestidigitación también podía hilvanar historias mágicas. De hecho, sospechar de los reflejos ni siquiera era para ella un ejercicio de imaginación, sino una obligación cuántica de la mente que distorsionaba las longitudes de onda entre paralelos.

Si usaba las reglas combadas de Asmera – por denuncia cerebral y no por placer-, la fugada tejería patrones más truculentos, porque los tornillos sinfín eran más poderosos que las bolas de nieve. Antes de nada, trató de contarse el cuento a sí misma, para ver si recordaba todos los detalles. Susurrando, para que Clara no le oyese hablar sola, reconstruyó el machihembrado de los retales.

Erase una vez un cómico frustrado llamado Ramón, heredero de una fortuna millonaria y de una envidia visceral que no le permitía disfrutarla. Acosado por el reconocimiento de su padre y por un determinismo bíblico que su madre sacaba de las rimas de los versículos, terminó por perder la cabeza. Requerido a la vez por los laureles de la ciencia y por una reticencia al placer calcada del calvinismo, se convirtió en carne de manicomio. Por más que contaba sus problemas en habitaciones cerradas y en auditorios, a

batas blancas y al gran público, a aquel tipo no dejaron de hervirle las palabras en la glotis. Viviendo en Nueva York con una soledad necesaria, porque individuos como aquel convertirían en excremento todo lo que tocasen, el cómico cultivó una ironía extraña. Cuando no estaba hablando sobre sí mismo a unos y a otros, consumía sustancias excitantes y alucinógenas de todos los tipos. Lo hacía porque sí y porque, como buen amante de la soledad, sólo tenía agua corriéndoles por las venas y necesitaba drogas para enrojecérsela. Al hombre se le iba la mano con los estupefacientes, por lo que aprendió a recetarse narcóticos para bajar el viaje de la cocaína. Con tanta subida y bajada, montado todo el día en una atracción de feria, dilucidó que el mundo era una jungla y que él tenía que elegir animal. De entre todos los avatares, se identificó con el que menos se le parecía: Ramón sería un león, el rey de la selva. En el apogeo de su reencarnación, le comunicaron que su padre había muerto; y la desaparición del jefe de la camada confirmó la sospecha leonina de que era un ser invencible. Consciente de la importancia del territorio, resolvió quedarse en Madrid, y por las incongruencias del azar acabó viviendo puerta con puerta con Rosario –o con Ana. Pudo ocurrir en Fuenlabrada, o en Argüelles –e incluso en Chamberí-; pero el hecho es que sucedió. Rosario, que después de dos vueltas al mundo y cuatrocientos amantes ya ni se acordaba del día en que se fue sin despedirse de tía y hermana, dejó que Ramón le lamiese las muñecas porque su huida de saltimbanqui la había desensibilizado y casi le resultó tierno que hubiese leones tan bien adiestrados. Durante meses se dedicó a recuperar el tiempo perdido. Entre los quejidos sordos y las hemerotecas adolescentes proyectándosele en el blanco de los ojos, el cómico pasó por alto que era el asociado número cuatrocientos uno y, voraz, se empacho de horizontalidad...y de verticalidad. Por más que ella le decía que había habido otros animales y que especies enteras habían pasado por las mismas fiebres, las imágenes sin definición de otros hombres lamiéndole las muñecas –o los codos- se deslizaban por su mente sin causar efecto porque ninguna llevaba nombre. Sin embargo, cuando el ruido de la conquista dejó pasó al reposo de la relación, la afonía del deseo le hizo reparar en Clara –o Leo, o David- y la inteligencia omnipresente de la chica se le antojó análoga a la de su padre. Aunque la chica no inauguraba colegios con su nombre, ni tenía a la mitad del mundo científico a la espera de un nuevo descubrimiento, hablaba como si ya hubiese muerto varias

veces y se acordase de quién fue en vidas pasadas. Había empleado la mitad de su existencia en ser, por lo menos, el macho proveedor y el rey de su casa; y no estaba dispuesto a que una engreída de catorce años lo devolviese a las rutinas de los príncipes destronados. Para desgracia de todos, cuando la mirada de sabionda de la niña iba a hacerle renunciar a las prebendas de su reinado, su genética de depredador se engrudó al vientre de Rosario; y no le quedó otra que llevar al límite el carácter de su avatar. Como las leyes humanas no permitían arramblar con todo, intentó convencer a su novia para que se deshiciese de su hija. No pudo persuadirla por las vías de la retórica, porque toda su verborrea era irónica, y el sarcasmo nunca fue la mejor herramienta para separar a una madre de su hija. Como no quería perder a su leona, ni estaba por la labor de que la sangre de otras sangres compartiese techo con su camada, recuperó los hábitos estupefacientes. Esta vez, en lugar de ingerirlos él, los disolvió en las bebidas y comidas de Rosario hasta que la fugitiva empezó a aceptar sus porros de buena gana, incapaz de explicar de dónde salía aquella fuerza descomunal que sólo le permitía pensar en sí misma.

A las pocas semanas de vivir en las nubes y dormir con narcóticos, notó que la patraña sentimental que le ofrecía Ramón le entraba mejor con cada cucharada de sopa o con cada sorbo de cerveza y la insistencia diaria del cómico le hizo vislumbrar los paraísos leoninos. Ella que siempre había rehuido la protección de los paréntesis familiares y las intimidaciones de sofá, acabó convertida a la monogamia bocado a bocado. En las últimas fases del tratamiento, Rosario comenzó a ver a Clara como a una amenaza, como si su sola presencia volviese ambivalente el poder sobrehumano que la asaltaba después de las comidas. Lo peor del asunto es que ella, que había dado dos veces la vuelta al mundo, conocía los efectos de todas las drogas. Desde el principio del proceso había entendido que el cómico quería dejarla tan loca como lo estaba él; pero atrapada por el lametón de muñecas y los confines de su encanto, le pareció romántico el instinto de jungla y las cláusulas de la propiedad. En el delirio de la drogodependencia consentida y los consensos tácitos, Rosario llamó por teléfono a su hermana Elena. Con el sabor de las sustancias prohibidas aún en el paladar y la fuerza imparable de las sobremesas, convenció a la fugada para quedar en una cafetería y se inventó una historia que bien valdría para uno de los entremeses internautas de su hija. Con la sutileza que había adquirido en sus

años de huida, la fugitiva dispuso cortinas de humo para que la tonta de su hermana se quedase con su hija indefinidamente. La lió con obras extranjeras, con teatros franceses y con patios parisinos que se enredaban sobre sí mismos en dirección al centro de la tierra. Y Elena, con toda una carrera de periodismo y una fuga a sus espaldas, se lo creyó todo; porque así es como responde la gente que no está de droga hasta las cejas cuando sus hermanas les piden ayuda. En aquel mismo momento, mientras que la fugada intentaba averiguar cómo se apareaban las segundas vidas con las primeras, Rosario podía estar dando vueltas por Preciados comprando ropa prenatal para el *ligre* que estaba en camino.

Y aquí viene la falla. Aquí el cuento se convierte en otro, porque el relato está hecho de dos partes que no se pertenecen. En la medida en la que una existe, la otra se nubla; como cuando Elena se aturulla con los errores cuánticos del cerebro y ve sus propios pensamientos desde fuera.

Como no tenía sentido que una chica tan inteligente como Clara tratase de ocultar los amores leoninos de su madre- especialmente cuando los deseos drogodependientes la habían llevado al destierro, no podía sino dar por sentado que Ramón no pintaba nada en aquel drama intimista entre madre e hija. Había que aceptar las reglas de la incertidumbre; confiar en que Ana llevase bien las maniobras familiares y Leo creciese feliz en algún lugar del Pirineo.

Rosario, aburrida de Madrid, quiso cambiar unos paisajes urbanos por otros. Al poco de cerrar la peluquería, le llegaron los emails del director de teatro holandés y la sombra de otra improvisación sedujo la inestabilidad suicida de la fugitiva. Como le ocurriese años atrás, soltó cuanto tenía entre manos para descubrir las profundidades de un agujero ibicenco que la llevaba a otra parte. Sin pensárselo dos veces, llamó a la fugada; porque aunque llevaban casi diez años sin hablarse, Elena siempre había sido la hermana débil y entraría al trapo en cuanto le insinuase que necesitaba ayuda. Después de darle muchas vueltas y conocer a Clara, la infeliz reconoció en la niña la llave de todas las complicaciones; y como por esa época todo le parecía una réplica de una réplica, concluyó que un poco de genialidad le vendría bien para curar sus males lineales. Si sumaba al haber la ayuda económica y la comprensión de que la fugitiva estaba en lo cierto –la fugada era la hermana sentimental-, estaba destinada a hospedar a la adolescente y a sus ojos caleidoscópicos. Sólo lo haría durante dos meses.

Luego le esperaba la vida de despertador y la coyuntura de las reuniones. Aunque Rosario le había avisado de las ficciones megalómanas de la chica, Elena no estaba preparada para que Clara la desnudase sin previo aviso delante de su novio y despejase de un plumado todas sus intimidades. Con la otra pieza del rompecabezas sin solución aún rondándole la cabeza, Elena perdió los nervios varias veces porque se le saltaron los martinetes del clavicordio cuántico. A medida que la sobrina iba dejando su rastro invisible en los pasillos de la comunidad de la intriga, a ella le invadían las bacterias de la teoría de la conspiración. Envenenada por drogas que sólo se pueden consumir en la pantalla de un ordenador, la fugada tomó en serio el juego de sinónimos de Clara y decidió irrumpir en la intimidad del cuarto de vivir. Ya fuese por casualidad o por la intercesión de sextos sentidos, la chica se las arregló para estar expuesta frente al espejo y no sentada frente al ordenador. Desquiciada por la superposición de transparencias, Elena supo que tenía que volver a mundo de los conflictos palpables; y se abrió camino entre los obstáculos traslúcidos para subirse a la intimidad de los cielos rasos y las azoteas. Mientras ella disfrutaba de los riesgos de las alturas, su sobrina abandonó los raíles de los reflejos directos y convirtió el blog en una justificación fabulística de los errores de su madre. Para complicar el álgebra de las crónicas matriciales, introdujo nuevos personajes que ocupasen el sitio de otros, como había aprendido en el blog de la fugada. Y por arte de las inversiones ópticas de la comunidad de la suplantación, Carmela –en el papel de tía materna- llegó para infligir las humillaciones que prenderían la mecha de la huida.

A pesar de la excentricidad parabólica de la historia, gran parte de los detalles formaban parte del álbum fotográfico familiar. Fue el padre de las hermanas escapistas quien, en un último intento por mantener a flote el barco antes de saltar, probó suerte con la empresa de zumos. A pesar de su ímpetu comercial y de su incansable labia de vendedor, no tuvo el apoyo de los simulacros asméricos para emular las victorias de su hija.

La verdadera abuela, que había muerto de vieja –y no de felicidad-, hizo prometer a sus hijos que gastarían hasta el último penique de la herencia en enterrarla bajo una lápida de mármol. Cuando las hermanas visitaban el cementerio para ayudar a limpiar la tumba, el brillo pétreo de encimera las recibía con un agujonazo similar al de los presagios.

Y lo más atractivo de los procesos invisibles era que, después de que los hechos y los personajes jugasen entre ellos al ratón y al gato, la fábula llegaba al mismo punto que la realidad. A pesar de las divergencias que habían convertido los fracasos de uno en las victorias de otra, la distorsión impresa sobre la que encontrar las diferencias dejaba la misma figura para quien entornase los ojos.

De una forma o de otra, las condiciones de borde -visibles e invisibles- habían convertido a la familia en un nido de prófugas, y ni siquiera las exageraciones asméricas podían disimular el vuelo rapaz ni el temor a las cacerías.

La fugada subió al blog la nitidez bipolar de sus susurros. No era la única teoría que le hervía en la cabeza, pero aquella pareja de incongruencias era la entrada más plausible a su búsqueda de explicaciones. Forzada a moverse en gradientes de certidumbre -como los motores de reconocimiento del habla-, las teclas que no le habían saltado percutían en otras direcciones.

Le bullía en las arterias el temor a que Clara hubiese acabado entre estanterías de yeso coaccionada por Ramón –o incluso por Rosario- y que se dedicase a escribir el blog para redundar en el despiste. Si conseguía que Elena se preguntase qué hacía Rosario apropiándose de su pseudónimo asmérico y fabulando su vida desde París, el tupido velo haría que se olvidase de Ramón y sus procacidades de león. Lo increíble de la combinación, es que el cómico – que se las había visto y deseado para controlar el despliegue político de la chica- hubiese encontrado la forma de amedrentar a la superdotada.

Como en los buscadores de Internet, las palabras clave resonaban en multitud de entradas; y su obsesión era ordenarlas en una función de la plausibilidad. Tras publicar la incoherencia más probable y convertir la media voz de las sospechas en otra formulación asmérica, le sorprendió la llegada de un nuevo correo de la organización. Era un email comunitario, que recordaba que faltaba menos de un mes para que se publicasen las primeras conclusiones del experimento. Los resultados estarían compuestos por cinco informes distintos que tratarían de arrojar luz sobre la interacción léxica, sintáctica, semántica y pragmática de los involucrados.

Ésa era la otra pata coja: la invisibilidad inaudita de la organización. Consumida primero y liberada después por las divergencias obtusas entre ilusión y realidad, a la fugada casi se le había olvidado la pregunta que le deletrearon las joyas: ¿quién estaba detrás de aquel circo?

La cúpula de Asmera usaba los mismos trucos apelativos que sus habitantes, camuflando su guarida virtual tras empresas físicas con las que compartía nombre -de ahí que la visita a los tratantes de joyas dejase a Elena a merced de las intrigas cuánticas por enésima vez. Por el momento, ni siquiera tenía un cuento metamórfico con el que responder a la ubicuidad oculta y a la difusión intangible de las conexiones telúricas. Pero sospechaba que detrás de aquello había un libretista al que le gustaban las madrigueras infinitesimales, un comediógrafo que sabía montar decorados.

Le intrigaba a Elena el crecimiento esporífero de la organización y la adquisición de socios-usuarios-víctimas. Si alguna de sus intuiciones tenía algún fundamento real, las invitaciones de Asmera buscarían parentesco y no cualidad de desnudo; continuarían la cadena de fractales hasta que sagas enteras se exhibiesen sin identificarse.

La fugada desestimó la última especulación por surrealista; no podía llevar el simplismo conspiratorio hasta tal grado de frivolidad. La esporulación de estirpe requería un creador omnipresente para atar cabos entre los sarpullidos pseudónimos, las inexactitudes y las fábulas. Trató, sin embargo, de tomar las riendas del jeroglífico administrando al sistema las dualidades de su cuento. Quizás pudiese inquietar a Clara, o a los señores invisibles; y contagiarles el virus cuántico que le parasitaba el cerebro.

Rosario se despidió de Madrid; y de España. Aunque llevaba en la piel la matemática comercial y le corrían por las venas flujos económicos, desechó la iniciativa empresarial por falta de idiomas. La fugitiva -que no acababa de huir y ya se sentía presa- aceptó el imperativo de las esposas: siempre que rompía unas, se le trababan otras. En el encierro invernal había calculado los riesgos del nomadismo, y determinó que si iba a sobrevivir con dos palabras y media, más le valdría dedicarse a algo en lo que tuviese que hablar poco.

En la época de las reformas de la casa de la sierra, inmunizó sus manos a la reincidencia de los callos y ensanchó las muñecas hasta procurarse unos antebrazos de hombre. Cuando Rosario se miraba las palmas o comparaba

sus anversos con los de otras mujeres, no podía evitar pensar que eran las de un carpintero, las de un maestro de obra. Fiel a su promesa de no acercarse a un varón después de sufrir las consecuencias de los cromosomas falderos, encontró una cierta paz en sus dedos de trabajador. Por las noches, mientras se contaba a sí misma las penurias de la vida ambulante y la adversidad de ser chica en un mundo de hombres adultos, se tumbaba desnuda en la cama y pretendía que sus manos eran de otro. No era muy difícil de imaginar; porque aunque sus extremidades se habían musculado tanto como las de una atleta, los nervios no le habían crecido al paso de las fibras y ella las seguía sintiendo de niña. En la oscuridad, el peso de sus antebrazos no era suyo -sino de quien ella decidiera.

Al planear la escapada, creyó de utilidad usar la fuerza impropia que le salía de los hombros para propósitos distintos a los de aliviar su soledad; y se dio de alta en agencias europeas de mano de obra y en contratas de arreglos domésticos.

En sólo dos años, vivió temporadas mínimas en Francia, Holanda y Alemania; construyendo un lenguaje propio que fusionaba las frases cortas de todos los individuos con los que se cruzaba. Su expresión no acababa de corresponder con ningún lenguaje conocido en la tierra, sino que estaba hecha de contaminación y retales. De alguna manera, la claridad de sus consonantes daba suficiente información para construir mensajes inteligibles; y sus interlocutores eran capaces de triangular intenciones a base de reconocer palabras sueltas. Durante el primer año, Rosario abordó los tres idiomas como si en realidad fuesen el mismo; y la expresión facial se le reveló como comunicador universal.

En el trasiego de las confusiones, los arrebatos de culpa remitieron; porque no encontró tiempo para los recuerdos. La pastosa superposición de los estratos de Babel le pobló la memoria de una coyuntura de equívocos que no le dejaba ni a sol ni a sombra. Cuando dormía de noche o daba cabezadas durante el día, los sueños se le llenaban de espacios que eran una mezcla de las habitaciones que alquilaba y las obras que construía. Como en la gramática de su cruce de idiomas, los tulipanes y los molinos salían de las comisuras de los Campos Elíseos; y a la torre Eiffel se accedía desde un búnker del Reichstag. Aunque los escenarios oníricos estaban infestados de pesadillas, Rosario tomó la ausencia del pasado como una mejora sustancial; y apreció que el crisol de paisajes hubiera prescindido de la

cantinelas de los cadáveres y las enfermedades del linaje. Aunque la misma muerte la requiriese en los laberintos del tiempo y el espacio, la fugitiva la hubiese recibido hospitalaria siempre que no trajese un orinal ni un calendario de palotes.

Las geografías mixtas y los repliegues del espacio nunca se alejaban de la estanqueidad del descanso. Si bien los conocía con aproximación métrica y se sabía manejar en sus estancias como en los parajes de la sierra, no lograba que las imágenes cruzasen la frontera de las bambalinas. Estaba segura de que existían porque, cuando salía ansiosa de algún mal sueño, llevaba prendida la imprimación del espacio; pero la sensación se diluía pasado el umbral de los despertares. La fugitiva indujo que la ensoñación estaba velada por un esfínter, y las filtraciones de un mundo a otro no eran más que hemorroides subliminales.

De todas las crecidas de la orografía subconsciente, sólo recordaba los tulipanes parisinos y el sótano alemán que albergaba la Torre Eiffel, pero sospechaba un sinfín de escenografías en la superficie. A veces, durante el día, presentía el recuerdo cristalino de uno de los recovecos, pero los collages de la evocación nunca abandonaban el taller de las hilanderas.

Rosario pasaba la mayor parte del tiempo entre andamios, empalmando travesaños y ensartando jambas para soportar los huecos de las puertas y las ventanas. Aunque la contrataban como carpintera, era raro el día que no acababa retorciendo cables de alta tensión o levantando fábricas de ladrillo. Si bien no tenía queja de la vida de obra – antes sufriría estragos físicos a espirituales-, prefería los arreglos domiciliarios. Con la intención de sacarse un sobresueldo, contactaba con aseguradoras y empresas de reformas para ofrecerles las horas de sus fines de semana. La fugitiva encontró placentero entrar en casas ajenas e interactuar con gente sin chalecos reflectantes, alejada de las grúas y de los fotomontajes del subconsciente. Constreñida por los límites del lenguaje, aprendió a leer la personalidad de sus clientes a través de los objetos y la estructuración de sus casas.

A falta de un método más fiable con el que intercambiar información, Rosario amplió el abanico de las percepciones hasta que los arañazos en las mesas o el retranqueo de los televisores se volvieron elocuentes. Pronto comprendió que la articulación de las familias funcionales era demasiado compleja para quedarse pegada a las heridas de los muebles o para dejar

marcas de dedos en las ventanas. No había nada mejor que una prole para enterrar las costumbres y sus signos – la fugitiva intuyó apropiado soltar niños en la escena de un crimen para contradecir pistas y emborronar pruebas. Quizás por eso estimaba los refugios de las parejas jóvenes; porque las viviendas almacenaban las muescas de sus persecuciones y desde la cocina hasta el dormitorio las paredes delataban el sexo de sus habitantes. Tras meses de entrenar la observación e imaginar con grano cinematográfico besos robados sobre colchas nórdicas, dedujo que las nuevas generaciones eran más descuidadas a la hora de ocultar las trazas de sus intimidades. Si descubría un sujetador colgando del purgador de un radiador, encontraba lógico que alguien hubiera empastado un cepillo de dientes para no usarlo después; si el devedé seguía leyendo un disco con el televisor apagado, entendía por qué las esquinas del sofá estaban desigualmente separadas de la pared.

Las espirales del deseo viajaban desde los restos de la cocina hasta las manchas de las sábanas, desnivelando cuadros y volteando portarretratos. A veces, en estancias poco ventiladas, podía oler los revolcones y calcular a qué hora se habían apagado los motores, como hacían los policías con los capós calientes. La temperatura de las habitaciones era clave en viviendas con calefacción regulable; especialmente en parejas previsoras que sabían en qué rincón de la casa se iban a desnudar. Los espontáneos -los imprudentes- dejaban magulladuras en el parquet, dislocaban reposabrazos y despeluchaban los bordes de los cojines. Rosario descubría a los románticos por los lunares de cera sobre las mesillas de noche y las gotas del café temprano; a los juguetones, por el perfume cítrico de las sábanas y la posición de los espejos.

Fue la evidencia de los actos ajenos la que le espetó a abordar los propios, cuando el deseo –advenedizo-, le llegaba en dormitorios foráneos. La ropa interior apresada entre los colchones arredró sus prevenciones y los charcos de agua en el cuarto de baño comenzaron a disipar la tirria crónica a favor de los instintos de la especie. Se apoderó de la fugitiva una necesidad excepcional por buscar unos brazos de hombre que no fueran los suyos; y las tramoyas que sólo reconocía en sueños se le llenaron de pretendientes. Los desconocidos, que aparecían sin avisar en sus decorados, venían a practicar las fantasías que ella sospechaba en los hogares de los demás. Turbada por los arribajes subconscientes, Rosario llegaba a la obra

con miedo a que sus compañeros –mayoritariamente varones- le notasen las nueve semanas y media comprimidas en el descanso de una noche.

Tuvieron que pasar meses hasta que se sellaron las cristaleras y se asentó el cerramiento. Era costumbre en la cuadrilla celebrar la estanqueidad del edificio, en vez de la entrega de llaves. La fiesta se celebraba sobre el hormigón del solado y con los paños sin recubrir, por lo que cualquier derrame sería cubierto por las resinas de la soladura y por los acabados de las fábricas. A salvo de estropicios, los trabajadores barrían un piso intermedio del edificio e instalaban luces de campaña amarradas a las barreras contra incendios de los pilares. Decenas de obreros se desperdigaban entre las liviandades del espacio fluido y simulaban la huella de las compartimentaciones con hileras alcohólicas. Entre vasos y botellas, la fugitiva se defendió del ataque indirecto de los licores. Aunque había más mujeres en la vigilia del cemento, muchos de los cascos jóvenes balbucían piropos espirituosos a su paso; como si cubiertos sus brazos equívocos, las curvas hablasen por sí mismas. Aunque le halagaba la reacción favorable de sus compañeros, la sombra de las adicciones genéticas y los devaneos de estirpe era aún alargada. Enredada en las promesas incumplibles que se hiciera al perder a sus padres, decidió beber para aflojar las cuerdas inhibitorias. Según le llegaban al cerebro los efluvios de la embriaguez, las fantasías impropias -salidas de las casas de los demás- se iban reuniendo a las puertas del deseo. Desafiando el equilibrio de las balanzas, los pestillos magullados y las sábanas para lavar se hicieron con el control de los porcentajes. A medida que los tragos a morro le acidificaban el aliento, los objetos del cuarto de baño acababan en el comedor y los de la cocina viajaban hasta el dormitorio. Al dirigirse a los obreros veinteañeros, el hálito que rezumaba entre sus papilas le contaminaba la consciencia con más efectividad que el alcohol en sangre. Así que para cuando uno de los hombres la besó sin preguntar, Rosario veía el pasado como un cuento de densidad infinita concentrado en un punto minúsculo; como si los porcentajes del alcohol y la intuición de las pasiones hubiesen acorralado el peso de las tragedias hasta un *big crunch* neuronal.

Se apoderó de ella una decisión sin precedentes desde las épocas ambulantes, aunque la palabrería de vendedora se le trabara en la garganta con la superposición de idiomas. La fugitiva cogió de la mano al

espontáneo y se lo llevó escaleras arriba a uno de los pisos sin barrer y sin iluminar. No contenta con la oscuridad, tiró de él hasta ganar la espalda a un bloque de servicios y se parapetó contra el polvo de los bloques. Rosario condujo las manos formidables del voluntario por debajo de su blusa; y sintió por primera vez la imprevisibilidad de la piel ajena sin tener que recrearla.

Pasada la vaporización de las ropas, le sobrevino la seguridad de que perdería la consciencia. No pudo hacer nada por aprehender las sensaciones, porque el alcohol le había taponado los sentidos; y aunque recordaba sus esfuerzos por no perder el conocimiento, evitar el desmayo se llevó todas sus energías. Contrariada por la segura amnesia, maldijo su suerte en el idioma de retales que se había construido y se preparó para el olvido con la más cínica de sus sonrisas.

Aunque creyó permanecer despierta mientras duró el impasse de los jadeos, la resaca mañanera no le ofreció evidencia alguna de que hubiese vivido un vendaval. Si bien estaba semidesnuda e identificó con la punta de su índice el desprendimiento del tejado, sólo pudo asumir que la celebración de unas estanqueidades había acabado con otras con las yemas de los dedos. Los hechos consumados acompañaron el chirrido de las sienes y la soledad de los cascotes le guió hasta la planta de las botellas. Varios compañeros dormían el sueño de los justos contra la cuadratura de los pilares y charcos de alcohol insinuaban goteras prematuras en el piso de las celebraciones. La fugitiva apagó los focos que aún seguían encendidos, retiró con el pie cristales rotos que amenazaban a los rendidos; y se fue.

Hasta que se concluyeron los interiores del edificio, Rosario acarreó las dudas de la fiesta. Por más que intentaba rescatar la imagen del primer explorador, el retrato robot era tan vago que cada vez que se cruzaba con un hombre de su edad, la abrumaba un pellizco de reconocimiento. Sostenía la mirada a todo el que se la echaba -tratando de averiguar a quién se había llevado escaleras arriba-, pero su instinto le devolvía cada vez una solución distinta.

Contra todo pronóstico, la fugitiva se congratuló por la variación de los conflictos, porque aquel era un misterio inocuo en comparación con los rumores de la culpa. Hasta cierto punto, el trajín del quién es quién dulcificó la sobrecarga de los hombros y la pesadez de las maniobras. Una mañana, se sorprendió al rescatar un nuevo espacio del imperio de las tramoyas: el interior del Arc de Triomphe había adoptado el murete gris de las canalizaciones y, a su alrededor, los polvorientos solados le velaban la amnesia de los deseos.

Capaz o incapaz de evocar las circunstancias de su primera vez, la ruptura física de la inauguración descabalgó todas las prevenciones. Rosario empezó a imaginar por el día las fantasías que soñaba por la noche, sin saberlo; hasta que la persistencia temática debió llegarle a la superficie. De niña siempre temió que, de reflexionar intensamente, sus pensamientos acabasen siendo visibles para los demás; que se proyectasen dos dedos por encima de su cráneo sobre las partículas en suspensión del aire. Por eso cuando le daba vueltas a la cabeza, lo hacía encerrada en su cuarto –porque tenía pavor a escandalizar a los demás.

Años más tarde, el miedo infantil a que pantallas etéreas bosquejaran sus cavilaciones demostró no ser tan vacuo como era de prever. La electricidad de las pruebas -a falta de recuerdos- se le agarró a la piel hasta que la disposición de las pecas y los lunares le definió un rostro incitante e imprudente. La fugitiva desarrolló una volatilidad cautivadora a fuerza de imaginarla; y su mera presencia se convirtió en una fragua de intimidades inmediatas que atribulaba a los hombres e inquietaba a sus mujeres.

Su nueva apariencia, traída a este mundo por unos fórceps lascivos, complicó las reparaciones de fin de semana. Entre los restos de las intimidades y el encadenamiento de las rutinas, Rosario entraba en las viviendas para traumatizar el orden de las cosas. Desde que los lunares se le

empezaron a alinear en constelaciones libertinas, trabajaba con camisas que le cubriesen los brazos imperativos y le descubriesen las pecas.

Allí donde veía una historia aferrada a la suciedad de las baldosas o derretida sobre la encimera de la cocina, se apropiaba de ella un desenfreno libídine por repetirla. Los hombres, solteros o emparejados, perdían la calma con la laxitud de su mirada y la definida desarticulación del lenguaje. Había algo en la heterogeneidad tentativa de su idioma que deshumanizaba la comunicación y animalizaba el contacto. Los clientes, atraídos por los cantos de sirena, se volvían adolescentes repentinos; dispuestos a encallar en las rocas si hacía falta por acercarse a sus promesas epiteliales.

Uno tras otro, los sujetos caían bajo el encanto prófugo de Rosario. Sin darse cuenta, las víctimas replicaban su última relación sexual; porque la fugitiva, que ya había leído en los platos del fregadero y en el polvo de las repisas los pasos de la retozadura, los seguía como si leyese un guión de movimientos. Aunque su impudicia no necesitaba incentivo, las intrigas de la reconstrucción le traían satisfacciones insospechadas; y la oportunidad de inmiscuirse en las familiaridades de los demás atraía sus deseos despegados, sus pasiones insensibles.

Cada sábado y cada domingo entraba en una relación por la puerta de atrás, ocupando el lugar de otra mujer y heredando el sedimento de sus hábitos. A veces le tocaba el papel de ejecutiva internacional, otras el de activista política; incluso el de ama de casa. Llevase la iniciativa o la cediese, la intromisión atávica solía llegar después de la restauraciones. Primero reparaba armarios o sellaba ventanas, pintaba paredes o instalaba cocinas; y sólo después de cobrar los servicios, remedaba a sus predecesoras. No quería que nadie confundiese trabajo con placer: era una sustituta, no una visitadora.

Rosario encontró en la promiscuidad una respuesta menos sutil y más firme a la maldición de alcoba que recorriese la saga. Si bien el impulso fugitivo que la llevaba de familia en familia no pretendía venganza, la trashumancia sentimental ayudaba a romper el maleficio antepasado que había humillado a las mujeres de la estirpe. Consciente de la amoralidad de sus entregas, preparó una artillería de excusas para justificar su conga extrema. Se convenció de que estaba matando dos o más pájaros de un tiro, forzando el razonamiento lógico hasta la dislocadura. Para empezar, *desandaba* la afección vírica de su padre tirando desde el otro género.

Mientras en días de diario él había seguido a sus cromosomas hasta la puerta de los prostíbulos, ella volvía cada fin de semana al hogar -aunque nunca a la misma familia. Metida en una cruzada semántica, Rosario luchó por el pacifismo mandando a todos sus soldados a la guerra – porque se había convertido en ese tipo de personas que bebían agua de mar para calmar la sed.

Con la misma destreza con la que enfrentó su vida a los devaneos adúlteros de su padre, se las apañó para travestir su compulsión suplantadora de ataque contra el determinismo de los dispositivos. No había repetición posible en la migración diaria; e incluso en los casos en los que una de sus víctimas le recordaba a otra, un millón de sutilezas hacían por diferenciarlas.

Si era una prófuga lo sería con todas las consecuencias y se quedaría en la superficie, a salvo de la profundidad de los asentamientos. No iba a cometer el mismo error dos veces.

La fugitiva continuó viviendo la vida de los demás para huir de la propia. Su vocación de desertora la llevaba de ciudad en ciudad y de país en país, alimentándose de las privacidades que asaltaba –parasitando sus espacios. La fiebre de las interpretaciones pasó por tres fases: la de las señales como huellas históricas –en la que se conformaba con elucubrar-, la invasiva –en la que el orden doméstico se convirtió en manual de instrucciones-, y la de desaceleración. Aunque nunca sopesó las consecuencias de sus actos ni ninguna mujer la descubrió en los sudores de la suplantación, el número de infieles ascendió a cifras de riesgo en cinco ciudades distintas. No podía hacer la compra sin encontrarse con alguno de los hombres que la habían tomado por su pareja – muchas veces acompañados por la copia original de sus impacencias. Sus víctimas solían encontrar una excusa para girar el carrito de la compra, o pretendían tomar interés por los congelados -cualquier cosa antes que enfrentarse a los fantasmas del copyright. A Rosario le divertía la idea de la piratería de personas – a veces se quedaba mirando fijamente a la versión legal con curiosidad, intentando valorar la escala del parecido. No lo tenía muy difícil, porque las parejas que había *hackeado* estaban por todas partes: en la cola del cine, paseando por un parque o incluso comprando los pisos que ella levantaba de lunes a viernes. La fugitiva se les quedaba mirando con

avidez, tratando de comparar las huellas que reuniese en la vivienda con la productora del rastro. Comprendió que no encontraría código fuente alguno al observar a las mujeres, porque la apariencia cerraba los pasos en falso casi al mismo tiempo que los daba. Dio por sentado que, a través de las conductas, la gente hablaba de quién quería ser y no de quién era en realidad. Incapaz de dudar de la infalibilidad de su sistema, las sustituidas debían ir engañando a todo el mundo; o simplemente desarrollando el carácter que contenían en su casa. No había otra explicación para que la violencia de las pruebas se convirtiese en mansedumbre al salir a la calle, o que la distancia se convirtiese en incondicionalidad según se cruzaba el rellano. Rosario indujo que el felpudo de entrada debía cambiar a la gente, si bien no le quedaba claro en qué sentido se liberaba la presión. A pesar de especular sobre una teoría de opuestos, no supo decidir si la vida privada daba cabida a la personalidad bloqueada en la pública o si, por el contrario, los individuos salían a la calle para dar lo que se guardaban en casa. Con el tiempo, terminó por aceptar la convergencia de los dos fenómenos porque ningún postulado anulaba el otro. Sin embargo, la deducción de la incertidumbre le hizo creer aún más en las pruebas, por encontrarlas invariables en el circo de plantas que se salían de su tiesto.

Con la sospecha de no ser la única que interpretaba un papel, trató de guardar la memoria de sus descubrimientos con la ambición de construir su propio arca de la verdad. En él, no se describían personas sino que se almacenaban indicios. En su enciclopedia de las personalidades no había nombres, ni biografías, sino vestigios.

Deslumbrada por la riqueza del diccionario de usanzas que se escondía detrás de cada habitación, describió el asalto de las visiones en un cuaderno rojo de anillas. Cada estudio ocupaba las dos caras de un folio, en las que describía brevemente las dimensiones de la vivienda para pasar a toda prisa al análisis de las huellas. Le preocupaba dónde se guardaban los productos de limpieza, si las escobas y las fregonas estaban al descubierto en la terraza u ocultas en armarios. En su diagrama conductivo, no significaba lo mismo que los televisores campasen a sus anchas en el salón o que viviesen en los dormitorios; que la música se almacenase en vinilos o habitase en *mp3s*. La cocina solía dar más información que el resto de la casa. La forma en la que los platos se apilaban en el fregadero, o el tiempo que habían permanecido allí eran claves. Una vez lavados, unos los secaban con trapo y

otros los dejaban escurrir. El orden, la limpieza y su ausencia, la posición de la basura –escondida tras una puerta o enmangada a un cubo. Importaba si las bolsas eran de plástico y de supermercado o de material reciclable; si se separaban los desechos. La fugitiva desconfiaba enormemente de quienes no clasificasen sus residuos y, en mayor medida, de quien calentase comida en el microondas sin taparla con el protector. Las cortinas, las persianas y los toldos se revelaron en la geopolítica atávica de Rosario como graduaciones al aislamiento privado. Las terrazas y los ventanales eran lugares de exhibición, para ver y ser visto; por tanto, la frecuencia de uso, la existencia de macetas o su conversión en tendederos eran un extremo a tener en cuenta. La posición del sofá con respecto a la mesa –receptiva o introvertida-, abigarramiento o sencillez de mínimos, la inclinación de las fotos, el contenido de los portarretratos, la posición de los floreros y la elección de las flores. La presencia de adornos, los marcos de los cuadros, la cualidad de la luz y la cuantía de las lámparas. La posición de las camas –central o esquinera-, la altura de las bases, la dureza de los colchones y la volumetría final – colcha sobre almohada y cojines sobrepuestos. La permeabilidad de muros, la filtración de los sonidos, la distancia entre los cuartos y la situación de los aseos.

El recorrido y la variabilidad resultaban inmensurables, pero en el ADN de las guaridas los pósters pegados con chinchetas contaban tanto como la distribución del espacio. Tanto lo elegido como lo heredado definía a sus ocupantes; porque si los habitantes no personalizaban su casa, la casa les caracterizaba a ellos.

Llegó fundamentalmente a tales conclusiones en la época de la desaceleración, cuando se olvidó de que vivía en otro mundo cuando cerraba los ojos. Aunque aún se despertaba por las mañanas con el malestar inconfundible de las pesadillas, ni siquiera recordaba la eficacia del esfínter que los retenía al otro lado. La fase de frenada llegó cuando un día, después de haber *hackeado* trescientas cincuenta y dos relaciones, se dio cuenta de que ya no lo hacía por rebeldía o por ostentación de devenires prófugos, sino por inercia. Y ella, que se creía a salvo de todas las convenciones morales, dictaminó que el hastío no era razón suficiente para fomentar más progenes cornudas. Ocurrió de la noche a la mañana, pero el mismo virus que ancló en sus entrañas con determinación erógena se le marchó como

vino. Echó la culpa a los gusanos de la memoria, que habían convertido el araño de las tristezas en una noticia de telediario. Ni la genitalidad ósea de su padre ni la fatiga de volante que acabó con la especie tenían la mínima importancia, porque pasadas las trescientas familias era difícil acordarse de la primera. Tan sólo tres años de huida habían bastado para que el tiempo se malease con despropósito flatulento y los palotes de la cuenta atrás se arrugasen como los relojes de Dalí.

Muerto el perro, se acabó la rabia. La desaceleración le llegó en Londres, donde decidió olvidarse de las gramáticas de pastiche con las que franceses, holandeses y alemanes podían entenderla al mismo tiempo. Trató por una vez de aprender un idioma que la llevase por el mundo y que le quitase el estigma de animal por el que los hombres se olvidaban de sus novias originales para dejarse seducir por la copia. La verbalización resultó un factor sintomático; porque si bien en Berlín se creyó sanada del mal pirata, la llegada a Inglaterra le devolvió a las cavernas de su sed prófuga. De nuevo inhábil para articular palabra, los concubinatos-réplica arreciaron con la virulencia de segunda fase. A falta de un medio de comunicación, los engranajes de manual de instrucciones ganaron la partida a los esfuerzos conversos y la fugitiva tuvo que empezar –por última vez- a nivelar la balanza.

La victoria final de la desaceleración avanzó paralela a la definición del idioma: con cada descubrimiento fonético, Rosario se acercaba más y más al control de sus episodios pirata. Las coordenadas gramáticas no fueron el único factor de cambio. La fugitiva se instaló en un apartamento mínimo en Kentish Town, no muy lejos de Candel. La vivienda –se quedó la primera que le ofrecieron- tenía dos plantas de fachada mohosa y limitaba con una calle de aceras estrechas. La puerta de entrada estaba recién pintada de rojo –la necesidad repentina por colorear la madera salía a veces de Notting Hill para acabar más allá de Euston. De tan angosto el paseo, los escalones de acceso se habían pegado al edificio y no dejaban espacio umbral en el que maniobrar. Era un chalet de dos plantas -relativamente moderno- que alguien había dividido en sendos apartamentos minúsculos para maximizar el beneficio del alquiler. La operación había dispuesto un corredor que daba la vuelta a la escalera y unos pisos que se arremolinaban en torno a sus pasillos. Las habitaciones, con tanto derroche distribuidor, habían acabado comprimidas contra la fachada, condenando a sus habitantes a una vida

perimetral. El seccionamiento había organizado sinsentidos mayores por los que, por ejemplo, no podían entrar más de dos personas a la vez en los apartamentos. La hoja de la puerta bloqueaba el largo y ancho de la entrada y convenía no abrirla del todo para facilitar un ángulo de paso mínimo que permitiese el movimiento. Con tanto espacio servidor artificial, la casa había adquirido una humildad que no le correspondía; los nichos ventanales y los dobles cristales Climatit no concordaban con las estrecheces umbrales ni con los malabarismos de paso. A pesar del estrangulamiento distribuidor, ambos pisos buscaban el calor sur y daban a un patio tan verde como una campiña de Lacock. Arriñonados contra el corredor, tenían los dos un dormitorio doble, sala de estar, cocina y cuarto de baño. Sacada la escalera de la dinámica privada y en ausencia de buhardillas, los apartamentos eran entidades clónicas sólo perturbadas por la salida al jardín en planta baja. La fugitiva, que tomó la planta superior, entendió la mínima variación transgénica antes de entrar si quiera al alojamiento primo. Supuso por el ruido de la ducha que se aseaba en la misma vertical que sus vecinos, que se sentaba sobre la misma taza de váter –tres metros por encima- y que cocinaba en la misma posición además de a la misma hora. Al principio le desconcertó producir el mismo rastro que los otros inquilinos, pero con el paso de los días añadió detalles diferenciales al que sería el último dossier de su arca de los espacios; porque fue en aquella vivienda donde concluyó la desaceleración y renunció para siempre al análisis. Descubrió que en el piso de abajo vivía una pareja, porque también los dormitorios se repetían en altura, y la crujía de madera hacía resonar hasta el enhebrado de hilo y aguja. Las voces, que al ampliarse entre las fisuras del techo convertían las palabras en una fonética de interferencias, parecían articularse en un idioma desconocido. No padecía el lenguaje del tañido anglófono ni compartía timbre con las fracciones de su pastiche; así que se conformó con la presunción extranjera y dejó las particularidades del tono para cuando los conociese en persona. Llevaban una vida tranquila y un quehacer silencioso. No gritaban al discutir, sino que permanecían callados hasta que alguno de los dos no soportaba la paz romana y rompía con el círculo de omisiones. Concentrados en su ejercicio – decididos a no ser el que pestañease primero-, hacían creer a Rosario que no estaban allí. Si la bronca había sido soberana y el cabreo circunspecto les duraba más de un día,

tardaban varios minutos en encontrar la posición en la cama, evitando el roce cuando se turnaban para acomodarse en los extremos.

Trató aquella vez de invertir el camino deductivo de las conductas e inducir dónde estarían las señales de sus afasias. Se imaginó mellas mínimas en torno a los picaportes, de gritarse a portazos lo que no se decían con las cuerdas vocales; vislumbró huellas húmedas de pies descalzos, regresando del baño sin hacer ruido para volver a ocupar las esquinas del catre. Habría manchas de aceite en la moqueta, de comer en habitaciones separadas en vez de juntos en la cocina, y zumbido de extractores –potencia máxima de las campanas- para no escucharse mutuamente. Se los imaginaba con todas las puertas cerradas -sellando el aire del pasillo-, asegurándose de que cuando uno saliese del cuarto de estar no se cruzaría con el otro volviendo de la cocina, porque lo habría escuchado antes. Si estaba en lo cierto y la pareja era más celosa de sus intimidades individuales que de las conjuntas, habrían dispuesto una mesa enana en el pasillo para pasarse las llamadas sin necesidad de verse. Quien quiera que descolgase el teléfono, tiraría del pomo de su puerta –despresurizando el aire estanco del corredor- y dejaría el auricular sobre el mueble. Como en las presillas de los canales, la otra compuerta se abriría sólo después de escuchar cerrarse la primera para completar el intercambio. Rosario había estudiado el chisteo de las aperturas suficientemente como para creer en su propia maquinación y la aparición de la consola remató su archivo mental de enseres funcionales.

Agobiada por vivir en la réplica transgénica de un hogar que mantenía sus agravios en cuarentena, cambió la orientación de la cama en un intento por alterar el equilibrio. Llenó su casa de pósters violentos en los que mujeres del celuloide amedrentaban al personal con armas blancas y heridas sangrantes, con la intención de que el colorismo agresivo de las escenas le arrancase de la mente las sonatas beethovenianas que le llegaban del piso de abajo. Sabedora de sus inclinaciones prófugas, decidió combatir la sensiblería adyacente con hombres –por ser la única forma de diferenciarse que conocía-, para no caer en nostalgias estúpidas después de tanto tiempo. En plena fase de desaceleración, mantuvo a raya su piratería emocional y consiguió –exceptuando recaídas puntuales- construir sus propias redes sentimentales para no tener que romper las de los demás. Se aficionó a visitar discotecas de madrugada, sin más compañía que la que fuese a

encontrar allí, y a alimentarse de extraños para aliviar su mal entrometido. Cuando volvía a casa con alguno, trataba de llevárselo al cuarto de estar, o a la cocina –a cualquier lugar con tal de que no fuese al dormitorio. No iba a dejar que sus rastros fueran tan previsibles como la música clásica que salía de los muelles y de los pestillos del piso de abajo. Alteró la cadena de reflejos todo cuanto pudo: comenzó a ducharse a deshora, a picar más que comer y a cambiar las horas de sueño tanto como le permitía el trabajo. Compró un hornillo portátil para cocinar fuera de la cocina y desproveyó a las estancias de su uso. Algunas noches, tratando de huir de las reconciliaciones de sus vecinos, trasladaba el colchón al cuarto de estar; y ciertos días se llevaba la televisión al dormitorio – para *estar* donde se suponía debía dormir. A pesar de su política desviacionista, mantuvo el cuarto de baño firme en su propósito; no era cuestión de volver a las terapias de bacín y al éxtasis electrodoméstico sólo por librarse de la simetría.

Aunque la fugitiva entraba y salía de su casa a todas horas –por necesidad y por contradecir su propia lógica-, tardó más de un mes en conocer a la pareja. Contra todo pronóstico, la presunción de culpabilidad resultó errónea, porque se presentaron tan agradables que dudó de la certitud de su rastreo. Los dos se disculparon por no haber subido a conocerla antes, y alegaron haber estado muy ocupados durante el último mes. Rosario sabía el tipo de labor callada que les había ocupado la mitad del tiempo, tratando de evitarse en la trinchera presurizada que tenían por pasillo; pero la desarmó la amabilidad innecesaria de los guerreros del piso de abajo y aceptó entrar a tomar té segundos después de coincidir con ellos ante la puerta roja. Después de salvar los umbrales exigüos y recorrer los corredores comunes, entraron en el piso de la pareja –o en la imaginación de la fugitiva- y se establecieron en la sala de estar que quedaba debajo de la suya. Para llegar a ella, sobrepasaron la mesilla de intercambio que Rosario había deducido antes que visto en la tierra de nadie. Si bien había interiorizado la pulcritud isósceles a través de las reverberaciones, le impresionaron las paredes desiertas y el cuadro general de apocamiento.

Los héroes del silencio eran portugueses –lo cual confirmó sus apuestas foráneas- y vivían en Londres con la intención de completar un curso internacional de post-grado. Manuel y Sofía –así se llamaban- habían estudiado una carrera de nombre engañoso que conjugaba el mundo

editorial, con el periodismo y la administración de empresas. Sin una vocación clara, habían llegado allí con el propósito de aprender inglés y cambiar de aires antes de ponerse a trabajar para el resto de sus vidas.

La fugitiva los había supuesto una pareja madura y le irritó el error de cálculo. Ella, que había recreado la consola y las trincheras, pasó por alto la juventud de los pasos y la agilidad de los movimientos. Le había cegado la previsibilidad sentimental, de pareja asentada; y la rutina de los silencios terminó por convencerla de la remisión juvenil y la renuencia impulsiva.

Aunque al principio desconfió de las excentricidades rituales de los guerreros callados, acabó trabando amistad con Sofía. Si bien tenía a su novio al otro lado de la cama, llevaba la sombra de la soledad en la caída de los párpados y en la papada breve que le salía al sonreír. Rosario encontró entrañable la praxis ordenada de sus manías y la forma en que trataba de emborronar su personaje. La portuguesa pretendía hacerle creer que era una mujer impredecible y soberana, una hembra aguerrida que huiría el día menos pensado, aunque la fugitiva ya había descifrado su heterónimo a la luz de la liviandad muraria.

Poco a poco, las visitas al apartamento inferior completaron el estudio orográfico de la vivienda y trajeron las últimas claves conductivas a su arca del comportamiento. Sabía dónde buscar las pistas y la comprobación de sus presentimientos completó el aprendizaje autónomo de la psicología objetual.

Poco antes de que todo se pusiese patas arriba y llegase el electroshock determinista de las señales -la imposición de las cosas sobre el carácter-, la fugitiva sintió el presagio del final de la desaceleración y el relevo paradigmático de las épocas interpretativas. Sofía subió una tarde las escaleras hasta el piso superior y llamó a la puerta con un timbre de celeridad. La urgencia le hizo aporrear los escalones en su ascensión, descabalando el adagio vital que la caracterizaba. A pesar del silabeo apresurado con el que la portuguesa expuso la situación, Rosario infirió que sus padres habían llegado a Londres sin avisar e iban a bordo de un taxi, camino de Kentish Town. La fugitiva no entendió el conflicto de la visita hasta que Sofía no le leyó la letra pequeña del contrato: su familia la creía independiente, desparejada. Y la sola idea de que Manuel estuviese allí cuando llegasen, le hacía dar saltos de un lado para otro, contradiciendo la dinámica de sus ruidos y la de perpetuación de su rastro.

Con el tiempo corriendo en su contra en un taxi londinense, las dos mujeres decidieron intercambiar posiciones. Rosario ocupó el lugar de la portuguesa en la vivienda de los silencios, para corroborar los acuerdos familiares de su vecina.

No tenía claro si se debía al seccionamiento del chalet o a la ridiculez retórica de los tabiques –que no podían negar que aquella casa era una e indivisible-, pero la filtración de los sonidos y sus silencios de negra daba a los extraños intimidad de familia. Si la fugitiva podía desentrañar con escalpelo la presurización de los pasillos y presentir la posición de los objetos a través de las acciones, los portugueses debían escucharla mover el colchón de un cuarto a otro en mitad de la noche -o intimar con sus amantes fuera del dormitorio. Probablemente no interpretasen la compulsión imprevisible de Rosario como política de inversos; pero sintiéndola oponerse a su calma disciplinada, la reconocieron como a una hermana díscola. La descripción tautológica de la fugitiva, que se configuraba a base de reaccionar contra los demás y descartar parecidos, llegó al otro lado de las escuchas; porque los teléfonos estaban pinchados por defecto y las paredes de cartón los obligaban a escucharse mutuamente.

Así pues, cuando Rosario se mudó al piso de abajo y Sofía subió a fingir sus soledades al piso de arriba, todo quedó en familia. A los padres de la portuguesa les extrañó que el sofá hubiese acabado en el dormitorio y el colchón en el cuarto de estar, pero cualquier malentendido intendente era preferible a la realidad. Intercambiaron miradas de preocupación al ver el desfile de heroínas violentas, desnudos frontales y colores chillones que colgaba de las paredes. Todo su lenguaje corporal se preguntaba de qué habían servido las clases de piano y los zapatos de ballet, si la niña renunciaría al orden de los pentagramas para poner las cosas donde le saliera de la clave de sol. Sobreentendieron que su hija cocinaba con útiles de camping en el cuarto de estar y comía tumbada en la cama; el televisor -apoyado sobre la vitrocerámica- refrescaba indefinidamente la niebla de un canal sin señal, y cojines de todos los tamaños habían invadido la casa sin entrar en el dormitorio.

Los padres de la chica se instalaron en un hostel al otro lado de la calle, porque el descontrol de los objetos les había puesto en alerta y necesitaban ver de cerca pruebas del sosiego clásico de la portuguesa. El juego de espías a tres bandas complicó la temporalidad de la mudanza y Sofía se enfrentó

con resignación a la comedia de equívocos. Tuvo que alterar la matemática de sus rutinas para acudir a las clases del máster, atender correctamente a la visita y habitar el fárrago de regiones mullidas que había heredado de Rosario. Confiando en la brevedad de las hostilidades parentales, decidió respetar el desbarajuste y adoptar las costumbres preexistentes –no iba a imponer orden cuando la fugitiva le estaba haciendo un favor.

Al poco tiempo de afincarse en el apartamento de las violencias cinéfilas y los suelos acolchados, comenzó a apreciar las virtudes de la anarquía. Cuando se despertaba en el cuarto de estar entre almohadas amorfas y sacos de arena, ni siquiera tenía que levantarse para desayunar porque alcanzaba a sacar la leche del microondas con estirar el brazo. Le asombró la autosuficiencia de todas las estancias, en las que podía permanecer durante días sin necesitar del resto de la casa. Aclimatada al confort caótico de los cojines, se concentró sin saber por qué en el repiqueteo de las puertas y en los crujidos de la madera que llegaban del piso de abajo, hasta que la potencia de las resonancias y la música inclasificable que venía de su propio apartamento le volvió suspicaz. La portuguesa pegaba la oreja al suelo cada vez que escuchaba rumor de conversación y el estallido ocasional de carcajadas le hacía bajar las escaleras para conjurar el ataque de celos. Para colmo, sus padres continuaron presentándose de improviso en la cueva del alboroto con la esperanza de descubrir –al menos– el mismo desbarajuste, y confirmar que la extravagancia de su niña no era degenerativa. Les veía arquear los ojos al entrar, como si temiesen ver la casa llena de gatos o el cuarto de baño repleto de basura.

Con la presión del espionaje parental, se conformó con mantener los oídos bien abiertos durante la noche, para cerciorarse de que los pájaros del piso de abajo no compartían dormitorio.

A pesar de los desvelos de la portuguesa, Rosario aborrecía los ejes cartesianos de la presurización, porque le recordaban a otro escenario de puertas cerradas. Aunque no tuviese que soportar humillaciones de orinal, ni le retuviese fuerza mayor alguna, la fugitiva no dejaba de preguntarse cómo había acabado allí conociendo las veleidades de su historial. Por si eso fuera poco, el mal pirata regresó en el peor de los momentos con su último síndrome de abstinencia; y el recuerdo de las clonaciones resurgió para acecharla por las noches. Rosario combatió la tentación con su labia de

vendedora e intentó convencerse a sí misma de los beneficios de la autenticidad. Decidida a conjurar el encanto de la réplica, resolvió que nunca encontraría atractivo a ningún héroe del silencio, pero las evidencias meridianas –suficientes para el resto del mundo- carecían de valor argumentativo contra el recalentamiento *hacker* de sus instintos. Rosario acentuó el tono de urgencia y procuró recuperar su apartamento por activa y por pasiva, pero Sofía siempre contraatacaba con la marcha inminente de sus padres.

A la portuguesa le reconfortó la intensidad de la súplica y juzgó aquel apremio por abandonar los pasillos presurizados como prueba inequívoca de desinterés sexual.

Para cuando los celos amainaron, descubrió que estaba sola entre cojines y estimó el relieve mullido de aquel mundo que se arrastraba por la casa. La vida se veía distinta desde el suelo; allí abajo no había ni rastro de la disciplina o el sacrificio; y aunque recuperaba el tesón del estudio y los años de piano con el erguimiento, perdía el horizonte cada vez que se acurrucaba sobre los pufs. Bajo la mirada de las heroínas armadas y el colorido de artes marciales que forraba las paredes, nada le permitía relajarse; porque la precariedad del uso convertía su descanso en deriva situacionista. Abrazada a las almohadas y los cojines, el silencio le parecía una herramienta preescolar y la mesilla de los intercambios un recurso de humorista.

Atormentada por su carácter latitudinal, Sofía resolvió permanecer con la cabeza tan alta como pudiese durante el día y sólo serpentear de noche, para limitar en lo posible la atracción de los sacos de arena.

Rosario, por su parte, se las veía y se las deseaba para controlar su espíritu saqueador. Pecar sólo de pensamiento la trajo por el camino de la amargura, porque se resistía a liberar el último estertor de la desaceleración sobre la única amiga que había hecho durante la huida. Para amortiguar la independencia de sus obsesiones, rememoró el dolor de las tristezas crónicas con la misma intensidad con la que las había enterrado. Si bien la vocación roedora de los gusanos de la memoria había reventado las cámaras del recuerdo, la narrativa confusa del pasado contuvo a duras penas el deseo pirata de la fugitiva. De repente comprendió los desasosiegos varoniles de la saga, segura de haber contraído una mutación del virus. No había reparado en la similitud de los impulsos sino entonces, cuando todo el

cuerpo le pedía traicionar a la portuguesa y ni la afasia del pasillo frenaba sus inquietudes. Se apoderó de ella la certeza de que la trampa genética que había destrozado la familia no había muerto, sino que se había transformado para sobrevivir en el género opuesto. Las fiebres corsarias no eran muy distintas al aturullamiento prostibulario de su padre, y ella sería tan miserable como él si permitía que las hormonas le coagulasen la sangre en el cerebro. Aunque había previsto una última descarga que acabase con la herencia patógena de los arrebatos, vaciar el último cargador sobre el nombre de la amistad sería aún peor que seguir viviendo de la suplantación.

Tras luchar contra los mamelucos durante días y presenciar los fusilamientos de sus propias prevenciones, salió una noche de su cuarto para grabar la última copia de seguridad de su historial de amores reflejos. Mentalmente agotada por la lucha interna, ni siquiera tomó precauciones sonoras al hacer girar los picaportes y cerrar las puertas.

Rosario buscó a Manuel en la oscuridad del dormitorio, como se lo había escuchado hacer a Sofía desde que llegó al chalet de Kentish Town. La fidelidad de la réplica fue tal, que el héroe del silencio tardó un rato en comprender quién se había metido en su cama; y para entonces, la métrica del riesgo y la familiaridad de los movimientos lo conmovieron sin solución. Aún sometida a los esfuerzos miméticos, la fugitiva besó al portugués con desmesura, rezando para que las bocas neutralizasen los quejidos y el escobilleo de las intimidades se quedase en la habitación.

Al acabar, sintió el apagón final del entremetimiento pirata e intuyó con absoluta seguridad que aquella noche se cumpliría el tercer aniversario de la fiesta de la estanqueidad. Desde que olvidase el rostro de su primer amante, el alcohol y el solado de obra programaron su mutación vírica para que arramblase con todo. El hambre impersonal de la bacteria sólo terminó de desacelerar aquella noche, cuando la fugitiva comprendió que el portador era la mayor de las víctimas; e irónicamente, la certidumbre la asaltó plagiando a Sofía en el cuarto que había intentado evitar desde que pusiese pie en la dualidad transgénica de la vivienda.

La portuguesa se mantuvo tan erguida como pudo, observando con recelo las cavidades arenosas de los pufs y las montañas de cojinetes. Prefería mirar a los personajes de las paredes frente a frente, compartir altura con sus catanas y sus machetes –porque desde el suelo la estética de

Burger King y el colorismo sangrante de los pósters trastornaban su educación de pianista. Sin embargo, sobre todas las presencias, le impacientaba el rumor endémico de las intimidaciones, que llegaba de esquina a esquina del apartamento sin pasar por el dormitorio. La evaporación superficial salía de los tejidos de los cojines y las fundas de las almohadas; y al contrario que los gases, las trazas amoratorias tendían a quedarse donde estaban –pululando entre las telas de sábanas y las plumas de los cojines. Por respeto a la trascendencia de los objetos, trató de permanecer en casa lo menos posible, porque el desorden autosuficiente de las cosas la invitaba a reptar. Y desde ahí abajo, comprendía tanto a Rosario que dudaba de sí misma.

Empleó las tardes en ir de un lado a otro con sus padres para compensar así el disgusto anárquico que les había empujado a espiarla desde el otro lado de la calle. Sofía les hizo cruzar Londres de norte a sur y seguir las revueltas del Támesis desde Greenwich hasta Putney Bridge, con la esperanza de que el cansancio espantase a los observadores. Les llevó de museo en museo, de catedral en iglesia, hasta que no quedó biblioteca ni auditorio con el que mantenerlos en pie.

La portuguesa comprendió que, de seguir expuesta a las reglas del caos, la dinámica de intimidaciones cruzadas la dejaría al borde del abismo reptil; y decidió parar la farsa solitaria antes de que el piso de Rosario la desordenase a ella. Fue cuando aclaraba la garganta para cantar que el comité de inspección anunció su marcha en un plazo de tres días; y ella abortó la delación in extremis.

Con el olor a normalidad en las pituitarias, Sofía se dejó absorber por la cola del cometa. Utilizó sus horas contadas para disfrutar de las atracciones del apartamento alfombrado. Anduvo descalza por toda la casa, sintiendo la textura de los sacos de arena dar paso a la pluma de las mullidas esquinas. La portuguesa bajó a las latitudes de los rastros íntimos, decidida a quemar la tentación con empacho. Arrebujó sábanas y almohadas de forma que pudiese cruzar el piso sin tocar la moqueta original, y sólo dejó de arrastrarse para entrar al cuarto de baño, que no compartía las reglas del desbarajuste reptil.

Se estableció en el cuarto de estar, por ser –a su juicio- la más autosuficiente de todas las *habitaciones-estado*. La estancia tenía una mini-nevera junto a la cocina portátil, y una ventana de tiro inferior hacía las

veces de campana; pero, a pesar de las precauciones, la inmigración de las sartenes había asalmonado el ambiente. Entre las salvajadas cinéfilas, los parches de pared supervivientes se cuarteaban con cada cocción y sus fisuras adoptaban color de freiduría. El augurio de un espacio así hubiese aterrorizado a Sofía mientras repetía ejercicios de barra en clase de ballet, pero en aquel momento su naturaleza escrupulosa no tenía importancia; porque el campo electromagnético de los cojines le impedía recordar las formaciones clásicas y la soledad le sonreía sensual. Acunada por la pereza del arrastre, sucumbió al sueño de los holgazanes y cerró los ojos sin cansancio. Perdía la consciencia para recuperarla al minuto y la tabarra del ciclo la metió en un constante estribillo que no le dejaba ver el resto de la canción. Sofía se rindió al duermevela, como quien acepta una droga que no piensa volver a tomar, y en los desfallecimientos segundos recreó las más incongruentes tramoyas. Un pasadizo de superficies enguatadas comunicaba el London Bridge con Trafalgar Square, y en la oscuridad del túnel se multiplicaban las habitaciones autosuficientes. En la lobreguez subterránea de los cuchitriles, los mismos hombres sin rostro que escuchase perseguir a Rosario de habitación en habitación la esperaban a ella; y aunque todo estaba en silencio, no era un silencio reglamentado, sino uno ensordecedor.

Cuando se despertaba con intención de despabilarse – y no de volverse a dormir-, gateaba hasta el dormitorio, que se mantenía libre de efluvios amatorios, para certificar que el control de los espacios estaba en manos de la realidad. Desde allí, recomponía el pensamiento lúcido y organizaba la reentrada en las fauces eróticas del cuarto de estar. Aunque la rigidez de las clases de piano le recomendaba mantenerse alejada del corredor onírico y sus gargantas autosuficientes, cada vez que cerraba los ojos se permitía un nuevo atrevimiento. En la segunda incursión, asomó la cabeza al interior de las estancias; en la tercera, entornó los ojos para columbrar a sus pretendientes. Como la densidad del aire y la indefinición de los rostros no le dejaban distinguirlos, tuvo que acercarse –temblorosa- para reconstruirlos a través del tacto.

Durante un día y medio, Sofía intuyó con las manos lo que se resistía a poseer con el cuerpo. Desconocía qué enfermedad se había apoderado de ella, pero la sudaría hasta el final; porque la vuelta a las convenciones silenciosas y a las mesillas de intercambio no estaba tan lejos.

Fue a una hora indeterminada de la penúltima noche, mientras las infidelidades sin nombre la tentaban desde el subsuelo de Londres, que escuchó ruidos familiares en el piso de abajo.

Siguiendo la geometría de las resonancias, se arrastró hasta el dormitorio, donde pegó la oreja a la moqueta para aprovecharse de las vibraciones sólidas de la madera.

A la portuguesa le desconcertó escucharse a sí misma. Reconoció las paradas y los arranques de su habilidad íntima, las treguas y las caricias; los chupetones. Identificó el ritmo de su respiración, la cadencia de las fricciones y los ascensos climáticos. Por alguna razón los suspiros le llegaban velados, disparados con silenciador, bajados de volumen; pero la evidencia periférica de los silbidos de las sábanas y la terquedad de los empujes sugerían traición por todos los poros. Para su propia sorpresa, Sofía no se sintió engañada, ni dolida; simplemente encontró aburrida la escenificación de sus rituales, mediocre la ejecución y previsible el orden de las sacudidas. Una semana antes, habría bajado armada a las familiaridades del piso de abajo; pero en aquel momento sólo se le ocurrió predecir lo que pasaría a continuación, porque ya lo había vivido. Si Rosario pretendía imitarla, tendría que disculparse para ir al lavabo en cuanto que todo hubiese terminado. Luego volvería para sentarse sobre la almohada –donde la respiración de Manuel arremetería contra su nalga- y palmearía con suavidad el pecho de su novio hasta que se quedase dormido.

Cuando se consumó el vaticinio, la portuguesa salió del dormitorio con la seguridad de que aquella intimidad no le pertenecía; y si los hábitos reincidentes la habían satisfecho hasta la fecha era porque se había equivocado de altitud. Andando de puntillas, para no importunar el post-operatorio de la réplica, regresó al cuarto de estar con ánimo perpetrador y con ganas de dormir –sin sueño.

Después de un día y medio de descansar a golpes de minuterero, no encontró la forma de reivindicar su libertad, porque el silencio ensordecedor de sus sueños había cerrado por vacaciones. Sofía sufrió para conciliar el descanso y reconoció trabajoso adormilarse conscientemente. Intentó relajar todo su cuerpo, conceder tal independencia a sus músculos que los huesos pesasen toneladas y le costase enviar señales espinales para reiniciarlos. Trató de empezar la correspondencia subliminal con la imaginación, recrear el pasillo y proceder al levantamiento de los cuartuchos. Primero, produjo la

sucesión de habitaciones y el enguatado de las paredes que la había esperado sesión tras sesión; y luego –para hacer tiempo- trató de calcular bajo qué punto de la ciudad estaría cada celda. La memoria consciente deshizo el encanto, porque dedujo que cualquier línea recta entre el London Bridge y Trafalgar Square cruzaría el Támesis. Resolvió entonces que el pasadizo no era recto, sino alabeado; y bordeaba el río vía Embankment. Al percibir la estación de Blackfriars en la superficie, sintió la compañía de su cuerpo; y juzgó que había conseguido su propósito cuando consiguió asomarse a una de las habitaciones autosuficientes.

La portuguesa heredó sin querer el virus procaz, que antes de abandonar para siempre a Rosario había dejado larvas en Sofía. No contento con haber desgraciado una saga y corrompido la huida de la fugitiva con sus camelos tramposos, se coló entre las pelusas de los cojines y mató a los demás parásitos para asegurar el contagio. El muy cabrón mutaba a voluntad, se transformaba para atacar las coordenadas débiles de sus víctimas; y así prolongar el reguero de tropelías. La bacteria, el microorganismo, se instalaba en las entrañas y redoblaba la producción de hormonas hasta nublar los sentimientos. Conforme el individuo se desensibilizaba, él crecía y cogía fuerza para una nueva mitosis –o un nuevo destierro.

Los hombres no tenían solución. Si nacían con él, tendrían que morir matando, porque no disponían de herramientas de renovación. Nada podría surgir de ellos a excepción de la bilis patógena y un riachuelo de desilusión que atribularía a sus mujeres. Sin embargo, las hembras eran capaces de proscribirlo, de hostigarlo vena por vena hasta dializarlo – porque ni siquiera las mujeres enfermas podían vivir sin sentimientos.

El proceso había abierto en Rosario la desaceleración y el microbio acabó por desprenderse de sus entrañas cuando una nueva habitante vino a ocuparlas.

Los dos gametos que se agarraban a la pared uterina de Rosario tenían nombre de mujer; y esa mujer se llamaría Clara. El primer éxito de la niña fue deshacerse del mal vírico que había hecho de su madre la amante pirata de infinidad de hombres. Incluso antes de desarrollar su inteligencia desmesurada, fue capaz de cortar las raíces del microbio con toda la fuerza de sus dos células sexuales. La concepción de la chica partió en dos la patología de las réplicas y concluyó con su llegada la época de las actuaciones. Si bien el embarazo acabó con el mal de estirpe, el

engendramiento llegó con el último arrebató copista del virus y dejó sangre portuguesa en las arterias de Clara. Mientras Sofía -privada de su salud- se dejaba escandalizar por la vulgaridad de sus relaciones sexuales, su reflejo aprovechaba la maravillosa regeneración del género para curarse.

La fugitiva sintió la liberación con el fin fisiológico de los apretujones, pero el restablecimiento repentino la golpeó con el puño cerrado. Todos los sentimientos contenidos desde la noche de las estanqueidades, en la que el frío de los suelos y la narcosis alcohólica facilitasen la infección, le cayeron en cascada al corazón y sólo la dejaron con fuerzas para continuar en silencio la estudiada dramatización de las intimididades. Se excusó para ir al cuarto de baño, tomó una ducha breve –porque los ingleses no veían de utilidad los bidés- y a los tres minutos regresó para recostarse contra el cabecero de la cama. Esperó a que Manuel se durmiese, sorprendida de que la culpabilidad no lo torturase a él también; porque a ella la evocación irreparable del amancebamiento pirata le trajo una angustia similar a la del orinal de Carmela. El silencio, se dijo, que lo debía poder todo.

La aflicción la encerró en el cuarto de estar, y la fugitiva volvió a evitar las inmediaciones del dormitorio. Permaneció allí, martirizada por la arbitrariedad de los bacilos y brutalmente consciente de su incapacidad para luchar contra ellos. Echó de menos las irregularidades arenosas de su diseño del descanso –y del placer- cuando se vio condenada al espesor mínimo de la moqueta. Se sentía incapaz de comer, dormir o mover ningún músculo, porque la fulminante sensibilización de sus voluntades le atacó las fibras con unas agujetas desmedidas.

Horas más tarde –la fugitiva había visto anochecer dos veces-, sonó un teléfono a su espalda. A pesar de la lactosa estéril que encharcaba sus músculos, descolgó a tiempo para identificar la voz de Sofía al otro lado del teléfono. “Pásamelo”, dijo la portuguesa. Rosario comprendió que ella también era susceptible a los tiempos de silencio; porque para evitar encontrarse con Manuel, dejó el auricular en la mesilla de los intercambios. El instrumento patético y el atavismo presurizado del corredor se le revelaron fundamentales y el ruido capicúa de las puertas abriéndose y cerrándose se disipó de nuevo en las fracturas de la vivienda.

La portuguesa se despidió de su novio sin reproches, porque el virus se había apropiado ya de sus reflejos y no encontraba forma de sentir con ningún órgano. Por primera vez desde que la fugitiva llegase a Kentish

Town, presencié un berrinche compuesto de palabras y no de calma chicha. Era demasiado tarde; porque mientras el portugués gritaba al teléfono, Sofía había dejado de escuchar.

La familiaridad de la vivienda estalló en todas direcciones. Ni la compartimentación de los tabiques pudo contener los reflejos transversales y cada cual tuvo que aprender a imitar las conductas de los demás en otro lugar. La portuguesa salió escopetada del chalet y no se molestó en recuperar sus pertenencias. Se marchó con lo puesto, dispuesta a tirar de tarjeta bancaria allí donde fuese. Rosario no tardó en huir de nuevo. Dos días después de que Sofía llamase por teléfono para anunciar que había salido para no volver, la fugitiva hizo las maletas. Voló a Boston, porque hasta allí la empujó la onda expansiva. A las tres semanas de llegar, se despertó con la inminencia de los vómitos; y un malestar reactivo que era incapaz de identificar se apoderó de ella. Atribuyó el desajuste a la explosión y supuso que las ascuas aún le ardían en el estómago.

Fue al alba de los primeros síntomas del embarazo que Rosario se cruzó con la portuguesa. Pasó por su lado en el mercado de Quincy y sonrió sin mirarla. La fugitiva consideró la coincidencia como un golpe de suerte, o de mala suerte; pero cuando se la volvió a encontrar en New Orleans y en San Francisco, temió que Sofía estuviese jugando a las cuatro esquinas con ella. En Chicago perdió la paciencia y trató de abordarla. La agarró del hombro y le preguntó por qué la seguía. La chica adoptó ademanes autistas y arrugó la frente como si no comprendiese el idioma. La estaba confundiendo con otra persona; eso le dijo. Aunque no podía haber un doble más exacto, a Rosario le embargó la duda, porque a la portuguesa le había cambiado la expresión. Aún tenía el aire inofensivo de siempre y las maneras escolásticas; todavía se movía pidiendo perdón por hacerlo, como si no le correspondiese el derecho a circular. Pero como buena moneda de curso legal, tenía otra cara guardada en la recámara; y el doble fondo estaba plagado de pústulas emocionales. La fugitiva reconoció la enfermedad que la poseía, porque también a ella se le había empastado la mirada con renuencia sentimental; y se preguntó cómo y cuándo se habría contagiado. Desconocía los mecanismos miméticos del virus y ni mucho menos sospechaba que hubiese aprendido a sobrevivir en la psicología de los objetos –no parecía aquel un lugar demasiado cálido para un bacilo.

Se preparó para darse de bruces con Sofía en cada nueva ciudad y, para colmo, empezó a escuchar historias que corroboraban la doblez vírica de su antigua vecina. Un día, en la cola del Starbucks, una señora le contaba a otra sus penas. Al parecer, una extranjera sin vergüenza había llamado a su puerta para ofrecerle la salvación espiritual. Y ella, que temía cada mañana su propia muerte y reconocía por las noches la inminencia del descanso eterno, la dejó entrar con las instrucciones impresas para resucitar en carne y espíritu. Le hizo todo tipo de preguntas: inquirió sobre el alma de los animales, porque ella podía prescindir de su marido en el reino de los cielos, pero no podría disfrutar del banquete sin su perro Perky. La acribilló a consultas y le rogó aclaraciones sobre las fases intermedias. Quería saber si sufriría dolor después de inconsciente y si la salvación era inmediata o requería de examen. La extranjera, muy metida en su papel de telepredicadora felicitó a la señora por su curiosidad y le aseguró que Dios se sentía ya orgulloso de ella. La americana, que nunca había escuchado un acento tan extranjero como el de la enviada, dio por sentado que aquella foránea de rostro inofensivo había aprendido a hablar el lenguaje divino antes que el humano. Agradecida por la respuesta a sus interpelaciones, la señora sacó a su marido de donde quiera que estuviese y le ordenó que la atendiese mientras ella se dirigía a los ultramarinos para comprar pastas de té. Al volver, encontró las instrucciones salvadoras desperdigadas por el suelo y prefirió esperar en el jardín a que su marido diese por terminadas las atenciones. Le dolió menos la infidelidad que la crisis de fe y decidió que en lo sucesivo no trataría con profetas ambulantes, porque las nuevas hornadas mesiánicas anunciaban el reino de Dios con tanta vehemencia que olvidaban los preceptos más básicos.

Por allá por donde iba la fugitiva, le llovían las parejas rotas por una extranjera misteriosa. Si bien la descripción física variaba y los rumores no se ponían de acuerdo sobre si era rubia o morena, alta o baja, la fugitiva vio en el furor suplantador de su avance un recordatorio de de sus antiguas ansiedades. La perpetuación del mal le aturdió la razón, y la rareza de los sentimientos encontrados se conjugó con la de los meses sin menstruación. Aceptó al tercer mes que estaba embarazada, aunque se negó a comprobarlo a través de la orina, porque desde el día en que su madre viajase por los prostíbulos en busca de su destino no podía aguantar el suspense. Aunque ignoró las fases de crecimiento y trató de no pensar en el ser humano que

llevaba dentro, compró ropa dos tallas por encima. Le complacía inexplicablemente la forma en que su tripa rellenaba poco a poco las costuras de sus nuevos pantalones, y medía cada mañana la tela sobrante en torno a las caderas.

Clara se nutrió de los remordimientos de su madre –quizás por eso sobrepasó los cinco kilos al nacer-, que revivía a cada paso que daba las consecuencias de su etapa de calco y de su descontrol pirata. Allí por donde pasaba la fugitiva, llegaba a sus oídos el escozor de los ramalazos adúlteros que la portuguesa provocaba. No encontró palabra alguna para acotar la culpa cardíaca que le hervía la sangre. Al principio la estableció como medida de todas las cosas y buscó su reflejo en el resto de los sentimientos para estudiar los parámetros de su alcance. Con el paso del tiempo, el dolor se hizo crónico; y la decrepitud del miocardio a tan corta edad le hizo relativizar las coces del pasado. Dedujo que no había forma de vivir la vida decentemente porque a cada cual le tocaba su propio microbio; y no era cuestión de juzgar el suyo más maligno que el de los demás. Se esforzó en poner su vida en perspectiva, sacando las afecciones víricas de los procesos históricos. Y entonces se dio cuenta de que, una vez extraídas las bacterias, no le quedaba nada. Los gérmenes habían diseñado su existencia como en un *arcade* de comecocos; y ella los había sufrido con estoicismo.

Rosario observó los coletazos de su propia enfermedad en el reguero de despropósitos que escuchaba de estado en estado, desde Iowa a Delaware y de Alaska hasta Louisiana. Nunca entendió quién perseguía a quién. A veces se cruzaba con la portuguesa cuando estaba a punto de huir a otra ciudad, y otras se encontraba sin quererlo con la fama latente de las ingratitudes de Sofía. El mal lujurioso que la obligaba a capturar maridos y a doblegar voluntades se extendió por Estados Unidos. A medida que el proceso se repetía a lo largo y ancho de la geografía norteamericana, varias denuncias llegaron a los periódicos -a falta de tribunal que penase los delitos de la carne. Se la conocía en las publicaciones locales como la *amante en serie*, y la notoriedad huidiza de su personaje inspiró una miniserie para la HBO. El patrón de corte que llegó a la prensa primero, y a la pequeña pantalla después, la retrataba como a una esquizofrénica que esgrimía ternuras infantiles con las mujeres y una libido incólume con los hombres. Lo que los reportajes y los guiones desconocían es que la portuguesa era en realidad una chica pusilánime y miedosa, cuyas únicas

armas de asalto eran la diplomacia y la disciplina. Sin embargo el virus, hambriento de día y de noche, sajava sus virtudes de bailarina y le descomponía el deseo en vectores traicioneros y trayectorias adúlteras. Las mujeres la tomaban por una célibe irredenta, un caso flagrante de despiste hormonal; y lo era en cierta medida, porque cuando el bacilo iniciaba sus reyertas microscópicas Sofía dejaba de ser Sofía. Se convertía en el recuerdo genético del virus y le podía el historial de sus conquistas sin sentimientos.

Para disgusto de Rosario, el mito de los amores infiltrados la persiguió por allá a donde fue; y a los seis meses de la última huida –y de embarazo– la fugitiva comprendió que la portuguesa la seguiría hasta el fin del mundo. El germen de las desdichas se había propuesto acosarla, recordarle la posesión pretérita en venganza por deshacerse de él con la trampa de los gametos. No fue aquella una gestación ejemplar. Sitiada por las debilidades pasadas, la fugitiva infirió que Clara sería una criatura inquieta; porque con cada eventualidad vírica el diafragma se le subía a la tráquea y el corazón se le apretujaba contra las costillas. En las últimas semanas, confundió varias veces las contracciones torácicas con los retortijones del parto; por lo que cuando por fin rompió aguas, esperó con descrédito a que las punzadas ventrales aumentaran en intensidad y frecuencia para llamar a un taxi. La niña, sin embargo, no le devolvió nunca la tensión de sus arrepentimientos con una mísera patada, sino que se la guardó toda dentro y esperó a sobrepasar los cuatro pies para reembolsar al mundo los traumas de su gestación. Clara nació en el asiento trasero del coche, con el taxímetro prediciendo en milímetros la dilatación cervical de Rosario. Fue tal el esfuerzo en desproveer a la chica de su placenta, que según le cortaron el cordón umbilical en la misma puerta de urgencias, la fugitiva perdió la consciencia para no recuperarla en varios días. Los médicos reconocieron en su descanso comatoso una insensibilidad equivalente a la de cinco inyecciones epidurales.

No despertó del trance hasta que una de las enfermeras puso el bebé sobre su pecho y la intranquilidad heredada le atravesó la piel por osmosis para romper el encanto de la hibernación. Una vez más, fue el peso de las obsesiones lo que la salvó de la vegetación y la semilla del desconsuelo se abrió pasó con terquedad. El equilibrio de vasos comunicantes entre madre y neonata restituyó en Rosario las pesadumbres que le hacían vivir. La

desazón del mal pirata le iluminó el cerebro cuando el último de los frutos de su concubinato de réplicas retornó el color a sus mejillas.

Cuando la historia de su parto salió de los muros del hospital, una organización benéfica subvencionó los seis meses de lactancia a cambio de su historia. El periplo migratorio relleno las hojas virtuales de la web y miles de almas caritativas se echaron las manos a la cabeza con la pornografía gratuita de los virus procaces. Los supuestos males de alcoba alertaron la musculatura de los programas humorísticos, y el bacilo del desbarajuste se convirtió en tópico en la televisión de medianoche durante meses. Decenas de personas -sólo en la ciudad de Nueva York- afirmaron poseerlo, y se declararon incapaces de luchar contra la tentación ninfómana de sus accesos. La fugitiva, habituada a la brutalidad sanguínea de la enfermedad y a sus saltos de cigarra entre los parentescos del linaje, no previó que sus palabras pulsarían un martinete cómico sobre toda una generación de americanos. Los lugares comunes y no comunes de su mal de estirpe se elevaron al mayor exponente en el vocabulario fundamental de las celebridades, hasta que los desasosiegos de la gestación y el escándalo de la concepción subieron anónimamente al inconsciente colectivo.

La fugitiva se marchó de Estados Unidos con el reconocimiento incógnito de sus hazañas, aunque nunca se atrevió a hacer pública su identidad por miedo a que todo un país la tomase por loca. Soportaría los ridículos en soledad, como lo hacía el resto de la gente.

Por suerte, nunca incluyó a Sofía en sus ecuaciones internautas, y sólo atribuyó el reconcome de su conciencia al malestar nervioso que había causado el desarrollo antinatural de Clara. Si bien tardó en cruzarse de nuevo con la portuguesa, el post-parto redobló la certitud del hostigamiento.

Al tercer día de recuperar la consciencia, recibió un ramo de rosas rojas. Para aderezar con morbo el convencimiento del acoso, la dedicatoria le deseaba una pronta recuperación y se despedía hasta la próxima vez de parte de la *amante en serie*.

Durante años, Rosario creyó que había dado esquinazo al virus y sus persecuciones, porque en los siguientes viajes por el mundo perdió los presagios y la anticipación de los encuentros con Sofía. Atrincherada en Australia, donde los chistes mezquinos sobre las ninfomanías víricas no habían hecho acto de presencia, experimentó una tranquilidad de espíritu

como la que no había sentido desde la infancia y retomó la fuerza de brazos para levantar edificios en Sidney. Aunque la feminización del embarazo le había estrechado las muñecas y contraído sus músculos varoniles, sostener viguetas con una sola mano le pareció un juego de niños al lado de dar a luz a Clara; y le permitió continuar el viaje a ninguna parte durante más de diez años.

Le sorprendió a Rosario que su hija aprendiese a hablar antes que a andar y se conmovió hasta la extenuación cuando pronunció sus primeras palabras desde el carrito. La fugitiva dejó de empujarlo por un momento para buscar las llaves en bolsos y bolsillos cuando el palmeo sofocado de pantalones y chaqueta despertó a la niña de su entelequia de pucheros:

-Mamá, te las has dejado en casa.

Aunque tuvo que llamar a un cerrajero para entrar en la vivienda, no le importunó la eventualidad, porque había descubierto que Clara estaba llamada a grandes cosas.

A los cuatro años, cuando su hija la miró con ojos de incompreensión y arqueó los ojos en señal de pregunta, Rosario esperó que atacase con la procedencia de los bebés. Sin embargo, la niña debía haber superado esa fase con imaginación porque lo que turbaba sus ojos de adulta era el prematuro pellizco de la soledad.

-¿Qué es la hiperactividad, mamá?

La fugitiva barruntó en la pequeña la presunción del desvío hereditario de la saga, los desvelos del comercio ambulante y la experiencia abstrusa de los orinales en casa de Carmela. Los desasosiegos seculares habían llegado hasta su consciencia de enana sabelotodo a través de los mismos canales que calcificaron sus cartílagos de feto, y le proporcionaron huesos de adolescente ya en el útero materno. Por eso, olvidándose de los manuales para el desarrollo psicológico del bebé, rebobinó la cinta de sus fracasos y reprodujo la película que había aturdido a las comprometidas de la organización benéfica.

Rosario elucidó para Clara las enfermedades antepasadas y le explicó cómo los males genéticos habían ido mutando hasta engendrarla a ella. Porque si bien llevaba sangre portuguesa en las venas, fue el virus quien decidió suicidarse con el último arrebató de la desaceleración. Su cigoto no había acampado por amor, sino por rabia, y se había alimentado de remordimiento. Cuando llegó la hora de abandonar el escondite, salió sin

esperar al trámite de las camilla y las inyecciones; deslizó sus más de cinco kilos cérvix abajo sin casi anunciar inminencia, porque no era humano soportar tantos pecados originales antes de nacer. La niña miró a su madre sin pestañear.

-Entonces, ¿no voy a ser normal?

-Vas a ser mejor que eso, mi niña –le respondió Rosario.

La fugitiva continuó mudándose de país como lo hacía de ropa interior, pero el empuje visceral de los primeros años se convirtió en un impulso rutinario hecho de pequeñas cosas. Siguió amando hombres allí por donde fue, pero lo hacía con calma y cariño, prolongando las caricias hasta el amanecer como sólo los supervivientes de sí mismos podían hacerlo. Sin embargo, durante más de una década no encontró el descanso en las camas de los demás, sino en la sorpresa arrobada de ver crecer a su hija. Clara se hizo mayor con la lengua surcada por más de quince acentos y a su madre – que aún recordaba el pastiche sonoro de sus inicios- le impresionó la facilidad de los críos para parecer oriundos de todos los lugares y de ninguno.

Rosario se emborrachó de tranquilidad; porque en su vocabulario de prófuga, sosiego era la primera acepción de felicidad. Volvió a Europa después de viajar por Asia, e hizo por deshacerse del almizcle volátil de su idioma descompuesto. Trató de leer en los labios de la niña el brío natural de la fonética para salir de su indefinición. Si bien no podía estar más orgullosa de las habilidades políglotas de Clara, la barrera entre admiración y tirria estaba marcada por una delgada línea roja. Cuando la fugitiva sufrió de nuevo la incompreensión de los demás y la última ineficacia de un lenguaje que eran tres, recuperó la inconsciencia de la primera vuelta al mundo para volver sobre sus pasos.

Inglaterra le pareció un lugar distinto una vez que la densidad familiar desapareciese del mapa de Kentish Town. La salud sentimental le permitió festejar el reencuentro y comenzó a frecuentar mercadillos ambulantes. Disfrutó de las compraventas espontáneas. Cargó sus pilas de verdulera hábil y promotora soberana con los consejos de la televisión pública, porque el país entero estaba pensado para comprar, vender y hacer publicidad. Andando por las calles de Bristol -o Londres- intuía el circuito del dinero como antes entresacaba intimidades de las vetas de los muebles o

el cordaje de una guitarra. Mientras los maletines corrían con lascivia monetaria, una caterva de corbatas se proponía controlar el movimiento elefantino de la economía. Los trompazos financieros y la algarabía de los marfiles hacían moverse el *London Eye* con determinación tecnocrática. Ella, que había levantado un negocio desde la frugalidad de las materias primas, veía el espectáculo como un disfraz complejo para disuadir a los cuellos azules, porque en realidad el mercado estaba regido por habas contadas –aunque esquivas.

Sintió de nuevo la llamada del dinero por persona interpuesta, pero le pudo la necesidad de recorrer el mundo por segunda vez sin que las piernas le temblasen de culpa, piratería o reconocimiento.

Para cuando regresó a América, la burla sin cabeza de turco se había extinguido, dejando paso a celebridades locales y tremendismos prefabricados. Ni siquiera las hazañas de la *amante en serie* habían pervivido. Cinco años después, la mención tangente de su psicopatía adúltera producía extrañeza en vez de complicidad. Por eso, cuando encontró en un motel de Albuquerque un antiguo VHS con tres capítulos de la serie que inspiró, lo birló de la mediateca comunal y se la guardó en la maleta. La presunción de que Sofía había desaparecido para siempre le inspiró una credulidad nostálgica, y la empujó a visitar hemerotecas y fotocopiar artículos. Le resultaría útil la compilación para cuando Clara volviese a preguntar por su inquietud crónica y sus orígenes. A falta de una foto de Manuel, los frutos de las personalidades cruzadas harían las veces de prueba de paternidad.

Con el tiempo, asumió que a su hija le importaban menos los indicios fehacientes que el ocultismo de las recreaciones, y el pálpito de las quimeras llegó para quitarle la silla a la letra impresa. La chica no vio ventaja alguna en tener una alcuria clara, cuando podía confundir a todos con la ubicuidad de sus heterónimos y la intriga de su procedencia. Cada vez que arrastraban las maletas a un nuevo lugar, ella producía una versión más retorcida y fascinante que la anterior; porque llamar la atención era un remedio como cualquier otro contra la zozobra prófuga de su madre. No era sólo cuestión de manufactura barroca, sino de expresión; y el empaste multicultural de su voz hacía plausibles todas las ficciones.

En su segunda batida por el mundo, la fugitiva creyó erradicados los desafueros víricos, porque ni siquiera los bacilos juzgaban dos veces la misma causa. Por eso cuando Rosario se cruzó con la portuguesa quince años más tarde, encontró la colisión tan versallesca que aceptó la combadura de la realidad como efecto de los bulos de la niña. Debían ser sus enredos los que traumatizaban el curso pactado de los hechos, como si las personas fuesen virutas férricas retorciéndose al compás de los imanes. Le desesperó la tenacidad rancia de los males que -obedeciendo al proverbio- duraban cien años; y no estaban dispuestos a caducar en silencio, sino que preferían reivindicarse de cuando en cuando para demostrar que la centuria les pertenecía. Sofía salió del baúl de las reliquias para fortalecer el reinado de los microbios; y el puto golpe de estado emergió donde menos lo esperaba: en casa de su hermana Elena.

Siempre supo que más tarde o más temprano, la huida se acabaría; porque para eso eran las escapadas, para llegar a algún sitio y establecerse. En su segunda vuelta al mundo, visitó América del Sur antes de entrar en Asia vía Camboya. Se permitió variar el primer itinerario, porque dejó de dar crédito a los pavores persecutorios y aflojó las actitudes deterministas. Por más que volvía la vista atrás, nadie la reclamaba. Sin el atosigamiento de antaño, perdió el rumbo evasivo de la estampida; y en Bogotá juzgó que sus días de tráfuga estaban contados. Aunque las dificultades de la trashumancia y las cuentas multiplicadas por dos ralentizaron la vuelta y prologaron el retorno durante más de siete años, el éxodo a los orígenes era una meta necesaria cuando ya no recordaba el impulso atravesado que la sacó de España. Aún se enfurecía al pensar en la humillación del bacín y en el despecho amargo de haber perdido a su hermana en una apuesta electrodoméstica, pero la cólera original se había cubierto de tantas exasperaciones que no había quien decantase una irritación de otra.

Así pues, Rosario siguió la ruta de la seda para no bajarse hasta Fuenlabrada. Se apoltronó en una urbanización simétrica -de esas que se miraban a sí mismas para no ver que eran una copia de las demás- y plantó cara a los escenarios del pasado. Desdramatizadas por el paso de otros castigos, la fugitiva recorrió las tramoyas reales a falta de perversión en sus sueños. El caserón de la sierra seguía donde estaba, si bien el bisturí de las reformas le pareció ingenuo a la luz de la experiencia.

Con los mismos brazos de hombre que apuntalaron la mansión familiar, llamó a la puerta del apartamento dispositivo. Carmela había muerto y Elena ya no vivía allí. Los mismos vecinos que le comunicaron las novedades, la proveyeron también del contacto email y el número de teléfono. Llamarla después de tantos años no era la mejor de las fórmulas. Si algo había aprendido de la inquietud de las persecuciones, era que los fantasmas tenían que aparecer poco a poco, porque sólo las ranas cocidas a fuego lento aguantaban la escaldadura. La fugitiva confió en que los mensajes al correo lidiasen con la quemazón, por si algún día se atrevía a marcar el número. Quizás la pasta de dientes –alguien le había dicho que era buena para las ampollas- hubiese hecho efecto para entonces y la lejía de su advenimiento no achicharrase las heridas.

Al final, la carbonización le sobrevino a ella, cuando después de acelerar las diligencias del acercamiento, se tropezó con otras familiaridades superpuestas. El atrevimiento que coordinó sus pasos tenía ínfulas teatrales; y no por la mímica de los reencuentros, sino por la llamada sorpresiva de los escenarios. Un individuo holandés, al que había conocido por accidente, creyó apropiado su idioma de pedazos para representar en París un diálogo de inmigrantes.

Rosario, que con el retorno a Madrid había perdido el pulso de los propósitos, recuperó de golpe la tracción empresarial con la promesa de los telones. La descolocó que un director prefiriese su chapurreo desfigurado a una voz formada, y la reverencia estúpida del neerlandés enterneció la imagen de sus propias mediocridades. No sería tan anodina si un holandés errante la llamaba para su montaje.

Además, Clara había sido una adulta desde los diez años. Su carisma ciclópeo la protegía de las agresiones del mundo mejor que el cariño de una madre. El único temor de la fugitiva es que su hija no conociese el amor. Si algo había aprendido de obra en obra, era que cultivar la fuerza obstruía las debilidades; y ya estaba bien de generaciones miserables. Rosario sabía que el mayor peligro que acechaba a la adolescente sería su propia soledad, porque llevaba el signo de la locura escrito en la frente. Sin embargo, no podía hacer nada por remediar el embozado introvertido de la chica; ya que cada vez que intentaba desentrañar sus privacidades incipientes, Clara enmascaraba la verdad con sus sutiles pústulas versallescas. No había forma

de saber si le gustaba alguien de su clase, porque fingía amores como antes se inventaba orígenes.

Con tanta independencia filial, la fugitiva –que sólo recordaba vagamente sus cuatrocientos amantes- tomó la decisión de volver a marcharse por un tiempo. Alguien la necesitaba, después de todo; y aunque no fuese para dedicarle arrumacos, sino para trabajar, la perspectiva resultaba más alentadora que cuidar de una adolescente emancipada.

El rumor de las candilejas apresuró las gestiones y forzó la llamada. Aunque Elena no recibió con gusto el desafío del *politono*, la fugitiva trajo a su memoria los años en la sierra y sus desvelos de madre postiza. Si bien Cercedilla sólo despertaba en la fugada recuerdos del desajuste ajedrecístico y sus consiguientes destronamientos, no tuvo otro remedio que reconocer el coraje de las vigiliadas y el afán de los jugos instantáneos.

Al aceptar una entrevista informal, renunció a todas sus prebendas; porque Rosario conocía la maleabilidad sentimental de la veinteañera. La mayor jugaba con ventaja. La había visto sucumbir de pequeña a los amores frigoríficos y al síndrome de Estocolmo en sólo dos semanas. Indudablemente, Elena era la más sensible de las dos; así que la fugitiva trató de adjudicarse el pronto-pago de la reunión con sensiblerías de todo tipo. La caravana de los golpes de pecho comenzó con el accidente de sus padres y acabó en aquel mismo momento, con el pesar de no poder dividirse para actuar en París y cuidar de Clara.

Rosario aguantó el chaparrón mientras la fugada le echaba en cara haber esperado dos décadas para dar señales de vida. La violencia verbal era la mejor de las señales. Probaba que el escalpelo había alcanzado el nervio, y la paciente empezaría a ver las estrellas según fuese pasando el efecto de la anestesia.

Cuando Elena y su novio Daniel abrieron la puerta adoptiva, no estaban solos. Sofía -que para entonces dominaba los registros de su antigua timidez- aceptó el trámite de las presentaciones con fingida ceremonia, mientras Rosario trataba de no atragantarse con su propia saliva. Todo aquel tiempo creyéndola encerrada en un VHS de tres capítulos, para que al final volviesen a ser familia sin la intercesión de los tabiques de papel. Aunque la portuguesa vistiese una superioridad moral de juguete y una mirada más modosa que cuando vivía en tiempos de silencio, a ratos la traicionaba la máscara y se le llenaba la cara de seriaciones adúlteras.

A la fugitiva se le pasó por la cabeza parar las máquinas y renunciar a París, pero el pensamiento se fue tan rápido como llegó. Clara estaba fuera de peligro mientras mantuviese a sus novios imaginarios fuera del alcance del bacilo. Y Elena...ya era mayorcita para saber a quién metía en casa.

-¡Hijaputa! ¡Serás hija de la gran puta! –la fugada no supo a quién insultar, así que escupió improperios genéricos que abarcasen toda la profundidad de sus dudas. Aprovechó que Daniel estaba trabajando y Clara no había vuelto del colegio para descargar las iras internautas contra el aire estancado de su cuarto. Le había llevado un día y medio deglutir las espinas disecadas de Asmera. Todo le olía a cerrado.

-¡Meteros la era de la información por el culo!, ¿me oís?, ¡por el culo!

Elena tardó tres días en recuperar la frivolidad previa a la última lectura. A pesar de las implicaciones multicapa que rezumaban del blog de Rosario, se concentró en observar el jeroglífico desde fuera para no volverse más loca de lo que estaba. Las conclusiones de la organización y el regreso de la fugitiva no estaban muy lejos. Para bien o para mal, el final estaba cerca; y resolvió esperar como línea de acción, porque desde niña creía en los desenlaces. La publicación de sus cuentos incongruentes había despertado el interés anónimo de individuos desconocidos que celebraban su prosa descerebrada. Sin embargo, las interpretaciones cuánticas no provocaron movimiento alguno en la intranet de Asmera.

En vez de eso, la cuenta atrás para los corolarios de página la cogió en paños menores, y presintió a toda resolución el pinzamiento del fracaso.

Fue en la última etapa de los vínculos invisibles que Clara se inscribió en un curso web de dictado. La chica aseguró a su tía que, con el reconocimiento del habla a la vuelta de la esquina, la voz sustituiría al teclado y todo el mundo tendría que aprender a pensar doble con la cabeza en vez de confiar en la taquigrafía. Los motores de identificación arrasarían finalmente con los arpegios letrados y la interacción con las máquinas se unificaría en un lenguaje franco que todos los ordenadores pudiesen interpretar. Probablemente, cuando los hombres pasasen más tiempo hablando con dispositivos que con personas, los acentos desecharían las huellas fonológicas no comunes para formar una acústica universal. Clara

creía que el esfuerzo social por entenderse con los aparatos desencadenaría un nuevo clímax globalizador tan potente como el del libre mercado; y ella estaría preparada cuando llegase.

Elena notó en pocos días un cambio sintáctico en las coherencias barrocas de la niña; y por sí las turbulencias recreativas de la chica no eran suficientes, la dicción de máquina desconectó el valor pragmático de sus palabras.

Desde que la chica pisase su casa, la fugada había aprendido a no entender del todo y a completar el significado de las *batallitas* a base de imaginación, como si aún estuviese aprendiendo el idioma de su sobrina. Pero la última deriva de las fábulas internautas la había dejado sin fuerzas para sumar dos y dos. Contrajo el síndrome del feligrés, que sólo era una variante de las sublimaciones cuánticas. El parroquiano, al escuchar la Palabra, veía en los vericuetos bíblicos la desviación de su carácter; y la yuxtaposición de empatías lo dejaba indefenso. Después de reflexionar sobre el magma traicionero de la comunidad de las fábulas, Elena decidió destruir la dictadura de los diccionarios y cambiar empático por *empatético* en su registro de voces, porque no estaba dispuesta a aceptar más principios de indeterminación.

A pesar del buen juicio de sus reacciones, la defensa a ultranza de la realidad guardaba varios ases en la manga. La fugada prohibió a la portuguesa acercarse a su casa durante un tiempo, con la excusa de estar pasando por una crisis personal, y comenzó a personarse en la oficina de Daniel en horas de trabajo. Por miedo a que la fiebre de las sustituciones saliese de Asmera para apropiarse de todo cuanto poseía, hizo una copia de las llaves de la azotea. A veces se sentaba sobre el alquitranado del tejado, horas antes o minutos después del amor legítimo de su noviazgo, a esperar que las repeticiones fabulescas tuviesen su calco en el mundo visible.

La mayor parte de los días se levantaba curada de las dudas y descubría que los dos lados de su cerebro habían hecho las paces. Por mucho que los hechos regurgitados de de la organización optasen por exagerar sus circunstancias y plagiar las condiciones de borde, en última estancia la lucha cuántica se liberaba dentro de sí misma. En ella estaba ser una feligresa asustadiza o una parroquiana rebelde. Pero en ciertos momentos, el peso de las evidencias y la identidad de las matrices eran determinadamente insoportables. No ayudaba a frenar sus bajadas de

tensión que Clara anduviese por la casa hablando con timbre de ordenador, ni que recitase pasajes de *El Quijote* para perfeccionar el reconocimiento. De alguna forma, el dictado grotesco y la ausencia de altibajos formalizaban su temor a que las estanterías de *Pladur* terminaran por fusionarse con la inmaterialidad de los seres invisibles. En la última fase de sus obsesiones asméricas, fue el poder estático de la lengua franca lo que más la sacó de sus casillas, porque su cantinela de silencios modulares le llenaba la cabeza de pronósticos. Atribulada por el futuro de las metáforas y espoleada por las posibles intersecciones, hacía callar a la adolescente a voz en grito y se iba a hacer guardia sobre la azotea. Si los seres invisibles querían jugar a los paralelos, no sería ella quien lo impidiese; pero estaría alerta, por si a las líneas primas les daba por bajar al mundo real en busca de puntos de corte.

Mientras la fugada esperaba las conclusiones de Asmera, rastreó la página en busca de repercusiones de su cuento que eran dos; pero nadie pareció darse por aludido. Ramón y Rosario estaban poco dispuestos a reivindicar el presente y sus perfiles habían dejado de parpadear con la promesa de nuevas entradas.

Cuando los días no traían nubarrones feligreses, hablaba con Clara del nuevo mundo y del reconocimiento del habla, como si su fonética de impulsos no la trajese por la calle de la amargura en las horas de cortocircuito cuántico. La niña insistió sobre las ventajas de la unificación. En menos de una década, más de la mitad del mundo aprendería a articular múltiples registros de voz, para que las máquinas distinguiesen entre mero dictado e interpelación. Resultaba vital que al declamar “Quiero entradas para el cine”, el ordenador no se dirigiese a su procesador de textos para registrar palabras, sino que abriese Internet por la página procedente. Para que las máquinas discerniesen entre mandato y parrafada, las personas tendrían que modular los sonidos a voluntad y perfeccionar las acentuaciones tomadas por convenio. Si la pretensión era aumentar la efectividad de los comandos, las acciones tendrían que ser llamadas por órdenes características –patrones establecidos. “Guardar el archivo con nombre *Cercedilla* y extensión *txt*” no sería interpretado de la misma manera que “por favor, pon nombre *Cercedilla* y guarda el archivo como texto”. De no seguir un modelo acordado, las bases datos gramáticas se multiplicarían exponencialmente y la *inteligencia* interpretativa de las

acciones disminuiría la solvencia de los dictados, porque la articulación del lenguaje se opondría al análisis del vocabulario. Elena no acabó de comprender la dicotomía, pero intuyó en la exposición de la niña otra vuelta de tuerca en la lista de incongruencias destinadas a convivir. La gramática contra el vocabulario, la historia de Ramón contra la de Carmen y los abusos cuánticos del cerebro dando la vuelta a los pensamientos como a un calcetín. Debía ser aquel el impuesto de la artificialidad, que evitaba la incoherencia a fuerza de construir coyunturas opuestas.

-Entonces, ¿qué ocurriría si el usuario no hablase claro?, ¿qué pasaría si diese una orden ambigua? –preguntó la fugada, a la que el baile de las asíntotas hacía tiempo le aturdía el corazón.

- El reconocimiento del habla emplea motores similares a los de la búsqueda web y devuelve las combinaciones más probables en orden decreciente. El perfeccionamiento del sistema irá en aumento, pero la complejidad de la voz y sus idiomas guarda tantos recovecos como personas hay sobre la tierra. Por eso tengo que entrenar. ¿Te crees que me gusta?- respondió Clara.

-Bueno, yo también pasé lo mío para aprender a escribir a máquina con todas las manos. Supongo que es lo mismo, ¿no? Pero vamos a ver si lo he entendido bien. Los ordenadores no entienden nada, sino que manejan funciones de probabilidad. Así que cuando por fin se deciden a escribir lo que has dicho o a sacar tus entradas para un concierto están poco menos que apostando a caballo ganador. ¿Qué pasa si tu potro se cae por el camino? ¿Acabas con entradas para la *Super Bowl*? –inquirió la fugada.

-Más o menos. La lotería no es tan dramática, porque para eso está la seguridad de las confirmaciones. Pero sí; fundamentalmente, las relaciones entre impares son hipotéticas. Y de momento, la capacidad informática para relacionar extraños es limitada. Yo, por más que me desgañito, no consigo pasar de un sesenta por ciento de precisión –devolvió Elena con un ápice de frustración.

A Elena la descorazonó el proceso y sus inexactitudes. Infirió que los servicios invisibles rendían pleitesía al error y dedujo que su caso de incertidumbre cuántica no sería el último. Pronto no habría quien se fiase de lo que veían sus ojos ni quien presintiese sus propios rastros. Sin embargo, contra su aprensión, Clara vocalizaba a mandíbula batiente, como si le fuese la vida en la fragmentación del lenguaje. A medida que la chica se hacía

entender por las máquinas, la fugada dejaba de comprenderla. Si bien el empaste de las letras era de presentadora de telediario, las frases perdían el sentido sometidas al listón del los porcentajes. Mientras peinaba la Red en busca de reflejos, Elena oía a su sobrina pero no la escuchaba. La música sin letra del dictado neutralizaba los significados y armaba a los ejércitos de la indeterminación con más munición conspirativa. Clara podría estar escribiendo en voz alta los entresijos fabulescos del blog de Rosario sin que ella se enterase, porque su sobrina se había hecho experta en un idioma que ni siquiera dominaban los programadores. Con la chica convirtiendo palabras en puntos y rayas, la superación del código Morse supuso para la fugada un nuevo motivo de soledad. Mientras esperaba las primeras conclusiones de la organización tramposa, los días adquirieron carácter binario; ya que sin trabajo al que dedicarse, el sí y el no de las presunciones conspiratorias gobernaba la cualificación de las horas. Cuando la amenaza de las deformaciones y la obviedad de las evidencias atacaban sus bases crédulas, a Elena le daba por pensar que Internet se había vuelto en su contra y que en, el momento menos pensado, la imagen original de los reflejos de Asmera subiría a la azotea para sustituirla. Y el desnudo público de su blog no la ayudaría en absoluto, porque si hasta Clara había desentrañado su papel virtual, la agresión de los motores de búsqueda podía hacerla aún más vulnerable. Dilucidó entonces que cuando arreciase el agotamiento, prefería desfallecer esperando en el tejado del amor; en parte porque el pirateo de las conductas la asustaba tanto como el adulterio, y en parte porque Fernando era un animal de costumbres. Si Marta –o Sofía- lo abordaba a la salida del trabajo, Daniel no encontraría otra salida que la del tejado.

La desnudez de la azotea se convirtió para la fugada en una herramienta de identidad -en un sello de derechos de autor. El placer de su novio la llevaba al copyright antes que a ningún clímax convulso; porque a falta de certidumbres básicas -absorbida por la indefinición de los motores de búsqueda-, la única medida de la realidad era el contacto directo y el impacto que dejaba en los demás.

Inmersa en un ciclo vital insólito, casi pasaba por alto las idas y venidas del sol o los altibajos del ciclo menstrual. Simplemente contaba los días para la vuelta de su hermana y aguardaba la comunicación de los corolarios asméricos con ansiedad, pero sin almanaque de palotes.

Precisamente en uno de esos días aciagos en los que el culebreo binario la dejó con ganas de hacer guardia por los tejados le llegó la noticia. La organización del embuste había decidido eliminar la cuenta de Ramón de la faz de Asmera, por considerarla una influencia peligrosa para los lectores y un ejemplo de perversidad sin cabida en los renglones del nuevo siglo.

El señor de la selva había puesto la comunidad patas arriba con una entrada demente. Era de esperar que semejante engendro no parase quieto tras la satisfacción de sus aspiraciones leoninas, ni a pesar de ellas. Miles de voces pseudónimas se alzaron contra el cómico y su extemporaneidad de animal salvaje, forzando que en el plazo de cuatro horas la dirección del proyecto suspendiese indefinidamente la ventana de sus mezquindades. Después de todo, no le había bastado el sacrificio de la camada ni la coronación de rey. Tan pronto como las circunstancias le recordaron su pasado de cordero, escupió amenazas y podredumbre de jungla; porque la intimidación era todo lo que le quedaba a los terroristas del afecto.

Ana amansó a Ramón sin golpes de látigo. Leo partió al exilio. Se fue a vivir con su abuela al Penedés, a salvo de las garras del cómico (los leones no eran animales de montaña). Sin la amenaza genética de otra fiera pululando por la casa, la bestia puso las zarpas sobre el vientre de su novia. Lo reconfortó escuchar el latido indeciso del feto, que no superaba los tres meses de gestación; y se dijo que, tras años de desposeimiento, por fin algo le pertenecería en este mundo. Sin el obstáculo de la inteligencia descomunal y la sangre desconocida del hijo desterrado, Ramón dispuso que las puertas se quedasen siempre abiertas, para construir un apartamento que ocupase toda la planta. Amueblaron el rellano y colocaron imanes decorativos sobre la doble hoja corredera del ascensor, como otros lo hacían con el frigorífico. La pareja trabó las escaleras de incendio, para que nadie entrase por equivocación en sus dominios y los encontrase abrazados contra la llave del agua o recostados contra el extintor comunitario.

Ana era feliz cuando el cómico invertía el método de la primera vez y empezaba haciéndole el amor para acabar acariciándole las muñecas. La pareja se pasaba la vida de cine en teatro, de bolera en auditorio y de museo en festival, porque las patentes del padre de Ramón podían pagar dos generaciones de despreocupaciones. Con tanta satisfacción saliéndole de las manos, recorriéndole la piel y entrándole por los ojos, el cómico se

reconcilió con su padre después de muerto. Encontró compensación en todos los agravios comparativos, cuando vio que las antiguas humillaciones pagaban su vida de enamorado. Para acallar el remordimiento del duelo a risotadas que brindase a su padre, se ató un cordel negro al antebrazo y lo anudó tirando de los extremos hasta que sintió la sangre atropellándosele en las arterias. Llevó el recordatorio durante varias semanas, reajustándose el cordón por las mañanas hasta alcanzar la presión primitiva; y no se despojó de él sino cuando se le amorató la mano. Renuente a concluir la penitencia sin sufrimiento con mayúsculas, no aflojó la guita hasta que Ana le suplicó que se la quitase. La mujer prefería tener un amante con dos brazos y, viendo que la extremidad entera amenazaba gangrena, convenció al cómico de que las reliquias no tenían ninguna gracia.

Poco a poco, Ramón fue recuperando la sensibilidad y el tinte verdoso de su antebrazo se blanqueó con el paso de los días. Aunque la apertura de la presa devolvió la movilidad natural a las articulaciones, de ahí en adelante sintió el corazón palpar en la extremidad con mayor rotundidad que si se llevase la mano al pecho. El tacto le llegaba de improviso y se le marchaba con una punzada aguda en la muñeca. Cuando Ana lo llamó apresurada por el movimiento prematuro del bebé, el cómico tuvo que aplicar la contraria, porque la excitación le provocó el pinchazo lacerante y la inactividad práctica de sus nervios.

Ramón, que había vivido el noventa por ciento de su vida acechado por la angustia y castigado por sus aprensiones, calculó que tanta alegría no era sostenible. Más temprano que tarde, llegaría la cuesta de enero –o cualquiera que fuese el mes de la infelicidad- con sus rebajas.

El despertar leonino se esfumaría cuando menos lo esperase y él retomaría el cuadro depresivo desde donde lo dejó. Cuando las conjeturas se le hicieron corazonadas, el cómico trató de aprovechar lo que quedase del repentón silvestre antes de volver al coma biliar y al resquemor.

En efecto, las primeras patadas del niño le dolieron tanto a Ramón como si se las hubiese dado a él en los testículos. Al sentir la vida removiéndose contra las paredes del útero, Ana recordó el primer embarazo y la hinchazón presente de los pezones la retrotrajo a la anterior con nostalgia materna. La mujer trató de explicarse a sí misma por qué Leo vivía en el Penedés; pero por más que simplificaba las oraciones, la sintaxis se le agriaba en el cerebro.

Con su primer hijo revoloteándole en la mente y con el que estaba por venir meneándose en sus entrañas, las pasiones brutales descendieron puestos en la escala felina; y ella terminó por rehuir las siestas sin descanso y las noches de televisión sin volumen. Arguyó que el niño empezaba a pesarle en tripa y era mejor esperar a que saliese de cuentas para volver a la carga. Sin embargo, cada día que amanecía, Ana necesitaba más amor y le apetecía menos requerírsele a Ramón. Sofrita a la vez en manteca y en aceite, sacó el tema espalda contra espalda en una de las siestas sin revolcón.

El exilio de Leo era un parche temporal, una reestructuración mientras que la dictadura de las hormonas los mantuviese encadenados. Pero en algún momento, la genética egoísta de las intimidades tendría que permitir la vida en otros planetas.

-Quiero a mi hijo de vuelta, Ramón. Ya va siendo hora de que nos comportemos como una familia normal – espetó Ana. En vez de decirlo con el pie en el embrague, aceleró en vacío porque los calores de embarazada la habían dejado sin caja de cambios.

-Pero si ya somos una familia normal –respondió el cómico sin inmutarse-. Si te traes a Leo, seríamos dos. Y una tendría que morir para que viviese la otra.

A ella le dio la impresión de que el cómico había preparado la frase durante meses, porque ninguna mueca reactiva le traicionó el rictus y la excusa salió de su boca con el engrasado de las frases hechas. Además, viniendo de él, le extrañó la ausencia de ironía y la limpieza del silogismo. Ramón, al ver que la lógica abstrusa de farol de mus había silenciado las recriminaciones de su novia, abandonó la oposición de los costados para pegarse a ella y hacerle sentir su aliento en el cogote. Pensó el cómico que la tapadera que acababa de soltar habría agotado el oxígeno en el fuero interno de Ana, y las llamas inoportunas debían de haberse apagado al unísono; porque a su manera de ver, las mujeres pensaban en paquetes de inconformidades y la unión de sus conflictos no tenía fisuras ni contradicciones. Aquella arbitrariedad le valió para concluir que el horno volvía a estar para bollos e inició el desembarco sin avisar. Ramón tomó la parálisis de su leona como un espaldarazo a la política de la selva y a su condición de depredador, por lo que tiró de ella con decisión y se cobró lo que era suyo. Ella no intentó resistirse, porque una misericordia de gacela

se apoderó de su mente mientras el cómico la devoraba. Lo compadeció mientras él se abría paso entre la ropa; y en el mismo instante en que el león recuperaba el espacio perdido, ella planeaba abandonarlo. La fraseología decadente de Ramón la había convencido hasta el punto de verse abocada a cumplirla. Para que una familia viviese, otra tendría que morir; y pasada la voluptuosidad animal y el temblor de piernas, las glándulas en aumento le recomendaban maternidad soltera de dos hijos. Tan rápido como el enamoramiento le había llegado al cerebro a través de las muñecas, el frenesí se le escapó de las manos cuando entendió que algunos leones no se dejaban domar. Se dejó hacer, observando con ternura la satisfacción de aquel señor que, con sólo una frase, se había convertido en un extraño. La deslumbró la sonrisa leonina de sus arrugas al retomar el control –o creer que lo recuperaba. En realidad, ella era la única que sabía lo que iba a pasar, la única que preveía la despedida en medio de los suspiros. Sin querencia ni lujuria, presencié el proceso desde fuera, asistiendo como juez y parte al fin de las hostilidades románticas, porque no tenía más cera que quemar.

Ana, que había dado dos veces la vuelta al mundo, estaba acostumbrada a huir; y esta vez aún le costaría menos desenredar sus pasos, porque la fuerza mayor le había golpeado el codo al mismo tiempo que el aliento de Ramón. Sin embargo, al sentir la mirada posesiva del león clavarse en el cuerpo, supo que resultaría mejor para todos que la bestia mantuviese buen recuerdo de ella después de desaparecer.

Tardó una semana en escapar -la vida prejubilada dejaba poco margen de separación. Sólo cuando necesitó las horas de despiste, se dio cuenta de la dependencia que los había unido. La despreocupación marquesa por los ingresos estaba hecha de silicona, y la compañía constante los dejaba sellados entre sí. Cada vez que salían a la calle, lo hacían juntos; al bajar la basura, aprovechaban para dar un paseo. Y así no había quien tirase de la ventosa. Incapaz de despegarse de Ramón y repugnada por la reiteración de la despedida, se fue una noche de madrugada.

La despabiló el reflejo de los esfínteres. Tanteando la oscuridad de camino al cuarto de baño, Ana sintió su ropa secándose sobre el radiador. Aún somnolienta, vio claro que no podía esperar más. Cada semana el embarazo le pesaría más que la anterior; y si iba a escaparse necesitaba hacerlo en ese mismo momento, cuando aún era viable.

La amante leona agarró la billetera del cómico y se marchó con lo puesto.

Ramón no necesitó una carta de despedida, ni carmín en los carrillos. Se olió el beso de Judas según abrió los ojos por la mañana y puso la mano sobre los pliegues calientes de la sábana. El cómico se vistió a toda prisa, creyendo en la claridad trémula de los despertares que aún podía alcanzarla. Se armó del sujetador que le arrebatara la noche anterior y lo hizo un burujo entre sus zarpas, cual pañuelo de encaje. En la calle, fuera de sí, se llevaba la prenda a la cara cada cinco segundos – como si a fuerza de husmear la tibieza de sus encantos pudiese seguirle los pasos. Después, trataba de reconocer la voluptuosidad glandular en el aire, respirando como un bebé. No pudo discernir si lo que olía era el perfume ambiguo de su rastro o el recuerdo latente de su ropa interior; y a pesar de su devenir en perro de presa, la intuición no le llevó mucho más lejos de lo que lo hubiera hecho la lógica. Primero olfateó los andenes del intercambiador de la Avenida de América y luego las terminales del aeropuerto de Barajas. Trastornado por la infinidad de los aromas urbanos y las tufaradas de los extractores, Ramón comprendió que el cemento gaseoso que respiraba podría recordarle a cualquier cosa, si estaba predispuesto a encontrarla.

El cómico se encerró en casa durante días, indeciso sobre si debía rugir como un bestia o llorar como un cordero, porque en aquel punto descubriría si las galaxias leoninas se seguían distanciando o sus días de selva involucionaban hacia la desaparición. Lo visitaron las envidias ojerosas de la adolescencia y los límites de su inteligencia se marcaron con tinta permanente sobre las paredes de su casa que eran dos. Tumbado en el suelo del rellano, con el extintor comunitario como improvisada almohada y la frialdad de la losa enfriándole los riñones, observaba el vaivén del ascensor como si fuese el suyo propio. De los infiernos pusilánimes a la improcedencia leonina; y vuelta a empezar. Ramón vio el cielo abierto cuando, a los tres días de derrenga, el elevador se paró en su nivel. Tenía que ser ella. Tenía que ser Ana, que había vuelto arrepentida al calor de su fiera. Sin embargo, tras la apertura de puertas, apareció una señora menuda –y fundamentalmente confundida- que se pegó contra el ángulo oculto del montacargas nada más verlo. El espejismo de un hombre con pelambrera de animal, recostado contra un extintor, le hizo girar sobre sí misma y golpear

todos los botones del ascensor al mismo tiempo. La mujer no respiró tranquila hasta que no se cerraron las hojas. No cabía esperar nada bueno de un desconocido que vivía entre botellas de whisky y andaba en calzoncillos por las áreas comunes.

El cómico se dijo que si era miedo lo que causaba, sería porque sólo le quedaban cicatrices de mal bicho y la piel de cordero se había evaporado para siempre. Los berridos ansiosos de la señora disiparon todas las dudas; y sabedor de que sus garras habían venido para quedarse, entró en Internet para dejar constancia de su metamorfosis total. Ramón no iba a consentir que su hembra lo traicionase y se llevase su mitad genética por el mismo precio. Iría en su busca, con sujetador o sin él, y la mataría. No tendría sentido hablar, porque ni siquiera habían discutido. Ana había preferido el amor de los cachorros, y él no podía consentir que la camada le ganase el pulso; porque era una bestia con todas las de la ley. Antes prevalecería él que su descendencia: así eran los machos de su especie.

Salió hacia el Penedés. Si su leona había resuelto sacarlo del mapa e iba camino de fundar una familia sin padre, su primer paso sería recoger a Leo. Ramón decidió coger un taxi para llegar al Pirineo antes que ella y husmear entre las nieves tardías el refugio de la prole. Allí la esperaría con ojos aviesos y garras afiladas. Nadie jugaba con los sentimientos de una fiera y huía sin cerrar la puerta de la jaula.

Elena creyó que le daba un síncope cuando acabó de leer el comunicado. El distanciamiento irónico que se había impuesto le estalló en miles de astillas mínimas cuando las voces pseudónimas le hicieron perder de nuevo los tímpanos y los estribos. Nada, excepto las dos piezas incongruentes del puzzle bivalvo, amenazaba la vida de su hermana. Y aunque no se llamaba Ana, ni Rosario, el desorden de su nombre le martilleaba las vértebras con augurios espinales. El fantasma pálido de su hermana –de la que en realidad no sabía nada– se había emborronado con los reflejos asméricos. Y ahora, estuviese en Argüelles, Fuenlabrada, París o el Penedés, la fugada no podía dejar de temer por ella. Se arrepintió definitivamente de haber obviado el despertador y deseó replegar el tiempo a base de pulsar el comando *deshacer*, como Carmela lo intentase entre soledad y soledad. El bazo le pedía a gritos aburrimiento, el apéndice se le irguió para señalar al pasado y todos los órganos condenados a desaparecer

defendieron la grandeza de las causas inútiles. Cualquier cosa, menos la locura.

Lo peor del asunto es que ella sólo tenía fotos de un patio colmatado que taladraba el subsuelo parisino y la economía no le llegaba para taxis repentinos ni euforia de cuentakilómetros. Sometida a la geografía de los pavores cuánticos, Elena intuyó que su fe religiosa en los finales no le serviría de nada. A aquellas alturas, hasta la inutilidad de su exhibición y la inocuidad de los tatuajes se habían vuelto en su contra; porque los pasatiempos tenían de repente mentalidad empresarial y pretendían copar la realidad a base de espejos.

Daniel estaba en la cocina y Clara había cerrado por enésima vez el pestillo del cuarto de vivir. La fugada se sentía sola, a pesar de la compañía, porque si bien los tenía a tiro de piedra tras los tabiques, era incapaz de predecir sus reflejos. Los paralelos y las tangencias se movían fuera del alcance de Elena, desperdigados en años-luz de futilidad.

Para acabar de complicar las cosas, a través de los anaqueles de yeso laminado se filtró un sollozo almohadillado de llanto contra cojín, de alarido contra almohada. El aullido de su sobrina era desconsolador, porque ni en mil años se la hubiese imaginado indefensa. La chica acostumbraba a deshacerse de cualquier agresión con una llave versallesca hasta que la eventualidad se retorciese de dolor sobre el suelo. Y quince minutos después de que Asmera buzzonease la determinación homicida de Ramón, a Clara se le acabaron las palabras y rompió a llorar sin remedio. Alarmada por la vehemencia de los bramidos, Elena corrió hacia el cuarto de vivir – aunque sólo cinco zancadas la separaban del cuarto contiguo- y aporreó la puerta a puñetazos.

Fernando llegó para evitar que hundiese el contrachapado, pero la chica no parecía dispuesta a salir de la inconsciencia de su lamento. Entonces, la fugada regresó a su dormitorio para voltear los cajones en busca de la llave. Aquella vez prescindiría del código íntimo: le importaba un comino si estaba desnuda o si tenía a todo un equipo de rugby metido en el cuarto. Necesitaba comprender de dónde salía tanta miseria, de dónde tanto quejido; porque su sobrina no era del tipo de adolescentes que perdían los nervios a golpe de hormonas, sino una gladiadora de la ficción. Y las hilanderas no lloraban la muerte de los dioses.

Clara abrió la puerta en el mismo instante en el que Elena conciliaba el tembleque fallido del metal en torno a la cerradura. Y lo hizo para desvelar radiante normalidad y limpieza de fondo de ojos. La fugada, incapaz de controlar sus aspavientos, se adueñó del picaporte y entró hecha un basilisco en el cuarto de vivir. El ordenador de Marta la portuguesa reproducía un documental sobre la masacre de Darfur, y la calidad portátil mullía el volumen del desconsuelo con el gargajo de sus vatios.

-¿Te encuentras bien, tía? ¿Te pasa algo?-inquirió la chica

Algo le ocurría. Tenía que estar perdiendo la cabeza. Así se debían sentir los locos, los desmemoriados, los tartamudos: incapaces de hacerse entender. A ver cómo le explicaba a Daniel que dos impostoras se estaban haciendo pasar por su hermana –o su hermana se estaba haciendo pasar por ellas-, por la misma razón que él era Fernando sin saberlo. No había forma de demostrar que las personas se le estaban deshaciendo en haces de personajes y que la realidad se le derretía en las manos, escurriéndose como chocolate fundido desde la pantalla de su ordenador.

-Mañana mismo empiezo a buscar trabajo- declaró la fugada, como si con eso solventase el misterio de su crisis de ansiedad. Lo dejó caer con la esperanza de que el escándalo neurótico y la señal de sus nudillos sobre la puerta se explicasen por sí solos. Para su infortunio, el conglomerado no pudo con todas las presiones de la culpa, y Elena terminó por reconocer que vivir sin trabajo provocaba estrés. Para apaciguar el temor de Daniel y borrar la desconfianza de sus visajes, prometió ponerse en aquel mismo momento a revisar su currículum.

El escenario no podía pintar peor: no sólo continuaría sospechando con los apéndices inservibles que su hermana estaba en peligro, sino que tendría que aprender a preocuparse por ella sin hacer ruido. Fernando había tolerado con buen humor los apareamientos de azotea, pero aunque la incorporación calentorra de las chimeneas engordase su vocabulario sexual, aún no comprendía por qué la fugada evitaba la cama del dormitorio a toda costa.

Elena no podía permitirse más desbarres ni pataletas si, al menos, pretendía mantener el orden de su propia casa. La seguridad del caos y el revoloteo de la mariposa asmérica la sacaban de quicio; pero mientras que cada individuo real tuviese infinitos recorridos virtuales, la única acción sensata era no tomar ninguna.

Daniel abrió la puerta del dormitorio aquella tarde con una bandeja de fruta pelada y un vaso de leche caliente. La fugada acabó por sentirse enferma cuando Fernando le retiró el portátil de las manos y puso el tentempié en su lugar. Maldijo la inutilidad de su subscripción internauta mientras sonreía tanto como le era posible. El rechazo de la linealidad sólo le había traído funciones de electrocardiograma, e ir de un lado a otro con los vaivenes cuánticos de la duda se le reveló más fútil que la seriación de los trámites. Eso le pasaba por intentar ser una oruga exploradora y abandonar a las procesionarias. “Fila india, Elenita, fila india”, se decía a sí misma sin articular palabra.

En los últimos días de la cuenta atrás, esperar las conclusiones de la organización se convirtió en la única de sus esperanzas mientras rellenaba formularios y enviaba sus credenciales de periodista a diestro y siniestro. “Vaya una informadora seré, si ni siquiera me puedo saltar la barrera de los nombres”, se mortificaba. Si su faceta cuántica prevalecía sobre la informativa, no encontraría forma alguna de discernir entre opuestos; y – visto lo visto- sería capaz de comparar al mayor de los villanos con el más honesto de los libertadores.

Trató de volver a la normalidad con saña, siendo extremadamente cortés con su sobrina y devolviendo al dormitorio lo que le pertenecía. Daniel apreció la tranquilidad del cambio, fascinado como un principiante con la comodidad de la calefacción y el sosiego del amor de colchón. Sin embargo, mientras más demostraba Elena su cordura, más biliar se volvía la evidencia de los presagios y la certitud de que los saltos de rana acabarían en nenúfares homicidas. Embargada por la aprensión, escribió un email a Rosario previéndola contra los planes de Ramón. Mientras articulaba sus presunciones, se sorprendió a sí misma denunciando tangencias irreconciliables, con las manos en la masa de los espejos. Pero la fugada, que estaba de vuelta en la fenomenología cuántica, sabía que todas las verdades estaban hechas de dos estados igualmente incongruentes. Y prefería desmarcarse con el más insospechado en el mundo de los hombres, si así conseguía salvar la vida de su hermana. Por seguridad, imprimió una copia de la advertencia y la franqueó a la dirección del patio colmatado. Elena se arrepintió de no haberle exigido número telefónico alguno, metida en el trajín de la *adopción* de Clara; y volvió a la inoperancia de los brazos cruzados.

La fugada estaba decidida a mantener la promesa: se daría de baja en Asmera en cuanto que llegasen los corolarios. No podía permitirse dejar la página de las truculencias sin encontrar un sentido a sus propios desvaríos.

Sólo quedaba un día y medio para que la organización liberase sus conclusiones, pero el tiempo se dilataba con ínfulas de prórroga. Elena abría su correo cada diez minutos, con la esperanza de que una respuesta humillante calmase en su interior las intrigas de la corte asmérica. Quería que Rosario la dejase a la altura del betún, que dudase de su equilibrio mental y que la espabilase con zarandeos de hermana mayor. Aquella sería la única forma de que olvidase la historia alternativa de los paralelos y la habilidad metafórica de las fábulas. Para contribuir a la música terrorífica de la bandeja de entrada y a la campanada insípida de los mensajes, Clara volvió a la carga con su opereta maquinal, con sus puntos y rayas hablados, pautando el ritmo de sus congojas con persistencia de bajista. La chica debía de estar alcanzando la perfección porcentual, porque Elena era ya totalmente incapaz de armar significados a pesar de su vocalización de logopeda. La fugada recordó cuando su madre, poco antes de la diagnosis del cáncer, reconoció que hacía tiempo no comprendía el mundo, que sentía cómo la devoraba el analfabetismo. La mujer sabía leer y escribir, tenía el graduado escolar; pero no entendía el lugar en el que vivía cuando los cambios de paradigma llegaban y se iban con la soltura de los vagones de metro. “Antes los viejos eran sabios, y la experiencia era un valor”, agregó la señora, “pero ahora los niños de teta te arrebatan el control en cuanto echan a andar”.

La fugada sintió el peso del oráculo y adivinó el cumplimiento de las certezas maternas. Inhabilitada para calcular las intersecciones de las segundas vidas sobre las primeras, asumió que la contemporaneidad envejecía a las personas; y ella era una víctima del proceso.

Por suerte, pronto abandonaría el circo cuántico; y Rosario volvería de París para ocuparse de la absurda *teleoperadora* atrincherada en el cuarto de vivir. Todo llegaba a su fin, pero temía que la fuerza del desenlace no bastase para romper las proteínas cuánticas y la duda continuase acechándola. Clara, desde el otro lado de la pared, parecía estar deletreando sus propios miedos, registrando su incertidumbre sobre la misma

plataforma que la creaba. Lo que salía de los ordenadores, volvía a ellos, retroalimentando la cadena de invisibilidades.

Fue en la víspera de las conclusiones que el móvil de Elena volvió a sonar con la misma insistencia de la llamada adoptiva. El número entrante tenía tantas cifras que no cabían en las dos pulgadas del visor; y el *politono*, que no había cambiado desde que Rosario reapareciese en su vida real, martilleaba dramáticamente los agudos para distinguir llamadas perentorias de conversaciones casuales. La consciencia de que aquella vibración tenía tanto que ver con la solución del puzle bivalvo como la llegada de las conclusiones puso en guardia los reflejos de la fugada. Por un momento se olvidó de la dicción informática de su sobrina y de la globalización de los presagios para aceptar la llamada.

Un señor histérico se saltó la política de las presentaciones y escupió francés desde el otro lado. A Elena le repateó su ignorancia lingüística, porque de nuevo volvería a recibir noticias clave por persona interpuesta y sabía que se estaba jugando una de las últimas mangas contra la suerte de los finales. Renegada, recorrió el camino de los sobresaltos hasta el cuarto de vivir y llamó a la puerta simulando calma. Cuando Clara abrió, la fugada le cedió el teléfono; y con él, cualquier pretensión de control. Frustrada porque la llave de sus desvaríos no tuviese subtítulos, trató de memorizar las reacciones de su sobrina para contrastarlas con la historia que le vendiese después. Y no le gustó lo que vio, porque el silencio atento de la chica se iba revistiendo de temor e interrogante a medida que escuchaba. Elena apreció un cierto temblor de labios en las interpelaciones de la adolescente y se imaginó lo peor. Ramón había encontrado a Rosario en París –o en el Penedés–; la había perseguido por Europa en un taxi hasta dar con ella. Y ahora estaba muerta, porque la coordinación de los espejos no era suficiente para despistar a un león, ni embarrar sus instintos.

No debía andar muy desencaminada. Clara había perdido el control de su barbilla, e intentaba por todos los medios no echarse a llorar. Perdería toda su credibilidad como lianta si probaba tener sentimientos y se revelaba tan humana como los demás.

La fugada estaba viendo por segunda vez una película, pero aguardaba un final distinto. Sus hipótesis de parásito virtual –porque ella lo era tanto como los otros seres invisibles– tenían que acabar de otra forma ahora que

el partido se jugaba en casa, en la hierba real, en el césped físico. Las texturas estaban de su parte, pero Clara no dejaba de temblar y la colonización nerviosa le llegaba ya a las uñas.

-Mamá ha desaparecido -le comunicó la niña aún tiritando-. Se ha ido. Ya no está. Ha huido el mismo día del estreno. Era el director holandés. Pensaba que nosotros sabríamos dónde se había metido. ¿Por qué siempre tiene que hacer estas cosas? ¿No le habrán valido dos décadas de prófuga?

A la fugada el mensaje le sonó a disipación, a veracidad parcial, a juego de cuatro esquinas; y el temblequeo de su sobrina denunciaba ocultación. Elena no entendía de qué podía salvarla que fuese más importante que seguir con vida, que no morir a manos de una bestia.

-Por favor, Clara, si sabes algo más es el momento de decirlo. Ahora que aún estamos a tiempo. Antes de que llegue el final. Dímelo. ¿Dónde está tu madre? ¿Es cierto que está en París? Si está en peligro, quiero saberlo. Prometo no escandalizarme de nada. Si no me han asustado tus ficciones, tampoco lo hará la verdad.

-¡Pero qué dices!- respondió la chica, rearmada de repente- ¿Te crees que te iba a mentir en una cosa así? Está claro que no me conoces. Mi madre se fue a París porque no puede estar parada ni un solo momento. Y Madrid se le había quedado pequeño otra vez; parece que no conocieses a tu hermana. Pero aquí no hay más cera que la que arde. Le habrá entrado miedo escénico. Ya volverá, mi madre siempre vuelve.

-Espero que esta vez no le cueste veinte años, porque no voy a esperar hasta que te hagas mayor de edad para recuperar mi cuarto de estar – respondió Elena, cansada de tanto alfa y omega, de la parafernalia versallesca y del haz bipolar de las interpretaciones cuánticas.

La fugada dio un portazo y volvió a la comezón privada. La obsesión se bifurcaba en ramales de probabilidad; y entre las incongruencias plausibles y la estratificación de los datos, llegó a pensar que Asmera fuese una cortina de humo programada para permitir una última fuga.

Por supuesto que Elena no tomó en serio el plato al aire y descartó las implicaciones conspirativas al tiempo que sus neuronas se las ofrecían. Asimilar la incertidumbre como herramienta de trabajo había escalado los hechos en una pirámide de porcentajes, tan inmediata y tan irreal como la del reconocimiento del habla. Hasta los sinsentidos tenían cabida, ya que en

la época de las máquinas todas las afirmaciones eran igualmente válidas —e igualmente abstrusas.

Sus problemas no tenían solución, sino representación en un desplegable de datos, en un gráfico de quesitos. Asumió que la vida de su hermana era una estadística; y si la habían matado, su muerte se perdería entre variables. Pero ella no quería llorarla con encuestas, ni enterrarla entre espejos, sino conservar una seguridad de mínimos. Los homicidios exigían cadáveres y Elena necesitaba sufrir los hechos: no se conformaba con sospecharlos.

Aquel era un drama de secuestro, a caballo entre la esperanza y la tragedia; pero no había quien denunciase paralelos ni tramas de sujetos invisibles. Nadie tomaría en serio los tejemanejes pseudónimos porque el trucaje nominal se burlaba de las pruebas y fabricaba hechos de quita y pon.

Sin embargo, el asesinato dominaba -cual quesito triunfador- la lucha de los diagramas y las proporciones. Entre todos los haces históricos, la fugada tomó por certera la distancia más corta entre dos puntos, así tuviese que combar el tiempo-espacio a su paso. Ramón había perseguido a Ana —o Rosario- hasta su escondite para cumplir sus promesas ruines y saciar su sed leonina de sangre. El registro de las distancias quedaba para los taxímetros y los cuentakilómetros. Por lo que a ella respectaba, el lugar de los hechos no afectaría al duelo de la muerte; el homicidio la atormentaría igual cuando el cuerpo se recuperase en el fondo del Sena, o bajo la nieve del Pirineo. Si acaso, la ubicuidad internauta de las segundas vidas blindaba los delitos, opacaba sus vestigios aunque ocurriesen delante de todo el mundo. Matar a alguien entre reflejos sólo estaba castigado con prohibiciones, con exclusiones de *persona non grata*.

Para acabar de deformar la geometría plana del suspense, la fugada entró en el blog de Rosario. Meses antes, no hubiese dado importancia a las exageraciones, o a las mentiras; pero en aquel momento sólo las fábulas podían proporcionarle claves. Sólo podía confiar en una extraña que se había apropiado del nombre asmérico de su hermana. Le daba igual quien tirase de los hilos de la marioneta —Clara o los seres invisibles-, si así sacaba algo en claro.

La última entrada databa del día anterior y la fugitiva radiaba ilusión ante la perspectiva del estreno. Nada hacía pensar que Rosario se dispusiese a huir de nuevo. De hecho, los últimos textos habían abandonado la repesca

del pasado para concentrarse en el optimismo presente, en la promesa de las candilejas. El estilo alegre de la escritura no anunciaba estratagemas prófugas ni rumiaba ecos de fuga. Era el brío de una extranjera feliz y con causa.

Si la fugitiva no había escapado de nuevo, su hermana tampoco; porque con las premisas asméricas en la mano, ambas eran la misma persona. Tan ocupada como estaba en descubrir el misterio antes de que las conclusiones viniesen a taparlo todo, que ni siquiera se percató Elena de que había asimilado la radiografía de los espejos como prueba irrefutable de sus conjeturas.

Sólo la realidad podía contrarrestar a la ambigüedad cuántica de la organización; sólo un telefonazo podía anular el timbrado de los otros y dar la vuelta a la tortilla. Pero los avisos y las campanadas seguían sin llegar. Por más que consultaba el correo cada diez minutos y sostenía el móvil en la mano, ninguna vibración la sacaba del ensimismamiento.

Había comenzado a temer -más que esperar- las conclusiones de Asmera. Una cosa es que ella evaluase los riesgos y cifrase sus temores, pero no se veía preparada para asimilar la codificación estricta de sus paranoias.

Si bien la organización de las alucinaciones había prometido cinco artículos -cinco pruebas de la interrelación entre usuarios-, Elena se dijo que no les costaría modelarlos en la indefinición de las historias que nacían de otras, como en los partos de las muñecas rusas. La fugada desconocía el formato de los corolarios o el contenido de los mismos; pero si lo que buscaban era contaminación y parasitismo, no les sería muy complicado encontrarlo en su panegírico del pirateo, entre los corredores del plagio o las fiebres de la sustitución.

No pudo dormir la noche previa a las conclusiones, y la cama del dormitorio recibió sudores fríos para compensar por todos los calientes. Dejó el portátil sobre la mesilla, y se pasó toda la noche intentando descansar sin conseguirlo. Para contrariedad de Daniel, Elena dejó la tapa del ordenador levantada, velando los sueños y los insomnios de la pareja, llenando la habitación de claroscuros espectrales. La fugada siguió impertérrita el bucle del salvapantallas, observando como la raíz de una planta crecía con matemática fractal hasta que llenaba la pantalla con sus

ramas subterráneas. Cuando el raigón colmataba el rectángulo, el crecimiento se invertía y el vacío empezaba a ganar terreno por medio de la misma fórmula. La perversión del rizoma destrozaba todo cuanto encontraba a su paso, como el destello de los reflejos y los tambores de conspiración. Elena balbuceó sus rencores contra la sociedad del ocultismo, y del sacrificio, y de los asesinatos, y del encubrimiento, y de la degeneración en general. El berrinche pareció enhebrársele a una de las raíces colonizadoras, porque se prolongó durante toda la noche. Cualquiera hubiese confundido el silabeo obcecado con una oración, pero en su súbita devoción no cabía la misericordia.

El día llegó como extensión de la noche, como ocurría tras todas las vigiliass; pero en aquel caso, un plus de cansancio e incredulidad la dejó pegada a la cama. Sólo quedaban horas para el buzoneo de los corolarios y Elena había perdido toda esperanza de componer una conclusión propia antes de que le llovieran las de la organización. Por si eso fuese poco, el optimismo de los finales comenzó a resultarle una herramienta absurda y descartó que el email de los artículos resolviese conflicto alguno. Estaba condenada a la oscuridad, al préstamo de los haces de historias y sus desviaciones.

Se levantó a medio día para ir al cuarto de baño y a la vuelta se cruzó en el pasillo con Clara. La chica vio en el rostro ojeroso de su tía la tortura de una noche en vela y un átomo de compasión se escapó de entre sus elucubraciones barrocas y su dicción de computadora.

-Deja de preocuparte por mi madre. No merece la pena luchar contra fantasmas; porque al final siempre ganan ellos. Si ella ha elegido ser un espectro, deja que corra con los riesgos. Ya tenemos bastante con la realidad, como para luchar contra los molinos –le dijo su sobrina-. Lo que tienes que hacer es volver a la normalidad y dejar de vivir en la vida de los demás. Estás tan preocupada por mi madre, que no te has dado cuenta que Daniel lleva llegando tarde a casa toda la semana.

Clara besó a su tía en la frente, en lo que fue la primera muestra de cariño desde que la chica se instalase entre filigranas de *Pladur*. Y Elena se dio cuenta de que con la conmoción de la muerte sobre la mesa, había obviado las otras intersecciones invisibles. La portuguesa seguía ahí fuera; y con ella, la mutación vírica del adulterio y la copia. Con tanta crónica de

una muerte anunciada y tanta violencia doméstica –internacional-, el taxi de largo recorrido le había nublado la vista.

Daniel era un animal previsible, de los que llegaban puntuales sin reloj, de los que se levantaban sin despertador por las mañanas. La fugada estaba tan acostumbrada a sus procesos algorítmicos, que había aprendido a leer las horas a través de las acciones de su novio. Sin embargo, a la espera del desenlace asmérico, se había olvidado de las manillas horarias y de las liturgias familiares. El tiempo se le había coagulado entre blasfemias y maledicciones, herida de temor cuántico e indefensa ante los salvapantallas. Ineludiblemente, al salir del desasosiego internauta por consejo de Clara, los segundos volvieron a tomar el control de las maniobras; y Elena se topó con la rugosidad de los hechos, con la perturbación de los ritos. Fernando había prolongado la vuelta a casa día tras día –minuto a minuto-, confiando en que las alteraciones mínimas creasen una rutina tan válida como la original; y la fugada se había convertido en una de esas ranas que se cocían a fuego lento sin enterarse.

No quería ser uno de esos sapos que se percataban del hervor al descubrir quemaduras de tercer grado; pero su mente anfibia había abandonado la tierra para habitar el mar de las dudas. Elena –nadando entre ambivalencias- no podía hacer nada contra el taxi de la muerte ni contra la persecución de los espejismos. Sin embargo, en sus manos estaba dejar que las crónicas falaces se hicieran carne bajo su propio techo o blindarse contra ellas.

Utilizaría la única conexión asmérica que caía bajo su jurisdicción para comprobar cuanto de cierto había en sus delirios de ubicuidad, repetición y reflejo. Tan débil la habían dejado la noche en vela, el traumatismo de los cuantos y sus espines, que la posibilidad de coger a la virtualidad en pleno robo de identidades le atrapó el corazón más que los celos.

Para enfrentarse a los silogismos truncados de Asmera, ella propondría uno sencillo. Trataría de adelantarse a la llegada de las conclusiones con un último espionaje, porque aún le quedaba un hilillo de fe en los finales. La visión que se llevase de la organización –porque se daría de baja al recibir los corolarios- dependería de la única intersección que le era accesible.

La portuguesa, víctima de los contagios víricos y las mutaciones adúlteras, estaba ocupando su lugar en la azotea. O, al menos, esa sería su

última hipótesis de trabajo. Marta –o Sofía-, heredera de la incorrección infiel de Rosario, estaba plagiando sus intimidades de cielo raso, desnuda por los tejados.

Elena sabía de los límites de tal suposición. Si Daniel –o Fernando- le era infiel, podía serlo en otro lugar y a otra hora. Podía tomar un día libre y disfrutar de las pasiones transversales con tranquilidad, sin la precariedad de las prisas. No tenía que usar la hora de la comida, ni alargar el regreso a casa. Pero precisamente la incongruencia de la presunción era lo que la hacía plausible, lo que la convertía en un arma contra los laberintos de Asmera. La idea era tan improbable que carecía de peso en la realidad, pero rayaba en lo admisible dentro de la comunidad del desorden. Como no podía vivir para siempre con el misterio de la desaparición de su hermana, cargaría todas las tintas en una proposición loca y volvería a su vida normal tomando el experimento y sus resultados como piedra angular. Si la portuguesa había salido de las teleseries fantasmas a consumir sus delitos de *amante en serie*, entonces no le quedaría más remedio que admitir las dualidades y las trinidades internautas. Lloraría la muerte sin cadáver de su hermana y odiaría a los leones para siempre. No había forma de defenderse del desbarajuste sino con más sinsentido, sacando clavos cuánticos con otros.

Bajo el foco de las conjeturas, la fugada enunció los postulados de su sondeo.

Marta había heredado el bacilo en Kentish Town, atraída por la latitud de los cojines y el rastro de las conductas ajenas. Contra todo pronóstico, la mutación sobreviviría a la caducidad de las fábulas y a los cocientes irreales para hacerse carne entre los hombres. Elena no aspiraba a comprender la transmutación, mientras pudiese seguir el hilo de las deducciones. La propiedad conmutativa de la sociedad de los reflejos decía que Sofía era Marta y ambas compartían el mismo haz de destellos.

Por su parte, el virus se había hecho más listo con cada conversión; y si empezó arbitrario e inconsciente en los hombres, adquirió competencias temáticas en las entrañas de las mujeres. Encontró habilidades fotocopadoras en Rosario, y perdió las limitaciones congénitas para convertirse en una enfermedad contagiosa. Cómo se había apropiado de los tesones de la portuguesa era harina de otro costal, porque salvo recortes de periódicos y teleseries, no había registro alguno –ni siquiera internauta- de

sus ansiedades. Si la fugada estaba en lo cierto y la tenacidad del microbio era tal que sus réplicas acumulaban los heterónimos precedentes, Marta habría recibido en un mismo paquete las debilidades de la estirpe y su ramificación pirata. Todo indicaba que el juego empático de los desenfrenos tendía a complicarse con cada traspaso. En última instancia, el mismo régimen evolutivo que hizo comprender a Rosario la obstinación de las debilidades paternas concedió a la portuguesa una nueva habilidad parásita para asegurar su supervivencia. El microbio, que había trastornado sin remedio a la fugitiva, introdujo en Marta un patrón de dobleces –una válvula de control sobre sus explosiones. La portuguesa conservó una timidez tierna, paralela al silencio pianístico de Sofía, con la que se ganaba la confianza de las mujeres para poder seducir a sus hombres. La gracilidad con la que jugaba al escondite convenció a Elena de su indefensión manifiesta; y ahora, la mosquita muerta de Territorio Político iba sudando sus sudores por las azoteas.

Estaba la fugada tan segura de sus presunciones que creyó escuchar en la sorda verborrea de Clara el oráculo de la infidelidad. La consumía una determinación desproporcionada por descubrir a los amantes retozando entre imitaciones, por asaltar a las tangencias en plena intersección. Borracha de incertidumbre, dejó sus sentimientos a un lado y dedujo que antes prefería perder a Daniel –o Fernando- que observar impávida cómo los haces de historias se burlaban de ella.

Aún era temprano, pero Elena se vistió apropiadamente para la espera en el tejado. De camino a la oficina, trató de imaginarse la situación para predecir su propia respuesta. Sin embargo, cuando recreaba la consumación de las imitaciones, el adulterio no la mataba a celos; porque el engaño sería prueba de que Rosario había encontrado su final antes que nadie, y la sombra de la muerte pesaba más que los desgarros del corazón.

La fugada se coló en la azotea como tantas veces antes lo hiciese, aunque en esta ocasión fuera como observadora. La aguardada era doble porque, poco después de que Daniel subiese o no con la portuguesa a las alturas del edificio, Asmera liberaría sus conclusiones. El día estaba cargado de nubes, y la cercanía del doble desenlace espesaba el ambiente con su aliento poluto. Ella, que ya había probado el veneno cuántico de las conspiraciones, no aspiraba a soluciones globales, sino a satisfacciones que la dejaran vivir. Buscaba resultados mínimos, coordinadas sin precisión

donde pinchar su desplegable de datos y su mapa de dudas. Sentada sobre el solado, con la espalda apoyada contra el peto de seguridad, esperó con ánimo recaudador la colisión de partículas. La sociedad de la destrucción era un acelerador de historias, y ella quería estar allí cuando el espacio-tiempo se deformase, cuando los deméritos de las fábulas despedazasen el rompeolas de la realidad. No pretendía entender cómo los seres invisibles se habían erigido como demiurgos del mundo, porque en las culturas aceleradas la comprensión era un factor de segundo orden. Sólo trataba de presenciar la detonación del nuevo paradigma, sin ahogarse entre la información binaria. La imagen valía más que mil palabras y ella aguardaba el empirismo de las consecuencias con ojos como platos.

El tufo calentorro de los extractores y la maquinaria de tiro forzado incidieron en su memoria calenturienta. La fugada fue rebobinando con los cordeles de la evocación hasta sus propios sofocos en aquella azotea, hasta los primeros arrebatos cuánticos y hasta el primer telefonazo de Rosario. Para su desconsuelo, comprendió que cuanto más se retrotraía en el tiempo, más ridícula se recordaba. Los inicios de su exhibición le resultaron preadolescentes a la luz de las últimas confusiones, porque eran resultado de un egocentrismo sin fundamento. Pensaba entonces la fugada que controlaba el mundo con las yemas de los dedos, y se consideraba culpable por alimentar sus pasiones domésticas con lubricantes extranjeros. La aparición consciente e inconsciente de Keith le hizo creerse indómita entre los miedos de la portuguesa y el apocamiento crónico de su novio. Sin embargo, los orbitales de la incertidumbre vendrían a demostrar que su fortaleza hacedora no era más que debilidad camuflada. No hubiera previsto con los primeros desnudos internautas que su cruzada por la sinceridad máxima acabaría por los tejados, apostada tras maquinaria de mantenimiento y a la espera de una traición hecha de carne y no de pensamientos.

A Elena la angustiaba el papel de Clara –y su futuro. Si sus conjeturas llegaban quitándose la ropa por la escalera de incendios, entonces no querría cuentas con nadie. Sería ella la que se fugase de verdad; y no pensaba llenar las alforjas ni incluirla en su equipaje. Su sobrina era un personaje extraño, un tornillo trasroscado; y si el adulterio pirata confirmaba la muerte de Rosario, la chica no tendría donde caerse muerta. La fugada había pasado por alto el cariño. Forzada a una guardia constante,

sólo se vio capaz de recelos y no encontró lugar para familiaridades. Elena admitió que en toda colisión, buena parte de la energía se disipaba en calor, en trabajo inútil; y Clara sería la pieza del puzzle bivalvo que soportase la tensión del encontronazo y la desmoralización de la fuerza. La chica había sacado a su tía de las intrigas mortíferas para devolverla a la tropelía de los cuernos; y si las conjeturas de la fugada se cumplían en las alturas de Madrid, su sobrina tendría que convencer a Marta para que cerrase el círculo de las imitaciones y la metiese en su casa. A la sazón, no le importaba lo que ocurriese después del impacto, ni como se reordenasen las personas y sus personajes tras el caos. Sólo tenía que esperar al último sobresalto para acabar con los desasosiegos; pero los hipotéticos besos de la pareja adúltera habían empezado a trastornarle los sentidos antes de ocurrir, ya que cuando llegasen vendrían acompañados de mordiscos de gusano dispuestos a devorar a Rosario.

Aún no sabía si prefería el choque de los trenes o el imperio de la incertidumbre, porque volver a la vida normal con una hermana menos y una sobrina más no era lo que tenía en mente al comenzar la exhibición pública. Elena consultó su móvil a contraluz, deseando que la palidez de la pantalla desvelase poco a poco la llegada de un mensaje o una llamada perdida -quizás hubiese pasado por alto la vibración tras la vigilia del salvapantallas y los sentimientos encontrados de la mañana. La fugada sujetó el aparato de forma que el reflejo no le permitiese ver su contenido; ya que mientras la claridad extrema no le dejase distinguirlo, aún cabría la esperanza en su maltrecho corazón.

Entonces, cuando los nubarrones amenazaban con opacar el sol, cayó en la cuenta de que la ilusión no tardaría en desvanecerse. En menos de cinco segundos, el día se apagó y Elena entendió que la ecuación no tendría soluciones reales.

La fugada contenía la respiración a cada ruido, a cada rumor de ruido. Cuando no escuchaba chirridos viniendo de la escalera de metálica, se figuraba que los escuchaba. Ni siquiera el silencio respetaba su guardia, sino que se reía de ella con quejidos y reverberaciones. Casi sonrió al darse cuenta que, acucillada contra el peto, parecía estar ocupando el orinal de la fugitiva. Su cuenta atrás no estaba hecha de almanaques quincenales, ni contaba las horas con palotes; pero su espera era tan fabulesca como la que

más, y así no había quien distinguiese entre verdad y desviación. Si el resto de los seres invisibles leyeran el devenir de su espionaje, percibirían el mismo aroma de ficción que ella olisquease en la muerte feliz de su abuela asmérica y en el resto de las edulcoraciones familiares. Era obvio que desde el otro lado, la realidad sonaría a ficción; y su lucha contra los haces heterónimos se convertiría en otro reflejo incierto, en otra verdad velada por las exageraciones de la comunidad del morbo.

Con la intención de calmar la imaginación de los oídos y obliterar el olor en su cerebro, Elena trató de planear su fuga. Seguiría los pasos de Rosario para resarcirse de la persecución cuántica, los blogs y sus perfiles. Además, le gustaba la idea de que el final trajese una vuelta al principio, con los personajes cambiados. Ella heredaría la pasión errante de Rosario, ahora que la fugitiva estaba en el fondo del Sena o congelada en alguna hura pirenaica -porque lo estaría cuando Daniel apareciese con Marta por la puerta de la escalera. Elena dejaría de ser la fugada por obviar su despertador y empezaría a serlo por dedicarse a la huida, como su hermana. Sería una prófuga, como todos los seres –visibles e invisibles- que la habían precedido, y desandaría el camino de las ficciones haciéndolas verdad a base de vivirlas.

Cuando el futuro descenso a los infiernos se hizo tan real en las filmas de su mente que el silogismo de la muerte y los adulterios dejó de ser una hipótesis, los espines acudieron en su ayuda con el truco cuántico que tanto la había perjudicado. De repente, Elena vio desde fuera sus propios pensamientos y las cavilaciones de azotea se le volvieron absurdas, sin fundamento. No sabía dónde estaba su hermana, ni por qué había vuelto a desaparecer; pero resultaba cuanto menos arriesgado presumir que un cómico la hubiese asesinado por parecerse a su novia. Era del todo increíble que un fracasado metido a león viajase en taxi por Europa, y que el cuentakilómetros bailase al ritmo de los reflejos asméricos de Madrid al Penedés, del Penedés a París y de París vete tú a saber dónde. El cansancio le estaba jugando una mala pasada y, bien sabía por las ficciones de la comunidad del engaño, que la fatiga era el más peligroso de los males. La fugada abandonó el bacín invisible y probó a levantarse para espantar los malos sueños que no había conciliado por la noche. Bajo el tamiz del otro lado del cerebro, le desconcertó más su propia fábula que la de los demás y

renunció a sus historias de corazón extraviado con la misma tenacidad con que las imbricase. Si Marta no había aprendido a atar lazos de amor, era dudoso que supiese romperlos. Y Daniel la necesitaba más que los leones a sus leonas, más que la realidad a sus desviaciones. Al fin y al cabo, era el engaño el que modelaba la sinceridad como la falta de ropa componía el desnudo; y su prosa veraz, si bien pseudónima, tenía más sentido entre invenciones. Todo lo que tenía que hacer era dormir; descansar durante uno, dos o tres días. Y despertarse de una vez por todas. La vida real la estaba esperando a nivel de calle, fuera de las fantasías de los tejados. La rutina tenía sus jaulas de grillos, pero no cantaban todos al mismo tiempo. Era el maldito ocio, concluyó la fugada, que horneaba conspiraciones como panes, y ya estaba bien de estridores unísonos.

Elena iba a abandonar la azotea y sus vistas de pájaro cuando escuchó las pisadas sin tener que imaginárselas. Dos pares de pies saltaban de tres en tres los escalones para luego volver sobre sus pasos; continuaban la ascensión, tropezaban sin caerse y se agarraban con amor contra la barandilla. Tardaron cinco minutos en abrir la puerta final que les llevaría a los nubarrones; y en ese tiempo, la fugada escuchó hasta las más imperceptibles vibraciones del metal, porque rellenaba con recuerdo lo que se le escapaba al oído. La pareja se burlaba de su propia torpeza cuando el deseo les ataba los pies. De tanto trastabillarse y de tanto reírse de sus traspiés, los trompicones les hicieron empezar sobre la lámina plegada de la escalera lo que habían ido a hacer sobre el solado del tejado. Al llegar a su escondite al aire libre, no tenían apenas ropa para cubrir su impudicia; y los recién llegados se sintieron desnudos de repente. Cuando Daniel –o Fernando- y Marta –o Sofía- se encontraron de frente con Elena, ninguna hoja de parra les hubiese salvado de la vergüenza, porque estaban pisando un Edén maldito cuajado de chinarrros. Aunque había tratado de anticipar sus reacciones, el momento instantáneo que sucedió a la colisión la sorprendió tanto a ella como a los amantes piratas.

Las partículas salieron disparadas a tal velocidad que la fugada se vio lanzada a miles de kilómetros a pesar de permanecer clavada a la superficie gris de la azotea. Las espantadas asméricas se habían comprimido para catapultarla a una evasión auténtica, y ahora estaba abocada a distanciarse de aquel momento con una nueva huida. La escapada estaría compuesta de

todos los precedentes prófugos más uno, incorporaría lo visible y lo invisible, la materia y la antimateria; pero deformaría ligeramente las desbandadas que la antecedieron, porque aquella sería su historia y de nadie más. Comprendió que tenía ante sus ojos los residuos de una colisión, palpable o espectral, y que algún día sería ella quien catalizase otra explosión. Mientras tanto, aceptaría la verdad y sus exageraciones como onda y partícula, como moneda de dos caras, como figura y fondo. Se le hizo evidente que la deformación era el vacío común sobre el que se depositaban los hechos, el tejido conjuntivo que colmataba los huecos; y no había nada que ella pudiese hacer en su contra.

Marta había dejado de taparse. La portuguesa desafiaba al Génesis con mirada vírica; y Elena no la culpaba, porque los miramientos no tenían lugar cuando el final acababa de ocurrir.

La fugada aprovechó la parálisis de la escena, para salir de aquel edificio –o ultraje– sin echar en cara a la pareja que hubiese comido del árbol. Tenía penas más desgarradoras que cubrir, y ninguna plañidera que llorase por ella la muerte de un fantasma. No le resultaría fácil enterrar su desconsuelo sin un cadáver al que despedir, ni le ayudaría que un sinfín de personajes reclamase la herencia de Rosario entre cláusulas reflejas. Aunque no veía forma de encontrar consuelo real ni imaginario, se dijo que la fugitiva seguiría replicándose contra toda mortalidad. Entre haces históricos, las refracciones continuarían permutándose, repitiéndose y deformándose, hasta que su vida se descompusiese entre las exageraciones de los demás como su cuerpo lo haría en la tierra.

// Artículo 4_ de_5 de las Conclusiones/: Escrito en 21´29 segundos por ASAMERA:: &Parches cargados a las 15:26:11/& Escaneado de gramática a las 15:26:12.//& Implementado de plug-ins a las 15:26:51.///& Hallando intersecciones a las 15:27:01. ////& Descargando modelos literarios a las 15:27:03. /////& Defragmentación de datos a las 15:27:05. /////&Contrastando información con los modelos a las 15:27:09. /////& Calculando la estructura a las 15:27:13. /////& Borrando las descripciones a las 15:27:15. /////& Comenzando escritura a las

15:27:33. //////////& Documento terminado a las 15:27:55. //////////&
Archivado en el cilindro 14 del Disco Duro 3 a las 15:27:59 del día
14/09/08. //////////& Tamaño bruto del archivo en fuente sin formato: 341
KB.

OceanofPDF.com